

LOS ELEGIDOS DE CAÍN



Una novela de

REYNA

LOS ELEGIDOS DE CAÍN
Una novela de **Reyna**

© 2026 Reyna

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de información, o transmitida de ninguna forma ni por ningún medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o similar), sin la previa autorización por escrito de la autora, excepto en los casos permitidos por la legislación vigente.

Primera edición: marzo de 2026

ISBN: 9798244010084

Depósito Legal: SE 536-2026

Publicado por: Reyna

Aviso:

Esta novela es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares, eventos y situaciones narrados en este libro son producto de la imaginación de la autora o se utilizan de forma ficticia. Cualquier semejanza con hechos reales o personas existentes o que hayan existido es pura coincidencia.

Permisos y contactos:

Para solicitar permisos de uso, citas extensas o reproducción de partes de esta obra, contacta con:
reynaescritora@gmail.com

«La ambición suele llevar a las personas a ejecutar los menesteres más viles, por eso, para trepar, se adopta la misma postura que para arrastrarse.»

—Jonathan Swift

«Casi todos podemos soportar la adversidad, pero si queréis probar el carácter de un hombre, dadle poder.»

—Abraham Lincoln

«El poder tiende a corromper, el poder absoluto corrompe absolutamente»

—Lord Acton

A quienes alguna vez sintieron que el mundo se les caía encima, y aun así siguieron respirando.

A los que cargan silencios más pesados que cualquier grito, y a los que saben que la oscuridad no siempre está afuera, sino en los rincones que nadie se atreve a nombrar.

NOTA ACLARATORIA DE LA AUTORA

Esta novela es una obra de ficción. Los personajes, organizaciones, instituciones, medios de comunicación, empresas y acontecimientos que aparecen en estas páginas han sido creados o utilizados con fines narrativos. Cualquier semejanza con personas reales (vivas o fallecidas) o con hechos concretos es mera coincidencia.

Aunque la historia se apoya en elementos reconocibles de la vida pública (periodismo, justicia, fuerzas de seguridad, política y entornos empresariales), no pretende ofrecer una reconstrucción documental ni una representación exacta del funcionamiento real de estas instituciones. Los procedimientos, tiempos, jerarquías, protocolos, herramientas y detalles técnicos han sido reinterpretados, condensados o dramatizados para servir al ritmo, la tensión y el desarrollo emocional de la trama.

La intención de la autora es ofrecer una experiencia literaria intensa y sombría, centrada en los efectos del poder, el silencio y la manipulación sobre las personas, no un manual ni una guía sobre investigación, procesos legales o prácticas institucionales.

Los hechos, situaciones y dinámicas que se describen han sido adaptados y dramatizados con fines narrativos. El desarrollo de la historia prioriza la tensión, el ritmo y la evolución de los personajes por encima del realismo técnico o procedimental.

Advertencia de contenido (escenas sensibles):

Esta novela contiene escenas de violencia explícita, incluyendo secuestro, tortura, amenazas y referencias a abuso y muerte.

Algunas descripciones pueden resultar perturbadoras o sensibles para ciertos lectores.

LOS LECTORES OPINAN:

«Un thriller implacable que hipoteca vidas desesperadas, porque cuando todo está perdido, cuando el abismo es inminente, ellos aparecen sin llamarlos, desenredan la madeja y, más pronto que tarde, exigen y obligan sin piedad.»

—Pilar Heras. @pilarhm15

«Reyna lo ha vuelto a hacer. Esta novela está sacada de lo más profundo de su ser, donde si quieres conseguir ser alguien importante en la vida, tendrás que arrodillarte y cargar las culpas durante toda tu vida. Un impactante thriller donde el drama, la desesperación y la lucha por la verdad, te tendrán atrapado durante toda la lectura.»

—Jorge Rodríguez. @con_la_gorra_y_un_libro

«Adéntrate en un thriller cargado de misterio, acción sin tregua y oscuridad, donde la conspiración y el poder se entrelazan. En un mundo donde lo humano y lo no tan humano conviven. El juego acaba de comenzar, ¿serás uno de los elegidos?»

—Sara. @LeerEsSentirseVivo

«Hacía tiempo que no leía un thriller tan absorbente, combina tensión y emoción; logra una mezcla de sentimientos totalmente adictiva que te mantiene en vilo de principio a fin. Con un ritmo frenético que no da tregua, es de esas historias que no solo se leen, sino que se viven con el corazón en un puño.»

—Rocío de los Reyes. @conloslibrosde_ro

«En Los Elegidos de Caín, Reyna maneja lo cotidiano y el terror de una manera directa, dura, sin filtros, remueve las entrañas logrando que el miedo traspase las fronteras de las páginas y se apodere del lector.»

—Antonio Labandón. @valoraciondelibros.

«Reyna consigue lo imposible, la forma de crear la historia hace que una vez que empiezas no puedas parar, convirtiendo cada página en pura adicción.»

—Ana Martínez. @labibliotecadenayru

«Es una historia que teje una delicada tela de araña, atrapándote sin que lo notes y sin intención de soltarte hasta llegar al final.»

—M. Volvoreta. @vol_vo_reta

«Un thriller inquietante que explora la sombra del alma humana. Los Elegidos de Caín es de esas historias que te persiguen incluso después de cerrar el libro.»

—Pepe Gómez. @loslibrosdedonjose

«Reyna vuelve a hacerlo. Atrapa al lector desde el prólogo, te envuelve en la oscuridad de sus páginas y solo deja una opción: seguir leyendo.»

—Azahara Cuerva. @lalibriadeazahara

«Reyna ha hecho un thriller que no podrás soltar hasta acabarlo y que tiene mucha tensión.»

—Ely Ossorio. @ratitaentrelibros

«A través de una prosa exquisita, Reyna logra extraer lo mejor y lo peor de sus personajes al enfrentarlos a situaciones límite, provocando en el lector una profunda reflexión.»

—Yolanda Castellano @yolandacf_books

PRÓLOGO

No hay crímenes perfectos, solo verdades ocultas bajo capas de silencio.

Algunos hombres matan por miedo, otros por ambición, y unos pocos porque así lo dicta la lealtad a una sombra más grande que ellos mismos.

La historia de una sociedad secreta no se escribe en titulares, sino en heridas invisibles, en pactos sellados a medianoche y en juramentos que nadie pronuncia en voz alta. Está en los ascensos imposibles, en las sentencias inexplicables, en los noticiarios que callan lo que deberían gritar.

Los que pertenecen saben que no hay salida. Los que investigan descubren demasiado tarde que mirar de frente al abismo significa quedar marcado para siempre.

Este no es un relato sobre héroes, ni sobre monstruos. Es la crónica de lo que ocurre cuando el poder decide quién vive, quién muere y quién calla.

1

Cuando lo vi por primera vez pensé que ya estaba muerto, pero bastó un leve espasmo en la pierna para demostrarme que no; respiraba, jadeaba con esfuerzo y aún tenía el cuerpo aferrado al instinto de seguir vivo, aunque no pudiera moverse ni defenderse. Estaba atado de pies y manos, con el torso ceñido al respaldo de la silla. El sudor le bajaba por las sienes mezclado con sangre seca y su rostro estaba tan deformado que apenas distinguía sus rasgos; y aun así, me miraba. Me sostenía la mirada con unos ojos llenos de terror, rabia y una súplica muda que me atravesó la piel.

Me dijeron que no debía hablarle, que no le dedicara más atención de la necesaria, que no vacilara. «Hazlo y sal. Si dudas, estás fuera.» Así me lo advirtieron, y ahora estaba allí, con la garganta seca, el pulso fuera de control y el estómago encogido, mirando a un hombre que apenas respiraba, sabiendo que tenía que matarlo.

El lugar apestaba a encierro y humedad, pero sobre todo a miedo. Él llevaba horas o tal vez días en esa silla. No sabía su nombre ni qué había hecho. Tampoco quería saberlo. Me habían prometido que no lo conocería. Era mejor así. Solo un número más en su lista.

A mi alrededor, formando un círculo, estaban ellos, en silencio y sin moverse. Los miembros, los que evalúan me observaban, ocultos en la penumbra, esperando que complete el ritual sin romperme. Sabía que me grababan, que su atención estaba fija en mí, que cada gesto quedaría registrado para siempre.

Di un paso hacia adelante y sentí cómo el suelo se pegaba a la suela de los zapatos. Había sangre por todas partes: vieja, seca y acumulada. El cuerpo del hombre se agitó apenas al notar mi presencia más cerca. El pecho subía y bajaba de forma descompasada. Estaba en pánico, pero demasiado débil para gritar, demasiado golpeado para resistirse.

Tomé el arma con la mano derecha. Un mango grueso, áspero, con un peso que no esperaba. Era una herramienta de tortura, pensada para desgarrar carne y astillar hueso. Me sudaban las palmas, el metal resbalaba con facilidad. Respiré hondo y cerré los ojos un segundo, no por fe ni para buscar consuelo, sino para reunir el mínimo de valor necesario.

Apoyé una mano en su pecho y noté su corazón latiendo con desesperación. Estaba caliente, febril. El contacto fue breve pero me bastó para saber que lo que iba a hacer me rompería, o al menos eso creía. Porque la verdad es que ya estaba roto desde el momento en que acepté estar allí.

Le clavé la hoja en la pierna, un tajo profundo, limpio. Gritó de inmediato, con un chillido agudo que me perforó los tímpanos. La silla se agitó, las correas resistieron el tirón. Me costó volver a levantar el brazo, el sudor me corría por la espalda, me temblaban los dedos. Me odié por cobarde, por ambicioso y por tener que hacer esto solo para que me dejen entrar.

Volví a golpear, esta vez en el brazo. Se oyó un crujido y el hueso cedió bajo el impacto. El grito fue más grave, más humano, como si el cuerpo ya no quisiera resistir más y empezara a entregarse. Él jadeaba, intentaba decir algo, pero no tenía fuerza para formar palabras. Un hilo de sangre le bajaba de la boca. La mirada, desencajada. Se me va a quedar en la memoria esa expresión: horror puro, sin filtro y sin esperanza.

No quería seguir, lo juro. Durante unos segundos me bloqueé, con el brazo en alto, respirando con dificultad, sintiendo que me iba a desmayar. Me ardía el pecho por la náusea que me subía desde dentro. No solo era culpa, era rabia contra mí, contra lo que representaba este lugar, contra la decisión que tomé el día que dije sí sin preguntar cuánto costaba; pero ya había empezado, estaba grabado, ya no podía volver atrás.

El tercer golpe fue directo a las costillas. La hoja entró y salió. Él soltó un grito apagado y luego comenzó a hiperventilar. Los ojos vidriosos, la boca abierta, los dientes temblando. Tosió sangre, el cuerpo se sacudía aferrado todavía a la idea de que podía escapar. Vi

cómo sus piernas pataleaban débilmente, como si su cuerpo se negara a aceptar que se estaba apagando.

Y lo peor no era verlo morir, lo peor era sentirme morir con él. Porque con cada golpe no solo lo estaba destruyendo a él, me estaba cargando mi propia conciencia, mi dignidad, mi humanidad, desgarrándolas con la misma violencia.

Golpeé de nuevo, esta vez en la clavícula. Sentí cómo se partía, el sonido hueco, blando, como un árbol seco quebrándose. Él dejó de gritar, ya solo se oía su respiración rota, el sollozo bajo, la saliva mezclada con sangre. Temblaba entero y se orinó encima. El aire olía a carne, a miedo y a derrota. Me giré un momento hacia un lado, intentando no vomitar. No lo hice, ya no sentía nada.

Volví a él, la cabeza le caía hacia un lado. Tenía la mirada perdida, ya no me miraba, ya no me suplicaba, se había rendido, lo vi claro y eso me dolió más que los gritos, más que la sangre, más que cualquier cosa.

Entonces lo rematé, la hoja entró en el abdomen, despacio, porque ya no me quedaba energía ni para hacerlo rápido. Él soltó un último gemido, un suspiro tembloroso que me rompió el alma. Me miró por última vez, pero esta vez no había nada en sus ojos. Ni odio, ni rabia, ni dolor... solo vacío.

Presioné hasta el fondo y acabó. Solté el arma y me aparté, como si el contacto me quemara. Me sentía asqueroso, no era por la sangre ni por los fluidos, era por dentro; por lo que acababa de hacer, por lo que eso decía de mí, por haber llegado hasta ahí sabiendo que no tenía estómago, que no tenía corazón para esto, y aun así, hacerlo. Por avaricia, por ambición y por querer formar parte.

Me llevé una mano a la cara, el guante estaba pegajoso y el sudor me nublaba la vista. Las piernas me flaqueaban, me senté en el suelo, sin pensar, respirando igual que si hubiera corrido diez kilómetros. No era el cansancio físico lo que me estaba tumbando, era lo que acababa de dejar atrás, la línea que había cruzado.

Él ya no se movía, el cuerpo había quedado inclinado hacia un lado, colgado por las correas, con la cabeza baja y la boca entreabierta, la sangre empapando el suelo. Yo no podía dejar de

mirarlo, quería apartar la vista, pero no podía. Porque ese hombre era yo, era mi reflejo. Lo que había matado no era solo a un desconocido, era la única parte decente que aún me quedaba.

Alguien se acercó por detrás sin hacer ruido y me quitó la máscara. No me resistí, ya daba igual, me sentía completamente expuesto, desnudo, sucio y culpable. Sabía que todo había quedado grabado. Mi cara, mis gestos, mi cobardía; y ese era el precio, lo acepté, lo asumí y lo pagué.

—Bienvenido.

Una sola palabra, fría y sin emoción. No fue un aplauso, ni una felicitación, fue un dictamen, una declaración de propiedad. A partir de ese momento, ya no era solo yo, era suyo, les pertenecía.

Nadie me tocó, pero todos me miraban, lo sentía. Me ofrecieron una toalla que rechacé y un vaso de agua que dejé en la mesa. Me quedé de pie, frente al cadáver, sintiendo que todavía me faltaba hacer algo más, que nada de aquello había sido suficiente para compensar lo que acababa de perder. Ya no quería una bienvenida, no quería formar parte de nada, quería gritar, vomitar, arrancarme la piel... pero me limité a seguir las órdenes.

Salí del sótano sin decir palabra, los pasillos eran fríos, pero yo estaba ardiendo por dentro. El mundo parecía más sucio y cada paso me pesaba el doble. No por el cansancio, sino por la carga invisible que llevaba auestas. El coche me esperaba fuera, subí sin mirar al conductor, cerré los ojos y me recosté contra el respaldo. Sentía que si hablaba, si decía aunque fuera una palabra, me iba a romper en mil pedazos.

El teléfono vibró en mi bolsillo, era un mensaje, solo una palabra. *Bienvenido.*

La misma que me habían dicho antes, la misma que ahora sentía como una condena. Guardé el móvil sin contestar, el trayecto fue largo. La ciudad se extendía frente a mí como un escenario ajeno. Nadie sabía lo que acababa de hacer, nadie sospechaba que en el asiento trasero de ese coche iba alguien que había matado a sangre fría; aunque la sangre no estuviera fría, aunque aún la sintiera caliente en las manos. Nadie lo sabía, pero yo sí, y eso era más que suficiente.

Pienso en mi familia, en lo que dirían si supieran, cómo me mirarían o si me mirarían, porque ya no tengo derecho a su mirada, ya no pertenezco del todo a ellos, una parte de mí ya no me pertenece ni a mí mismo.

Me llevaron a otro edificio, no pregunté dónde estaba ni por qué, entré sin oponer resistencia. Dentro, una sala vacía, una lámpara sobre una mesa, un hombre esperándome. Lo reconocí de inmediato, era uno de los que me había observado desde el fondo, sin máscara, sin expresiones, solo su presencia. Me invitó a sentarme frente a él y lo hice.

—¿Cómo te sientes?

No respondí, solo me limité a mirarlo, sin ocultar la rabia que me ardía por dentro.

—No necesitas hablar —continuó—. Solo quiero que entiendas lo que significa esto.

Asentí levemente, más por cortesía que por convicción.

—Lo que has hecho esta noche no ha sido un acto simbólico, sino una decisión, un paso hacia algo de lo que ya no puedes salir. A partir de ahora, todo lo que te pidamos, lo harás y no será por miedo o por presión, sino porque has cruzado una línea que ya no se puede desandar, ya no eres tú solo, ahora eres uno de nosotros, llevas nuestra marca y la llevas en lo más profundo.

No lo decía con amenaza ni con afecto, solo lo constataba, como quien informa de un hecho inevitable.

—Aquí no queremos monstruos, no buscamos sádicos ni fanáticos, necesitamos personas que sean capaces de actuar cuando nadie más lo haría, personas dispuestas a mancharse para que el engranaje funcione, personas que entiendan que no hay marcha atrás.

Abrió un pequeño maletín y sacó una caja negra, me la tendió y la tomé sin preguntar. Al abrirla, encontré un teléfono.

—Cuando suene, responderás. No importa la hora ni el lugar, harás lo que se te pida, porque eso es lo que implica pertenecer, has pagado tu entrada y te aseguro que no ha sido barata.

Cerré la caja, ya no tenía fuerzas para discutir, ni razones para negarlo. Tenía razón, lo sabía y lo había demostrado.

Me levanté sin despedirme, al salir sentí una opresión extraña al respirar, cada molécula parecía recordarme quién era ahora. Caminé hasta la calle, llovía, era una lluvia fina, constante, pero no me cubrí, caminé sin rumbo, dejando que las gotas arrastraran un poco de la sangre seca de mi cara, de mi cuello y de mis manos; pero era inútil, lo que tenía encima no se lavaba con agua, se quedaría conmigo, dentro de mí, para siempre.

Me repetí que lo hice por algo más grande, que tenía un propósito, que era por el bien común, por el poder, por la seguridad, por todo aquello que me prometieron; pero en el fondo, muy en el fondo, sabía que era mentira, lo hice por mí, por ambición, por codicia, por no querer ser uno más del montón, y eso me convertía en algo peor.

Maté a un hombre, lo miré a los ojos mientras lo hacía, lo hice sabiendo que él no podía defenderse, lo hice con mis propias manos, fue una decisión y ahora tengo que vivir con ella.

La sociedad me había aceptado, me había convertido en uno de ellos, me había dado poder, pertenencia, silencio, pero me había quitado el alma.

Y lo peor de todo es que no sabía si estaba dispuesto a recuperarla.

2

Regina empujó la puerta de la redacción con más fuerza de la necesaria. El aire viciado a café y papel le golpeó de lleno. No vio a Samuel, no lo esperaba, pero eso no alivió el nudo que tenía desde hacía días. Caminó recta hacia su mesa, dejó el bolso y no encendió el ordenador. Regina, a sus treinta y dos años, se movía con la precisión de quien ha aprendido a no perder tiempo. El pelo castaño oscuro, recogido a medias, le caía sobre la nuca sin orden, como si se lo hubiera apartado de la cara varias veces antes de salir y ya no hubiera vuelto a pensar en ello. No destacaba por su altura ni por su aspecto, pero había algo en su forma de plantarse delante de los demás que obligaba a mirarla dos veces. Sus ojos marrones sostenían la mirada con una atención incómoda, de esas que no buscan agradar ni se retiran primero. El cansancio se le marcaba en las ojeras y en los gestos medidos, en la rigidez contenida de los hombros, pero lejos de suavizarla, la volvía más alerta, más difícil de leer. Vestía siempre igual, ropa práctica, vaqueros, camiseta y cazadora, casi uniforme, el tiempo para detenerse en esos detalles parecía haberse ido agotando sin que se diera cuenta.

Escaneó la sala, una, dos, tres caras, ninguna era la de él.

—¿Alguien sabe algo de Samuel? —soltó en voz alta, sin molestarse en sonar amable.

Dos compañeros alzaron la mirada, uno negó sin darle importancia, el otro se encogió de hombros.

—Yo no lo veo desde el viernes. —El tono fue casual, como si hablara del tipo del bar que a veces no está.

Viernes, habían pasado cinco días. Regina se quedó de pie, aún esperaba que alguien dijera algo más, nadie lo hizo. Cruzó la redacción con paso firme y subió las escaleras sin detenerse. Cuando

llegó a la oficina de Morales, llamó dos veces con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

—¿Tienes un minuto?

Morales levantó la vista de la pantalla, apenas asintió.

—¿Samuel ha pedido días libres? ¿Te ha comentado si estaba metido en algún reportaje nuevo?

Morales frunció el ceño, molesto por la interrupción.

—No, que yo recuerde, no. ¿Por?

—Hace cinco días que no aparece por aquí y nadie sabe nada.

Morales bajó la mirada hacia su agenda, buscando encontrar ahí una explicación.

—No tengo constancia de que haya pedido vacaciones ni permisos, pero ya sabes cómo es Samuel. A veces se mete en algo y desaparece sin más. ¿Qué pasa, te preocupa?

—No lo sé. —Regina dudó—. La última vez que lo vi me dijo que estaba detrás de algo grande, pero no dio detalles, solo eso, que era importante.

—¿Y tú no sabes nada más?

—Nada, ni siquiera si lo estaba investigando solo o con alguien.

Morales se recostó en la silla, cruzó los brazos.

—¿Quieres que haga algo?

—No, solo quería saber si tú sabías algo, gracias.

Salió sin añadir nada más, bajó las escaleras con el pulso acelerado, se obligó a sentarse frente a su ordenador, pero no lo encendió. Abrió el móvil y buscó el número de Samuel, llamó pero ni siquiera daba señal, saltó el buzón.

Apoyó los codos en la mesa y cerró los ojos. El recuerdo apareció nítido, como una descarga eléctrica.

Samuel volviendo a casa a las cuatro de la mañana. Ella en el sofá, sin dormir, con las luces apagadas, inmóvil, esperando.

—¿Dónde coño estabas?

—Trabajando.

—¿Trabajando? ¿Durante tres días?

—No tengo que darte explicaciones.

—Sí, sí tienes, porque si vas a volver cuando te dé la gana, al menos podrías tener la decencia de avisar.

Él como en otras ocasiones, se encogía de hombros, sacaba el móvil y evitaba mirarla.

—Esto no va a funcionar —decía ella con la voz quebrada.

—Entonces no lo fuerces.

Discusiones como esa llenaban sus recuerdos. Intensidad, silencio, paredes golpeadas por palabras que dolían más que cualquier golpe físico. Samuel desaparecía, ella se consumía y luego volvían, siempre volvían. Hasta que dejaron de hacerlo. Celos, reproches, desconfianza. Ella brillaba más en la redacción, él no lo soportaba. Él firmaba mejores exclusivas, ella se sentía eclipsada. Lo que empezó como admiración terminó en guerra abierta, pero sin poder soltarse del todo.

El móvil vibró, sacándola de sus recuerdos, nada importante, notificación basura. Cruzó la redacción, esta vez sin decir nada, salió a la calle, necesitaba aire. El ruido continuo de Madrid a media mañana la envolvió sin darle respiro. Marcó el número de la hermana de Samuel. Dudó dos segundos antes de dar al verde.

—¿Sí?

—Soy Regina.

Silencio.

—¿Qué quieres?

—Llevo días sin saber nada de Samuel. Pensé que tal vez tú...

—No tengo noticias tuyas y tampoco te diría nada a ti.

Regina cerró los ojos. Se lo esperaba, pero no dolía menos.

—Solo quiero saber si sabes algo, nada más.

—¿Y por qué tendría que hablar contigo después de todo?
¿Después de lo que hiciste?

—No llamo para revolver mierda, llamo porque no me cuadra su silencio, nunca había estado tantos días desconectado.

—Samuel siempre se mete en líos y casualmente tú siempre estás cerca cuando eso pasa.

—¿Insinúas que tengo algo que ver?

—No insinúo, afirmo. Tú lo arrastras, siempre lo haces.

—Mira, no tengo ganas de pelear.

—Tampoco tienes derecho a preguntar. Después de todo, eres la última persona que debería preocuparse por él.

Regina se mordió la lengua, cada palabra era una puñalada. La tensión al otro lado del teléfono se podía cortar con un cuchillo.

—Olvídalo, no debería haberte llamado.

—No, no deberías, y no lo vuelvas a hacer.

Colgó, se quedó con el móvil pegado al oído un segundo más, esperando por si todavía había algo que escuchar. Luego bajó el brazo y respiró hondo. La ciudad rugía a su alrededor.

Recordó una conversación antigua, una sala de hospital, Samuel inconsciente. La hermana de pie junto a la cama.

—*Si le hubieras dicho lo del aviso, no habría ido.*

Regina no respondió, porque era verdad, había recibido el aviso, sabía que lo estaban siguiendo, pero no se lo dijo. Por miedo, por orgullo o porque estaban en guerra y quiso ganarle, porque él se lo merecía, porque no quería que encontrara lo que ella no había conseguido, pensó que aguantaría, que saldría de una pieza, se equivocó.

—*¿Y ahora lo llamas como si nada?* —le escupió entonces la hermana—. *Eres la última persona que debería preocuparse por él.*

Y ahora, años después, esa frase volvía a sonar con la misma violencia. La última persona, quizá tenía razón.

Pero no podía evitarlo, no saber le estaba comiendo por dentro. No era amor —al menos no del todo—, era culpa: una mezcla de rabia y corazonada. Algo no cuadraba, algo estaba mal, muy mal.

Volvió a subir a la redacción y se encerró en una sala pequeña, sin ventanas. Encendió el portátil, abrió una carpeta antigua, investigaciones pasadas de Samuel. Nombres sueltos, capturas de pantalla, notas sin firmar. Había cosas que no entendía, otras que recordaba demasiado bien.

Entre los archivos encontró una nota suya, una dirección, una fecha, estaba marcada con rotulador rojo, recordaba esa noche. Samuel había insistido en ir solo, decía que era mejor así, que si pasaba algo, solo caería él. Ella lo dejó hacer, por desgaste y porque ya no tenía fuerzas para pelear.

Regina cerró el archivo y apoyó la frente en el teclado.

Cinco días y nadie parecía alarmado, ni siquiera la hermana. Todos asumían que Samuel hacía lo que siempre hacía: desaparecer, pero

esta vez no era lo mismo, esta vez no había señales, no había pistas, no había ni rastro. Pensó en llamarlo de nuevo, no lo hizo, en lugar de eso, marcó el número de un antiguo contacto. Un comisario en el que aún confiaba.

—Soy Regina Duarte. ¿Puedes mirar si hay algo registrado a nombre de Samuel Martínez? Detenciones, ingresos hospitalarios, denuncias... cualquier cosa.

—Dame unos minutos y te llamo.

Esperó mirando el suelo, mordiéndose el pulgar. Pasaron once minutos, el teléfono vibró.

—Nada, no hay movimientos recientes, ni entradas ni reportes, está limpio. ¿Por qué preguntas?

—Porque lleva cinco días desaparecido y esta vez no es como las otras, esta vez tengo un mal presentimiento.

—¿Estás segura?

—No, pero no puedo ignorarlo.

Colgó, apoyó la espalda en la pared, el suelo parecía moverse, como si algo, debajo, estuviera a punto de romperse.

Regina se repitió que todo estaría bien, que tal vez al día siguiente recibiría un mensaje de voz, una foto o una nota en la redacción. Algo que le dijera que Samuel seguía vivo, que seguía jugando a ser invencible.

Pero no lo creía, no del todo; y eso era lo peor.

3

Regina necesitaba un lugar donde respirar. No lo encontró en la redacción, tampoco en su piso; así que condujo hasta la casa de su madre, el único sitio que siempre había funcionado como refugio. Allí podía bajar la guardia, aunque fuera solo un rato.

Tocó el timbre, su madre tardó en abrir, lo justo para inquietarla. Cuando por fin la puerta cedió, apareció con una sonrisa cansada que parecía sostenerse a pulso. Llevaba el pelo recogido deprisa, con canas visibles en la raíz, y la cara —sin maquillaje, sin escudo— tenía la palidez de quien duerme por tramos. Sus manos olían a jabón, a ropa recién lavada, pero también estaban ásperas, castigadas; manos de casa y de aguantar. Se quedó un segundo mirándola, necesitaba asegurarse de que era ella de verdad, y solo entonces abrió los brazos.

—Hija, qué sorpresa.

Regina la abrazó con fuerza, sintió su olor, ese olor que siempre había sido hogar.

Entraron, la casa estaba en silencio, demasiado. Regina recorrió con la mirada el salón. Menos ordenado que de costumbre, una manta arrugada en el sofá, tazas sucias en la mesa baja, un detalle pequeño, pero suficiente para encenderle una alarma.

—Mamá, estoy preocupada. No sé nada de Samuel desde hace días.

Su madre cerró la puerta con cuidado.

—¿Samuel? —repitió con naturalidad—, pero si lo vi hace dos días, vino a ayudarme con la compra, muy amable, subió todas las bolsas.

Regina la miró incrédula.

—¿Hace dos días?

—Claro, estuvo aquí conmigo, se quedó un rato, charlamos y me preguntó por ti.

Un escalofrío recorrió la espalda de Regina. Era imposible, nadie lo había visto desde hacía casi una semana, no había rastro y ahora su madre decía que lo había tenido en casa.

—¿Estás segura, mamá? —insistió.

—Claro que estoy segura, no me lo voy a inventar.

Regina decidió callar de momento, fue a la cocina, abrió la nevera buscando agua y se quedó paralizada. Entre los estantes, junto a una bandeja de yogures, había un jersey doblado. Lo sacó despacio y lo sostuvo en la mano.

—Mamá, ¿qué hace esto aquí?

Su madre se encogió de hombros.

—Lo puse yo, para que no se me arrugara.

—¿En la nevera?

—Ay, hija, no me atosigues, estoy mayor, ¿vale?

Regina no contestó, nunca había escuchado a su madre excusarse así. Siempre había sido firme, contundente, con la cabeza clara como el cristal. Esa fragilidad improvisada le partió el alma.

Se sentaron, Regina la observaba, intentando encontrar respuestas en sus gestos. Recordó los años duros, cuando su padre desapareció. Tenía diez años, un día estaba en casa y al siguiente ya no, no volvió jamás. Su madre habló con la policía, pero todo apuntaba a que se trataba de una desaparición voluntaria. Desde entonces, ella se hizo cargo de todo, trabajó sin descanso, de sol a sol, para que a su hija no le faltara nada. Sacó adelante los estudios de Regina, pagó cada gasto y mantuvo la casa en pie. No fue fácil, pero lo logró; y Regina creció con la certeza de que, pasara lo que pasara, siempre podía contar con su madre.

—Mamá, repíteme. ¿Cuándo viste a Samuel?

La mujer la miró con ojos cansados, y dijo algo que a Regina le heló la sangre.

—Hace mucho, años quizá, ya ni me acuerdo.

Regina se quedó inmóvil un instante, se levantó de la silla, paseó por la cocina, buscando señales. La nevera contenía más sorpresas: una bolsa de pan mohoso, una pastilla de jabón envuelta en papel aluminio en el cajón de las verduras... cosas sin sentido.

—¿Te encuentras bien, mamá?

—Perfectamente. ¿Por qué preguntas tanto?

—Porque dices cosas que no cuadran y me asusta.

—Tú siempre con tus miedos, yo estoy bien, hija. Y seguro que Samuel también.

La última frase fue un susurro, parecía que hablara consigo misma. Regina no contestó, no podía.

Pasaron una hora hablando de banalidades: recetas, el precio de la luz, recuerdos de infancia. Su madre parecía normal por momentos, pero cada tanto soltaba frases inconexas, como grietas en la pared. Regina no quiso presionar más, la abrazó fuerte antes de marcharse.

Condujo de vuelta a su piso con una inquietud pesada en el pecho, ahora estaba doblemente preocupada, Samuel desaparecido y su madre con recuerdos que se deshacían en las manos.

Aparcó y entró en el portal, abrió el buzón, dentro había un sobre blanco, sin remitente, con su nombre escrito a mano. La caligrafía era firme, desconocida.

Subió a su piso antes de abrirlo, cerró la puerta tras ella, el silencio era total, encendió la luz y lo abrió.

Las fotografías cayeron sobre la mesa, y el mundo se detuvo. Un hombre atado a una silla, en el centro de una sala desnuda, rodeado de personas enmascaradas. La luz dura de un foco resaltaba cada detalle: la piel marcada, los brazos morados, la sangre seca en la boca, los ojos cerrados. ¿Estaba vivo? ¿Muerto? Imposible saberlo. Otra foto mostraba a uno de los enmascarados acercando una barra de hierro al pecho de la víctima. Otra, un cubo con agua manchada de rojo.

Regina se cubrió la boca con la mano, sintió arcadas, pero no vomitó. No podía apartar la mirada, había visto fotos terribles en su carrera, ninguna como esas. La crudeza, la escenificación, el mensaje oculto.

El último papel no era una amenaza, era una sentencia. Una hoja con caligrafía perfecta, casi antigua, mostraba un mensaje que la dejó sin aliento: Lo que has visto no puede borrarse.

Regina cerró los ojos, el corazón le retumbaba en los oídos. Comprendió lo que significaba, quienquiera que hubiese enviado

esas imágenes quería que siguiera el rastro, la estaban empujando a meterse de lleno en la investigación, a no mirar hacia otro lado.

Reunió las fotos, las guardó en el sobre, se dejó caer en el sofá, respiró hondo, pensó en Samuel, pensó en su madre, pensó que lo peor acababa de empezar.

Se levantó despacio, caminó hasta la ventana y se quedó inmóvil, con las fotos aún en la mano. No sabía qué hacer, estaba desesperada. Solo se le ocurría una persona a la que recurrir, aunque pedirle ayuda era casi tan difícil como mirar de nuevo esas imágenes. No quería hacerlo, pero no tenía otra salida; y sabía que, al marcar ese número, ya no habría vuelta atrás.

4

El plató vibraba con los aplausos, las cámaras se apagaban una a una y la estela del directo aún flotaba en el aire. Carlos del Olmo sonrió con esa seguridad que se le pegaba a la piel como un traje caro. Era un hombre alto, de hombros anchos, de los que obligan a apartarse un segundo en un pasillo sin saber muy bien por qué. Bajo las luces del plató parecía incluso más imponente: la piel ligeramente tostada, cuidada con esmero, la mandíbula marcada, la barba apenas insinuada y el pelo oscuro siempre en su sitio. Tenía los ojos claros, de un azul frío que en cámara resultaba cercano y confiable, pero que fuera de foco adquiría un brillo más duro, casi opaco. Vestía impecable —americana ajustada, corbata perfecta— y se movía con la naturalidad de quien no interpreta un personaje, sino que ha convencido al mundo de que ese personaje es él. La belleza, pulida a base de focos, descanso calculado y hábitos de espejo, ocultaba mal el cansancio que empezaba a asomar cuando la sonrisa se relajaba un segundo de más.

Caminó hacia los pasillos, con la seguridad de quien cree que todo le pertenece. Técnicos y redactores se acercaron a felicitarlo.

—Ha sido un éxito, Carlos —dijo uno de los productores—. Las cifras de audiencia de ayer fueron altísimas y seguro que mañana desayunamos con mejores datos aún.

Él apenas levantó una ceja.

—Como siempre —respondió, sin molestarse en disimular la soberbia.

Una maquilladora intentó alcanzarlo para retocarle el rostro, Carlos levantó la mano.

—Déjalo, no lo necesito. —Y siguió caminando.

En el pasillo, dos asistentes lo esperaban con papeles y datos del próximo programa. Carlos los detuvo con un gesto brusco.

—Más tarde, ahora no. —Los dejó allí, cortados, sin añadir nada más.

Llegó a la puerta de su camerino y se giró hacia la joven que lo seguía con un bloc de notas en la mano.

—Quiero estar solo, que nadie entre. ¿Entendido?

Ella asintió de inmediato, Carlos cerró la puerta y exhaló por primera vez en la noche. Miró su reflejo en el espejo iluminado: el presentador estrella, el rostro más famoso del país, el hombre admirado y odiado a partes iguales. Se sonrió con prepotencia. Sabía que era intocable, al menos, de cara al público.

Una hora más tarde, su coche lo dejó frente a un edificio de lujo en el Paseo de la Castellana. Subió en el ascensor privado hasta el ático y las puertas se abrieron a un salón amplio, con cristaleras que ofrecían una vista abierta de la ciudad iluminada. Ese era su reino: copas de cristal de bohemia, sofás de diseño, alfombras que costaban más que el sueldo anual de cualquiera de sus empleados, todo a su medida.

Se quitó la chaqueta y se sirvió una copa de whisky, el más caro. Caminó hacia un mueble empotrado en la pared, introdujo un código y abrió la caja fuerte. Dentro, entre documentos y joyas, había un pequeño USB. Lo sostuvo en la mano, parecía pesar más de lo que debía, lo observó unos segundos y después lo conectó a su portátil.

La pantalla se iluminó, era un archivo único, lo abrió y el vídeo comenzó. La cámara mostraba una sala oscura, iluminada por un único foco. En el centro, una mujer colgada del techo por los brazos. Las muñecas sujetas con grilletes metálicos, el cuerpo suspendido, los pies apenas rozando el suelo. Tenía la cara amoratada, los labios partidos. Respiraba con dificultad, cada inhalación era un quejido que le sacudía el pecho.

Una figura se acercó desde un lateral, el rostro no se veía, solo las manos. Llevaba guantes negros, sujetaba una barra metálica, la levantó y la descargó contra el abdomen de la mujer. El golpe la empujó hacia atrás, y un grito desgarrador salió de su garganta. El cuerpo osciló, sostenido únicamente por los grilletes que le destrozaban la piel de las muñecas.

Carlos bebió un trago de whisky, sin apartar la mirada.

El vídeo continuó, el verdugo apareció con un cubo de agua, lo volcó sobre su rostro, ella se sacudió en el aire, ahogándose, tosiendo, escupiendo. El agua le entraba por la nariz y la boca, la piel cubierta de hematomas se erizó con el frío. Los pies intentaban buscar el suelo, desesperados, pero no llegaban bien. Un jadeo áspero, el ruido de alguien que lucha por una bocanada de aire, llenaba la sala.

Otro corte, la mujer estaba empapada, los brazos tensos al borde de la dislocación. Los grilletes le habían abierto la piel, y la sangre descendía hasta los codos; entonces se oyó un chirrido metálico: las cadenas descendieron despacio. Ella cayó de rodillas, todavía con las muñecas atrapadas, la espalda arqueada por el peso. El torturador se acercó con un alicate, le sujetó una mano y tiró con fuerza. El metal arrancó la uña de raíz. Su grito fue un alarido insoportable, un sonido que parecía romper la sala en dos. La cámara se acercó al dedo ensangrentado con la piel levantada. La víctima intentaba apartarse, pero no podía moverse ni un centímetro, se rindió al dolor.

Carlos contuvo el aliento, la copa temblaba en su mano, aun así, no apartó los ojos de la pantalla.

El vídeo seguía, la mujer colgaba con la cabeza ladeada. Un chorro de agua helada la despertó de golpe, levantó la cara con esfuerzo, tenía la nariz rota, un ojo cerrado por la hinchazón. La boca se abrió en un intento de pedir clemencia, pero apenas salía un hilo de voz. El torturador le dio una bofetada brutal, el sonido resonó en la sala. Luego, un golpe con el puño cerrado en el estómago. El cuerpo de la mujer se balanceó, inerte, sostenido únicamente por las muñecas.

Otro corte, ahora se veía al torturador con un soplete pequeño en la mano. Lo encendió y acercó la llama a la piel del muslo de la víctima, ella gritó con un dolor desgarrador, un grito que se quebró hasta convertirse en sollozos convulsos. Casi podía sentir el olor a carne quemada, la piel ampollada que se ennegrecía bajo el fuego. El cuerpo colgado se retorció de manera antinatural, como un animal atrapado.

La mujer trataba de mover la cabeza, de zafarse, pero los grilletes la mantenían suspendida, implacables. Lloraba, suplicaba con los

ojos. El torturador apagó el soplete y la dejó colgando, medio inconsciente, el pecho agitándose en espasmos.

Carlos respiró con dificultad, el sudor resbalaba por su frente, pero siguió mirando.

En el siguiente fragmento, la mujer estaba más débil, su respiración era irregular, los labios secos. El torturador acercó la cámara a su rostro, ella apenas podía abrir los ojos, pero su mirada aún reflejaba terror. Movié los labios queriendo pronunciar un nombre, pero ningún sonido salió.

De pronto, la figura le levantó la cabeza tirándole del pelo y le mostró un cuchillo. Lo pasó lentamente por su mejilla, sin cortarla, solo rozando. Ella sollozaba, sus lágrimas se mezclaban con la sangre seca. Después el cuchillo descendió hasta el cuello, la hoja presionó, dejando una marca roja. La cámara registró cada segundo de esa agonía.

Carlos cerró de golpe el portátil, su respiración era descompasada, el gesto duro. Se levantó, caminó por el salón con pasos nerviosos, se sirvió otra copa, la bebió de un trago, intentando ahogar la imagen que aún le martilleaba en la cabeza.

Volvió al portátil, desconectó el USB y lo metió en la caja fuerte. Cerró con rapidez, intentando guardar algo más que un objeto. Como si al girar la llave pudiera encerrar también lo que había visto, lo que sabía, lo que recordaba. Sabía que ese vídeo era una losa, un peso imposible de soltar; pero también sabía que jamás podría destruirlo, estaba condenado a convivir con él.

Se dejó caer en el sofá, miró las luces de la ciudad a través de la cristalera. Aparentemente lo tenía todo: fama, dinero, poder; pero aquel USB era la prueba de que su éxito tenía un precio que lo perseguía en silencio.

Ese vídeo es mi verdadera cadena, y nunca me la podré quitar.

5

Regina se quedó de pie en medio del salón, el sobre abierto, las fotos boca abajo casi amenazantes, la caligrafía de la nota aún grabada en la retina. «Lo que has visto no puede borrarse» se repitió en silencio, Notó el temblor en los dedos, cogió el móvil, buscó el número de David, dudó un segundo, respiró y llamó.

Sonaron tres tonos, al cuarto escuchó su voz, áspera, con una decepción apenas disimulada.

—¿Regina?

—Sí, soy yo.

Silencio, un par de respiraciones al otro lado, y luego el golpe sin anestesia.

—Han pasado años, ¿qué quieres ahora de mí?

—Es por... —intentó mantener la calma—. Necesito hablar contigo.

—No me digas, qué sorpresa, déjame adivinar, ¿Samuel?

Regina se apoyó en el borde de la mesa, notó el papel bajo la palma, frío.

—Lleva días desaparecido, y hoy... hoy he encontrado un sobre en el buzón.

—¿Un sobre?

—Con fotos, duras, muy duras, no entiendo por qué me las han mandado a mí, venían con una nota escrita a mano. Decía: «lo que has visto no puede borrarse», no sé qué significa, pero no puedo hacer como si no existieran.

—Pues claro que puedes, lo has hecho antes.

—No con algo así David, por favor, escúchame, son imágenes reales, no son un montaje, necesito que las veas, o te las envío por correo, quedamos donde quieras y te las enseño, solo cinco minutos.

Él se rio sin ganas, una risa corta que a ella le sonó a algo cerrándose.

—Qué bien conoces el guion, primero el por favor, luego el solo cinco minutos, después los favores, y al final me quedo yo recogiendo los pedazos de lo que se rompe, no, Regina, no voy a hacerlo.

—No te estoy pidiendo que vuelvas a... —se detuvo y se obligó a bajar el tono—, no te estoy pidiendo nada que no puedas dar, solo que mires las fotos y me digas si ves lo mismo que yo, hay algo que no encaja.

—Lo que no encaja es que me llames después de desaparecer tú también.

La frase le atravesó el pecho, aún dolía.

—Lo sé, y no voy a justificarme, me fui, tú te fuiste, todo se rompió, pero ahora no puedo con esto sola. Antes de desaparecer, Samuel me dijo que estaba detrás de algo grande, insinuó que era peligroso, y ahora esto, alguien ha puesto esas fotos en mi buzón, con mi nombre, no es casualidad.

—Samuel siempre estaba detrás de algo grande, siempre podía costarle caro, siempre arrastraba a los demás, a ti la primera, y siempre volvía igual: cansado, herido, sucio, pero con la exclusiva bajo el brazo, lo sabes tú, lo sé yo, y no pienso meterme otra vez en ese triángulo.

—No es un triángulo, es una llamada de auxilio, y no es mía, David, es de alguien al que están destrozando, quizá de alguien que ya está muerto, no puedo quedarme mirando a otro lado.

—Yo sí, ya aprendí.

Regina cerró los ojos, recordó el primer golpe de las imágenes, el foco, las sombras, la violencia sin cortes, el impulso de apartar la vista y no poder, volvieron las náuseas.

—Estoy temblando desde que las vi, me he lavado las manos tres veces y sigo notando el papel, el brillo, el olor de la tinta, el mensaje, no puedo con esta sensación, y el único que puede decirme si me estoy perdiendo el juicio eres tú, míralas, y si después quieres mandarme a la mierda lo haces y desapareceré, te lo juro.

—No necesito ver nada para mandarte a la mierda —dijo él, sin elevar la voz—, y no voy a mirar nada, porque sé lo que pasa luego, sé dónde acabo.

—No lo hagas por mí —insistió—, hazlo porque una persona está sufriendo, porque quizá Samuel también, porque si esto es parte de lo que estaba investigando, hay alguien moviendo hilos y no sé por dónde empezar.

—Y empiezas llamándome, mal comienzo.

—Contesta a una pregunta, solo una, si hubieras recibido tú esas fotos, ¿habrías colgado?

—No las habría abierto.

La respuesta fue tan rápida que a Regina se le cortó el aire.

—No te creo.

—Me da igual, créeme o no, yo no vuelvo atrás, dejé ese periódico, dejé vuestra guerra, dejé la manera que tenías de mirarme como quien mira un salvavidas, dejé la versión de mí que vivía de tus migajas, no, Regina, ya no.

Se quedó con la frase en la boca, migajas, duele porque es verdad, pensó.

—Hoy no llamo para pedirte que me salves, hoy te pido que me ayudes a entender, nada más.

—Llamas para lo de siempre, para que haga de pared, de saco, de hombre que te sostiene mientras tú decides si sigues amando a otro, no.

La sangre le subió a la cara, se obligó a respirar, a no entrar en las curvas de siempre.

—Samuel me mintió, me dejó tirada mil veces, lo sé, te usé como refugio, también lo sé, tú te fuiste porque no podías más, lo entiendo, pero ahora no hablo de eso, ahora hablo de fotos de una tortura, hablo de un mensaje claro, y me conoces, sabes que cuando me agarro a un hilo no lo suelto, ayúdame a saber si es un hilo o una soga.

—Es una soga, para ti y para mí si la agarro, y yo ya estuve colgado suficiente tiempo, no vuelvo a poner el cuello.

Regina apoyó la frente en el frío del cristal, sin apartar el móvil de la oreja, quería llorar, no iba a hacerlo, no ahora.

—Queda conmigo, cinco minutos, en un bar, en la esquina que tú digas, te enseño las fotos, te enseño la nota, y si después quieres levantarte e irte sin decir palabra, no te molesto más.

—No.

—Te las envió por correo, ahora mismo, las borras en cuanto las veas, pero míralas.

—He dicho que no.

—¿Por qué?

—Porque me conozco, porque si las veo me meto hasta el fondo, porque entonces vuelves a entrar en mi vida, y cuando vuelves me rompes, y yo ya no tengo fuerzas para volver a empezar de cero por vuestra culpa.

La claridad le dolió y, aun así, le pareció justa.

—¿Tanto me odias?

—No puedo odiarte, y por eso mismo no quiero saber nada.

David estaba de pie en la cocina, un plato de pasta frío, Regina en la silla sin tocarlo, los ojos posados en la mesa, las manos cruzadas.

—¿Sigues pensando en él?

Silencio, un suspiro apenas.

—Sí.

David asentía sin mirarla, se llevó el plato al fregadero, abrió el grifo, el agua corrió, ninguno de los dos habló más, esa noche durmieron de espaldas, al día siguiente él pidió el traslado.

—Me fui porque no podía miraros cada día —añadió él, retomando el hilo de lo que llevaba tiempo callando—, me fui porque en esa redacción me ahogaba, porque cada vez que entrabas y te sentabas sin mirarme yo era un idiota más, me fui para salvarme, y ahora, cuando por fin respiro, me llamas, y pretendes que vuelva a meter la cabeza donde ya no hay salida.

—Solo pido cinco minutos.

—Pides todo, y no, no te lo puedo dar.

Ella quiso lanzar el móvil contra la pared, pero no lo hizo, lo apretó fuerte y trató de suavizar su voz.

—Escúchame un segundo —respiró hondo—, hace una semana hablé con él, dijo que estaba cerca de cerrar algo grande, sonaba cansado, pero convencido, no era el tono de otras veces, hay algo distinto, lo noto, y después aparece esto en mi buzón, ¿de verdad vas a decirme que no te inquieta?

—Claro que me inquieta, por eso mismo no quiero entrar, me inquieta, me jode, me remueve y no pienso pagar otra vez, ya pagué suficiente.

—Tú también haces periodismo de verdad —dijo Regina, sin ironía—, tú sabes cuándo huele a bomba, y esto huele a eso, a bomba, si no lo haces por mí, hazlo por el oficio.

—Mi oficio ahora es dormir por las noches, no perder peso por ansiedad, no mirar la puerta pensando si entra él o entras tú, no, Regina, no me vas a vender ese discurso.

Redacción, martes por la tarde, Samuel aparece con la camisa manchada y mirada triunfante, todos giran la cabeza, alguien le pregunta si tiene la pieza, él dice que sí, que entra en el cierre, David está sentado con los puños cerrados, Regina se levanta de su mesa y va hacia Samuel, le toca el brazo, le pregunta si está bien, Samuel la aparta con un gesto y le dice que luego, «luego hablamos», David aparta la vista de la pantalla, pide a Recursos el traslado ese mismo día.

—Lo siento David, te pido perdón —dijo ella, bajando el tono—, por todo lo que hice, por usar tu casa para no sentir, por dormir a tu lado pensando en otro, por no mirar de frente cuando te fuiste, por no saber despedirme, te pido perdón, de verdad, pero ahora necesito ayuda.

—No soy tu cura, ni tu terapia, ni tu amigo al que llamas cuando todo se te cae —contestó él, sin crueldad pero sin suavidad—, y si te sirve el perdón para algo, perfecto, a mí ya no me arregla nada.

—Por favor.

—No.

Regina abrió el sobre, sin colgar, sacó una de las fotos como quien se arranca una astilla, la sostuvo a contraluz, no se veía mejor, se veía igual, sintió un golpe en el estómago, de nuevo el impulso de vomitar, lo contuvo.

—He visto muchas cosas en estos años, David, he visto gente muerta, he visto accidentes, he visto cosas que no quise ver, pero esto es distinto, hay algo calculado, casi ritual, algo que alguien quiere que yo vea, ¿por qué a mí?, ¿por qué ahora?, no tengo

respuestas, tú podrías darme una, o decirme por dónde empezar, y eliges no hacerlo.

—Elijo no volver a sangrar por ti.

—No es por mí.

—Siempre lo es Regina.

Se hizo un silencio largo, los dos respirando, los dos escuchando la respiración del otro, como tantas noches en que no sabían qué decir y se conformaban con estar.

—Si no vas a ayudarme, dímelo claro —pidió ella.

—No voy a ayudarte.

—Ni siquiera ver las fotos.

—Ni siquiera verlas.

Regina sentía como le ardían los ojos, se resistió a llorar, no iba a darle ese último regalo.

—Entonces, dime al menos una cosa, ¿alguna vez me quisiste de verdad?

—Te quise más de lo que era sano, y por eso mismo me niego a volver a entrar.

—Gracias por la respuesta —dijo, seca, y se sorprendió de escuchar su propia voz tan plana—, cuídate.

—Tú también —respondió él, y colgó.

El sonido del corte la pilló con la boca abierta, se quedó mirando la pantalla negra, el nombre de David aún arriba, el contador detenido, el pulso martilleándole en el cuello, soltó el móvil, se quedó quieta, la habitación parecía más pequeña, la noche más densa, el sobre seguía ahí, abierto como una herida.

6

Natalia entró en la urbanización sin bajar la velocidad. El vigilante levantó la barrera con un gesto mecánico. Las casas que se alineaban a lo largo de las calles eran verdaderas mansiones: fachadas impecables, jardines perfectamente cuidados, coches de alta gama en cada entrada. En aquella zona vivían ejecutivos de multinacionales, famosos y políticos retirados, lejos del ruido pero a pocos minutos del centro. El silencio no era natural, era comprado. La seguridad era privada, y la exclusividad se respiraba en cada esquina.

Detuvo el coche frente a su casa. Amplia, blanca, con líneas rectas y ventanales enormes. Abrió la puerta del garaje con un mando, aparcó, apagó el motor y se quedó unos segundos con las manos en el volante. El interior del coche olía a cuero nuevo. Un coche caro, cómodo, que parecía flotar sobre el asfalto. Ese olor a poder que le resultaba reconfortante. Bajó colgándose su bolso de piel suave, líneas elegantes, cosido impecable. Un objeto que gritaba lujo en voz baja... Caminó con paso firme hasta la puerta de entrada.

El recibidor estaba bañado por la luz de una lámpara de diseño suspendida del techo, moderna, cara, y perfectamente alineada con el estilo minimalista del resto de la casa. El suelo brillaba, la alfombra clara no tenía ni una mota. Se quitó el abrigo y lo dejó con cuidado encima de un sillón fabricado en edición limitada. Una pieza que pocos podían permitirse y que ocupaba ese rincón imponiendo su valor. El silencio era total.

Venía de una reunión tensa, como todas desde que heredó la empresa de transportes de su marido. Natalia había entrado en la sala de reuniones con el aplomo de quien está acostumbrada a ser observada. Era una mujer alta, esbelta, de movimientos contenidos, con una belleza madura que el tiempo había afinado en lugar de

desgastar. La piel clara conservaba un cuidado meticuloso y los rasgos, precisos, mantenían una armonía fría. Llevaba el pelo impecablemente peinado, sin concesiones al descuido, y unos ojos oscuros que miraban desde una distancia aprendida, atentos y reservados a la vez. Vestía con una sobriedad elegante, prendas que no necesitaban exhibirse para hacerse notar. Todo en ella hablaba de control y de hábito, de una vida sostenida durante años por la apariencia y la disciplina, incluso ahora que empezaban a aparecer las primeras grietas. Había sido una mañana agotadora: el asesor contable dándole cifras que no quería escuchar, los directivos advirtiéndole que si no se tomaban decisiones drásticas, los bancos podrían intervenir. Natalia había mantenido la compostura, había cruzado las piernas con elegancia y levantado una ceja con desprecio cada vez que alguien se atrevía a sugerir vender alguna división de la empresa. Sabía que la situación era crítica, pero no pensaba rendirse.

Se sirvió una copa de vino y caminó por la casa con la misma seguridad con la que había manejado aquella reunión. Las cortinas recién planchadas, los muebles impecables, los detalles cuidados. Nadie podía imaginar que algo iba mal, ni lo permitiría.

Se asomó al jardín, el césped estaba recién cortado, las hortensias que mandó plantar en primavera seguían floreciendo. Su mundo tenía que seguir viéndose perfecto. Eso era lo que importaba, la perfección, la imagen.

Mientras Natalia cerraba las ventanas del salón con delicadeza, le llegaron por primera vez voces exteriores. Las risas rompían la quietud de la casa. Apoyada en el marco de la puerta doble que daba al jardín, sonrió antes incluso de verlos aparecer. Guillermo, su hijo de diecisiete años, y su mejor amigo Iván caminaban hacia la entrada lateral, después de un rato de juego bajo la lluvia.

Guillermo llevaba el pelo rubio largo, cayéndole encima de los hombros con una despreocupación que no parecía del todo inocente. Tenía los ojos claros, casi transparentes, los mismos de su padre, una mirada que llamaba la atención incluso cuando no buscaba hacerlo. Iván era distinto: el pelo castaño, más corto, el rostro abierto, unos ojos grandes y marrones que lo hacían parecer más

joven de lo que era. Los dos eran guapos de una forma evidente, incómoda incluso, todavía a medio camino entre la adolescencia y algo más adulto. Compartían la misma seguridad inconsciente, esa que nace de crecer rodeado de privilegios, aunque en cada uno se manifestara de forma distinta.

Ella apartó la vista del jardín para abrir la puerta antes de que uno de ellos tuviera siquiera que tocar el timbre.

—¡Hola, chicos! —exclamó con tono enérgico y entrañable, al mismo tiempo—. ¿Dónde os habíais metido?

—Hola, mamá.

Guillermo entró dejando la mochila en el suelo y caminando hacia ella con la naturalidad de quien se sabe querido. Iván venía detrás, como siempre, con esa sonrisa cálida y el saludo tímido.

—¿Qué tal el instituto?

—Un rollo —respondieron casi a la vez. Natalia les dio un beso rápido antes de que subieran a la habitación.

—Tenemos que acabar un trabajo, luego bajamos.

Cuando subieron a la habitación, Natalia se quedó sola de nuevo, dio un sorbo más a su copa de vino y fue al despacho. Encontró varias cartas: publicidad, extractos bancarios, una invitación a una gala benéfica que tendría lugar en dos semanas. La abrió, leyó por encima. Otro evento para demostrar que todo iba bien, otro escaparate para la mentira que estaba construyendo.

Respiró hondo, usó sus dedos para peinar y alisar su pelo, su mundo no se caería, no ahora, no mientras ella pudiera sostenerlo, aunque fuera con uñas y dientes; aunque nadie lo supiera, aunque la arrastrara la desesperación por dentro. Porque esa era Natalia y eso les haría creer.

Volvió al salón con la copa en la mano, se sentó en uno de los sofás blancos, cruzó las piernas con elegancia y miró hacia la puerta cerrada del pasillo. Desde allí apenas se escuchaban las voces de los chicos, pero las risas lejanas le daban un pequeño consuelo. Guillermo era lo único que de verdad importaba, aunque jamás se lo dijera con palabras, lo había protegido como una leona desde el día en que nació.

Desde que murió Eduardo, todo se había torcido. Durante años vivieron rodeados de lujos, sin pensar en cifras ni balances, su marido se encargaba de eso. Natalia siempre pensó que él tenía todo controlado. Cuando falleció, se dio de bruces con una realidad que no esperaba: cuentas en rojo, préstamos camuflados y una empresa que solo se mantenía por inercia.

Lo peor no era el dinero, lo peor era la humillación. Saber que tendría que vender propiedades, reducir gastos, hacer recortes. Eso sí que no, esa palabra no existía en su vocabulario. No permitiría que el apellido de su hijo se viera manchado por una quiebra, no después de todo lo que habían construido.

Se levantó, volvió al despacho. Esta vez se sentó frente al ordenador, encendió la pantalla y accedió a sus correos, un nuevo mensaje del banco. Abrió el archivo adjunto con desgana, otro informe, otro descenso de ingresos. Cerró el documento sin leerlo entero.

El móvil vibró, Natalia apartó la mirada del ordenador y al ver el nombre en pantalla «Aurora» le cambió la expresión. Dudó un segundo y contestó.

—Dime.

—Quince días —soltó Aurora, sin saludar—. Llevo quince días sin ver a mi nieto. ¿Qué pasa, Natalia? ¿A él también me lo vas a quitar?

Natalia se llevó una mano al puente de la nariz.

—Guillermo está con exámenes, está liado.

—¡Y yo qué! ¿Te tengo que pedir cita previa para verle? ¿También tengo que esperar a que tú me des permiso?

—No empecemos, por favor.

—¿No empecemos? ¿Cómo que no empecemos? ¿Sabes lo que es mirar el móvil cada día esperando un mensaje de tu nieto y no recibir nada?

—¿Le has escrito?

—¿Y qué más da si le escribo o no? ¡Tú sabes perfectamente por qué no responde! Porque tú lo tienes ahí, vigilado, controlado. Como hacías con Eduardo.

Natalia se quedó en silencio, los dedos apretando el borde de la mesa. Sabía por dónde iba a ir la conversación, y aun así, no estaba

preparada.

—A Eduardo nunca lo controlé, no seas injusta.

—¿Injusta?! —La voz de Aurora se disparó al otro lado del teléfono—. Murió en tu casa. ¡Murió en tus brazos! Y tú tardaste más de veinte minutos en llamar a una ambulancia. ¡Veinte, Natalia!

—Estaba en shock. ¡Pensé que era un ataque de ansiedad!

—¡De ansiedad no! ¡Te pidió ayuda y tú te quedaste ahí, mirándole! ¡Si hubieras actuado antes, igual seguiría vivo!

Natalia se levantó de la silla de golpe, el corazón le latía en la garganta.

—¡No sabes de lo que hablas! ¡No estabas aquí! ¡No viste cómo estaba!

—¡Claro que no estaba! ¡Tú ya te habías encargado de apartarlo de todos! ¡Hasta de su propia madre!

—¡Eso no es cierto!

—¡Lo alejaste de mí! ¡Le llenaste la cabeza de porquería! ¡Y ahora haces lo mismo con Guillermo! ¡Lo tienes encerrado ahí, sin dejarle ver a nadie, sin dejarle respirar!

—¡Guillermo vive conmigo, no contigo! ¡Y está donde quiere estar!

—No me toques las narices Natalia, tiene diecisiete años, no sabe lo que quiere, pero ya aprenderá, y cuando lo haga, se va a dar cuenta de todo. De lo que hiciste con su padre, de lo que haces con él, y entonces te odiará como yo te odio ahora.

Silencio. Uno que dolía más que cualquier grito. Natalia se llevó una mano al estómago, le faltaba el aire.

—Yo también perdí a Eduardo, también me duele, no soy una piedra.

—Sí, claro. Te duele tanto que al mes estabas de viaje en la costa, presumiendo de vestido y champán. ¡Tú no has llorado por él ni una noche!

—¡Te atreves a decir eso cuando no tienes ni idea de lo que he pasado!

—Por supuesto que tengo idea, y lo que más rabia me da es que encima vas de víctima. El muerto también era mío, y tú me lo arrebataste todo.

—¡Yo no maté a tu hijo, Aurora!

—No con tus manos, Natalia, lo tuyo fue más lento, más frío, más cruel.

A Natalia se le saltaron las lágrimas, pero no iba a llorar y que ella la escuchara, no le daría ese gusto.

—Te estás pasando.

—¿Ah, sí? ¿Y qué vas a hacer? ¿Prohibirme ver a Guillermo? Ya lo haces ¿Decirle que su abuela está loca? ¡Hazlo! Ya lo hiciste con su padre. ¿Por qué no repetir la jugada?

—Estás enferma de odio, y te estás quedando sola, Aurora, pero eso no es culpa mía.

—No te hagas la víctima, Natalia. ¡No me trago tus lágrimas de viuda perfecta! No lo hiciste entonces y no lo estás haciendo ahora.

—¡Vete al infierno!

—Ya estoy en él, desde que mi hijo murió en tu casa.

Natalia colgó, no pensó, solo se quedó ahí, con el móvil temblando entre los dedos, mirando a la nada.

Durante unos segundos no hubo sonido. Luego, las risas apagadas de Guillermo e Iván llegaron desde el piso de arriba.

Natalia cerró los ojos, le temblaban las manos, le ardía el pecho, pero su hijo estaba arriba, riendo, ajeno a todo; y esa era su única victoria. No permitiría que el veneno de Aurora volviera a colarse en su casa, ni una vez más.

7

No lloró, no gritó, ni llamó a nadie, se sentó en el borde del sofá, volvió a meter las fotos en el sobre, deslizó la nota encima, *lo que has visto no puede borrarse*, leyó otra vez, no estaba amenazada, estaba convocada, esa fue la palabra que le vino, convocada, y ya había respondido al verlas, al llamar a David, al seguir hablando aunque él no quisiera.

Pensó en Samuel, destacaba incluso antes de decir una palabra. Tenía el cuerpo fuerte y fibroso de quien entrena por costumbre y no por apariencia, y se movía con la soltura de alguien acostumbrado a estar al aire libre, en marcha. El pelo oscuro le caía sin disciplina, y la barba de dos días endurecía unos rasgos ya de por sí marcados. Era guapo de una forma directa, física, difícil de ignorar, con la piel tostada y una presencia que atraía miradas sin esfuerzo. Vestía sencillo —ropa gastada, botas, chaqueta—, pero había en él algo indómito, una mezcla de energía y despreocupación que recordaba a los hombres que viven deprisa y no piden permiso. Cuando levantaba la vista, la intensidad de sus ojos hacía el resto: esa clase de magnetismo que no se busca y, aun así, se impone. Pensó en su manera de hablar cuando estaba cerca de una historia, la vehemencia, la convicción, la mentira fácil cuando le convenía, pensó en la última vez que lo vio, preocupado, frotándose las manos como hacía cuando hilaba cabos, «es grande, Regina, es más grande de lo que crees», le dijo, ella no le creyó del todo y ahora esas palabras se mezclaban con la tinta de la nota, con la mano que había puesto ese sobre en su buzón.

Se levantó, fue a la cocina, abrió el grifo, dejó correr el agua fría, se echó un poco en la nuca, respiró, volvió al salón, el sobre seguía donde lo había dejado, no se movía, pero ocupaba todo, cogió el móvil, lo dejó otra vez, no iba a llamar a nadie más, no esa noche.

Una parte de ella quería insultar a David, escribirle mensajes que no le enviaría, llamarle cobarde, acusarle de egoísta, otra parte sabía que había dicho su verdad, que no era cobardía sino supervivencia, y que ella iba a tener que escoger entre seguir pidiendo muletas o aprender a andar sola con el peso de lo que había visto.

No había conseguido lo que quería, David no vería las fotos, no la acompañaría, no habría cinco minutos en un bar neutro con un café frío y frases cortas, no habría correo con archivos adjuntos, no habría consuelo, no habría alivio, solo quedaba ella y esa frase que no se iba, *lo que has visto no puede borrarse*.

La tentación de volver a llamar a David le cruzó fugaz, la cortó de raíz, no iba a humillarse, no iba a mendigar, las cosas estaban claras, él había dicho no, y un no también es información, también sirve, coloca piezas, delimita caminos, marca qué puertas se han cerrado, señaló mentalmente esa puerta con pintura roja. No había marcha atrás y no quería que la hubiera.

El móvil vibró, se le aceleró el pulso, David.

No contestó de inmediato, lo miró un segundo, dos, tres. Dudó si dejarlo sonar, si apagar el teléfono, si fingir que no lo había visto, pero deslizó el dedo.

—¿Sí?

—No digas nada —. Su voz sonó más calmada que antes, pero también más contenida. Se obligó a sonar neutral.

Regina se quedó en silencio, atenta. No sabía si hablar o dejarle continuar.

—He pensado lo que me dijiste.

No respondió.

—No te prometo nada, no sé si voy a implicarme y por supuesto no voy a volver a lo de antes, pero mándame esas fotos.

—¿Ahora?

—Bueno, no —su respuesta fue rápida, casi con brusquedad—. No quiero verlas por teléfono, quiero que me las enseñes en persona, mañana, donde tú digas.

Regina contuvo el aire un segundo, no era un sí, pero tampoco era un no, era algo.

—David... —empezó, con la voz rota.

—No —La cortó, sin dudar—. No vamos a hablar de nosotros, Regina. No quiero volver ahí. Esto es por Samuel, y porque después de lo que me contaste, si no lo hago, no voy a dormir tranquilo, eso es todo.

Hubo un silencio, de esos que arden.

—Está bien, mañana a las doce, en el bar de la esquina de la redacción.

—Perfecto.

—David...

—Solo eso, mañana a las doce.

Colgó.

El tono de llamada se cortó como un latigazo. Regina se quedó con el teléfono aún en la mano, pegado al oído, mirándolo como si fuera a decir algo más, como si pudiera recuperar algo solo con sostenerlo un segundo más.

Se dejó caer de nuevo en el sofá, no supo si estaba temblando de rabia, de alivio o de miedo, quizá de todo. No era consuelo lo que había sentido, no era cariño, era algo parecido al deber, a una obligación moral que David se había impuesto, a pesar de ella; y sin embargo... estaba al otro lado.

Miró la nota, la frase ahora parecía más clara, más pesada, más inevitable. Era como tener una cuenta atrás invisible, un reloj que ya estaba corriendo.

Se levantó, fue hasta su dormitorio, abrió la mesilla y metió la nota con cuidado, como se guarda algo sagrado o peligroso. Cerró el cajón con firmeza, no iba a mirar más esa nota, ya la llevaba dentro.

Volvió al salón, se apoyó en el marco de la puerta, en silencio. Miró la estancia: la taza olvidada, la luz tenue de la lámpara del rincón, el sobre aún encima de la mesa.

Respiró hondo, David había dicho sí... pero no del todo. Un sí envuelto en hielo, en cautela, en rencor; y aun así, era más de lo que había esperado.

Volvió a sentarse, se frotó las manos, se miró los dedos, notó que le dolían las articulaciones, la tensión no se iba, pero algo dentro de ella se había desplazado, una pieza se había movido. Ya no estaba

completamente sola, y aun así, sabía que tendría que sostenerlo casi todo sola.

Mañana, esa palabra, tan pequeña, ahora contenía un universo. Un encuentro, unas fotos y una pregunta que nadie se atrevía a formular: ¿de qué coño va todo esto?

Regina no tenía respuestas, solo intuiciones, sospechas que daban vueltas como moscas en su cabeza; pero tenía una cita, un punto de partida.

Y si David estaba dentro, aunque fuera con un pie, entonces aquello empezaba a tomar forma.

Cerró los ojos, no era esperanza, no era reconciliación, era una cuerda lanzada desde el otro lado del abismo.

Y ella, con las manos temblando, acababa de agarrarse.

8

La habitación estaba en penumbra, olía a encierro, a sudor viejo y a vino oxidado. Isabel Aldama seguía sentada en la cama, inmóvil, con los ojos abiertos esperando que la oscuridad se la tragase entera. La jueza rondaba los sesenta, aunque durante años había sabido llevar la edad con la misma disciplina con la que había construido su carrera. Era una mujer de porte firme, acostumbrada a que la escucharan sin necesidad de alzar la voz. Llevaba el pelo cuidadosamente teñido, recogido con pulcritud, aunque últimamente empezaban a asomar, cerca de las sienes, pequeñas hebras grises que no terminaban de desaparecer. Sus ojos verdes, fríos y atentos, observaban desde una distancia profesional, de las que miden antes de juzgar. Vestía con sobriedad elegante, prendas caras y discretas, y cuidaba hasta el último detalle: las uñas postizas, el maquillaje preciso, la postura recta; sin embargo, bastaba mirarla un poco más de cerca para notar que algo se estaba resquebrajando. Una uña ligeramente dañada, el gesto cansado al llevarse la mano al pelo, la rigidez excesiva en los hombros. Señales mínimas, casi invisibles, pero suficientes para delatar que el control —ese que había sostenido su vida durante décadas— empezaba a exigirle un esfuerzo mayor. Llevaba horas sin moverse, con la misma ropa de casa desde el día anterior. Había intentado dormir, pero el cuerpo se negaba. Las pastillas ayudaban a apagar los músculos, no los recuerdos.

La copa en la mesilla seguía medio llena. Junto a ella, las pastillas. Algunas fuera del blíster, otras aplastadas entre las páginas de un libro abierto por la mitad. Encima, una fotografía quemada. Lo poco que quedaba era una esquina de sonrisa y un mechón de pelo, nada más.

Isabel se levantó despacio, las piernas crujieron al sostener su peso. Caminó hasta el baño sin encender la luz, sabía exactamente dónde estaba cada cosa: la baldosa rota, el pomo suelto, el espejo manchado de vapores pasados... Se mojó la cara con agua fría, luego se miró. El reflejo no parecía el suyo: ojeras profundas, los labios partidos, el pelo recogido sin fuerza. Tenía aspecto de alguien que lo ha perdido todo, aunque aún se mantuviera en pie. Magistrada de la Audiencia Provincial, reconocida, admirada; y sin embargo, rota por dentro.

Regresó al dormitorio, se sentó otra vez en la cama, porque no parecía quedar otro sitio en el mundo donde caer. La casa guardaba silencio, un silencio espeso, asfixiante. Fuera la ciudad respiraba con normalidad, coches, risas lejanas, algún claxon. Dentro, solo un corazón latiendo con rabia, la de ella.

No era insomnio, era un castigo. Cada vez que cerraba los ojos, la escena volvía, con nitidez, con la crudeza de los momentos que no se olvidan nunca. Ese sótano, esa silla, ese chico. La sangre corriendo por el suelo y su mirada diciéndolo todo sin decir nada.

Lo había visto por primera vez con la cabeza colgando, desnudo, lleno de golpes. La piel rota, el cuerpo temblando. Respiraba a ráfagas, con la sensación de que cada aliento podía ser el último. Estaba solo, atado, sin voz. Se había destrozado la garganta de tanto gritar, solo gemía, pero la miraba; y con esa mirada, la culpaba.

Le pusieron un cuchillo en la mano, una hoja real, fría. Con restos de sangre seca. Nadie le explicó que debía hacer, tampoco lo necesitaba, estaban allí para eso, para ver hasta dónde llegaba, para probar si valía lo suficiente, para atraparla.

Alguien se acercó y con voz cavernosa, le dijo sin rodeos:

—Si él vive, tú no sales de aquí.

El chico no luchaba, solo la observaba con una mezcla de miedo y rendición. Sabía que no había escapatoria, ella también. En su mundo, acostumbrada a la ley, al orden, a la lógica, aquello resultaba una aberración; pero no era un tribunal, ni una sala de vistas, allí, la ley la escribían otros.

Intentó pensar, buscar una salida, negarse; pero el miedo fue más rápido que cualquier razonamiento, y la ambición, más vieja que la moral. Levantó la mano, apuñaló una vez. El gemido fue breve y contenido. Lo volvió a hacer, tres, cuatro. El cuerpo se fue apagando con cada golpe, la sangre manchaba el suelo, y el alma, el resto.

Le dieron una toalla pero no la usó, caminó con las manos sucias hasta el coche. En el trayecto, ni una palabra, solo el zumbido de su conciencia, que desde entonces no había dejado de gritarle. Llevaba siete años sin callarse.

La recompensa no tardó, el ascenso, los casos de alto perfil, las entrevistas, los aplausos. Todos hablaban de su imparcialidad, de su firmeza. La mujer que no temía a los poderosos, y en realidad, obedecía sus órdenes.

La primera señal había llegado meses antes. Un caso manipulado, una víctima real, una chica violada y asesinada. El informe forense alterado, la confesión inducida, las pruebas prefabricadas. Ella tenía que firmar la orden de prisión para un inocente. No conocía al hombre, ni al abogado que suplicó. Solo tenía delante la carpeta con la rúbrica que le indicaron. Firmó, porque ya la habían elegido.

Pensó que con el tiempo se acostumbraría, que podría vivir con ello, pero las noches demostraron lo contrario. Ninguna sentencia limpia podía tapar lo que había hecho con sus propias manos. Ningún titular favorable, ningún discurso en Estrasburgo. Nada blanqueaba esa sangre.

Miró el teléfono, desde hacía días no contestaba mensajes. Había dejado de coger llamadas. A nadie le importaba demasiado. Estaba acostumbrada a decidir desde la distancia. Jueza pero no amiga ni compañera, solo alguien a quien los demás temían y admiraban desde lejos.

Aquel día, el reloj marcaba las cinco. La vibración del móvil rompió el silencio. Un mensaje sin número conocido, una palabra: *convocada*.

El estómago se le encogió. La palabra se clavó como una astilla. Bastaba eso para entenderlo todo. Otra cita, otra noche, otro encargo, otro cuerpo.

Se levantó, caminó hasta el armario, abrió la parte baja, sacó la caja negra. Dentro, la máscara. Aquella pieza grotesca tallada en madera. El rostro vacío de la sociedad. La misma que la había visto matar. La misma que la había convertido en una pieza más.

La colocó encima de la cama. La miró con miedo, con odio, con debilidad. Aquella cosa significaba servidumbre, silencio, muerte. En su nombre, se habían cometido atrocidades. En su nombre, ella había entregado su alma.

Pensó en las veces que había sentido orgullo. En el discurso que dio cuando le entregaron la medalla al mérito judicial. En el día que sentenció un caso de corrupción y recibió una ovación al salir. En la mirada de su madre, ya muerta, cuando la vio investida como magistrada. Todo eso había quedado manchado. Nada resistía el peso de aquel sótano. De aquella noche, de esa palabra: *convocada*.

La habitación pareció más pequeña, las paredes parecían cerrarse, el aire escaseaba. El corazón golpeaba con fuerza. Cada rincón le devolvía un recuerdo de lo que ya había hecho. Isabel sentía que ya no quedaba nada que pudiera salvarla.

Se sentó en el suelo con la espalda apoyada en la pared. La máscara frente a ella. La respiración era irregular, los músculos tensos, el estómago revuelto. Cerró los ojos.

El chico volvió, esa mirada, la sangre. El sonido de su cuerpo desplomándose. Ese instante en el que él supo que nadie venía a salvarlo, y ella supo que ya no volvería a dormir tranquila.

La garganta se le cerró, la rabia subía por dentro, por haberse dejado atrapar, por haber querido brillar, por haberse creído intocable.

Intentó convencerse una vez más, solo una más. Sobrevivir, aguantar, cumplir. Ponerse la toga, dictar sentencia y fingir que seguía siendo la misma.

Pero las piernas no respondían, las manos estaban frías. El miedo había vuelto, el de verdad. Miedo no a la muerte sino a sí misma. A lo que era capaz de hacer cuando tocaba obedecer.

Otra vez no.

9

Regina llegó diez minutos antes de la hora. Se sentó en una de las mesas del fondo y pidió un café con leche que ni probó. Llevaba toda la noche en vela. El estómago revuelto, la cabeza hecha un torbellino. Había vuelto a repasar una y otra vez la conversación con David, y ahora, allí sentada, sentía que todo le latía: el pecho, las manos, las sienes.

Se sentía idiota por estar tan nerviosa. Había llegado incluso a pensar en marcharse. Miraba cada rato la puerta, el reloj. Dudaba de si iba a venir, dudaba incluso de si había hecho bien en llamarle. Pensó en Samuel, en lo que habían vivido los tres, en cómo acabó todo, y justo en ese momento apareció.

David tenía treinta y cuatro años y una belleza distinta, menos salvaje, más contenida. Era alto, de complexión fuerte pero afinada, con unos rasgos limpios que el tiempo no había endurecido del todo. Tenía los ojos claros y una expresión que siempre había mezclado dulzura y firmeza, incluso ahora, cuando la distancia marcaba cada gesto. El pelo, castaño oscuro, lo llevaba más corto que antes, y el rostro, sin barba, dejaba al descubierto una mandíbula suave que contrastaba con la dureza de su mirada. Frente a Samuel —todo impulso, aristas y rebeldía—, David había sido siempre otra cosa: una presencia más serena, casi protectora, una belleza que no buscaba imponerse, pero que permanecía.

Vestía una chaqueta de cuero oscura, una camisa blanca y vaqueros. Estaba más delgado. La expresión, dura. Iba sin prisa, pero con ese aire seguro que siempre la había desarmado. Regina sintió un vuelco en el corazón. Lo reconoció al instante, pero también notó algo distinto. Más adulto, más distante, más hombre. Su respiración se aceleró.

David la vio, caminó hasta ella y la saludó con un beso en la mejilla. Mecánico, corto y frío.

—Hola.

Se sentó sin quitarse la chaqueta. No preguntó por ella, ni por su madre, ni por su vida. No hizo el más mínimo gesto de cercanía.

—Bueno, aquí estoy. Enséñamelo.

Regina respiró hondo, notó cómo le temblaban las manos. Bajó la mirada un segundo. Sentía como su voz amenazaba con romperse en cualquier momento. Se obligó a mantener la compostura.

Sacó el sobre del bolso, lo colocó encima de la mesa y lo empujó hacia él con los dedos temblorosos.

—Está todo ahí.

David lo abrió sin prisa. Sacó la primera imagen, luego otra y otra más. A medida que avanzaba, su expresión cambiaba. Pasó de la indiferencia al desconcierto. Frunció el ceño, inclinó un poco la cabeza. Se detuvo en una de las fotos y la sostuvo más tiempo entre las manos.

—¿Crees que esto es real? —murmuró.

Regina asintió. El corazón le golpeaba con fuerza.

—Estoy segura de que no es un montaje.

David apartó la vista de la foto. Su mirada iba de ella al sobre y de nuevo a la imagen.

—¿Quién es ese tío?

—No lo sé, no sale su cara del todo en casi ninguna, pero fíjate en esto —señaló una de las imágenes—. La túnica, los símbolos, el cuchillo, la forma en que lo sostiene. Parece una especie de ceremonia.

David pasó a la foto siguiente. Se quedó en silencio. La atmósfera era densa, cargada.

—¿Y crees que Samuel estaba investigando esto? ¿Sospechas que pueda ser él?

—No lo sé, es mucha casualidad que desaparezca y justo yo reciba esto. Creo que lo descubrió, y por eso desapareció. O me lo envió él. Estoy desesperada, le doy vueltas y más vueltas y no saco nada claro.

—¿Y si se metió demasiado y acabó dentro?

—No lo sé —reconoció ella—, pero estoy segura de que estas imágenes tienen que ver con todo.

David dejó las fotos y se recostó en la silla. No dijo nada durante unos segundos. Su mirada estaba clavada en el vacío, el silencio le pesaba más que las palabras.

—No quería volver a verte así —murmuró—. Jodida, rota... con esa cara que pones cuando no sabes si vas a derrumbarte o gritar.

—No he tenido a quién más acudir. Sé que después de todo no tenía derecho, pero...

—No vengas con eso, Regina —la interrumpió, pero sin brusquedad—. Tienes derecho, lo que no sé es por qué sigo viniendo yo.

Ella bajó la mirada, la culpa le pesaba demasiado.

—Porque aún confías en mí, aunque te duela.

—O porque sigo siendo idiota —respondió él, pero no sonó enfadado, sonó cansado.

Regina acarició el borde de su taza sin beber. El café se había enfriado. La cafetería estaba medio vacía, pero sentía que todo el mundo podía oírlos.

—No me interesa contárselo a nadie —aclaró ella—. No quiero publicarlo, ni escribir nada. Solo quiero saber dónde está, si sigue vivo, si necesita ayuda. Si está escondido por miedo o si...

—O si alguien se lo ha cargado.

Asintió sin atreverse a decirlo en voz alta.

David recuperó una de las fotos y la observó con detenimiento.

—Esto no es una reunión de amigos. Si esto no es un montaje, estamos hablando de algo muy gordo —dijo David—. Están torturando, puede que matando a un hombre; y hay gente mirando, sin hacer nada.

—Como si fuera algo normal —susurró Regina—. Como si lo hubieran hecho más veces.

David la miró, serio.

—Si se metió en algo así, estamos hablando de gente peligrosa, muy peligrosa.

—Lo sé, por eso te llamé.

Él se quedó mirándola un largo rato, en sus ojos había enfado, pero también ternura. La mezcla exacta de alguien que ha amado y ha sido herido.

—¿Qué fue lo último que te dijo Samuel?

—Estaba raro, muy nervioso. Me dijo que estaba detrás de algo muy gordo, que no podía contarme más, y se fue. Sonaba preocupado, incluso asustado. Después encontré esto en el buzón y no tengo dudas de que está relacionado con lo que me dijo.

David asintió, lento.

—Tenemos que identificar a este hombre, saber si aparece en alguna base de datos, alguna red, algo que nos dé una pista.

—¿Y por dónde empezamos?

David se pasó la mano por la nuca, pensaba, su gesto se volvió más serio, más centrado.

—Tengo a alguien que podría ayudarnos, pero necesito pensar cómo planteárselo. No quiero meterla en algo sin entenderlo antes.

Regina lo observó. Dudó un momento, pero se atrevió a preguntar.

—¿Confías en esa persona?

—Es la única en la que confío. Se llama Leire, es policía, y si hay alguien que puede ayudarnos, es ella.

—¿La vas a llamar?

David la miró. Tardó en responder.

—Sí, pero no ahora. Quiero pensarlo bien, esto no es cualquier cosa.

Regina asintió. No insistió, agradeció que él tomara el control, aunque fuese por un momento. Sentía que el suelo bajo sus pies temblaba menos con él cerca.

David recogió el sobre y lo metió en su mochila. Se puso en pie, pero no se marchó de inmediato. La miró un último segundo, y en sus ojos apareció una chispa que había creído extinguida.

—Si Samuel está escondido, es por algo muy gordo; y si está muerto, hay alguien que quiere que sepamos por qué.

—Lo encontraremos.

David no respondió, pero algo en su mirada dijo que lo intentaría, por ella, por Samuel, por lo que fueron. Y se fue, sin mirar atrás.

10

Carlos del Olmo alzó la copa por tercera vez en menos de un minuto. El whisky le ardía en la garganta, pero no dejó de sonreír. Estaba rodeado de cuerpos jóvenes, risas artificiales y miradas que buscaban ser vistas. En el reservado del club más exclusivo de la ciudad, las luces eran tenues, la música atronadora, y el ambiente olía a sexo, perfume caro y cocaína. Justo como le gustaba.

—Carlos, ¿tienes fuego? —le susurró una rubia que apenas tendría veinte años, mientras se apoyaba en su hombro como si lo conociera de toda la vida.

Él sonrió sin mirarla, sacó un mechero dorado de su americana y se lo encendió con desgana.

—No deberías fumar preciosa, no es bueno para la piel —le soltó sin ningún tipo de ironía, y siguió hablando con otro tipo, un actor de televisión venido a menos.

Había tres mujeres en su mesa. Todas jóvenes, todas guapas, todas operadas, todas conscientes de quién era él. Carlos del Olmo, presentador estrella de la televisión, rostro omnipresente en la prensa rosa y dueño de uno de los programas con más audiencia del país. Un tipo al que nadie tose, al menos a la cara.

Se metió una raya de coca en el baño, se miró al espejo y sonrió con los ojos enrojecidos. Se sentía invencible, como siempre.

Volvió al reservado y siguió bebiendo. Pasaban las horas, las copas, las manos por debajo de la mesa. Alguien le ofreció una pastilla, se la tragó sin preguntar. A esas alturas, ni sabía qué tomaba ni le importaba.

Cuando salió del local, tambaleándose y riéndose como un idiota, eran las seis y pico de la mañana. Una de las chicas le agarró del brazo y le susurró algo al oído. Él le contestó con una carcajada y le

dio una palmada en el culo. Subieron a un coche con chófer, y se largaron a su ático en el centro.

La luz de la mañana se colaba a través de las cortinas de lino, Carlos se revolvió entre las sábanas de seda, desnudo, sudado, con dolor de cabeza. A su lado, dos chicas dormían enredadas entre sí. Una roncaba ligeramente, la otra tenía un brazo en su pecho.

Miró el reloj: eran las doce y media. El móvil vibró con un mensaje.

Tienes algo en el correo. Accede desde el portátil. Código habitual.

Se incorporó con desgana. Se quitó a las chicas de encima sin el menor tacto.

—Venga, fuera, a ducharse o a vestirse, lo que queráis; pero os quiero fuera en diez minutos.

—¿Qué te pasa? —protestó una de ellas, medio dormida.

—Que tengo cosas que hacer, y vosotras ya habéis hecho lo vuestro.

Se levantó, caminó desnudo por el pasillo de mármol y se metió en su despacho. Encendió el portátil, tecleó el código. Una carpeta sin nombre apareció en el escritorio, dentro, un archivo comprimido. Al descomprimirlo, todo cambió.

Fotos, vídeos, capturas de pantalla, conversaciones manipuladas, informes médicos falsificados. Todo contra una figura pública: un empresario joven, con un perfil limpio, que últimamente se había hecho famoso por denunciar casos de corrupción política y policial desde su fundación benéfica. El objetivo era claro: destruirlo.

Carlos se quedó en silencio, leyendo cada documento, viendo cada vídeo. El montaje era perfecto, imposible de refutar. Parecía real, parecía que de verdad ese hombre hubiese malversado fondos, pagado sobornos, usado menores como pantalla de blanqueo. Todo mentira, todo diseñado para aniquilar su carrera y su vida...

Junto al material, un documento con instrucciones: Lunes. Programa de máxima audiencia. Entrada con titular. Inserta vídeo a los 3'45. Entrevista al supuesto testigo a los 12'15. Cierre con tu opinión personal. Sin titubeos, sin excusas. Si fallas, ya sabes lo que ocurre.

Carlos apagó el portátil y se quedó un momento mirando al suelo, luego se sirvió un whisky, aunque era mediodía.

Las chicas salieron del dormitorio riéndose, una con su vestido en la mano, la otra con su móvil buscando algo.

—¿Nos pides un Uber? —preguntó una.

—Pedíos lo que queráis —dijo sin mirarlas—. Yo tengo trabajo.

—Qué borde estás hoy, macho.

—Y vosotras habláis demasiado para lo poco que ofrecéis. Venga, puerta.

Se encerró de nuevo en el despacho. Reabrió la carpeta y vio otra vez el vídeo principal. Una supuesta transferencia desde una cuenta en Suiza. Un supuesto testigo hablando con la cara pixelada. Un audio lleno de cortes. Sabía que no era real, pero también sabía que bastaría para arruinarle la vida.

Se sentó en su butaca, cruzó las piernas, encendió un cigarro. Pensó en decir que no, en negarse, en denunciarlo todo, pero sabía lo que eso implicaba. Sabía quién estaba detrás. Gente con poder real, gente que le había salvado el cuello más de una vez, gente que podía enterrarlo en segundos.

Cogió el móvil. Miró el contacto sin nombre, dudó.

Recordó la primera vez que le pidieron algo así. Una campaña contra un político local. Luego contra un juez. Luego contra una actriz, y ahora este empresario. Cada vez más grave, cada vez más oscuro; pero siempre eficaz, siempre letal.

—Hijos de puta —susurró, y borró el mensaje.

Encendió otro cigarro. El humo llenó el despacho en cuestión de segundos. En una estantería había premios, reconocimientos, portadas enmarcadas de revistas donde lo nombraban comunicador del año. Hipocresía pura, él lo sabía, pero le encantaba.

Fue al baño, se enjuagó la cara, se miró al espejo, estaba envejeciendo mal. Las noches largas, las drogas, el alcohol, todo le estaba pasando factura, pero su ego seguía intacto. Seguía creyéndose superior a los demás, intocable, aunque por dentro, la sombra del miedo empezaba a crecer.

Se sentó de nuevo frente al portátil, releyó las instrucciones. Sabía que, una vez lo hiciera, no habría vuelta atrás. El empresario sería

destrozado: su carrera, su vida personal, todo. Pero también sabía que, si se negaba, le harían lo mismo a él, o peor.

Se levantó, cogió otro whisky, se dejó caer en el sofá. Pensó en su exmujer, en su hijo, al que no veía desde hacía seis meses, lo tenía vetado por el juzgado. Motivos: consumo, agresividad verbal, entornos inadecuados. Le resbalaba, decía que el niño ya crecería y entendería quién era su padre. La sociedad se había ofrecido a arreglarlo en los juzgados. Informes a favor, decisiones firmadas, la custodia resuelta. Carlos dijo que no, no por ella, tampoco por el niño, no estaba dispuesto a cargar con él ni a dejar la vida que llevaba.

El móvil volvió a vibrar, otro mensaje.

Confirmación en las próximas 24 horas.

Abrió el balcón, salió en calzoncillos. Desde su ático veía casi toda la ciudad, a lo lejos, el edificio de su canal. Allí se gestaba la mierda que él convertía en oro cada noche; y ahora, una bomba nueva, otra víctima más.

Sonrió con desgana, volvió a entrar, se sirvió otro whisky. Se tocó el pecho, le molestaba desde hacía días. Tal vez por los nervios o tal vez solo era conciencia, aunque de eso último apenas le quedaba.

Y encendió otro cigarro, esta vez, con la decisión ya tomada.

11

Natalia bajó el móvil y lo dejó en el escritorio con un golpe más fuerte de lo que pretendía. La pantalla aún brillaba, iluminando el reflejo de su propia mano, crispada, aún aferrada a la rabia de la discusión. Tenía los ojos húmedos, la respiración entrecortada. Aurora había vuelto a escupirle todo su veneno, con esa voz afilada que le desgarraba más que cualquier insulto. Le había recordado que no era suficiente, le había lanzado a la cara que era culpable de la muerte de Eduardo, que lo había consumido con su egoísmo y su frialdad, y que ahora también estaba alejando a Guillermo de la única familia que le quedaba por parte de padre.

Se dejó caer en la silla de cuero. El despacho, normalmente su refugio, se le antojó asfixiante durante aquella llamada. Frente a ella, el ordenador seguía encendido. La hoja de cálculo la esperaba con su lista interminable de deudas, intereses acumulados, pagos que ya no sabía cómo cubrir.

Se frotó las sienes con fuerza. El corazón le martilleaba en el pecho, la sangre le golpeaba con fuerza en la garganta. Cada vez que pensaba en su situación se le encogía el estómago. El dinero desaparecía como agua por el desagüe, y por mucho que intentara sujetarlo, se le escurría entre los dedos.

Eduardo le había dejado una vida en orden, una empresa sólida y una posición segura. Fue ella quien no supo sostenerlo todo tras su muerte, y ahora, además, tenía que soportar que Aurora la acusara de lo peor: de haberlo desgastado, de haberlo matado en vida con su egoísmo y su frialdad.

Un ruido interrumpió sus pensamientos, un golpe hueco, seguido de una carcajada.

Natalia levantó la cabeza y frunció el ceño, venía de la cocina. Otro estallido de risas, más alto, más fresco. Reconoció de inmediato

la voz de Guillermo; y luego, entremezclada, la de Iván.

Durante un segundo, su rabia se transformó en extrañeza. Estaban riendo, riendo de verdad. Ella, en cambio, apenas recordaba la última vez que lo había hecho con tantas ganas.

Sin pensarlo demasiado, movió el ratón del ordenador y abrió el programa de las cámaras de seguridad. Tecleó la contraseña con manos aún temblorosas. La imagen tardó unos segundos en cargar. Seleccionó la cámara de la cocina.

Y lo que vio la desarmó, Guillermo e Iván, en medio de un caos maravilloso.

En la encimera había harina por todas partes, parecía que hubieran hecho estallar una bomba blanca. Un cuenco enorme ocupaba el centro, con la masa amarillenta que uno removía mientras el otro lo fastidiaba. Guillermo, con las mangas arremangadas, el pelo desordenado y riendo sin parar, sostenía una espátula con la seriedad de un cocinero profesional. Iván, con harina en la nariz y un huevo en la mano, fingía que estaba a punto de lanzárselo.

—¡Ni lo intentes! —decía Guillermo, conteniendo la carcajada mientras levantaba la espátula como si fuera un arma.

Iván hizo amago de soltar el huevo y ambos chocaron codo con codo, muertos de risa.

Natalia se llevó una mano a la boca sin darse cuenta, una sonrisa se le escapó.

Siguió observándolos en silencio, consciente de que estaba espionando algo íntimo, pero incapaz de apartar la vista. Había sospechado desde hacía tiempo que entre los dos había algo más que amistad. Lo intuía en las miradas, en los silencios, en la forma de protegerse el uno al otro. Nunca lo había forzado, había preferido esperar, dejarles su espacio, permitir que fueran ellos quienes decidieran cuándo y cómo. Pero ahora, frente a esa pantalla, ya no había duda. La escena era pura, sincera, luminosa.

Iván manchó a Guillermo con un toque de harina en la mejilla, Guillermo respondió estallando en carcajadas y lanzándole un poco de masa con la cuchara. La cocina se llenó de polvo blanco y de carcajadas juveniles. Luego, al recoger un huevo que había rodado

hasta el borde de la encimera, sus manos se rozaron. Los dedos se quedaron entrelazados apenas un instante. Y en ese segundo, las risas callaron. Se miraron a los ojos, intensos, inmóviles, con la sensación repentina de que el tiempo podía pararse.

Natalia se quedó sin palabras. Jamás había visto a su hijo tan feliz, ni tan enamorado.

Las lágrimas le humedecieron los ojos, aunque no dejó que cayeran. Se quedó quieta, la barbilla apoyada en la mano, absorbiendo cada detalle: cómo Guillermo daba la vuelta a una tortita con orgullo; cómo Iván, entre bromas absurdas, lo observaba con devoción; cómo se empujaban con los hombros, entre risas, fingiendo que se molestaban.

Era una escena sencilla, casi infantil, y al mismo tiempo lo más hermoso que había visto en mucho tiempo. Una bocanada de vida en medio de la asfixia, una prueba de que, a pesar de todo, todavía quedaban momentos que merecían la pena.

Natalia cerró los ojos un instante, dejó escapar un suspiro y se permitió sentir. Porque lo que estaba viendo no era solo felicidad, era amor, amor verdadero.

Cuando volvió a abrirlos, la cámara seguía mostrando a los dos adolescentes, centrados ahora en apilar tortitas en un plato. Iván contaba un chiste absurdo y Guillermo reía con la boca llena, incapaz de contenerse. Natalia dejó que esa risa se le metiera dentro, la recorriera y la curara por un momento.

Entonces cerró la ventana del programa, la pantalla volvió a llenarse de números rojos y casillas de Excel. El contraste le golpeó el pecho como un mazazo. La alegría desapareció de golpe, sustituida por la angustia de siempre.

Se frotó las manos, todavía conmovida, pero obligándose a volver a la realidad. El sobre dorado descansaba en el escritorio, la invitación a la gala benéfica. Lo tomó entre los dedos. El papel era grueso, elegante, casi insultante. Lo sostuvo como quien agarra un arma y, al mismo tiempo, una cadena.

La gala sería en dos semanas. El evento del año: vestidos largos, joyas, sonrisas de plástico. Ella no podía faltar, no podía permitirse

que nadie sospechara nada. Nadie debía ver que estaba al borde de la ruina.

Necesitaba un vestido nuevo, impecable, deslumbrante. Tenía que recuperar la máscara, fingir que todo seguía igual.

Respiró hondo, cerró los ojos y escuchó de nuevo las risas de Guillermo en su memoria. Esa imagen le dio fuerzas. Por él, por su hijo, por esa felicidad que había visto en la pantalla.

Volvió a abrir los ojos, apretó la invitación entre los dedos hasta arrugarla. Lo decidió entonces, fingiría. Se pondría el vestido más caro, el más hermoso. Entraría a esa gala con la cabeza alta, nadie sospecharía.

Y si para lograrlo tenía que arrastrarse, manipular, mentir o vender su alma, lo haría. Porque lo único que no podía perder era lo que acababa de ver en esa cocina. Esa risa, esa mirada.

Haré lo que tenga que hacer, pensó. Sea lo que sea. Y en esa certeza, entre el amor y la frialdad, encontró su fuerza.

12

Leire Ortega subió los escalones de dos en dos y llamó a la puerta con urgencia. Ni siquiera había soltado del todo el casco de la moto cuando David abrió. Leire rondaba los cuarenta y el cuerpo se lo decía a diario. No era alta, pero tenía una complexión fuerte, compacta, de hombros firmes y movimientos rápidos. Llevaba el pelo corto, oscuro, siempre práctico, cortado para no estorbar, no para gustar. El rostro era anguloso, marcado por años de noches mal dormidas y decisiones difíciles, y los ojos —marrones, atentos— tenían esa mirada alerta que no se apaga ni al cruzar una puerta conocida. Vestía ropa funcional, vaqueros, chaqueta, botas resistentes; nada en ella era accesorio. Había cierta aspereza en su presencia, una dureza aprendida en la calle y en el trabajo, pero también una lealtad férrea, visible en la forma en que se plantaba delante de los suyos sin pedir permiso ni disculpas. Tenía la expresión tensa, algo grave pasaba.

—¿Qué ocurre? —soltó Leire nada más entrar, sin ceremonias—. ¿Qué es eso tan urgente que me has dicho por teléfono?

David echó el cerrojo tras ella. Durante un segundo, pareció buscar las palabras. Leire no lo había visto así de alterado en mucho tiempo.

—Es... Regina —murmuró al fin.

Leire sintió un pinchazo frío en el estómago al oír ese nombre. Su cuerpo se puso en guardia al instante, cerró los ojos un momento y su pie comenzó a dar golpecitos en el suelo incontrolablemente.

—¿Regina? —repitió, y no pudo evitar que sonara áspero—. Dime que no te has vuelto a meter en sus líos, David. Dime que no.

David bajó la mirada un segundo, Leire reconoció ese gesto: la culpa asomando. Se alejó un par de pasos, inquieto.

—Escucha... —empezó a explicar—. Apareció ayer. Bueno, me llamó, y nos hemos visto.

—¿Que la has visto? —Leire sintió un calor de ira subirle al rostro—. ¿En qué estabas pensando? Te costó años cerrar esa herida, ¿y ahora...?

Él alzó una mano para calmarla, pero Leire tenía el pulso disparado. En su mente reapareció aquella noche oscura, imposible de olvidar.

La llamada entró a las tres de la madrugada. Leire, medio dormida, reconoció el número de David y supo que algo andaba mal. Cuando llegó a su apartamento, la puerta estaba entreabierta. Dentro olía a alcohol. David estaba en el suelo de la sala, apoyado contra el sofá, rodeado de botellas vacías. Tenía la mirada perdida y los ojos rojos de tanto llorar.

—Pensaba que estaba bien —susurró él, con la cara empapada en lágrimas—, pero esta noche... todo ha vuelto. Cada puta palabra, cada vez que me miró... No sé cómo vivir con esto.

Leire sintió como algo se le apretaba por dentro al verlo así, destrozado. Se arrodilló a su lado, esquivando un vaso roto en la alfombra, y lo sujetó por los hombros.

—Estoy aquí, tranquilo, todo está bien —le susurró, aunque nada estuviera bien.

David gimió, ebrio y hundido, y apoyó la frente en el hombro de su amiga. Leire notó sus sollozos empapándole la camiseta. Nunca lo había visto tan mal, Regina lo había roto en pedazos.

Él rompió a llorar con más fuerza, murmurando el nombre de Regina una y otra vez, como una retahíla maldita. Leire lo abrazó con fuerza, compartiendo aquel dolor impotente. Esa noche comprendió que odiaba a Regina casi tanto como David la amaba.

—¿Te acuerdas de cómo estabas? —dijo Leire volviendo al presente, con dureza en la voz—. ¿Recuerdas la mierda de agujero en el que te metiste por ella? Porque yo sí.

David la miró fijamente, sus ojos brillaban con una mezcla de vergüenza y determinación.

—Sí, lo recuerdo —admitió—, pero esto es diferente, Leire. No ha venido por mí... es por Samuel Martínez, algo le ha pasado.

Leire frunció el ceño al oír aquel nombre, Samuel. El otro vértice junto a David y Regina. Al que tampoco conocía, pero del que había escuchado demasiado.

—¿Samuel? —repitió, y esta vez el tono fue más seco, más duro—. ¿Qué tiene que ver él ahora? ¿Qué estás haciendo David? ¿Otra vez con ellos dos?

David suspiró y caminó hacia la mesa, visiblemente incómodo.

—Está desaparecido, Leire —dijo al fin, sin rodeos—. Regina recibió algo. Unas fotos y una nota.

Leire lo siguió hasta la mesa baja. En la superficie vio un sobre ya abierto. David introdujo la mano y sacó algunas fotografías impresas y una hoja doblada.

—¿Fotos de qué...? —empezó a preguntar Leire, pero David ya le estaba tendiendo las imágenes, con el rostro sombrío.

Leire tomó las fotos y las examinó. La primera le heló la sangre: mostraba a un hombre atado a una silla en una sala vacía, rodeado de varias figuras con máscaras. Un foco fijo desde el techo iluminaba cada detalle de la escena. La víctima tenía el torso desnudo y el cuerpo magullado; la piel amoratada, la boca manchada de sangre seca y los ojos cerrados en un rostro tan deformado por los golpes que costaba reconocer rasgos humanos. Leire contuvo el aliento. ¿Estaba vivo ese hombre? ¿Muerto? Era imposible saberlo.

Pasó a la siguiente foto con manos temblorosas. En la segunda imagen, uno de los enmascarados acercaba una barra de hierro al pecho de la víctima, como amenazando con quemarlo o destruirlo. En la tercera, un cubo lleno de agua teñida de rojo descansaba en el suelo junto a la silla, macabro testigo de la tortura. La escena completa le revolvió el estómago. A Leire le costaba impactarse —había visto fotos durísimas en sus años en la policía—, pero aquello superaba todo. Era cruel, monstruoso.

—Joder... —susurró, sintiendo un escalofrío. Dejó las fotos en la mesa, con cuidado.

David extendió entonces la nota doblada. Leire la tomó y leyó en voz alta, despacio, la frase escrita con una caligrafía perfecta:

—Lo que has visto no puede borrarse.

El mensaje le cayó como un cubo de agua fría. Leire alzó la vista del papel y la clavó en David, todavía incrédula.

—¿Quién te ha dado esto? ¿Regina? —preguntó.

—Se lo dejaron a ella en el buzón de su casa, sin remitente —explicó él—. Esta mañana me lo enseñó.

Leire negó con la cabeza, intentando procesarlo todo. Ahora entendía por qué David la había urgido a venir. Aquello era algo grande, pero aun así...

—¿Estás seguro de que quieres meterte en esto? —musitó, dejando la nota junto a las fotos—. Con ella, además. Después de todo lo que te hizo pasar...

David sostuvo su mirada. Había dolor en sus ojos, sí, pero también una resolución inquebrantable.

—No voy a dejar que esto me arrastre de vuelta al pasado, Leire —dijo con voz firme—. No es por Regina... es por Samuel, y por esa víctima de las fotos, sea él o no. —Se pasó una mano por el pelo, nervioso—. No puedo mirar hacia otro lado. ¿Qué clase de persona sería si lo hiciera?

Leire entendía ese sentimiento. era policía por algo; esa misma urgencia moral la quemaba a ella también. Soltó el aire despacio y miró de nuevo las horribles imágenes dispersas por la mesa. Había un hombre siendo torturado ahí, quizás muerto ya, y Samuel estaba desaparecido.

—¿Creéis que ese de la foto es Samuel? —preguntó.

David vaciló un instante.

—No lo creo... —murmuró—. Samuel es alto, fuerte. El de la foto parece más delgado, aunque con tanta sangre es difícil estar seguro. Sinceramente, no me parece él, pero podría ser alguien relacionado con lo que investigaba.

Leire asintió, observando las siluetas enmascaradas de las fotos

—Si no es Samuel, puede ser otra persona desaparecida —dijo ella, mordiendo el labio con ansiedad—. Podemos buscar en la base de datos de la policía a hombres desaparecidos recientemente que coincidan con su perfil físico. Tal vez así sepamos quién es esta víctima... y si aún hay esperanza de encontrarlo con vida.

David logró esbozar una pequeña sonrisa cansada ante la eficiencia de Leire. Aquella era la subinspectora resuelta que él conocía.

—Sabía que tú podrías ayudar —dijo suavemente—. Eres la única en la que confío para esto.

Leire notó la sinceridad en su voz. David había acudido a ella porque confiaba en su lealtad, en su amistad a prueba de bombas; y aunque odiara la idea de que volviese a tratar con Regina Duarte, no iba a fallarle a él. Respiró hondo y asintió.

—De acuerdo —se cruzó de brazos—, pero primero, deberíamos hacer lo que haría cualquiera: ir a la policía y denunciar la desaparición de Samuel formalmente, mostrar estas fotos.

—Regina ya lo intentó —contestó David con un suspiro—. Se puso en contacto con un conocido en comisaría, pero no encontró nada y tampoco le ha hecho mucho caso. Samuel se ha ido otras veces por su cuenta, siguiendo historias peligrosas... —Frunció el ceño, frustrado—. Creen que es otra de sus ausencias voluntarias. No van a mover un dedo, de momento, y puede ser tarde para el cuándo lo hagan. Habló con él antes de recibir las fotos. Después ya no quiso ir a la policía. No sabía si eran reales y, por cómo llegaron, por el mensaje... no se fía. Cree que acudir ahora puede no servir de nada, o empeorar las cosas.

Leire chasqueó la lengua, indignada pero no sorprendida. Conocía bien cómo funcionaban las cosas; un adulto desaparecido con antecedentes de ausentarse no era prioridad.

—Está bien, pues tendremos que hacerlo por nuestra cuenta —dijo ella, con determinación.

Por un instante se miraron en silencio. Leire ladeó la cabeza y bufó.

—Tienes suerte de que te aprecio, imbécil —dijo, para romper la tensión, dándole un suave puñetazo en el brazo.

David dejó escapar una risa breve, la primera desde que llegó Leire. La atmósfera seguía estando cargada, pero al menos el hielo personal se había resquebrajado un poco.

—¿Alguna otra cosa que deba saber? —preguntó Leire, volviendo al caso. Su mente ya estaba en modo operativo—. ¿Habéis ido a

casa de Samuel? ¿Buscado pistas allí?

David negó con la cabeza.

—Todavía no, Regina no ha podido entrar, no tiene llave, y yo... quería consultarte primero.

—Pues ese debería ser el primer paso —dijo Leire, ya encaminándose hacia la puerta—. Ver si encontramos algo en su piso: notas, el ordenador, lo que sea.

David asintió y recogió el sobre con las fotos y la nota, guardándolo con cuidado en su mochila.

—Voy a llamarla entonces —dijo, sacando el móvil—. A ver que nos encontramos allí.

Leire se detuvo un segundo, con la mano en el picaporte, e inspiró profundamente. Iba a tener que ver a Regina cara a cara. Notó un cosquilleo nervioso en el estómago, una rabia contenida, pero no había opción: si querían encontrar a Samuel, todos debían remar en la misma dirección, aunque fuera incómodo.

Leire abrió la puerta para salir, dio un paso y se detuvo en seco. En el suelo, justo delante del felpudo, había un sobre blanco, igual que el que minutos antes había visto, el que Regina había recibido. Se agachó, lo recogió y lo sostuvo entre los dedos.

—David —lo llamó sin moverse, sin mirarlo—. Mira esto.

David llegó hasta ella y lo cogió sin decir nada. Lo abrió con cuidado, despacio, como quien teme que algo estalle. Dentro solo había una llave. Pequeña, sin etiqueta, sin nota. Nada más.

Se quedaron los dos en silencio, mirándola. El pasillo, vacío. Ningún sonido, nadie. David volvió a meter la llave en el sobre, lo dobló y se lo guardó. No dijeron nada más.

Bajaron las escaleras y mientras cerraban el portal, Leire lanzó una última mirada barriendo la calle.

—Ya no tenemos opción. Ya estamos dentro.

13

La gala benéfica en el hotel rebosa lujo. Bajo la luz cálida de enormes arañas de cristal, mesas con manteles marfil rodean la pista de baile. Invitados de etiqueta conversan entre copas de champán, mientras un cuarteto de cuerdas toca música suave. Natalia Salvatierra entra con la barbilla en alto y una sonrisa ensayada. Viste su mejor vestido, negro, uno que ya lució en tiempos mejores y un collar de perlas heredado que le aporta un toque de antigua distinción. A primera vista, parece una más de la élite.

Por dentro, sin embargo, está aterrada. Hace meses que corren rumores de su ruina tras la muerte de su esposo, y hoy ha venido desesperada a fingir que nada ha cambiado. Nota algunas miradas furtivas, murmullos apenas disimulados. Se niega a mostrarse débil. Saluda con elegancia a un par de conocidos, bromea refiriéndose a la hermosa decoración y finge interés en la causa benéfica, mientras sus manos sudan ligeramente sujetando el bolso. Su corazón late a un compás más rápido que la música.

Toma asiento en su silla asignada, esforzándose por mantener la compostura. Desde el escenario, el presentador de la noche anima a los asistentes con carisma. Es Carlos del Olmo, el famoso presentador de televisión. Trajeado impecablemente, se mueve bajo el foco con la confianza de quien controla a su público.

—Esta noche estamos aquí por una causa que nos concierne a todos —dice con voz cálida—: ayudar a los más desfavorecidos. ¡Gracias por su generosidad! —La audiencia aplaude. Carlos sonríe amplio, aunque Natalia percibe un brillo cansado en sus ojos, un matiz duro tras la cordialidad.

En la mesa de honor, cercana al escenario, Natalia reconoce a la jueza Isabel Aldama. La magistrada, envuelta en un vestido

esmeralda, luce una postura erguida y segura. Conversa en voz baja con un hombre canoso, un alto cargo del Ministerio de Justicia. Ambos sonríen con discreción, con la complicidad de quienes comparten secretos. Isabel recorre la sala con la mirada de vez en cuando, evaluando a cada asistente. Cuando sus ojos se cruzan fugazmente con los de Natalia, ésta siente un escalofrío y aparta la vista. Tiene la sensación de que la jueza puede ver la verdad tras su fachada.

Natalia finge concentrarse en la copa de champán que acaba de tomar de la bandeja de un camarero. Bebe un sorbo mínimo para calmarse. En ese momento, una voz masculina a su espalda la sobresalta.

—Natalia, ¡cuánto tiempo!

Ella se gira y se encuentra con Héctor Saavedra. A sus cincuenta y tantos conserva un aspecto impecable, demasiado cuidado para alguien que no se mira a sí mismo con atención constante. Es alto, de porte seguro, con el cabello oscuro peinado con precisión. Su rostro está terso, sin señales visibles de desgaste, y los ojos oscuros se le clavan con una familiaridad insolente, directa, adueñándose del espacio entre ambos. Sonríe apenas, con una suficiencia tranquila, de esas que no buscan aprobación porque no la necesitan. Todo en él habla de costumbre: la de mandar, la de ocupar el centro sin esfuerzo, la de no tener que justificar nunca su presencia.

Natalia fuerza una sonrisa al ver al que fuera el mejor amigo de su difunto marido. Héctor viste un caro traje gris y luce su característico bigote bien recortado. Sus ojos la escrutan con afecto calculado.

Intercambian los saludos de rigor y unas frases de cortesía. Héctor lamenta no haber pasado a visitarla tras el funeral; «mucho trabajo», dice con una mueca de pesar educado. Natalia asiente, mordiéndose la lengua para no dejar traslucir su ansiedad.

—Natalia...

—Héctor, si me disculpas, tengo que saludar a alguien. —Ni siquiera miró a quién. Le dejó la copa en la mano y se marchó con paso firme, dejándolo allí, con la frase a medio decir.

Una hora después, se retiró hacia un rincón del salón, junto a una mesa auxiliar con flores altas y copas vacías. Fingía revisar el móvil,

aunque no esperaba ningún mensaje. Observaba a los invitados desde la distancia, con la copa en la mano y el gesto contenido. Le hervía la sangre.

Odiaba las miradas que se cruzaban a media voz, odiaba sonreír, odiaba tener que estar allí fingiendo que todo iba bien cuando su cuenta corriente estaba al borde del abismo, y sobre todo, odiaba a Héctor Saavedra.

—¿No estás bailando?

La voz volvió a aparecer a su lado. Esta vez no disimuló el suspiro antes de girarse.

—No suelo hacerlo en este tipo de eventos —dijo, sin molestarse en ocultar la incomodidad.

—Te noté antes... algo distante.

—No esperaba verte, eso es todo.

—Supongo que he estado demasiado tiempo ausente.

—Exacto.

Hubo un breve silencio, Héctor la observaba con esa sonrisa diplomática que la sacaba de quicio. Natalia mantuvo la mirada firme, sin suavizar el tono.

—¿Y qué tal va la empresa? —preguntó él, con un aire casual que no engañaba a nadie—. Imagino que no debe ser fácil llevar todo tú sola.

Natalia forzó una sonrisa elegante.

—Lo llevo bien, mejor de lo que muchos esperan.

—No lo dudo.

Ella giró un poco el cuerpo, marcando la intención de dar por terminada la charla, pero él se acercó apenas medio paso más.

—Aun así... he oído cosas. —El tono fue casi un susurro, sin mirar directamente—. Rumores.

Natalia se giró lentamente hacia él. No respondió de inmediato. Sostenía la copa con firmeza, sin bajar la mirada.

—La gente habla demasiado, y suele equivocarse.

Silencio.

Héctor no insistió, no lo necesitaba, esa frase bastaba.

Natalia dio un sorbo a la copa, respiró hondo y sonrió fingiendo normalidad.

—Voy a volver a mi mesa, encantada de haberte visto.

Héctor le apretó el brazo con afecto.

—Estoy aquí para lo que necesites —le dijo en voz baja—. Quizá podamos vernos con más calma en otro momento.

Natalia se fue, con paso firme y la espalda recta. Volvió con la mente agitada.

—¡Cómo se atreve!

Las conversaciones se apagan al instante. Al otro lado del salón, una camarera ha dejado caer su bandeja con estrépito de copas rotas. La mujer, con el rostro desencajado, señala a un invitado corpulento de mediana edad.

—¡Usted arruinó la vida de mi hija! —vocifera, la voz rota por la rabia—. ¡Mi niña se quitó la vida por su culpa... y aquí está usted, tan tranquilo!

Un murmullo de estupor recorre la sala, Natalia siente un vuelco en el estómago. Reconoce al acusado, es un poderoso empresario. Está pálido, con la boca abierta pero mudo.

La jueza Aldama se pone en pie inmediatamente, con gesto autoritario.

—Señora, cálmese —ordena, alzando la voz firme sobre el silencio—. Este no es lugar ni momento...

Dos guardias de seguridad la sujetan por los brazos mientras ella se revuelve llorando de rabia.

—¡No hay justicia! —grita—. ¡Ustedes, con todo su poder, aplastan a la gente honrada!

Los guardias comienzan a sacarla del salón ante la mirada atónita de decenas de invitados inmóviles.

Carlos del Olmo alza la voz:

—Ruego disculpen este altercado.

La puerta se cierra, silenciando los gritos desesperados de la camarera en el vestíbulo. Un pesado silencio flota entre las mesas. En el escenario, Carlos del Olmo interviene de nuevo con profesionalidad:

—Lamentamos lo ocurrido. A veces el dolor sobrepasa a las personas... —dice con voz grave, e inmediatamente retoma un tono más ligero—. Continuemos ahora con nuestra velada solidaria.

Poco a poco, el murmullo de conversaciones regresa, como un telón que vuelve a caer, la gala retoma su curso casi normal: música, cubiertos, risas titubeantes, pero Natalia no puede olvidar la imagen de la mujer destrozada ni el modo en que la han sacado de la sala.

Sin decir palabra, se levanta. Aún oye de fondo la música y algunas risas forzadas mientras sale al vestíbulo del hotel, necesita aire.

Toma su abrigo del guardarropa, inventando una excusa de indisposición para irse. Nadie se lo impide, de hecho, apenas notan su partida entre tanto invitado.

Al pisar la acera frente al hotel, el aire nocturno le enfría el sudor de la frente. Sus pasos resuenan en la escalinata de mármol. Busca las llaves de su coche en el bolso con manos temblorosas.

Un presentimiento extraño la recorre. Alza la vista antes de bajar el último escalón. Del otro lado de la calle, junto a una farola, divisa a alguien parado, inmóvil. Una figura solitaria, cubierta en sombras, pero claramente con la mirada fija en ella.

Natalia se queda helada, parpadea, intentando enfocar al desconocido. Parece un hombre alto en traje oscuro. No distingue su rostro, pero siente sus ojos. Un escalofrío le sube por la espalda.

Pasa un taxi y bloquea su visión apenas un segundo. Al desaparecer, la figura también ha desaparecido. La acera está vacía.

Natalia se apresura a llegar hasta su coche, estacionado a pocos metros. Se encierra dentro y activa el seguro de las puertas con mano temblorosa. Permanece unos segundos inmóvil, escuchando su propia respiración agitada. Arranca el motor y se aleja de la acera con prisa. Mientras conduce por las calles silenciosas, una última imagen se queda con ella: unos ojos desde la oscuridad observándola y por un instante, siente que es su marido quien la estaba mirando.

14

Habían quedado con Regina en media hora en el portal de Samuel.

—Iremos en mi coche —dijo David, sacando las llaves del bolsillo.

—Voy a avisar a Sara de que llegaré tarde —explicó con naturalidad.

David asintió, maniobrando para incorporarse a la calle. Mientras él conducía, Leire marcó rápidamente el número de su novia. Contestó al segundo tono.

—Hola, corazón —dijo Leire en voz algo más suave—. Oye, aún estoy con... un asunto importante. Tendré que quedarme fuera más rato.

La voz de Sara sonó cálida a través del altavoz, con un matiz de preocupación:

—¿Va todo bien?

—Sí, no te preocupes —mintió Leire con una pequeña sonrisa, echando un ojo a David—. Es un caso imprevisto. Estoy con un amigo, ayudándole en... algo serio. Llegaré tarde a casa, ¿vale? No me esperes despierta.

—Ten cuidado, por favor —respondió Sara al otro lado—. Te quiero.

—Lo tendré. Yo también te quiero —dijo Leire, sintiendo un breve calor reconfortante en el pecho.

—Sara es increíble. Me alegro por ti, de verdad—le dijo David.

Leire sonrió, repasó mentalmente lo que sabía de Samuel Martínez. Periodista temerario, siempre metido en líos destapando corrupción. Si Samuel había destapado a una organización criminal poderosa, su vida corría un serio peligro... y quizá las de ellos también. El resto del camino lo hicieron en silencio, con la mente sumida en posibilidades oscuras.

—Es aquí —anunció, señalando un edificio modesto de cuatro plantas con fachada desgastada.

Al aproximarse al portal, Leire distinguió una figura femenina esperando junto a la puerta cerrada. Al oír sus pasos, la mujer alzó la vista. Incluso a la tenue luz, Leire la reconoció de inmediato: Regina Duarte. Tenía el pelo castaño más corto que en las fotos que Leire había visto tiempo atrás. Regina enderezó la espalda cuando ellos llegaron a su altura.

—Hola —saludó con cautela. Sus ojos pasaron de David a Leire, calibrando la situación—. Gracias por venir.

David asintió en silencio. Leire se mantuvo medio paso detrás de él, firme, con el rostro impenetrable. Por dentro sentía un torbellino de emociones opuestas: por un lado, cierta lástima al ver a Regina así, ojerosa y vulnerable; por otro, un ardiente resentimiento al recordar cómo había encontrado llorando a David en el suelo aquella noche, destrozado por ella. Notó a su amigo tensarse al ponerse entre ambas, consciente de la electricidad estática que chispeaba en el ambiente.

—Regina, ella es Leire Ortega —dijo David rápidamente, haciendo las presentaciones con voz queda—. Subinspectora de policía... y mi amiga.

«La mejor amiga que me recogió del suelo cuando me rompiste el corazón», añadió Leire para sus adentros al oír la vacilación de David. Mantuvo el semblante frío y apenas inclinó la barbilla a modo de saludo.

Regina sostuvo la mirada de Leire un segundo, pero terminó por bajarla, incómoda. Se aclaró la garganta.

—Encantada, Leire —murmuró con cortesía tensa.

Leire no respondió. La tensión se podía masticar. Un silencio duro cayó sobre los tres hasta que David se apresuró a intervenir.

—Deberíamos entrar. Hablemos dentro, ¿vale? —dijo él, conciliador.

Regina asintió de inmediato. Con dedos temblorosos rebuscó en su bolso y sacó un manojo de llaves, aún conservaba la del portal.

Los tres subieron por la escalera angosta hasta la planta donde vivía Samuel. En el descansillo, frente a la puerta del piso, Leire se

detuvo.

—No tienes la llave del piso, ¿verdad?

Regina negó con la cabeza. Su voz salió queda.

—No... Samuel ha cambiado la cerradura. Ya intenté entrar ayer y no pude.

—Entonces lo haré a la vieja usanza.

Se sacó la cartera del bolsillo trasero y extrajo una tarjeta de plástico, un viejo pase de hotel que siempre llevaba encima para emergencias como esta. Sostuvo la tarjeta firme y la deslizó con cuidado entre la puerta y el marco, a la altura del pestillo. Empezó a moverla con paciencia pero con determinación, intentando hacer retroceder el mecanismo. La tarjeta se dobló ligeramente y, de pronto, sintió que el pestillo cedía un par de milímetros. La puerta se había desatancado.

—Listo —anunció, guardando la tarjeta de vuelta en la cartera.

Empujó la puerta con lentitud, sin hacer ruido. El interior estaba a oscuras. Un olor a cerrado, mezcla de polvo y algo rancio, salió del piso hacia el rellano. Leire levantó una mano indicándoles a David y Regina que esperaran.

—Dejadme entrar primero —susurró.

Leire cruzó el umbral pegada a la pared, fundiéndose con las sombras. Tanteó con la mano izquierda hasta dar con un interruptor. Una débil luz iluminó el pequeño recibidor. La escena tenía un aire fantasmal, pero le permitió echar un vistazo inicial. Se internó unos pasos más en el apartamento, en completo silencio, con todos los sentidos aguzados, escaneando cada rincón, ninguna señal de movimiento.

—¿Todo bien? —susurró David desde la puerta, ansioso.

Leire avanzó un par de pasos más, comprobando rápidamente la sala principal a la derecha y la cocina americana a la izquierda. No había nadie. Solo muebles y sombras.

—Está despejado —respondió finalmente en voz baja.

David y Regina entraron detrás de ella. Regina cerró la puerta con cuidado para no hacer ruido. Leire se pasó la mano por el pelo, soltando un suspiro contenido, y se permitió encender un par de

lámparas más. La luz cálida inundó la estancia principal, revelando el hogar de Samuel.

El piso era pequeño y algo desordenado, aunque no caótico. Frente a ellos se abría un salón diminuto: un sillón individual abarrotado de papeles y revistas desperdigadas entre los cojines, una mesita baja atestada de tazas de café vacías y platos con restos de comida reseca y, contra la pared, un escritorio repleto de documentos. Había recortes de periódico, folios con anotaciones a mano, post-its pegados aquí y allá, y un ordenador de torre con la pantalla en negro, apagado. El conjunto transmitía la imagen de alguien que había estado trabajando contra reloj, acumulando pruebas sin demasiado cuidado por el orden.

—Será mejor que registremos todo —dijo Leire en un tono profesional—. Buscad cualquier cosa que pueda servir, notas, documentos o lo que sea.

Regina asintió y de inmediato se puso a rebuscar entre los papeles esparcidos por la mesa y el escritorio. David, por su parte, abrió con cuidado la puerta del dormitorio contiguo para echar un vistazo rápido dentro, y luego empezó a revisar una cómoda en el pasillo. Leire se quedó en la sala principal, inspeccionando estanterías, abriendo cajones y moviendo pilas de periódicos viejos.

Durante varios minutos no se oía más que el susurro de hojas al pasar, el crujido de cajones al abrirse y cerrarse, y las pisadas amortiguadas por el parqué.

—Aquí hay recortes de periódicos... muchos crímenes sin resolver, noticias de desaparecidos —dijo Regina desde el escritorio, con el ceño fruncido. Tenía varios folios en la mano—. Algunas notas en los márgenes... Fechas, iniciales. Parece el trabajo de investigación de Samuel.

Leire se acercó para echar un vistazo por encima del hombro de Regina. En efecto, vio páginas impresas de noticias: «Hallan cadáver de empresario en almacén abandonado», «Condenado policía por destrucción de pruebas», «Joven desaparecida sigue sin aparecer tras 2 años». En algunas, Samuel había garabateado a mano signos de interrogación, nombres propios resaltados, e iniciales sueltas.

—¿Te suenan de algo esas iniciales? —preguntó Leire, juntando las cejas. Eran demasiadas combinaciones para que fueran simples notas sin importancia.

Regina negó lentamente con la cabeza, y arrojó los folios de vuelta a la mesa con impotencia.

—No... nada. —Su voz tembló, quebrándose por la frustración—. Tendría que repasarlo con calma y aun así... esto es inútil. No sabemos ni qué estamos buscando.

Leire la observó de reojo, Regina tenía los ojos vidriosos; estaba al borde de las lágrimas.

—Sé que no soy precisamente santa de tu devoción... —soltó Regina de repente, con aspereza, mirándola fijamente. Intentaba contener sus emociones, pero la voz le salió cargada de resentimiento y sinceridad a la vez—. Entiendo por qué me odias, de verdad —hizo una pausa, respirando agitadamente—, pero gracias por estar aquí. Ahora mismo solo me importa salvar a Samuel.

Leire le sostuvo la mirada, helada. Entre ambas vibraba por la tensión que nadie se atrevía a romper.

—No lo hago por ti —repuso Leire al fin, en un tono bajo y afilado. Pronunció cada sílaba con dureza deliberada—. Estoy aquí por David. Quiero encontrar a Samuel tanto como tú... pero no voy a olvidar lo que le hiciste a mi amigo.

El silencio que siguió fue cortante. Regina cerró los ojos un segundo, encajando el golpe de esas palabras. Su pecho subía y bajaba con agitación. Cuando volvió a hablar, su voz sonó cansada, rota.

—Lo sé... Yo tampoco lo olvido.

Los dedos de Leire tamborilearon en la mesa, retiró la mirada primero, intentando domar la furia que le ardía dentro. Quería gritarle muchas cosas a Regina, vaciar toda la bilis que llevaba años acumulando, pero no era ni el lugar ni el momento. Se obligó a respirar hondo y a tragarse el orgullo herido. Desahogarse ahora no ayudaría a Samuel. Ya habría tiempo, si acaso, de ajustar cuentas personales más adelante.

Entonces Leire se fijó en la rejilla de ventilación, justo encima de la estantería. Estaba floja, los tornillos medio sueltos. Arrastró una

silla, subió y tanteó el hueco. Sus dedos chocaron con algo metálico. Tiró con cuidado y sacó una caja rectangular, envuelta en cinta adhesiva.

Con una navaja cortó la cinta y levantó la tapa. Dentro había papeles doblados, tarjetas con anotaciones rápidas y un cuaderno pequeño lleno de garabatos. Entre ellos, un USB plateado.

Regina cogió el pendrive, de repente un golpe sordo retumbó desde la cocina y los tres se quedaron paralizados, mirándose con los ojos abiertos, convencidos de que no estaban solos en el piso. Pasaron unos segundos interminables hasta que comprendieron que solo había sido el compresor de la nevera al ponerse en marcha.

Cuando por fin se relajaron, Leire repartió parte de los documentos. Entregó a Regina un par de tarjetas manuscritas y a David uno de los folios impresos, quedándose ella con un cuaderno pequeño que había en el fondo.

—Son sus anotaciones personales... —dijo David en voz baja. Tenía frente a sí un folio con columnas de nombres e iniciales—. Mirad, aquí parece haber listas de iniciales y fechas.

—Aquí hay algo también —apuntó Regina. Sus manos sostenían dos tarjetas de cartulina repletas de texto escrito a bolígrafo azul—. Son referencias, por lo que veo: lugares, cantidades de dinero, flechas y signos de interrogación... Parece que estuviera relacionando distintas cosas.

Leire pasaba rápidamente las hojas del cuaderno de Samuel. En cada página había un caos de ideas conectadas: flechas que unían nombres propios con códigos, círculos alrededor de palabras sueltas, apuntes en los márgenes. Leire reconoció algunas de las iniciales: eran las mismas iniciales C.O., A. C., I.A. que habían aparecido en los recortes de prensa. Samuel había estado hilando conexiones. Era como ver el esqueleto de la investigación, pero le faltaba la carne necesaria para entenderla del todo. Había códigos indescifrables a simple vista, referencias a algo que escapaba a su comprensión en ese momento.

—Usaba códigos para sí mismo —murmuró David—. Si alguien ajeno leía esto, no entendería nada a menos que conociera el contexto.

Leire asintió distraídamente. Al pasar la página siguiente, algo dibujado en el centro capturó su atención. Entre el bosque de flechas y garabatos, unas palabras sobresalían escritas con letra mayúscula, rodeadas por un doble círculo y resaltadas en rojo.

—Mirad esto... —Susurró, acercando el cuaderno para que David y Regina lo vieran bien.

Allí, con trazo firme y subrayado dos veces, estaba escrito: LOS ELEGIDOS DE CAÍN.

Regina leyó aquellas palabras en voz alta.

—Los Elegidos de Caín... —repitió, arrastrando cada sílaba— ¿Qué significa eso?

David se tomó un momento antes de hablar, pensativo.

—Caín... —murmuró—. Como el de la Biblia, el primer asesino de la historia.

Era la primera vez que veían un nombre propio en toda aquella maraña de apuntes, y no era cualquier nombre, resultaba inquietante, amenazador.

—Si Samuel escribió eso aquí y lo marcó, tiene que ser importante —dijo, notando un ligero escalofrío recorrerle los brazos—. ¿Un culto? ¿Una secta quizá? ¿Algún club clandestino...?

—Tiene pinta —admitió Regina en un susurro, intercambiando una mirada con Leire—. Los Elegidos de Caín... —repitió el nombre con nerviosismo.

Puede que acabaran de descubrir la clave de todo. Un nombre, por fin tenían un maldito nombre.

—Hay que saber qué contiene este USB. —Dijo Leire y cogió el pendrive plateado mostrándolo entre sus dedos—. Podría tener las pruebas de todo lo que Samuel descubrió.

—Los Elegidos de Caín —musitó también David, probando cómo sonaba en sus labios. La frase dejó un silencio oscuro tras de sí, como si al pronunciarla invocara una presencia indeseada en aquella habitación.

David colgó la mochila en una silla y sacó de ella su ordenador portátil.

—Vamos a verlo y salir de dudas ahora mismo.

Y entonces, todo empezó a desmoronarse.

15

El volante le sudaba en las manos. Isabel Aldama conducía sin radio y con las ventanillas cerradas. El mensaje de *convocada* seguía en la pantalla del móvil. El mismo código de siempre, otra vez. No pensaba volver a ponerse una máscara ni a bajar a un sótano, no otra vez. Ya lo había hecho muchas veces y no dormía desde entonces. Sabía lo que significaba ese aviso. Sabía lo que querían de ella. No iba a obedecer.

Giró hacia el acceso del garaje subterráneo. Planta menos dos. Sin cámaras en el tramo final, como le habían indicado. Frenó junto a una pared sin marca y apagó el motor. Se miró en el retrovisor, ojeras, la piel tirante, los ojos rojos. Se metió una pastilla en la boca y la tragó en seco.

Dejó el bolso en el asiento, cogió el móvil, respiró hondo y salió del coche. Los talones firmes en el hormigón, con pasos cortos. A la izquierda, una puerta de servicio con un cristal opaco. Habían quedado allí.

La puerta se abrió hacia dentro, apareció un hombre de unos sesenta años, traje oscuro perfecto, bufanda fina gris y ojos fríos. Octavio Vergara, magistrado de carrera, intocable en los pasillos y en las cenas oficiales. Dentro del garaje olía a goma y a gasolina. Él no parecía notar nada.

—Isabel —dijo, como quien la ve cada día.

—Gracias por venir —contestó ella. La voz le salió áspera.

Vergara le sostuvo la mirada sin pestañear.

—¿Tan urgente es?

—Sí.

Él señaló con la barbilla el pasillo de servicio. Anduvieron diez metros y se pararon en una zona muerta, entre columnas, donde no

llegaba ninguna cámara cercana. Él se apoyó con la espalda en el hormigón y cruzó los brazos. Esperó.

Isabel habló rápido, sin rodeos:

—Quiero salir. No voy a volver a esas... cosas. No puedo más, no quiero, lo dejo.

Vergara no se movió.

—No hay salida —dijo, calmado.

—Lo digo en serio, Octavio. Esto me está destrozando. Me está reventando la cabeza. No puedo seguir, me estáis pidiendo otra vez lo mismo, no voy a hacerlo.

—Nadie te pide nada que no aceptaras —respondió él, con tono limpio—. Tú entraste, sabías de qué iba. Una vez que se entra, no se sale.

Isabel dio un paso más.

—Me prometisteis que sería puntual, que era un trámite, una sola vez, que luego volvería a mi vida.

—Te prometimos una carrera sin obstáculos, y la tienes —replicó, tajante—, y ahora te pedimos lo que corresponde.

—¿Lo que corresponde? —le tembló la voz—. Me pedisteis que firmara autos que no tocaban, que cerrara los ojos, que mirara a otro lado. Y una noche... —se le quebró la voz—. Una noche me hicisteis... sabes de qué hablo.

—Sé que cumples —cortó él—, y debes seguir cumpliendo.

Isabel se agarró a la columna, la voz le vibraba.

—No voy a hacerlo. Te lo pido por favor, déjame irme, no hablaré, me apartaré. Me invento una enfermedad, lo que sea. Desapareceré y no diré nada.

Vergara negó con un gesto mínimo.

—No puedo autorizarlo.

—¿No puedes o no quieres?

—No existe esa opción.

Un coche dobló al fondo la rampa, pasó lento y aparcó lejos. El garaje volvió al silencio, Isabel se frotó la frente, bastante nerviosa.

—Entonces me podéis dar una salida —dijo—, declaro una baja médica larga. Me apartaré de todas las causas, no os molestaré, no os pondré en riesgo. Pero no puedo volver a bajar.

—No decides tú —respondió él, sin subir el tono—. Te lo digo para que no pierdas el tiempo.

—Voy a reventar —dijo ella—, te lo digo como lo siento, no puedo más. No quiero otra cita, ni otra máscara, ni otro sótano. Me decís convocada y me pongo a vomitar. Me paso el día con pastillas, no duermo, oigo cosas, veo cosas, me estoy volviendo loca.

—Ve al médico —contestó Vergara—. Tómate un mes, pero a la vuelta, cumples.

—No.

Vergara la miró como a una sentencia mal redactada.

—No te conviene hablar así.

—¿Y qué vais a hacer? —soltó ella, dando un paso, casi pegándose—. ¿Lo de siempre? ¿La bañera, las pastillas, la nota con cuatro frases y mi firma? ¿Eso?

Él no parpadeó.

—Cuídate, Isabel, estás nerviosa.

—Estoy avisando —replicó—, si me volvéis a citar, lo cuento. Voy a Fiscalía, voy a algún medio. Tengo nombres, fechas, sitios, tengo todo. —Al decirlo, notó que por primera vez él se tensaba un poco—. No me empujéis.

Un segundo de silencio, el zumbido lejano de una ventilación. Isabel sintió el corazón golpeándole el esternón.

—No tienes nada —dijo Vergara—. Y aunque lo tuvieras, nadie te escucharía. Te harías daño, y a tu familia, piénsalo.

—No tengo familia —siseó—. Ya me la quitasteis cuando me metisteis ahí.

—Tienes un nombre —apuntó él—, una carrera, y un historial que puede volverse en tu contra si decides hacer tonterías.

Isabel dio una pequeña carcajada, sin humor.

—Mi carrera es vuestra, mi nombre también, y vosotros elegís cuándo me destrozáis.

Vergara se acercó un paso, se quedó a menos de medio metro.

—Te voy a dar un consejo —dijo—, vete a tu casa, te duchas, te tomas dos pastillas y mañana actúas como siempre. Ni cartas, ni fiscales, ni periodistas. ¿He sido claro?

Isabel lo empujó, poco, lo justo para apartarlo de su espacio. Él mantuvo el equilibrio, ella se dio cuenta de su propio temblor.

—He sido yo la que ha llevado togas y ha firmado condenas —escupió—. No me vas a hablar como a una niña.

—No me hace falta hablarte como a una niña —contestó él—. Me basta con recordarte dónde estás, dentro. Y quién decide. Y no eres tú.

Los ojos de Isabel se llenaron de lágrimas sin que pudiera evitarlo, intercambiaron una última mirada, Vergara volvió a cruzar los brazos.

—¿Algo más?

—Sí —dijo ella—. Si me tocáis, no os va a salir gratis. No pienso morirme en silencio, si esto va a pasar, dejaré algo preparado, y se sabrá.

Él torció la boca, una línea breve.

—Vete, Isabel.

Ella no se movió.

—Dime que me dejáis ir, dime que se acabó.

—Vete —repitió— y no me hagas perder el tiempo.

Aldama retrocedió un paso, luego otro. Se giró, caminó hacia su coche sin mirar atrás, abrió, se sentó y cerró de golpe. Puso las manos en el volante con el pulso descontrolado. El garaje seguía igual, pero a ella se le había encogido el mundo.

Arrancó, subió la rampa y salió a la calle. Giró a la derecha sin mirar el navegador.

Octavio Vergara no se movió hasta que las luces traseras desaparecieron, sacó del bolsillo interior un teléfono y marcó. Dos tonos.

—Soy yo —dijo—. Implementad protocolo doméstico, perfil A.

Escuchó, asintió una vez, solo.

—Discreto, sin incidencia pública, esta noche.

Silencio al otro lado. Confirmación.

—Eso es, ya sabéis cómo —añadió—. Que mañana por la mañana todo cuadre.

Colgó, guardó el móvil, se alisó la chaqueta con la mano, miró un instante hacia la rampa y caminó hacia su coche, sin prisa.

16

El mediodía entraba limpio por los ventanales y aun así la casa parecía más fría. Ni la luz ni el mármol lograban aliviar la sensación de que todo empezaba a derrumbarse. El lujo seguía allí, pero ya no bastaba para disimular los números rojos. Natalia pasó el dedo por una factura y dejó una línea oblicua en el polvo invisible. Daba igual cuántas columnas abriera en la hoja de cálculo, todo conducía al mismo sitio; pérdidas, vencimientos, intereses que crecían a la velocidad exacta de su angustia... los balances eran un animal al que ya no podía domesticar, por mucho que se sentara derecha y fingiera control ante los suyos.

—¿Mamá...? —asomó Guillermo desde el pasillo, todavía con camiseta de clase y ese pelo que, cuando se reía, le caía sobre las gafas.

—Estoy aquí —cerró el portátil con calma ensayada—. ¿Qué pasa?

Él entró con una libreta, llevaba apuntado *cumple* subrayado dos veces.

—La semana que viene es el cumpleaños de Iván —dijo, y se le encendió una sonrisa breve—. Pensaba en preparar algo en casa, algo especial y grande, dieciocho no se cumplen todos los días, y ya sabes lo ilusionado que está Iván con su mayoría de edad. Invitaré a nuestros amigos, habrá música, catering... quiero que sea una sorpresa.

Iván, el nombre atravesó la sala como una corriente templada, Natalia sostuvo la sonrisa.

—Claro, me encanta la idea —dijo sin dejar que su hijo percibiera su preocupación por no poder ofrecer una fiesta por todo lo alto para Iván.

Guillermo se sentó frente a ella con la libreta en las manos. Pasaba las páginas nervioso, mostrando listas absurdamente

detalladas: tartas, refrescos y juegos. En un momento se detuvo, bajó la mirada y respiró hondo.

—Quería... —balbuceó, con la voz apenas audible—. Quería contarte algo antes del cumple. No sé cómo decírtelo sin que suene raro.

Natalia lo observó en silencio. Durante un segundo pensó en dejarle sacar las palabras, pero enseguida alargó la mano y le tocó suavemente la suya.

—No hace falta que digas nada, hijo —le interrumpió con dulzura—. Ya lo sé, y no te imaginas lo feliz que me hace.

Guillermo la miró con los ojos muy abiertos, sorprendido, temblando de emoción.

—¿Lo... lo sabes?

Natalia sonrió y asintió despacio.

—Claro que lo sé. Llevo años viéndote con Iván. He visto cómo te cuida, cómo te admira, cómo te mira como si fueras lo más importante del mundo; y he visto también cómo lo miras tú, con ese brillo en los ojos que no se puede fingir. Nunca vas a encontrar a nadie que te quiera como él te quiere, y yo no podría estar más contenta de que sea él.

Guillermo sintió que algo dentro de él se aflojaba, la emoción le subió a los ojos y se lanzó a abrazar a su madre con fuerza, hundiendo el rostro en su cuello. Natalia lo rodeó con los brazos y lo sostuvo, cerrando los ojos, saboreando aquel instante como un regalo.

—Mamá... gracias —susurró él, con la voz quebrada.

—No me des las gracias —respondió ella acariciándole el pelo—. No tienes que agradecerme que me alegre de tu felicidad, y eso es lo que eres cuando estás con Iván, feliz. Y yo soy feliz viéndote así.

Se separó un poco para poder mirarlo a los ojos, seria pero con ternura.

—Solo quiero pedirte una cosa; ojalá siempre sigáis tan enamorados como ahora, ojalá la vida os permita cuidaros el uno al otro durante mucho tiempo. Pero si un día sientes que ya no es lo mismo, si notas que el amor se apaga, prométeme que serás honesto con él. No lo retengas solo por costumbre o por miedo, no

cometas el mismo error que yo cometí con tu padre. Nosotros dejamos de querernos, pero seguimos juntos por las apariencias, y eso nos hizo mucho daño. No quiero eso para ti ni para Iván.

Guillermo miró a su madre, con los ojos húmedos y asintió sin poder hablar.

—Prométeme que si llega ese día —continuó Natalia—, tendrás el valor de dejarle marchar antes de hacerle daño. Que lo recordarás siempre con cariño y respeto, porque se lo merece.

Él sonrió con lágrimas en los ojos, conmovido, y volvió a abrazarla con toda la fuerza de la que fue capaz.

—Te lo prometo, mamá.

—Siento que no habrá nadie en este mundo que te quiera y te cuide más que Iván, llámalo instinto maternal.

Natalia cerró los ojos y lo estrechó aún más contra sí, sintiendo el latido acelerado de su hijo. Por un instante el miedo, las deudas y la sombra que se cernía sobre su vida se desvanecieron. Solo quedaba eso: su niño convertido en hombre, enamorado, correspondido, feliz; y ella, orgullosa de verlo acompañado por alguien que lo quería con la misma intensidad con que ella lo había querido desde el primer día.

Cuando se quedó sola, el móvil vibró. Número desconocido.

—¿Sí?

—No me cuelgues —la voz era baja, con esa amabilidad entrenada que en realidad es control—. Soy yo.

El aire alrededor de Natalia se volvió más denso.

—Héctor.

—No te enfades por el atrevimiento, llevo días intentando localizarte.

—Estoy ocupada.

—Y arruinada.

El golpe fue limpio, sin anestesia. Natalia miró hacia el pasillo por instinto, con miedo a que su hijo pudiera haberlo oído. No contestó, él llenó el hueco.

—Aunque quieras negarlo, lo sabes. Ya no hay margen. Te lo digo sin disfraces porque te aprecio, deja que te ayude.

—No necesito tu lástima.

—No es lástima, es una puerta, y la estás dejando cerrarse.

Se hizo un silencio corto. Natalia apretó el móvil contra la mejilla. Sintió, más que escuchó, el propio pulso.

—No voy a vender la empresa —dijo.

—No tienes que venderla —Héctor sonrió desde el otro lado, se notaba—. Hay personas... llamémosles muy importantes, que se ocupan de que la vida de los suyos continúe; y tú eres de los suyos, de los nuestros.

Natalia cerró los ojos. Recordó la gala, recordó también la presión en el brazo cuando Héctor se inclinó demasiado y dijo «para lo que necesites». El mismo tono de ahora, solo que ahora con la trampa abierta.

—No me hables en plural —espetó—. No soy vuestra nada.

—Eres madre, seguro que no quieres que tu hijo note que ya no llegas ni a fin de mes. ¿He exagerado?

El golpe bajo le dio justo donde tenía que dar.

—Lo que te pase por la cabeza referente a mi casa o mi cuenta no te da derecho a humillarme.

—No intento humillarte, Natalia, intento ahorrarte el espectáculo, y que no renuncies a nada. Te hablo de seguir en tu casa, con tu coche, con tus viajes, con tus cenas y tus vestidos. De que Guillermo no tenga que cambiar de vida. Te hablo de tranquilidad, solo tienes que confiar.

—¿Confiar en qué? ¿En ti? ¿En ese club de gente con corbata al que te crees que no se le ve la costura?

—Llámalo sociedad, círculo, red... el nombre no importa. Importa que resuelve; y que, si entras, nunca te faltará nada. Ni a ti, ni a Guillermo.

Hubo un segundo de respiración superpuesta.

—No voy a vender mi alma —se oyó decir.

—No hace falta que vendas nada, solo ven mañana. Hay una reunión, una fiesta privada. Gente que conoces y gente que te conviene conocer. Hablan poco y deciden mucho. Vente, mira y escucha. Y, si no te gusta, te vas. Pero no cierres una puerta así sin atravesar el marco.

—No soy idiota, nadie regala nada.

—A veces sí —dijo Héctor, y esa frase, tan limpia, fue lo más sucio de la llamada—. A veces te lo dan todo... si demuestras que estás a la altura.

Demostrar, la palabra se le quedó clavada. Natalia miró la libreta con todo lo que Guillermo había anotado para el cumpleaños, imaginó a Iván soplando velas, a su hijo organizándolo todo, la risa entrando por el pasillo, la promesa de un futuro que aún podía existir. Y luego imaginó abandonando su casa, al banco llamando, al rumor frío que recorre las urbanizaciones cuando una de las suyas cae.

—¿Dónde y a qué hora? —preguntó.

Héctor dejó un silencio mínimo, como quien se da el gusto de ganar sin celebrarlo.

—Te mando ubicación y acceso. Lleva vestido largo. No te preocupes del resto.

—No pienso deberte nada.

—Me debes ya lo único que cuenta. El primer sí siempre es el que abre el resto.

Natalia sintió el estómago otra vez. Le sudaron las manos, pero la voz le salió firme.

—No he dicho sí.

—Lo has dicho, solo que aún no lo has oído.

Colgó sin despedirse. Natalia se quedó un momento con el móvil en la mano, quieta. Respiró, volvió a abrir el portátil. La pantalla se encendió con el mismo aviso de saldo y, por primera vez en semanas, no le entraron ganas de llorar. Le entró una náusea antigua, de cierta clase de decisión.

—Mamá —asomó Guillermo, ajeno al terremoto—. ¿Te apetece que hagamos nosotros la tarta? Iván dice que sabe una receta de su abuela que siempre es un éxito.

—Claro cariño —dijo ella, sin dudar—. Me apetece mucho.

Guillermo sonrió, se fue otra vez, con ese andar de chico que todavía no sabe del todo que ya es hombre. Natalia se llevó los dedos a las sienes y cerró los ojos. Dejó que el silencio se asentara un instante más. Luego cogió el bolso. Tenía que pasar por la tintorería a recoger su vestido negro.

A varios kilómetros, Héctor miró un segundo la pantalla del móvil, la sonrisa apenas insinuada en el cristal de la ventana de su despacho. Tecleó despacio el mensaje a un contacto sin nombre.

Ya está.

17

David colocó el portátil entre los papeles de Samuel, y metió el USB plateado. Nadie habló, el sistema reconoció la unidad.

—Abre —dijo Regina, casi sin voz.

Doble clic, ventana en primer plano: INTRODUCIR CONTRASEÑA.

David probó tres opciones a toda velocidad: una fecha que habían visto en una nota, el nombre, las iniciales y un número. Error. Error. Error.

—Está cifrado en serio —murmuró—. Nada de probar cien veces o se bloqueará.

Leire miró hacia la puerta, en tensión.

—No deberíamos estar aquí. Inténtalo una vez más con algo suyo.

—No quiero jugármela —respondió David, apartando las manos—. Mejor llamo a alguien.

Marcó y habló bajo, sin decir nombres ni direcciones. Colgó.

—Va a mi casa —dijo—. En media hora, mejor salimos ya.

Apagaron las luces y bajaron las escaleras sin hablar. En la calle, el aire frío les devolvió algo de cuerpo. Subieron al coche de David y se fueron directos a su casa. Cuando llegaron al portal de David, Leire les dijo que era suficiente por esa noche.

—Yo me voy ya a casa. Tengo mi moto aquí. Mañana me llamáis y me contáis qué habéis encontrado. —Se ajustó la chaqueta y añadió, mirando a David—. Tened cuidado.

Y desapareció en su moto.

David y Regina subieron al piso. El silencio era espeso, parecía que la casa hubiera estado esperándolos. Encendieron una lámpara del salón. El portátil y el pendrive quedaron en la mesa, el centro absoluto de su atención.

Unos minutos después, sonó el timbre. David comprobó la mirilla y abrió.

—Yo no he estado aquí esta noche —dijo el recién llegado nada más entrar—, y no he desbloqueado ningún pendrive. ¿Entendido?

Asintieron. El chico dejó la mochila, se sentó frente al ordenador y enchufó un pequeño dispositivo. Tecleó rápido, concentrado. Durante unos segundos solo se escuchó el golpeteo de las teclas y la respiración contenida de Regina y David.

—Aquí hay un archivo oculto, no abre por sí mismo, pero me da una pista.

Probó una combinación, respiró hondo y pulsó Enter. La pantalla parpadeó, la ventana de contraseña desapareció y apareció una carpeta.

—Listo —dijo Néstor, sin levantar la voz—. Yo ya he hecho mi trabajo, me voy. A partir de ahora, lo que veáis ya es vuestra responsabilidad.

Y se marchó.

Tres carpetas: VID, DOC, AUD. Y un fichero suelto: LEER.txt.

—Primero el texto —pidió Regina.

David lo abrió, solo había tres líneas escritas.

Si has llegado hasta aquí, no lo veas solo. No mires hasta el final si no te ves capaz. Hay cosas que no se pueden deshacer cuando se ven. S.

Ninguno de los dos habló, David pasó a la carpeta de vídeos y seleccionó el primero. La pantalla mostró una sala estrecha, de paredes de azulejo. La víctima, una mujer joven, estaba inmovilizada en una mesa metálica, de pie, con los brazos y tobillos sujetos por correas. Apenas podía moverse, solo retorcer el torso con un esfuerzo inútil.

El primer hombre apareció en plano, llevaba guantes y el rostro cubierto por una máscara negra. Se colocó detrás de ella, tiró con violencia de su ropa y la rasgó de un tirón. El sonido del tejido al desgarrarse llenó la sala. Ella gritó, un chillido desgarrador que se convirtió en sollozo cuando él la inmovilizó con el peso de su antebrazo.

El agresor la penetró con una brutalidad implacable, sin una palabra, sin un gesto de duda. Solo golpes sordos contra el metal de la mesa, cada uno acompañado de un gemido ahogado de la mujer.

Intentó apartarse, pero los anclajes de las correas le hundían la piel hasta dejarla marcada. El plano no cortaba, no se apartaba, mostraba la escena con una frialdad que helaba más que el propio acto.

Un segundo hombre entró entonces en el cuadro. También enmascarado, observó unos segundos y se colocó frente a la víctima. Le sujetó la cara con una mano, obligándola a mirarlo, mientras la golpeaba con la otra. El sonido del bofetón resonó con violencia en la habitación. Ella volvió a gritar, pero su voz ya era apenas un hilo quebrado.

Regina se llevó una mano a la boca, intentando contener la náusea, David era incapaz de apartar los ojos de la pantalla.

El agresor se retiró unos segundos y otro apareció en plano, este llevaba un anillo grueso en la mano derecha. La cámara lo captó de refilón, un relieve en forma de serpiente que se mordía la cola.

—Congélalo —dijo Regina, con voz ronca.

David detuvo la imagen e hizo una foto con su móvil.

Cambiaron al segundo vídeo. La misma sala, otra víctima, un hombre colgado por las muñecas de una cadena, los pies apenas tocando el suelo. Dos figuras lo rodeaban, una le cubrió la cabeza con una bolsa de plástico transparente mientras la otra la ceñía con cinta. El cuerpo se agitó desesperado, la bolsa se inflaba y desinflaba con rapidez hasta empañarse por dentro. Intentaba romperla con los dientes, pero no lo consiguió. Los verdugos lo golpearon en el costado, lo inmovilizaron hasta que el cuerpo comenzó a convulsionar. Un ruido sordo marcó la caída final sobre la lona extendida en el suelo.

Regina apartó la mirada, con las lágrimas a punto de desbordarle, David no dijo nada, solo cerró el archivo con un clic brusco. Ambos estaban temblando, conscientes de que esas imágenes ya se habían grabado en su memoria para siempre.

—Revisa los documentos —dijo Regina, con voz tensa.

David abrió la carpeta DOC. Entre listados de entradas y salidas, facturas y notas sin sentido aparente, apareció una hoja con membrete de una empresa eléctrica. El texto estaba borroso, pero

se leía con claridad una dirección. Se quedaron en silencio. La dirección brillaba en la pantalla como una invitación al infierno.

David cerró los documentos y se quedó un instante mirando la pantalla en negro, como si le costara volver a la realidad. Después se levantó, fue hasta su chaqueta colgada en la silla y rebuscó en el bolsillo interior. Sacó un sobre blanco, idéntico al que Regina había recibido con las fotografías.

—Hay algo que no te he contado —dijo, con voz grave—. Leire y yo encontramos esto en el felpudo de mi casa, dentro solo había esto.

Lo abrió y dejó caer la llave, Regina la cogió con cuidado, la sostuvo unos segundos en la palma abierta, contemplando aquel metal mudo.

—¿Crees que puede ser de la nave que hemos visto en los documentos? —preguntó con un hilo de voz.

David negó despacio, aunque sus ojos no se apartaban de la llave.

—¿Y quién deja una llave sin indicar a qué pertenece? Podría ser cualquier sitio. Una trampa, una broma macabra... —guardó silencio un momento antes de añadir—, aunque quizá... quizá Samuel lo hubiera previsto todo.

Regina se estremeció, la idea de que Samuel hubiera dejado las piezas del rompecabezas antes de desaparecer le helaba la sangre y, al mismo tiempo, le daba fuerzas.

—Si es suya —dijo ella—, nos está diciendo que vayamos.

—Hay que ir a comprobarlo, si abre esa puerta... —su voz se quebró apenas— quedará claro que alguien nos está marcando el camino.

18

Isabel llevaba tres noches sin dormir. El reloj del dormitorio era una tortura constante, cada minuto que pasaba, el tic-tac le recordaba que seguía despierta, atrapada en una oscuridad que no le ofrecía descanso. La botella de vino estaba a medias en la mesilla, junto a un blíster de pastillas abierto y con huecos vacíos. No eran dos pastillas, ni tres, eran muchas más. Isabel ya había perdido la cuenta, tragándolas con sorbos cortos de vino como si fueran caramelos amargos. Lo único que deseaba era desconectarse, silencio, sueño. Un apagón donde no hubiera pensamientos ni miedos.

Cuando al fin se desplomó encima de la cama, el mundo se volvió viscoso y espeso, todo se desdibujó. No escuchó la cerradura ceder con un pequeño chasquido, ni la puerta abrirse suavemente con una presión experta. No oyó las pisadas envueltas en fundas de goma que cruzaron su salón. No vio las linternas finas y controladas que registraban cada rincón. Ni sintió las manos que revolvieron cajones, que levantaron carpetas, que encontraron la máscara, el USB, las fotos escondidas en un doble fondo. Ellos trabajaban en silencio, sin prisas, como cirujanos que ya habían hecho esa operación muchas veces. Todo tenía un protocolo. Cada uno sabía exactamente lo que debía hacer.

En el dormitorio, Isabel respiraba con dificultad, la boca entreabierta, el olor a vino impregnando el aire. Estaba profundamente dormida, su cuerpo rendido por las pastillas. Los hombres se miraron sin necesidad de palabras. La víctima estaba en su sitio, frágil y lista.

El más bajo colocó en la puerta del dormitorio el anclaje. Una corbata de seda reforzada con una cuerda más resistente. El delgado preparó el taburete, calculando la altura, mientras el

tercero, de movimientos precisos y metódicos, revisaba de nuevo la habitación. Todo debía tener una explicación coherente: copa, blíster vacío, el cuerpo colgado. Un suicidio, nada más.

Cuando ya estaba todo dispuesto, uno de ellos sacó de un bolsillo un pequeño frasco. Pasó la toallita impregnada de amoníaco bajo la nariz de Isabel. La jueza tosió, agitándose. Los ojos se le abrieron de golpe, inyectados en sangre, perdidos. La luz de la lámpara le cortó como un cuchillo. No entendía nada, no sabía dónde estaba, quiénes eran esas sombras de pie junto a su cama. Trató de incorporarse, pero su cuerpo no respondía. Las piernas le pesaban como plomo, los brazos eran inútiles. El sueño químico la mantenía atrapada en una jaula invisible.

—¿Qué...? —balbuceó con la voz ronca, casi un susurro.

Una mano fuerte la agarró del brazo y la obligó a sentarse, otra le sujetó la barbilla con brusquedad. Vio el lazo, el brillo oscuro de la corbata, y entonces lo entendió. Todo su cuerpo reaccionó de golpe, en un arranque desesperado. Intentó gritar, solo salió un gemido ahogado, patético. Se revolvió, pataleó, manoteó al aire, pero las manos la contenían con una facilidad insultante, como si no fuera más que una muñeca mareada.

—Arriba —ordenó uno, con voz baja y firme.

La levantaron entre los tres, ignorando sus patadas torpes. La colocaron en el taburete, tambaleante. Isabel trató de quitarse el lazo, pero los dedos no tenían fuerza, apenas rozó la tela con las uñas. El nudo ya estaba cerrado en torno a su cuello, su respiración se volvió jadeo, su mirada, pura locura.

—No... por favor... —logró articular, con un hilo de voz desesperado.

La cuerda se tensó de golpe. Isabel sintió que el mundo se le apagaba. El cuello le ardía con un dolor insoportable, una presión brutal que le cortaba el aire. Sus pies buscaban el suelo. El taburete se apartó con un golpe brusco y quedó suspendida, las manos golpeaban el vacío, desesperadas. Pataleó frenéticamente, con las uñas intentando rasgar la tela. No servía de nada, la presión le comprimía la tráquea, los ojos se le hincharon, las venas del cuello

se marcaron como cuerdas tensas, la lengua se le salió de la boca, grotesca. Cada jadeo era un estertor, un sonido animal.

Los hombres la observaban en silencio, con una frialdad escalofriante. Uno de ellos sostenía la cuerda para controlar la presión. Otro, con una linterna, observaba el movimiento de sus pupilas, calculando los tiempos. El tercero se aseguraba de que no quedaran marcas extrañas. No era violencia improvisada, era un procedimiento.

Isabel intentó gritar de nuevo, pero ya no tenía voz. Solo un ruido húmedo. El rostro enrojecido se volvió morado, los ojos a punto de estallar. El cuerpo entero convulsionaba, sacudido por espasmos incontrolables. En su desesperación, se orinó. El líquido tibio le empapó las piernas. La humillación final. La dignidad arrancada al mismo tiempo que la vida se le escapaba. Las manos se crisparon, los dedos se agitaban en el aire. Luego, lentamente, se fueron soltando, cayendo inertes. Las patadas perdieron fuerza, hasta que solo quedó un temblor residual, como el aleteo de un insecto atrapado.

El silencio volvió al dormitorio. Solo quedaba el balanceo lento del cuerpo ahorcado. Los tres asesinos se miraron con calma, todo en orden, todo como debía ser.

Antes de irse, uno de ellos sacó un teléfono desechable y marcó un número. La voz al otro lado contestó enseguida.

—¿Sí? —grave, cansada, autoritaria.

—Comisario... ya está hecho —dijo, sin rodeos—. Todo limpio, todo preparado. Va a parecer un suicidio sin más.

Hubo un silencio breve. El silencio de quien calibra lo que acaba de escuchar.

—Bien —respondió la voz—. No os preocupéis por nada más, yo me encargo de que nadie haga demasiadas preguntas. Si surge algún problema, yo lo arreglo. ¿Entendido?

—Entendido.

Colgó.

Los tres hombres salieron del dormitorio sin mirar atrás. La jueza Isabel Aldama seguía colgada de la puerta, balanceándose suavemente, los ojos abiertos y fijos en la nada. El apartamento

quedó en calma. Solo el reloj seguía marcando los segundos, implacable.

19

Regina ya tenía el bolso colgado cuando dijo que se marchaba. Caminó hasta la puerta con pasos que parecían más firmes de lo que en realidad sentía, pero antes de abrirla, David habló.

—No deberías irte sola a casa.

No lo dijo como advertencia, ni como reproche. Lo dijo como quien constata algo que le preocupa aunque no quiera demostrarlo. A Regina la frase la detuvo de golpe. Se quedó de espaldas a él, con la mano en el pomo. Podía contestar que estaba acostumbrada, que no necesitaba protección de nadie, mucho menos de él, pero lo cierto es que no quería enfrentarse al silencio del portal, ni al ascensor, ni a la soledad que pesaba más que cualquier amenaza.

—Tienes razón —respondió al final, en un susurro que casi no se oyó.

Se giró, la tensión entre los dos llenó el salón. Una pausa espesa, y entonces él dijo:

—Si quieres, quédate.

Ella asintió sin más. Cerró la puerta, que retumbó en sus estómagos como una sentencia.

David trajo una sábana doblada, una manta y un cojín. Lo dejó en el sofá con un gesto práctico.

—Es incómodo, pero servirá.

—Dormiré bien —su tono sonó duro, casi defensivo, como si necesitara dejar claro que no había otra posibilidad.

Él no contestó, sus miradas se cruzaron apenas un instante. Bastó para que el pasado, el dolor y la desconfianza volvieran a colocarse entre los dos como un muro invisible.

El sobre con la llave descansaba en la mesa, mudo, como un testigo incómodo. Regina lo miró un momento y luego apartó la vista. No quería pensar más en eso, no podía.

—¿Quieres agua? —preguntó David.

—Sí.

David fue a la cocina y volvió con un vaso. Lo dejó a su alcance, sin mirarla. Regina esperó a que se apartara para cogerlo. Bebió un sorbo pequeño, despacio.

—Gracias.

—De nada.

Silencio, un silencio lleno de cosas que no se decían.

—Voy a ducharme —dijo él señalando el pasillo—. Dejo el móvil aquí por si pasa algo.

Ella solo asintió. David desapareció y el sonido de la ducha llenó la casa. Regina desplegó la sábana, colocó la manta, se sentó en el sofá y notó de golpe el cansancio acumulado, los músculos rígidos, el corazón aún agitado. Cerró los ojos y, sin querer, la arrastró un recuerdo que llevaba años escondiendo.

Otra noche, el mismo sofá. Habían celebrado el cierre de un reportaje con vino barato y risas más altas de lo normal. David le pasó la copa, ella la aceptó sin mirarlo demasiado. Ambos sabían que la tensión era insostenible.

—¿Te quedas? —preguntó él.

—Me quedo.

El primer beso fue torpe por las prisas, el segundo ya no. Se buscaron con la boca y con las manos como si hiciera semanas que lo estaban posponiendo. Ella le agarró por el cuello y lo pegó a sí. Él la sujetó por la cintura y la empujó, paso a paso, hasta la cocina. La sentó en la encimera; el frío de la piedra le erizó la piel. Ella le desabrochó el botón del vaquero sin perder el ritmo del beso; bajó la cremallera con una mano y con la otra le subió la camiseta. Él le subió la falda, le apartó la ropa interior lo justo. La respiración de los dos ya era ruido.

—Así —dijo ella, con la voz rota.

La mitad de lo que pasaba se oía: respiraciones, golpes sordos contra el mueble, un gemido que ella no quiso tragarse. La otra mitad se veía en las caras. Él marcaba el ritmo con la pelvis, firme; ella lo guiaba con los muslos, abriéndose más, subiendo el cuerpo, buscándole. Cambiaron de ángulo sin hablar, parecía que llevaran

años ensayando. Él la bajó de la encimera sin soltarla, la guio hacia el sofá. Tropezaron con la mesa baja y les dio igual. Cayeron encima de los cojines y siguieron, sudados, pegados, sin perder el pulso. Ella le agarró la nuca y lo apretó contra su boca, él la sostuvo por debajo de los muslos para no perderla. Todo era físico, directo, sin coreografías bonitas: piel caliente, músculos tensos, el sofá que protestaba, la sensación clara de que ninguno quería parar.

—Más —le pidió ella, sin dulzura.

Él obedeció, acelerando. Ella cerró los ojos y arqueó la espalda, mordiéndole el hombro para no gritar. Él no aflojó hasta que notó cómo a ella se le iba el control del cuerpo, ese temblor que no deja dudas. Aguantó un poco más, cuando a él se le cortó la respiración, se quedaron inmóviles un instante, pegados, con el pulso desbocado.

Los dos se quedaron tirados, de lado, recuperándose. La camiseta de él a medio quitar, la falda de ella mal colocada, la cocina patas arriba. Se miraron un segundo, sudados, todavía con la boca ardiendo, y se besaron otra vez, más suave. Ella apoyó la frente en su clavícula. Él le apartó un mechón de la cara, sin hablar. El salón olía a piel y a vino. Cuando la respiración les bajó, se quedaron en silencio, con los cuerpos enredados en el sofá, atentos al latido que tardó en normalizarse. No hubo promesas, tampoco dudas, solo el peso real de lo que acababan de hacer y la certeza de que no era la última vez.

La ducha se apagó y David volvió al salón con el pelo húmedo, una camiseta vieja, descalzo. Ella apartó la mirada, incómoda. Aquello, tan cotidiano, dolía más que cualquier recuerdo.

—Puedes dormir en mi cama si quieres —dijo él.

—No, aquí estoy bien.

David arrimó una silla a la puerta de entrada. Vieja costumbre de quien no ha dejado de desconfiar nunca. Ella lo observó en silencio, y por primera vez en horas sintió un poco de calma.

Se acostaron cada uno en su sitio, ella en el sofá, él en el colchón, que había decidido colocar en el suelo, a su lado. La luz se apagó, quedó solo la respiración de los dos.

—No puedo dejar de pensar en esa llave —murmuró Regina.

—Yo pienso en la dirección.

Silencio, una pausa que quiso ser conversación, pero que se quedó en nada.

—Tengo miedo de que lo estemos haciendo todo mal —dijo ella.

—Probablemente —respondió él.

Se quedaron callados, ninguno de los dos durmió del todo. Cuando el amanecer empezó a clarear, Regina se levantó.

—Voy a la redacción, necesito mirar la mesa de Samuel, su ordenador, algo.

—Yo hablaré con Leire —dijo David—. Le enseñaré lo que hay en el USB, le contaré lo de la dirección. Que lo vea todo antes de hacer nada.

—Vale.

Delante de la puerta, al despedirse, hubo un segundo de duda. No se abrazaron, no se besaron. Ni siquiera un apretón de manos. Solo levantaron las palmas, como una despedida absurda.

—Hasta luego —dijo ella.

—Hasta luego.

Regina salió a la calle con el estómago revuelto, cogió un taxi y dio la dirección del periódico. Durante el trayecto mordisqueó la piel de un dedo hasta hacerse sangre. No se limpió.

El taxi avanzaba entre semáforos y Regina miraba por la ventanilla sin ver la calle. Tenía el cuerpo cansado de una noche sin descanso, de una casa que no era la suya y, aun así, lo había sido todo durante un tiempo.

Pensó en David, en el sofá, en el silencio incómodo de dos personas que se conocen demasiado bien. En los gestos pequeños que habían vuelto sin permiso: la forma de dejar el vaso, la manera de mirarla sin hacerlo del todo. Recordó lo fácil que había sido estar allí y lo imposible que había sido quedarse.

Se llevó el dedo a la boca, notó el sabor metálico de la sangre.

Había pasado años evitando ese recuerdo, convenciéndose de que lo suyo estaba cerrado, de que el daño ya estaba amortizado; pero bastó una noche para que todo volviera a colocarse en su sitio. El dolor, la culpa, la certeza de que había cosas que no se superan, solo se aprende a rodearlas.

Pensó en Samuel, en cómo siempre la arrastraba hacia el centro de la tormenta y luego desaparecía. En las veces que lo había dejado solo porque era más fácil mirar a otro lado. Porque siempre había alguien más urgente, porque el amor también se cansa.

Esta vez no.

Apoyó la frente un segundo en el cristal. Supo que, en cuanto entrara en la redacción, algo iba a romperse del todo. Que no habría forma de separar lo que había pasado con David de lo que estaba pasando con Samuel. Todo formaba parte del mismo error prolongado.

—Más rápido, por favor —le dijo al taxista.

Y se preparó para no volver a fingir.

20

El coche se detuvo ante una fachada sin rótulos, de piedra clara y portón de hierro. La recibió un portero con guantes. Natalia bajó con un vestido largo negro y abrigo ligero al codo. No era una invitada cualquiera, se movía con esa seguridad contenida de quien ya ha pisado moquetas caras y se sabe el protocolo. La lista la esperó abierta: su nombre y dos apellidos, una inclinación de cabeza, una pulsera de seda en la muñeca y un «por aquí, señora».

Dentro, el club era silencio bien pagado. Pasillos con madera encerada, lámparas bajas, alfombras de lana anudada, recién cepilladas, sin marcas de paso... El salón principal respiraba dinero: copas finas, bandejas con cucharillas de caviar, blinis mínimos, ostras abiertas al ritmo de un cuchillo experto. En mesas discretas, una docena larga de personas: trajes a medida, relojes que valían un coche, vestidos con caída perfecta. Reconoció a dos al instante, figuras públicas, pero los nombres se quedaron sin sonido en su cabeza. Aquí los currículums se daban por entendidos.

Héctor la recibió en la entrada del salón, con la naturalidad de quien la estaba esperando. Traje gris oscuro, corbata granate, sonrisa aprendida.

—Llegas puntual —dijo, mirándola primero a los ojos y luego, de pasada, al vestido—. Estás impecable.

—Gracias —respondió ella, sin añadir nada. Había decidido no regalarle ni un adjetivo de más.

Un camarero dejó dos copas de champán, Héctor le cedió la suya con un gesto corto.

—Brindemos por las decisiones que arreglan una vida —susurró.

Natalia alzó la copa, bebió un sorbo y dejó que las burbujas hicieran su trabajo. Había estado en cientos de recepciones, pero

aquella no era una más. El aire tenía la seriedad de un despacho ministerial.

—Ven —dijo él—. Quiero presentarte a algunos amigos.

La paseó sin prisa. Primer círculo: dos hombres y una mujer. Él pronunció los nombres y los cargos sin títulos formales, no hacía falta. Ella asintió lo justo. El más mayor habló con voz baja:

—Héctor nos ha hablado de ti. Del talento... y del bache. Nada que no se pueda corregir.

—Gracias —dijo Natalia, sosteniendo la mirada sin pestañear.

La mujer, impecable, tomó la palabra con esa cordialidad precisa que no deja huella.

—Aquí nos gusta la gente que no se asusta, y que entiende el valor de la discreción. Si vienes de la logística, ya sabes de qué hablo: cadenas limpias, rutas seguras, puertas que se abren.

—Lo sé —contestó Natalia—. He vivido ahí durante muchos años.

—Entonces te sentirás en casa.

Eso bastó para que Natalia notara la cuerda lanzada, ella decidía si quería agarrarla. Héctor la condujo después a un reservado con luz más baja, una mesa de mármol oscuro, sillones de cuero. Dos camareros dejaron un pequeño servicio de caviar y otra botella de champán. Natalia se sentó y cruzó las piernas con naturalidad, no iba a jugar a fingir nervios.

—¿Por qué yo? —preguntó, directa.

—Porque tienes algo que nos importa —dijo Héctor—. Cartera de clientes internacionales, rutas que pocos conocen, proveedores que responden a una llamada tuya; y porque sabes estar, eso no se aprende.

—Y porque me hundo —remató ella, sin rodeos.

Héctor sonrió.

—También, pero aquí nos gustan los que entienden el valor de un salvavidas cuando se ofrece.

Le sirvió en su plato una cucharada mínima. Ella la probó, asintió. Estaba perfecto.

—Dime qué queréis exactamente —pidió.

—Nada que no sepas hacer —repuso Héctor, apoyando los dedos juntos, ligero—. Ponernos por delante, no preguntar lo innecesario;

y, sobre todo, demostrar que estás donde dices estar. Lo nuestro funciona con confianza, se gana una vez y no se pierde.

—¿Y qué significa demostrar? —insistió.

—Significa que, si te pedimos un envío difícil, el envío llega. Si te pedimos silencio, tenemos silencio. Si te pedimos elegir, eliges. Nada heroico, nada que no esté dentro de tu mundo. —Dejó un segundo de silencio—. Y a cambio, te garantizo tres cosas: oxígeno financiero inmediato, contratos blindados y tranquilidad, de la de verdad. Ni Hacienda ni bancos ni jueces te robarán el sueño. Al contrario, crecerás, en los negocios y en lo personal.

—Y si digo que no —preguntó—, ¿qué pasa?

—Nada... durante un tiempo —dijo él, sin perder la sonrisa— Pero tu problema no se arregla solo, y los que te están apretando ahora, no van a parar.

—Quiero saber el precio completo —dijo.

—El precio es lealtad —contestó Héctor—. Que, traducida, es muy simple: si llega la noche de las dudas, no dudas; si llega la llamada, contestas. Y si en algún momento alguien viene a tocarte la puerta, tú no sabes nada. Entiendo tu situación y no voy a maquillarla: nadie te ofrece esto sin pedirte nada a cambio. Pero tampoco se te pedirá imposibles, solo que demuestres lo evidente, que sabes jugar en primera división.

Héctor hizo una seña corta y la condujo por un pasillo hacia una sala pequeña, sin ventanas, con una mesa y dos sillones. Un despacho sin papeles.

Cerró la puerta. Allí sí sonó el clic.

—Ahora, sin testigos —dijo—. Te he enseñado el marco, falta la foto.

—Adelante.

Héctor dejó una carpeta delgada, dentro, una hoja con tres renglones: una cifra, una línea de crédito, un calendario de pagos. Era un salvavidas real, no una promesa de cóctel. A la derecha, un anexo con tres nombres de empresas tapadera que Natalia conocía de oídas, nada de chiringuitos, empresas bastante sólidas.

—Esto es mañana —dijo él—, si dices que sí, a primera hora tienes los fondos. En dos semanas, el resto. Tus proveedores cobrarán, tus

bancos dejarán de llamar, tus rutas volverán a moverse, tú sonreirás en esa gala de dentro de quince días y tu hijo no notará nada.

El golpe a la zona blanda le entró como un cuchillo. Guillermo, su casa, la normalidad que estaba a punto de perder.

—Y para todo eso —apretó—, tengo que «demostrar».

—Sí.

—¿Cuándo?

—Recibirás una tarjeta con una fecha y un sitio. No habrá más detalles, no los vas a necesitar. Llegarás puntual. Miras, escuchas, respondes, y ya estaremos para ti.

Natalia se quedó en silencio un rato, midiendo el peso de la sala. Lo tenía claro desde que cruzó el portón, pero quería escuchar su propia voz asumiéndolo. En el club, la seguridad se compraba con el dinero de otros; aquí se pagaba de otra forma, y ella, por primera vez en meses, sentía algo parecido al control, la posibilidad de que la vida volviera a su sitio.

—Quiero entrar —dijo al fin—, quiero estar dentro. Haré lo que haga falta para mantener mi casa, mi empresa, mi nivel de vida, y para que a mi hijo no le falte absolutamente nada.

Héctor no aplaudió ni sonrió más, solo asintió, acababa de firmarse un contrato que no necesitaba papel.

—Bienvenida, Natalia.

Abrió el cajón del escritorio, sacó un sobre negro y se lo tendió. En el centro, impreso en relieve, había un símbolo que le llamó la atención de inmediato: una serpiente mordiendo la cola, formando un círculo perfecto. Dentro de ese círculo, una mano abierta ocupaba el centro, con los dedos extendidos, como si ofreciera algo... o lo reclamara.

Natalia lo sostuvo unos segundos más de lo necesario, reconoció la figura de la serpiente: un uróboro, el símbolo antiguo del ciclo eterno, de lo que se devora a sí mismo para seguir existiendo. Siempre le había parecido una imagen inquietante, cerrada, sin salida. La mano, en cambio, rompía ese círculo perfecto y lo volvía ambiguo, casi amenazante. ¿Era una invitación o una advertencia? Un escalofrío le recorrió la espalda. Tuvo la sensación de que aquel emblema no hablaba de elección, sino de destino.

Dentro, una tarjeta de cartulina gruesa, borde biselado, relieve en una esquina con una figura geométrica que no supo identificar. En el centro, tres líneas: día, hora y una dirección. Nada más, solo instrucciones.

Héctor abrió de nuevo el cajón y sacó una pulsera rígida de metal claro, pesada y fría al tacto. No tenía adornos ni piedras, solo una superficie pulida en la que destacaba, grabado con precisión, el mismo símbolo del sobre: la serpiente cerrándose sobre sí misma. Se la dio con un gesto medido, dejando claro que no era un objeto cualquiera.

—Tu pulsera te abrirá la puerta —dijo Héctor, tocándola con dos dedos—, no llegues tarde.

Natalia miró la nota, quedaban cuatro días. Guardó la tarjeta en el bolso, se levantó y recogió el abrigo. Al abrir la puerta, el salón la recibió otra vez con su música de fondo y el rumor de conversaciones lujosas y vacías. Se quedó un segundo en el umbral, respirando hondo, y volvió la vista a Héctor.

—¿No me estoy equivocando?—dijo ella.

—No —respondió él—, te prometo que no.

Caminó por el pasillo con paso firme, el coche la esperaba fuera. Antes de bajar el último escalón, abrió el bolso y rozó con la yema de los dedos el borde de la tarjeta negra. Subió al coche, apoyó la cabeza en el reposacabezas y cerró los ojos un segundo. En la pantalla del salpicadero, la hora cambió de minuto. El conductor arrancó sin decir nada. Natalia sintió la tarjeta en el bolso y el precio, pendiente de pago.

21

El plató olía a laca y a cables recalentados. A cinco minutos del directo, la redacción bullía como un hormiguero: guiones impresos, escaleta marcada a rotulador, un productor con el auricular pegado a la oreja repitiendo «tres bloques, bloque dos con pieza larga, luego vídeo». Carlos del Olmo se miró en el espejo de camerinos con una mueca que no era sonrisa ni rictus. Se alisó la corbata, el reflejo devolvió exactamente lo que el país esperaba: seguridad, aplomo, voz que manda callar al ruido. Por dentro, la jaula.

—Cinco minutos y a plató, Carlos —asomó el regidor con profesionalidad automática.

—Voy —respondió, tajante.

Junto al neceser abierto, el sobre negro. Lo había dejado encima para no olvidar que existía, sabía que ocultarlo en el cajón no iba a hacerlo desaparecer. Lo abrió por tercera vez y deslizó el contenido con dos dedos: un dossier impecable, el tipo de veneno que entra solo. Aquella noche había que despellejar a un objetivo en horario de máxima audiencia, y sonreír. El guion venía hasta con escaleta marcada: *Titular a las 21:06. Inserto a los 3'45. Invitado a los 12'15. Cierre editorial sin titubeos*. Todo cocinado para que pareciera periodismo. Carlos pasó el pulgar por los bordes del papel y notó el cartón áspero de la trampa. Lo sabía: esa noticia no aguantaría dos preguntas serias, pero tampoco necesitaba aguantar, bastaba con manchar.

Se sirvió un trago de la botella pequeña escondida en el cajón de la mesa de luces, solo un sorbo, no debía oler. Respiró hondo, abrió el portátil y, por pura superstición, buscó el archivo que nunca debía mirar. Ahí seguía: la carpeta sin nombre, el vídeo que lo había convertido en intocable a cambio de ser de por vida un preso sin barrotes. Una máscara negra, una habitación con un foco, sangre

que no te quitas con la ducha, un cuerpo que deja de moverse. Sabía cada fotograma de memoria, aunque no lo pusiera. Ese era el contrato, ese era el precio de llegar arriba tan deprisa, ese vídeo era la correa invisible que le apretaba el cuello desde hacía años. Podía fingir independencia, podía creerse dueño, pero la cadena estaba siempre ahí. Cerró el portátil de golpe y llamó.

El número no estaba guardado con nombre, nunca lo estuvo. Sonó dos veces.

—Dime —contestó una voz de hombre sin saludar.

—No voy a hacerlo —dijo Carlos, llevándose el vaso a los labios sin beber—. Hoy no, no voy a dar esa pieza.

Un segundo de silencio, ni ruido ni respiración al otro lado.

—Vas a hacerlo —replicó la voz, plana.

—No entendéis cómo funciona esto —alzó un punto el volumen, consciente de que la puerta estaba entornada—. Yo doy y quito credibilidad, yo decido qué entra en casa de la gente a las nueve de la noche. No necesito que me paséis basura para subir audiencia, estoy arriba sin vosotros, soy respetable, soy rico. Ya no os necesito.

El silencio se volvió más frío.

—Carlos... —la voz por fin moduló una leve risa sin alegría—arriba estás porque nosotros te subimos, y sigues ahí porque no has olvidado lo que debes.

—Yo no debo ya nada —replicó—, me he ganado mi sitio.

—Tú no eres el noticiero, eres la cara, y las caras se cambian. Pero lo que has hecho con tus propias manos, no desaparecerá nunca.

Carlos masculló algo.

—No voy a destrozar a un inocente en directo porque os convenga hundirlo esta semana —esputó, por fin sin cuidar el volumen—. No voy a hacerlo.

—Deja de pensar en inocentes, Carlos —esa familiaridad viperina—, esa palabra no te sienta bien. Lee lo que tienes escrito y sonríe, de eso va tu trabajo, el nuestro es que tú sigas teniéndolo.

—Os creéis muy listos.

—Nos creemos dueños —corrigió la voz—. Y cuando uno de los nuestros se cree por encima, le recordamos su lugar. ¿Quieres un recordatorio?

El estómago de Carlos dio una vuelta corta. No contestó.

—Buena emisión —concluyó el hombre—. No cambies la escaleta.
Y Carlos...

—¿Qué?

—Cuando se encienda la luz roja, acuérdate de quién encendió tu primera luz roja.

La llamada se cortó, Carlos notó el pulso en las sienes, entró en plató con la sonrisa en el punto exacto entre cercano y serio. La mesa le esperaba con sus papeles ordenados, el vaso de agua sin huellas y el autocue alineado a su altura. Los focos le hicieron sudar la frente en un segundo, maquillaje salió de la sombra con una borla de polvo, él movió la cabeza un centímetro.

—¿Dónde está Martín? —preguntó al productor de bloque.

—En control —respondió este—. Todo ok, abrimos con internacional y, a las 21:06, el titular.

—A las 21:06 no —dijo Carlos—. Metemos la pieza de sanidad, la nueva, quiero abrir con eso.

—La orden viene de arriba —el productor hizo un gesto con el auricular—. Subdirección ha pedido mantener escaleta, ya sabes.

—La cambio yo —zanjó, clavando la mirada—, para eso estoy sentado aquí.

El productor dudó tres segundos, lo bastante para que control hablara por su oreja y le devolviera la seguridad prestada.

—No se cambia —sonrió falso—. Treinta segundos.

Carlos se bajó el micro un centímetro para respirar mejor. Los ruidos del plató se sincronizaron como siempre: zapatos sobre el linóleo, un regidor contando con los dedos, el silencio con la palma abierta. Por la prompter corrieron las primeras líneas del saludo. El país detrás del cristal.

—Diez segundos —dijo realización.

Se inclinó hacia el borde, se escuchó a sí mismo decir en voz baja: «No lo vas a hacer».

Tocó con el índice el folio de la pieza envenenada y lo dobló en dos. González, su redactora de mesa, lo miró con ojos muy abiertos. Carlos asintió casi imperceptible, tranquilo.

—Cinco, cuatro, tres...

Una vibración en el bolsillo de su americana, el móvil. No debía tenerlo encima. No lo miró, podía ser cualquiera, podía ser él, decidió ignorarlo.

—Dos, uno.

La luz roja.

—Buenas noches —sonrió—. Estas son las noticias de hoy.

La primera frase salió sola, como siempre. Los dedos dejaron el bolígrafo. Las cuerdas vocales encontraron su tono de autoridad, ese que tranquiliza incluso cuando anuncia guerra. Leyó el saludo, el sumario de internacional, el avance del tiempo. Todo estaba perfecto, y entonces, a los 3'40 de emisión, justo donde la escaleta mandaba que entrara el veneno, la prompter cambió, un parpadeo, el texto del guion hizo un salto y, por un segundo, apareció un renglón sin sentido.

MIRA A CÁMARA.

El corazón se le encogió un instante, parpadeó una vez, controlado. Hizo como que pasaba de página. La autocue volvió a la normalidad. Respiró, bebió agua y siguió como si aquel fallo no hubiera existido.

—Y ahora, les mostramos...

La palabra mostramos le supo a óxido.

En control, Martín le hablaba por la oreja: «Aguanta, vamos en orden». Carlos respondió con un «Ok» vacío, que no fue más que aire. La pantalla grande detrás de él se preparó con un rótulo limpio, el nombre del empresario objetivo en mayúsculas. Todo listo para que, con su voz, ese nombre pasara de héroe a sospechoso. Subió la mano sobre el folio doblado, como para abrirlo. La bajó, cuando levantó la vista, la prompter se había quedado en blanco.

Solo dos palabras, negras, enormes:

LEE, CARLOS.

El rumor en control subió un punto, él no movió un músculo, un sudor frío le recorrió la espalda. Centró la mirada en cámara uno, la de frente, sonrió al milímetro exacto que pedía su rostro televisivo. Y se oyó a sí mismo, con una claridad que no era suya: No lo hagas.

—Empezamos —dijo, falsamente tranquilo—. Hoy, nuevas informaciones que...

El móvil insistió en su bolsillo, esta vez lo sacó, como quien tose para ocultar un gesto. Lo puso entre el vaso y el portafolios, fuera de plano. Un mensaje emergente ocupó toda la pantalla: EL VÍDEO ESTÁ EN CONTROL. NO NOS OBLIGUES.

Miró hacia la sala de control, Martín evitó su mirada.

Carlos entendió de golpe la partitura. No necesitaban su guion para hundir a nadie, podían hundirlo a él en directo. Bastaba con empujar el botón correcto. Bastaba con convertir el noticiero en el espejo donde se reflejaba el monstruo, ya había visto ese futuro en pesadillas, ya se había despertado sudando, con el sonido de su propia voz ahogada en la garganta mientras el país entero lo miraba matar en pantalla. Así caían los que se creían libres, así enseñaban la lección.

Se le endureció el gesto, notó la rabia mezclándose con el miedo, y, por primera vez en años, se dio el gusto de hablar como si la correa no existiera.

—...que no vamos a emitir —dijo, despacio, sonriendo—. Porque hay límites.

El silencio de control fue de una décima de segundo, después, el murmullo se volvió grito en su oreja: «¿Qué haces?», «¡Sigue la escaleta, joder!», «¡No improvises!». Él mantuvo la mirada fija, el gesto recto, el tono impecable.

—...y porque hacerlo sería traicionar lo que ustedes creen que somos —remató.

Martín cambió la señal de la pantalla gigante con manos temblorosas: un mapa del tiempo, cualquier cosa. El regidor le marcó corte con los dedos, dos veces. Carlos no parpadeó, aguantó el plano como si la silla fuese un sillín de domador. En la prompter, otra línea, esta vez más pequeña, más íntima, como escrita a mano:

TE ADVERTIMOS.

Respiró por la nariz, hondo, y bebió agua. El vaso le tembló un milímetro, suficiente para que los que lo conocían supieran que aquel era el gesto.

Al volver del bloque, la escaleta improvisada permitía una salida: pieza de sanidad, economía, deporte. Podía pasar de largo. Podía salvar esa noche. Podía creer que había ganado una mano a la

banca. Miró el reloj rojo: 21:17, miró el móvil, otro mensaje, ahora sin disfraz de mayúsculas: *Si no haces lo tuyo, haremos lo nuestro.*

Volvió a vibrar y empezó a desplazarse por la mesa. Lo cogió, aceptó la llamada sin llevárselo a la oreja y lo dejó en altavoz, boca arriba, junto al vaso. Para el público en casa era inaudible, el mezclador solo abría su canal cuando él hablaba. En la sala de control, al otro lado del cristal, sí se oía en pre-escucha.

—Te crees valiente —la misma voz de antes, tranquila—. Eres previsible cuando te sobra autoestima, vuelve al guion.

Carlos clavó la mirada en la cámara frontal, sonrió apenas.

—Se acabó —dijo en un hilo que solo control escuchó.

La voz mantuvo el tono, sin subir un decibelio.

—Una vez dentro, no decides. Acuérdate cuando te veas en la pantalla.

La llamada se cortó. En la sala de control, alguien dejó escapar un «Dios» que se coló por su auricular. La pantalla de decorado, la del mapa del tiempo a su espalda, la pantalla se puso en negro un segundo, la emisión no cayó. Fue un aviso, podían tocar la señal de fondo cuando quisieran; si querían, podían pinchar algo peor.

Carlos entendió que aquello ya no iba de escaletas ni de orgullo profesional, iba de quién manda la señal.

—Seguimos —anunció, sin mover una ceja.

La luz roja no pestañeó, tampoco él. La caída llegaría otro día, robándole el noticiario para devolverle el espejo. Hoy, la cuerda solo tiró lo justo para que recordara quién la sostenía, y a veces, con eso basta.

22

Regina empujó la puerta de la redacción, por un instante, casi esperó ver a Samuel levantarse de su mesa con ese gesto suyo, irónico, un poco chulo, como si no hubiera pasado nada. Durante unos segundos lo imaginó ahí, con la chaqueta colgada en la silla y el café frío al lado del teclado. La ilusión se deshizo en el mismo momento en que cruzó la sala, su mesa seguía igual de desordenada que el primer día que él no volvió.

Avanzó con pasos rápidos, algunos compañeros levantaron la vista, la saludaron con un gesto corto. Ella no devolvió el saludo, solo quería llegar a esa mesa. El abrigo de Samuel todavía colgaba del respaldo, las tazas con poso seco, un cuaderno abierto por la mitad, lleno de garabatos. Parecía que se hubiese ido un minuto antes y fuera a regresar de un momento a otro. La ausencia era lo que dolía, el vacío de alguien que siempre estaba, incluso cuando no lo querías cerca.

Encendió el ordenador, la pantalla pidió contraseña. Probó la de siempre: la fecha de nacimiento de su hermana: entró. El escritorio estaba lleno de carpetas, todas con nombres anodinos: Notas1, Viajes, Familia, Borradores. Demasiado ordenado para ser Samuel.

Regina abrió Notas1, dentro había carpetas con más nombres genéricos: Reuniones, Documentos, Material. Buscó en todas. Vacías o con textos sin importancia, demasiada limpieza, Samuel no era de tenerlo todo tan limpio. Volvió atrás, abrió Viajes. Fotos familiares, copias de billetes de avión, reservas de hotel, nada. Cerró y abrió Borradores. Había artículos incompletos, algunos con títulos falsos: El agua en verano, Fiestas locales, Crónica deportiva. Textos sin sentido, sin terminar, pero al final de la lista, un archivo en mayúsculas: OTROS.

Lo abrió, dentro había un laberinto de carpetas: iniciales, nombres recortados, números de casos. A.M., P.G., C.O. Y en el centro, dos letras que la hicieron encogerse: I.A.

Doble clic. Una carpeta entera con el nombre completo: ISABEL ALDAMA.

En ese momento, su móvil vibró, lo cogió. Mensaje del grupo de redacción:

Urgente: ha aparecido muerta la jueza Isabel Aldama. Todo apunta a un suicidio.

Regina se quedó paralizada, miró la carpeta en la pantalla, miró el mensaje, otra vez la carpeta, no podía ser casualidad.

Abrió el primer archivo: un PDF escaneado. Un expediente judicial de hace cinco años, un caso de violación. Una chica de diecinueve años, víctima de un ataque brutal. El condenado: Álvaro Paredes, treinta y dos años, sin antecedentes. Condena: diecisiete años de cárcel. Firmaba la sentencia: Isabel Aldama.

Samuel había subrayado frases enteras: *Confesión obtenida en comisaría sin presencia de abogado, informe forense con discrepancias en tiempos de agresión, huellas dactilares no coinciden.*

En el margen, su letra apretada: *Falso. Entrevista a la madre de Paredes: estaba en casa. Dos testigos ignorados. Policía coaccionó.*

Abrió otro archivo. Una transcripción de entrevista: Entrevista con Olga, hermana de Álvaro Paredes: «Mi hermano estaba conmigo. Estábamos viendo un partido de fútbol. Hay mensajes en su móvil que lo demuestran. Nunca nos llamaron a declarar, la jueza Isabel Aldama no quiso escuchar, nos miró como si fuéramos basura.»

Regina cambió de documento, un correo reenviado por Samuel, de un abogado de oficio: *La jueza Aldama sabía que no había pruebas consistentes, se lo dije en sala, no quiso ni mirar el informe forense alternativo.*

Abrió un audio. La voz de un hombre mayor, rota. *Soy Antonio Paredes, el padre de Álvaro. Está en la cárcel por algo que no hizo. La jueza firmó su condena sabiendo que era inocente. Nos destrozó la vida, mi hijo no es un violador, es inocente.*

Regina notó que se le aceleraba el pulso, cerró los ojos un segundo. El archivo pesaba demasiado. Siguió mirando más carpetas, otro caso, Homicidio en Carabanchel. Un joven acusado de matar a un vecino, condenado a veinte años. Samuel había reunido declaraciones de testigos que situaban al chico en otra ciudad la noche del crimen. La jueza que dictó sentencia: Isabel Aldama.

Notas en el margen: *Misma pauta. Pruebas débiles, sentencia firme. Aldama repite patrón. ¿Instrucciones desde arriba?*

El corazón le martilleaba, Samuel había estado atando cabos, lo sabía, y ahora la jueza estaba muerta. Regina seleccionó todos los archivos y los copió en un USB que llevaba siempre en el bolso. Mientras la barra de progreso avanzaba, imprimió las transcripciones más claras: la entrevista a la hermana, las notas del forense, el correo del abogado.

Cuando todo terminó, guardó los folios en la mochila, sacó el USB del puerto y lo escondió en el bolsillo interior de la chaqueta. Cerró la carpeta de Samuel, borró del historial lo que había abierto y apagó la pantalla. Marcó a David que contestó al segundo tono.

—Regina.

—He encontrado algo muy gordo, Samuel investigaba a la jueza Aldama. Tenía expedientes, entrevistas, pruebas. Casos en los que ella condenó a inocentes, con nombres, fechas, testimonios. Y ahora la han encontrado muerta. Parece un suicidio, pero tengo el presentimiento de que aquí hay algo más.

Un silencio que parecía interminable, la respiración de David en el auricular.

—Sal de ahí —dijo al fin—. Ahora mismo.

—He hecho copias de todo, voy para tu casa.

Colgó, guardó el móvil en el bolsillo y se levantó. Caminó hacia la salida con calma, forzando a su cuerpo a no correr. En el ascensor, el corazón le golpeaba tan fuerte que sentía que podía oírse. El móvil vibró otra vez, número oculto. Dudó unos instantes, pero al final contestó. Sonó una voz desconocida.

—No vuelvas a abrir nada de Samuel.

La llamada se cortó, Regina salió al vestíbulo, apretó la mochila contra su cuerpo y empujó la puerta de cristal. El sonido de la calle

la recibió de golpe. Había cruzado una línea, y sabía que alguien lo sabía.

23

Víctor nunca había estado tan nervioso. Ni en un despegue con niebla cerrada, ni en un aterrizaje con viento cruzado, ni siquiera aquella vez que un motor se paró en pleno vuelo. Siempre supo reaccionar, siempre hubo un procedimiento, un manual, un botón que pulsar. Hoy no, hoy espera solo en un pasillo de hospital. Mira el reloj a cada minuto, no sabe qué le van a decir, y esa incertidumbre lo está matando.

A su lado, la silla está vacía. Claudia, su esposa, ya no podía acompañarlo, había muerto hacía apenas seis meses en un accidente de tráfico, y desde entonces Víctor vivía con un agujero irreparable en el pecho. Esta vez no tenía a quién coger de la mano; el hueco que ella dejó a su lado le helaba el alma mientras aguardaba lo inimaginable.

Un recuerdo cruel lo golpeó entonces como un mazazo: la noche, seis meses atrás, en que recibió la peor noticia de su vida. Se vio a sí mismo aquella noche de invierno, en una habitación de hotel a miles de kilómetros de casa. Acababa de aterrizar tras un vuelo internacional y el cansancio le pesaba en los huesos, pero estaba contento, al día siguiente volvería con Claudia y Leo. Mientras deshacía la maleta, sonó su móvil. Extrañado de recibir una llamada tan tarde, Víctor contestó al instante. Al otro lado, una voz desconocida pronunció las palabras más devastadoras que jamás había escuchado.

—Lo siento mucho... su esposa ha tenido un accidente, ha muerto en el acto.

Por un momento, Víctor no comprendió. Las palabras no tenían sentido, debían referirse a otra persona, a cualquiera menos a Claudia. Balbuceó algo, negando con vehemencia, convencido de que se trataba de un error terrible. Pero no lo era. Cuando la

realidad le golpeó de lleno, se quedó sin fuerzas, temblando incontrolablemente. Notó que seguían hablándole a través del teléfono —palabras de pésame, de preocupación, un murmullo lejano que ya no registraba—. El móvil resbaló de sus dedos y golpeó la alfombra con un ruido sordo. Víctor se dobló sobre sí mismo, apoyando las manos en el suelo, y vomitó entre convulsiones de llanto. Allí, solo en un hotel extraño, su dolor resonó contra las cuatro paredes sin que nadie pudiera aliviarlo. Ni siquiera recuerda cuánto tiempo pasó gritando el nombre de Claudia, desgarrándose la garganta en la oscuridad. Solo sabe que algo dentro de él se rompió para siempre. Esa fue la noche en que su mundo se partió en dos.

Víctor temblaba ahora, con el recuerdo de aquella llamada grabado a fuego en la memoria. Se secó las lágrimas con la manga y respiró despacio, obligándose a serenarse un segundo. Debía recomponerse, Leo lo necesitaba más que nunca.

La puerta se abre y una persona con bata asoma la cabeza y lo invita a pasar. Víctor se levanta de golpe, demasiado rápido, y entra en el despacho conteniendo la respiración.

El médico no se queda detrás de la mesa. Arrastra una silla y se sienta frente a él, casi a su misma altura. Habla con voz baja, despacio, con pausas que pesan.

—Hemos terminado todas las pruebas —empieza diciendo—. El corazón de Leo está muy débil. Es más grande de lo normal y le cuesta bombear la sangre. Eso explica el cansancio, la dificultad para respirar, los mareos.

Un escalofrío recorre a Víctor de pies a cabeza, nota sus manos temblar mientras intenta asimilar lo que oye.

—¿Y... qué significa? —acierta a preguntar, con un hilo de voz que apenas reconoce como suyo.

—Significa que ya no podemos ayudarlo solo con medicación —responde el médico con tacto—. La única opción es un trasplante de corazón.

El silencio que sigue se hace insoportable, Víctor siente que algo se quiebra dentro de él, mientras sus ojos se nublan de lágrimas. Baja la cabeza; intenta tragar saliva y no puede. La palabra

trasplante se repite una y otra vez en su mente, como un rumor interminable.

—¿Cuánto tiempo... tenemos? —logra murmurar, sin aliento.

—Poco —admite el médico—. Días, tal vez semanas... no más.

La sala da vueltas alrededor de Víctor. Niega con la cabeza lentamente, intentando rechazar la realidad con ese gesto desesperado. Tiene que esforzarse por no desmoronarse en ese mismo instante.

—Ya está en la lista de espera desde hoy mismo, con máxima prioridad —continúa el médico—. Va a estar en la UCI pediátrica, con medicación por vena y vigilancia continua. Lo cuidaremos lo mejor posible hasta que llegue ese corazón.

Víctor alza la vista, clavando sus ojos vidriosos en los del médico. El doctor suspira antes de añadir, con voz apagada:

—Los donantes pediátricos son extremadamente escasos. La probabilidad de conseguir un corazón a tiempo es muy baja, casi inexistente.

La mente de Víctor tarda un par de segundos en comprender la implicación, otro niño debe morir para que Leo viva. La idea le atraviesa la cabeza como un rayo envenenado, le revuelve el estómago y siente arcadas de dolor y culpa. El médico se pone en pie y apoya una mano en el hombro de Víctor.

—Puedes verlo ahora —dice con voz queda.

En cuanto la puerta se cierra suavemente, Víctor se queda inmóvil en medio de la pequeña consulta. Durante unos segundos, el shock lo paraliza por completo, pero de pronto, todo el dolor contenido estalla. Un sollozo ronco escapa de su pecho y las lágrimas comienzan a caer sin control; se deja caer en la silla y se cubre el rostro con ambas manos, temblando. Está solo con su desesperación. Instintivamente busca a su lado algún apoyo, pero sus dedos solo encuentran el vacío. Claudia no está allí para estrecharlo entre sus brazos, ni lo estará nunca más.

De pronto, una imagen cálida e inesperada irrumpió en la mente de Víctor.

Leo y Claudia corriendo por la playa el último verano. El cielo azul brillaba sobre sus cabezas, Leo reía a carcajadas, con los rizos rubios

pegados a la frente por el agua salada, mientras iba de la mano de su madre a lo largo de la orilla. Claudia, con el vestido ondeando al viento, jugaba a saltar las olas junto a su hijo, fingiendo alarmarse cuando el agua fría les mojaba los pies. «¡Mira, papá!», gritaba Leo de pronto, zafándose para agacharse junto a unas rocas y mostrar orgulloso un pequeño cangrejo que acababa de atrapar. La risa de ambos era contagiosa, Víctor también reía, contemplándolos lleno de amor mientras se acercaba. Los tres habían sido tan felices aquel día, tan llenos de vida bajo el sol...

El recuerdo se desvaneció, arrastrado con violencia por la cruda realidad. Víctor volvió a encontrarse en la helada consulta del hospital, solo, con el rostro empapado en lágrimas. ¿Cómo podía ser que aquel niño que en ese recuerdo corría libre y feliz estuviera hoy al borde de la muerte? ¿Y cómo era posible que Claudia, que reía bajo el sol junto a él, se hubiese ido para siempre de su lado? La doble injusticia de la vida le provocó un sollozo amargo que no pudo contener.

La UCI pediátrica es un mundo aparte: luz tenue, pitidos rítmicos, olor penetrante a medicación. Una enfermera joven lo ayuda a lavarse las manos, a ponerse bata y mascarilla. Le habla con suavidad, pero Víctor apenas escucha, el corazón le late a toda velocidad. Avanza por el pasillo como quien camina en un sueño.

Leo está en una cama del fondo, parece tan pequeño entre las sábanas blancas... Tiene la piel muy pálida, un tubo de oxígeno en la nariz, electrodos pegados a su pecho, un catéter insertado en el brazo. En la mesilla, su cangrejo de peluche. Y, al lado, el avión rojo de juguete que nunca suelta.

Víctor se queda quieto en la entrada, incapaz de dar un paso más. Por un instante, no reconoce a Leo en ese cuerpecito frágil rodeado de cables. Su hijo, tan lleno de vida, yace ahora inmóvil y vulnerable bajo la fría luz hospitalaria. El miedo lo ancla al suelo. Cuando por fin consigue moverse, se acerca a la cama con pasos vacilantes, apoya una mano en el borde del colchón y se inclina con cuidado hacia el niño.

—Hola campeón —murmura, esforzándose por sonreír—. Papá está aquí contigo.

Leo abre los ojos apenas un milímetro, los vuelve a cerrar, parpadea y lo intenta de nuevo, finalmente logra mantenerlos abiertos del todo. Sus pupilas, algo vidriosas por la medicación, reconocen a su padre, y una débil sonrisa asoma en sus labios.

—¿Nos... vamos a casa? —preguntó con voz frágil, casi en un susurro.

A Víctor se le parte el alma al oírlo. Se toma un segundo antes de dibujar una sonrisa dulce.

—Hoy no, cariño... —responde, controlando el temblor en su voz—. Hoy tienes que quedarte aquí para ponerte fuerte. Y yo me voy a quedar contigo todo el tiempo, ¿de acuerdo?

Leo asiente muy despacito, sus ojos se deslizan hacia la mesilla y se quedan fijos en el cangrejo. Intenta alargar la mano para cogerlo, pero no lo alcanza. Víctor comprende al instante y toma el peluche, con delicadeza, lo coloca en la almohada, junto al rostro de Leo. El niño roza el peluche con la nariz y esboza otra sonrisa cansada.

—¿Voy... a ponerme bien pronto? —alcanza a susurrar entonces, sin abrir del todo los ojos.

Víctor siente que el pecho se le hace trizas. Se obliga a asentir lentamente, todavía sonriendo por fuera aunque por dentro esté hecho pedazos.

—Sí, cariño, muy pronto —miente con ternura.

Leo suspira y cierra los ojos otra vez, calmado por la respuesta. En ese momento, la enfermera se acerca y le indica a Víctor con amabilidad que debe salir unos minutos para ajustar la medicación. Antes de irse, se inclina y besa a Leo suavemente en la sien. Luego aprieta la mano inerte de su hijo entre las suyas durante un segundo y le susurra al oído:

—Te quiero mucho, campeón.

La sala de familiares está vacía, tras unos minutos, sus piernas flojean y se deja caer en uno de los sillones. Apoya los codos en sus rodillas y se cubre la cara con las manos. Le viene a la mente una imagen tan banal como devastadora, esa misma mañana Leo había estado en casa desayunando su cuenco de cereales frente a la tele, riendo con sus dibujos animados favoritos. Y ahora ese niño alegre y lleno de energía estaba en una UCI, conectado a máquinas,

luchando por seguir respirando. Víctor cierra los puños con impotencia, intentando no perder la cordura mientras las lágrimas le empapan la piel.

Nunca en su vida había tenido tanto miedo, un miedo atroz, opresivo. En la soledad de aquella sala impersonal, deseó con toda su alma que Claudia estuviera allí con él. En ese instante se habría derrumbado contra su hombro sin pudor alguno, le habría confesado sollozando lo aterrado que estaba... pero Claudia no estaba, no estaría nunca más.

Entonces la culpa lo atravesó con un dolor punzante. Recordó el último cumpleaños de Leo, meses atrás. Ya entonces lo había visto fatigarse al soplar las velas. Había atribuido aquel ahogo a la emoción del momento, a un simple nerviosismo infantil... y no hizo nada. Ahora esa pasividad le pesaba como una losa sobre el pecho, y no se lo perdonaba.

El cumpleaños volvió a su mente como una película. Globos azules, la corona de cartón con el número 8, Claudia encendiendo las velas; Leo cerrando los ojos, pidiendo un deseo. Sopla, una vela se resiste, segunda bocanada y todos aplauden. El niño ríe con la boca manchada de chocolate, Víctor le limpia la barbilla con una servilleta. Leo corre al salón, coge el avión rojo. «¿Dónde vamos, capitán?» «A Mallorca». «Autorizado». Corre haciendo ruido de motores con una felicidad absoluta.

No podía perder a Leo, no ahora, no después de haber perdido a Claudia. La sola idea de vivir sin su hijo le revolvía las entrañas y le helaba el corazón de terror. Se echó hacia atrás, recostando la cabeza contra la pared, y cerró los ojos con un leve temblor. Dentro de él solo había una súplica muda: por favor, que Leo viva... que Leo viva.

Cuando regresó a la UCI, Leo abrió los ojos un instante. Estaba extenuado, pero al ver a su padre junto a la cama reunió energías para enfocar la mirada.

—¿Te... vas a quedar conmigo papi? —musitó el niño con un hilo de voz.

—Sí, mi amor, siempre —susurró—. No voy a ninguna parte.

Leo sostuvo la mirada de su padre unos segundos, buscando seguridad en esos ojos cansados.

Finalmente, la enfermera le pidió que saliera de nuevo. Con infinita delicadeza, Víctor acomodó la sábana hasta los hombros de Leo y depositó un beso lento en su frente. Antes de irse, le apretó la mano una vez más y repitió en un murmullo ahogado:

—Te quiero, Leo. Te quiero tanto...

Víctor siempre se había sentido seguro a los mandos de un avión, guiando a cientos de pasajeros por el cielo, estaba acostumbrado a controlar cada situación bajo presión, pero ahora todo eso carecía de sentido. Él, que podía dominar tormentas y mantener la calma a diez mil metros de altura, se sentía completamente hundido, a ras de suelo.

24

Sara estaba sola en casa, de pie en el cuarto de baño, con un test de embarazo temblando entre sus dedos. Las dos diminutas líneas rosas en la ventanita de plástico le parecían irreales. Positivo. Sintió que el corazón se le desbocaba; una oleada de alegría feroz le subió desde el pecho hasta la garganta, dejándola casi sin aliento. Pero, tras el primer estallido de euforia, llegó el vértigo: ¿de verdad estaba ocurriendo? ¿Podía creerlo al fin? La felicidad se mezcló al instante con la incredulidad y el miedo. Sara se llevó una mano a la boca, conteniendo un sollozo que era risa y llanto al mismo tiempo. Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras contemplaba aquel pequeño dispositivo que, con dos rayas, acababa de cambiarle la vida.

Habían sido años de lucha dolorosa. Recordó las interminables visitas a la clínica, las inyecciones de hormonas y las semanas de espera con el alma en vilo. Cada nuevo ciclo de inseminación traía una esperanza que acababa rompiéndose en pedazos. Lo peor era ver su cuerpo traicionarla una y otra vez: la sangre de la menstruación llegaba implacable y borraba de golpe el sueño de ser madre.

En un rincón de su memoria, Sara revivió uno de esos momentos oscuros.

Estaba acurrucada en el suelo frío del baño. Un hilillo de sangre le corría por el muslo. Era la señal cruel de otro fracaso. Apretaba una toalla contra su cara para ahogar los sollozos, pero su cuerpo temblaba con cada llanto. Leire entró al oír su llanto.

—Sara... —susurró, arrodillándose a su lado.

Sara alzó la mirada empapada, tenía el rostro desencajado por la pena.

*—No puedo más —gimió, la voz rota—. ¡No puedo más!
Leire la envolvió en sus brazos.*

—Lo conseguiremos, mi amor —murmuró Leire, apretándola contra sí—. Te lo prometo, lo lograremos.

Pero mientras lo decía, sus propias lágrimas también caían. Se quedaron así, abrazadas en el suelo del baño, llorando en silencio, devastadas por el enésimo sueño truncado. Aquel «te lo prometo» quedó flotando en el aire frío del baño, tan frágil como ellas.

El recuerdo saltó a otra noche, meses después.

En la penumbra del salón, Sara y Leire discutían con una intensidad indeseada pero inevitable. La tensión de los fracasos acumulados las había ido alejando. Sara, de pie con los brazos cruzados, intentaba contener el temblor de rabia y dolor que la recorría.

—Últimamente nunca estás aquí —soltó Sara con la voz quebrada—. Estás tan centrada en tu trabajo que pareces ausente. No puedo tener un hijo yo sola, Leire.

—Sara, por favor... —musitó Leire, con la voz frágil—. Lo siento. Sabes que te quiero, y quiero ese hijo, por supuesto que lo quiero...

—Ni siquiera viniste a la última consulta —cortó Sara, con los ojos arrasados—. Me he sentido tan sola en esto... Sola, ¿lo entiendes?

Leire dio un paso hacia ella, suplicante.

—No quiero perderte. Solo necesito que confíes en mí.

—Entonces demuéstalo —susurró Sara.

Las dos se quedaron mirándose en silencio, con un abismo abierto entre ellas. Ninguna supo qué más decir. En ese silencio cabía todo el cansancio, la frustración y el miedo acumulados, y ambas se sintieron al borde de romperse. Aquella noche durmieron en extremos opuestos de la cama, sintiendo la ausencia mutua como un peso en el pecho.

Una gota tibia rodó por la mejilla de Sara, devolviéndola al presente. Parpadeó, dejando que las lágrimas corrieran libres. Miró de nuevo el test de embarazo: seguía marcando un positivo firme y claro. Esta vez no había sangre que borrara la ilusión, no había que asumir de nuevo la desilusión de un no, esta vez era sí. Sí a la vida creciendo en su interior, sí a ese futuro que tanto habían ansiado. Un sollozo escapó de sus labios, pero era un sollozo cargado de alegría temerosa.

Sara se incorporó despacio y, con la mano aún temblorosa, dejó el test en el borde del lavabo. Cerró los ojos un momento y respiró hondo. Tenía que decírselo a Leire. Pensar en el bebé le inundó el cuerpo de ternura. Puso la mano en su vientre plano, donde imperceptible aún latía el inicio de todo.

—Hola, estás ahí—susurró con timidez y amor.

Sabía que nada borraría de golpe tanto sufrimiento; las cicatrices seguían allí y el miedo no desaparecía de un plumazo. Pero junto a ese miedo ardía en ella una luz frágil pero viva, la esperanza, real y palpable.

Sara dejó escapar un suspiro tembloroso y, con las lágrimas aún en sus ojos, notó que una sonrisa sincera florecía en su rostro.

El silencio de la casa ya no se le antojaba vacío, sino expectante. Sara tomó de nuevo el test y lo apretó contra su pecho un segundo, como para convencerse de que era real. Sí, lo era, por fin lo era.

Con pasos vacilantes pero decididos, salió del baño. Tenía mil ideas para darle la noticia, pero sabía que en cuanto Leire entrara por la puerta la emoción haría trizas cualquier plan. Seguramente acabaría echándose en sus brazos y dejando que las palabras salieran solas, entre risas y lágrimas. Y sería perfecto así.

Sara se detuvo en el umbral del dormitorio y se abrazó a sí misma, protegiendo instintivamente el pequeño secreto que crecía en su interior. Aún sonreía, tímida pero radiante. Seguía asustada, y el recuerdo de tantos intentos fallidos aún resonaba en su alma. Pero ahora sabía que ese instante marcaba un antes y un después en su vida. Por primera vez, se atrevía a pensar sin miedo: iban a ser madres.

A solas en la habitación, Sara cerró los ojos y dejó caer todas sus lágrimas: las del dolor antiguo y las de la alegría nueva, mezcladas en un mismo llanto liberador. Cuando por fin se calmó, notó que seguía sonriendo. Con los ojos húmedos y el corazón latiendo con fuerza, supo que jamás olvidaría ese instante en que la vida, con dos líneas rosas, le mostró que la esperanza no había sido en vano.

Y aun con la urgencia de correr a contárselo a Leire, Sara respiró hondo y se obligó a esperar. Necesitaba unos días, quizá para pensar en una forma especial de darle la noticia, quizá para asegurarse de

que no era otra ilusión rota. Guardar el secreto le dolía casi tanto como los intentos fallidos, pero por primera vez el silencio no sabía a derrota, sino a promesa.

25

Al caer la tarde, se refugiaron en un bar discreto. Escogieron la mesa más apartada, en un rincón del fondo. Se sentaron con la espalda contra la pared y mirando hacia la puerta. La fragancia a pino del friegasuelos intentaba sin éxito tapar el rastro rancio de un largo día. Apenas había otros clientes, aunque un camarero joven, con el trapo al hombro, parecía observarlos demasiado a menudo desde la barra, como si adivinara que aquel trío no estaba allí para un simple café. En la televisión del fondo, una cadena de noticias repetía imágenes de la jueza Aldama: su rostro, la cinta policial, el rótulo en rojo *Suicidio*. El sonido estaba bajo, pero suficiente para que la palabra quedara flotando entre ellos como un murmullo inquietante.

Entre dos tazas de café casi intactas, David colocó su portátil apagado. A un lado, junto a una servilleta arrugada, brillaba el pequeño pendrive plateado. El silencio entre los tres era espeso; respiraban despacio, preparándose para lo que estaban a punto de enfrentar. Leire señaló el pendrive.

—Ponlo —ordenó, sin titubeos. Su voz sonó áspera, cargada de una determinación que apenas ocultaba un trasfondo de tensión.

David asintió, conectó el USB al portátil y lo encendió. Al abrir el primer vídeo, bajó el volumen del todo. Desvió la mirada de la pantalla en cuanto las imágenes comenzaron a reproducirse, igual que hizo Regina: ninguno de los dos quería revivir aquello. Leire, en cambio, sostuvo la mirada firme en el monitor y se inclinó ligeramente hacia adelante.

La luz azulada de la pantalla pintó el rostro de Leire con un tono mortecino. Estaba entrenada para no parpadear ante las atrocidades, para contener cualquier reacción visible. Pero, por dentro, cada nuevo fotograma era un latigazo. Aun sin sonido, su mente juraría escuchar gritos mudos y llantos distantes que se le

clavaban en los oídos. Las náuseas le subieron de golpe desde el estómago hasta la garganta, sintió el sabor amargo de la bilis e hizo un esfuerzo por tragarlo. Bajo la mesa, sus manos se cerraron tan fuertes que las uñas se le hundieron en las palmas. La rabia le ardía en la sangre, mezclada con una impotencia fría, mientras las escenas infernales desfilaban ante sus ojos. Notó que le temblaba apenas el pulso y contuvo el aliento para dominarse.

Leire cerró la tapa del portátil de golpe, incapaz de soportar ni un fotograma más. El sonido hizo girar un par de cabezas entre los clientes. El camarero se acercó, fingiendo ordenar las servilletas del dispensador. Sus ojos curiosos se detuvieron un segundo de más en el pendrive antes de volver a la barra.

—¿Todo bien? —preguntó, demasiado amable.

—Sí, gracias —respondió David con frialdad, hasta que el chico se alejó.

Leire exhaló muy despacio intentando aplacar el temblor que sentía por dentro. Cerró los ojos un segundo, solo uno, reuniendo sus fragmentos de entereza profesional, y deslizó la mano por la mesa como quien intenta borrar una pesadilla invisible.

Regina carraspeó y siguió exponiendo los hechos con voz baja, tensa, escogiendo cada palabra con cuidado.

—Esta mañana apareció muerta la jueza Aldama. En el ordenador de Samuel encontré su nombre, sus expedientes... la estaba investigando. Demasiada casualidad...

Leire seguía con la mirada perdida, intentando desterrar de su retina los restos de violencia que aún la asaltaban. Al escuchar a Regina, alzó la cabeza lentamente. Sus facciones habían recuperado una máscara de frialdad, pero en sus ojos ardía una mezcla de indignación y tristeza contenida.

—Samuel lo había hilado bien —continuó Regina, la amargura filtrándose en su tono—: conexiones, fechas... casos con patrones demasiado similares.

Leire asintió, no había sorpresa en su gesto, ni alivio. Solo la aceptación fría de una verdad que, en el fondo, ya se temían. La muerte de la jueza podría estar relacionada con la desaparición de Samuel.

—Tenemos la llave... —susurró entonces, rompiendo el silencio—. Y una dirección. Iré a comisaría ahora mismo —continuó—. Le pasaré a un compañero de confianza la lista de sentencias firmadas por Aldama para que las revise con discreción, sin dejar rastro. Quiero saber si alguna conecta con algo de esto. También le pediré que averigüe a nombre de quién está registrada esa nave industrial. —Hizo una pausa y señaló el pendrive—. Esta noche os recogeré e iremos juntos.

David apagó el portátil y guardó el pendrive. Tras pagar la cuenta, abandonaron el bar. En la acera, un aire frío y húmedo los envolvió de inmediato, erizándoles la piel. Leire se subió la cremallera de la chaqueta hasta el cuello y miró a David y a Regina, esbozó un gesto breve de despedida y se marchó calle abajo con paso decidido, la urgencia marcando el ritmo de sus pies.

Desde el otro lado de la calle, un hombre permanecía inmóvil apoyado en una farola. Una figura oscura, casi invisible entre las sombras del tráfico. Encendió un cigarro con calma, y observó cómo los tres se separaban. No hizo ademán de acercarse, solo dio una calada lenta, como quien confirma que la presa se mueve según lo previsto. Nadie lo notó.

Regina jugueteó con las llaves de su propio piso dentro del bolso, sin saber muy bien qué decir. Abrió la boca, dispuesta a despedirse de David con alguna frase educada y vacía, pero él se le adelantó.

—No me hace gracia que vuelvas sola —murmuró David, acercándose medio paso. Hablaba en voz baja, casi con timidez, pero en sus ojos asomaba una preocupación sincera—. Ven a mi casa. Descansamos un rato, nos organizamos y esperamos allí a que llegue Leire.

Regina se quedó mirándolo, sorprendida. Durante un segundo se planteó rechazarlo, por orgullo, por esa costumbre autoimpuesta de mostrarse fuerte e independiente, o quizá por puro miedo a revivir viejas heridas. Sin embargo, la verdad era que no le apetecía en absoluto estar sola con sus pensamientos después de lo que habían visto. Y David la miraba con ese deje de ternura triste que la desarmaba por completo.

—Está bien —dijo al fin, asintiendo apenas.

Al llegar, la casa de David los recibió con un aura familiar, aunque sutilmente alterada por la tensión del momento. Todo estaba como él lo había dejado esa mañana, pero parecía distinto bajo la lente de lo que estaban viviendo.

David cerró la puerta tras ellos con suavidad. Dejó el portátil y las llaves en el sofá y se dirigió a la cocina en silencio. Abrió el grifo y llenó de agua la tetera metálica que tenía junto a la hornilla. El golpeteo del agua contra el recipiente rompió la quietud casi con alivio. Encendió el fuego, pero se quedó un momento mirando la llama azul, pensativo, con las manos apoyadas en la encimera. No estaba seguro de si realmente quería preparar té o si solo buscaba algo que hacer, cualquier cosa para mitigar la tensión que se había instalado entre ellos.

—¿Quieres tomar algo? ¿Un té? —ofreció al fin desde la cocina, alzando la voz lo justo para que ella lo oyera en el salón.

—Un vaso de agua —respondió tras una breve vacilación, casi en un susurro.

David asintió más para sí que para ella. Tomó un vaso limpio del armario, lo llenó de agua fría y regresó al salón. Al acercarle el vaso, Regina extendió la mano para recibirlo. Sus dedos se encontraron a medio camino, rozándose apenas un instante. Un contacto mínimo... pero suficiente para despertar algo que ambos llevaban apagado desde hacía tiempo. Fue como un pequeño chispazo: un calor repentino que les recorrió el cuerpo, disipándose tan rápido como había surgido.

—Gracias —murmuró Regina, aferrando el vaso con las dos manos para ocultar que le temblaban un poco.

David se sentó en el sofá, y Regina lo imitó un segundo después, dejando deliberadamente un espacio de medio metro entre ambos. Durante unos minutos hablaron únicamente de asuntos prácticos, era más fácil. Comentaron qué debían llevar esa noche a la nave: linternas, guantes... porque bajo cada palabra se escondían todas las preguntas y emociones que ninguno se atrevía a formular.

A medida que los segundos pasaban, la conversación práctica fue languideciendo. El silencio que se instaló ya no era cómodo, pero tampoco hostil, estaba cargado de significados ocultos.

Regina notó un hormigueo familiar en el pecho, bebió un pequeño sorbo de agua para aclarar la garganta y levantó la vista hacia él. David aún contemplaba un punto indeterminado del suelo, con el ceño levemente fruncido, ajeno a que ella lo observaba.

—David... —su voz salió más baja de lo esperado, temblorosa.

Pronunciar su nombre así, en la intimidad silenciosa de ese salón, se le hizo extraño y doloroso a la vez. Él giró el rostro hacia ella de inmediato, con los ojos muy abiertos, pero Regina apenas pudo sostenerle la mirada

—Lo siento.

Le costó continuar, porque la voz amenazó con romperse. Respiró hondo y cerró un instante los ojos, obligándose a seguir antes de acobardarse.

—Siento mucho... todo. —Las últimas palabras apenas fueron un susurro ahogado—. Lo siento, de verdad.

En la penumbra del atardecer que entraba por la ventana, Regina tenía los ojos vidriosos. No lloraba, pero la emoción estaba ahí, palpitando en cada rasgo de su cara. David sintió que algo se desgarraba dentro de él al verla así. Cerró los ojos un segundo y respiró hondo, tragando aire como quien emerge de golpe de debajo del agua. Fue como si de pronto una grieta se abriera y por ella asomaran todos los recuerdos que él creía haber enterrado. Recuerdos dulces, dolorosos, imborrables, que había mantenido encerrados bajo llave por miedo a enfrentarlos de nuevo. Y ahora amenazaban con inundarlo.

Notó un leve mareo. No, no podía permitirse aquello. No esa noche, no con lo que aún tenían por delante. Abrió los ojos y negó con la cabeza, desviando la vista hacia el suelo, hacia la ventana, hacia cualquier sitio menos el rostro suplicante de Regina.

—Por favor... déjalo —musitó, alzando una mano en un gesto que pretendía ser suave pero sonó desesperado—. No deberíamos... No ahora.

No había dureza en su voz; de hecho, apenas logró articular las palabras. Sonaron rasposas, vulnerables, cargadas de un miedo palpable. Miedo de abrir esa puerta emocional que ambos habían

mantenido cerrada a cal y canto, porque sabían que, si la cruzaban, quizás no podrían volver a cerrarla jamás.

Regina asintió con la cabeza muy despacio, sin atreverse a insistir. Sentía las mejillas ardiendo de vergüenza y frustración, pero también comprendía el porqué de su respuesta. ¿Qué derecho tenía a esperar otra cosa? Después de todo lo ocurrido, era natural que él levantara un muro en defensa propia.

—Está bien —susurró ella, esquivando su mirada mientras se recomponía el cabello con nerviosismo—, tienes razón.

David quiso responder, decir algo que suavizara el golpe, pero no pudo. Solo apretó las manos contra sus rodillas, consciente de que en ese silencio se estaba rompiendo algo que jamás recuperarían. Y, sin embargo, lo aceptó, porque dolía menos que volver a amar y perderla otra vez. El miedo a ella era tan grande como el miedo a lo que les esperaba tras esa llave.

En la acera de enfrente, un coche permanecía aparcado, en el asiento del copiloto, un objetivo fotográfico apuntaba directo hacia la ventana del salón. El dedo que lo sostenía no temblaba, esperaba. Disparó en silencio, una foto más, otra prueba.

26

Carlos del Olmo salió tambaleándose de la fiesta privada. El frío de la madrugada le golpeó el rostro sin llegar a despejar la neblina de alcohol en su cabeza. La voz de Javier, un colega de la tele sonó a su espalda.

—Carlos, creo que no estas bien para conducir.

Carlos soltó una risa áspera, apoyándose en la puerta del conductor para no caerse.

—Estoy perfecto —masculló con soberbia—. Conduzco mejor borracho que tú sobrio.

Javier intentó arrebatarse las llaves.

—En serio, dame eso y pedimos un taxi.

—Ni de coña —bufó Carlos, apartándolo de un manotazo.

Se dejó caer en el asiento y cerró la puerta de un portazo.

—Carlos, por favor... —insistió Javier desde fuera.

El motor rugió al girar la llave. Sin mirar atrás, Carlos pisó el acelerador a fondo. Las ruedas chirriaron y el coche salió disparado, dejando a Javier con la palabra en la boca. La carretera vacía se extendía ante él en penumbra. Las farolas eran líneas anaranjadas que bailaban en su visión borrosa. Tenía el corazón acelerado y los dedos entumecidos en el volante. Aun así, se sentía invencible. Ni siquiera vio el semáforo en rojo, lo pasó a toda velocidad, creyéndose intocable.

De pronto, una silueta blanca surgió frente al coche.

—¡Mierda! —alcanzó a gritar Carlos, clavando el pie en el freno y girando el volante.

El impacto fue brutal. Algo —alguien— golpeó contra el capó y voló contra el parabrisas, que estalló en una maraña de grietas. El coche derrapó con un alarido de neumáticos hasta quedar clavado a pocos metros. El cinturón le cortó el pecho, luego, silencio, un

silencio absoluto, apenas roto por el tamborileo del corazón de Carlos en sus oídos.

Él permaneció unos instantes inmóvil, aferrado al volante. La cabeza le daba vueltas y un sabor ácido le llenaba la boca. El parabrisas era una malla de vidrios rotos salpicada de sangre. Llevó la mano al móvil, pero se detuvo, acababa de atropellar a alguien.

Salió del coche casi cayendo de bruces. Olía a goma quemada... y a sangre. Con el estómago encogido, avanzó tambaleándose hacia la parte delantera. Allí, iluminado por los faros, yacía un hombre de mediana edad. Su cuerpo estaba torcido en un ángulo imposible, la camisa clara empapada en sangre. Tenía el cráneo abierto, un hilo oscuro le cruzaba la cara hasta formar un charco bajo la cabeza. Los ojos entreabiertos miraban al vacío.

A Carlos se le revolvió el estómago y retrocedió un paso, tambaleándose. El herido soltó un quejido ahogado, seguía vivo.

Por un segundo, un arranque de conciencia intentó empujarlo a ayudar. *Llama a una ambulancia*, susurró una voz en su mente. Pero sus pies no respondieron; Carlos se quedó clavado, paralizado, mientras el hombre agonizaba con respiraciones entrecortadas.

Miró alrededor, la calle estaba desierta, ni un alma asomada. Un escalofrío de terror egoísta lo recorrió. Si llamaba a emergencias, arruinaría su vida, tenía que huir. Sin pensarlo más, se dio la vuelta y corrió al coche. Encendió el motor y, sin mirar atrás, pisó el acelerador a fondo. El vehículo rugió y huyó de allí, devorando la oscuridad.

Minutos después, Carlos llegó a su edificio sin haberse cruzado con nadie. Tenía la respiración entrecortada y la vista nublada de lágrimas que no llegaban a caer. ¿Qué he hecho? Llegó a preguntarse, con un sollozo atrapado en la garganta, pero enseguida borró esa idea de un plumazo. Sabía perfectamente lo que había hecho, y decidió fingir que nunca había ocurrido.

Entró al garaje subterráneo y estacionó en su plaza privada. Bajo el neón vio el capó abollado y manchado de sangre. Un escalofrío le recorrió la espalda. Debía borrar esas huellas. Sacó un trapo del maletero y limpió a grandes trazos la sangre del parachoques y el capó. Arrojó el trapo empapado en un rincón.

Subió a su ático. El silencio era sepulcral. En el baño se lavó las manos y la cara, frotando hasta quitar cada rastro rojo de su piel. En la cocina, se sirvió un whisky doble y lo bebió de un trago, intentando apagar las imágenes que le bailaban en la mente. Tenía que olvidarlo, se ordenó, llenando de nuevo el vaso.

Se acercó a la ventana del salón. La ciudad dormía allí abajo, ajena a la tragedia. Ninguna sirena rasgaba la quietud, nadie vendría a por él.

Su corazón latía con furia, pero la fría razón empezaba a imponerse. Ideó un plan, alegaría que había atropellado a un animal en la carretera. Llevaría el coche a un taller de confianza para arreglarlo, sin preguntas. Tenía contactos para hacerlo desaparecer todo.

Apuró el último sorbo de whisky. Se repitió que todo seguiría igual, nadie lo había visto, nadie podría culparlo. Su fama y su vida permanecerían intactas.

La certeza de su impunidad le trajo un atisbo de calma. Exhausto, se dejó caer en el sofá. En unas horas amanecería otro día y él se encargaría de que nada hubiera pasado.

Al cabo de un rato, sucumbió a un sueño inquieto. Su conciencia, anestesiada por el alcohol y la soberbia, no lo inquietó ni un segundo. Al fin y al cabo, era Carlos del Olmo.

27

Por mucho que David y Regina quisieran mantener la guardia, sus mentes traicioneras viajaron atrás en el tiempo, a ese rincón cálido de la memoria donde todavía eran felices juntos. Años atrás, en esa misma casa, las cosas habían sido muy distintas.

David rozó los labios de Regina con una timidez que se volvió ternura en cuanto ella respondió. El beso fue suave al inicio, tembloroso, con el miedo silencioso de que se rompiera la magia. Cuando ella suspiró contra su boca, él la abrazó más fuerte, la sostuvo como si no quisiera soltarla jamás. Sus dedos se enredaban en su cabello, acariciándole la nuca con delicadeza, y cada movimiento decía lo que las palabras no alcanzaban: la amaba.

Samuel la atrapó contra la pared, devorándole la boca con un beso que no dejaba espacio para respirar. Había hambre en cada movimiento, un deseo salvaje que la encendía hasta el temblor. Sus manos se movían rápidas, seguras, presionando su cintura, explorando su piel con impaciencia. Regina arqueó la espalda, un gemido escapando de su garganta al sentirlo tan encima, tan suyo en ese instante de urgencia salvaje.

David se apartó apenas un segundo, apoyando la frente contra la de ella. —Eres lo mejor que me ha pasado —susurró, con la voz rota. La besó otra vez, despacio, probándola como si cada roce fuera un regalo. La recostó con cuidado, acariciando su mejilla, su brazo, su cintura, descubriendo la piel con una reverencia que la hizo sonreír entre lágrimas. Cada gesto era un te quiero pronunciado con las manos.

Samuel la levantó de golpe, arrancándole una risa ahogada que se mezcló con un jadeo. La llevó hasta la cama y la dejó caer entre sus brazos, inclinándose de inmediato sobre ella. Su boca recorrió su cuello, bajando con besos ardientes que la hicieron estremecerse. —

No sabes lo que me provocas —murmuró con voz ronca, y la intensidad de esas palabras la desarmó. Regina se aferró a él con fuerza, sus uñas marcando su espalda, guiándolo hacia donde más lo necesitaba.

David la acarició con lentitud, sus labios recorriendo cada rincón con un cuidado que parecía infinito. La miraba a los ojos en cada pausa, buscándola, asegurándose de que ella también estaba ahí, con él. Cuando la oyó susurrar su nombre, un temblor lo recorrió entero. Se fundieron en un ritmo suave, acompasado, donde cada beso era tan importante como cada caricia. Ella lo rodeó con las piernas, lo atrajo más, y en ese instante todo se volvió amor puro, sin máscaras.

Samuel, no le dio tregua. La besaba con furia, con la urgencia de quien arde por dentro. Sus manos recorrían su cuerpo sin descanso, arrancándole jadeos cortos, gemidos que se mezclaban con su propia respiración acelerada. La pasión los arrastraba sin control, un choque de cuerpos que se buscaban con desesperación. Regina lo llamó por su nombre entre suspiros rotos, y Samuel respondió con más fuerza, con más hambre, queriendo grabarse en su piel.

David temblaba con ella, perdido en la dulzura, sus labios dibujando sonrisas en medio del deseo. La acariciaba como si fuese frágil, pero con un amor que se desbordaba en cada movimiento. — Te amo, Regina —dijo con un hilo de voz, y ella lo besó con los ojos cerrados, sintiendo que en ese instante no existía nada más.

Samuel la sostuvo con fuerza, su boca y sus manos reclamándola al mismo tiempo. Los gemidos crecían, las respiraciones se volvían jadeos salvajes. La pasión era un incendio sin control, una marea que los envolvía hasta arrastrarlos juntos al límite.

Dos escenas vividas al mismo tiempo en sus recuerdos. Con David, amor y ternura: un latido compartido, un para siempre en cada beso. Con Samuel, pasión y fuego: un vértigo abrasador que la consumía por completo. Y en medio de todo, Regina: vibrando entre dos fuegos tan distintos como imposibles de olvidar.

El dulce recuerdo se disipó con la misma sutileza con que había llegado, desvaneciéndose entre las sombras del salón de David. Regina parpadeó, volviendo al presente de golpe, como quien rompe

la superficie del agua tras sumergirse demasiado. El silencio de la sala y la oscuridad creciente la desorientaron un segundo. Durante aquel viaje mental había olvidado dónde estaba realmente. Cuando sus ojos enfocaron, se encontró aún sentada en el sofá, con las manos vacías sobre el regazo y el vaso de agua desde hacía rato abandonado en la mesa. David estaba a su lado, en la misma posición en la que había estado antes de que se perdiera en sus memorias. Tenía la mirada baja, perdida en algún punto del suelo, y la tensión dibujada en los hombros.

La atmósfera en la habitación había cambiado. El aire parecía cargado, parecía que ambos hubieran exhalado algo de esa emoción reprimida. Regina suspiró, aún con el corazón latiendo rápido por la vívida memoria de sus cuerpos entrelazados. Sin ser del todo consciente de lo que hacía, se inclinó hacia David, reduciendo lentamente la distancia que los separaba. Casi al mismo tiempo, David giró el rostro hacia ella. Sus ojos se encontraron en la penumbra, brillaban con una mezcla peligrosa de nostalgia, dolor y un amor latente que nunca se había extinguido del todo.

No supieron quién inició el movimiento final. Quizá los dos a la vez. En un suspiro, los pocos centímetros que quedaban desaparecieron y Regina rozó con sus labios los de David. Fue un contacto suave, efímero, apenas una caricia que podría haberse cortado ahí... pero ninguno quiso. David tomó el rostro de Regina entre sus manos con torpeza urgente y la besó. Esta vez de verdad. Sus labios se reencontraron con más fuerza, con más necesidad. Un beso breve, intenso, que supo a despedida y a bienvenida al mismo tiempo. Regina sintió una oleada de calor recorrerla, y casi le dolió lo bien que seguían encajando, después de todo.

Cuando ese primer beso terminó, sus labios se buscaron de nuevo en seguida, con más hambre. Regina dejó escapar un leve sollozo ahogado mientras lo besaba, todas las emociones contenidas salieron a flote en ese segundo contacto. David deslizó una mano hacia la nuca de ella, profundizando el beso, saboreando la familiaridad de aquella boca que había añorado noche tras noche. Un fuego antiguo, nunca del todo extinguido, lamió sus sentidos.

Pero entonces, tan repentinamente como había iniciado el beso, David se tensó. Separó sus labios de los de Regina con un temblor en la respiración. Todavía la sostenía por la nuca, su pulgar acariciándole inconscientemente la mejilla. Tenía los ojos cerrados, y su frente apoyada contra la de ella. Podía oler la sal de las lágrimas que amenazaban con escaparse de los ojos de Regina, podía sentir el latido desbocado de ambos corazones entrelazándose... y supo que debía parar ahí.

—No... —susurró, con la voz rota—. No deberíamos... no puedo.

Regina se quedó inmóvil, aún con una mano en el brazo de David. Lo notaba rígido bajo sus dedos, como un felino a punto de echar a correr. Ella bajó la mirada lentamente, asintiendo con la cabeza en señal de que entendía. Sintió un pinchazo de dolor cuando la realidad le cayó encima. Claro que no podía.

—Lo siento —murmuró Regina con un hilo de voz, reprimiendo un sollozo. Retiró la mano del brazo de David, de repente cohibida.

Pero David negó con la cabeza antes de que ella siguiera.

Sin decir nada, Regina se inclinó hacia él, despacio. Apoyó la frente contra el hombro de David, dejándose envolver por su olor y su calor. Él liberó su mano y pasó el brazo por encima de los hombros de Regina en un abrazo suave. Se quedaron así, acurrucados el uno contra el otro en medio del sofá, con la habitación sumida en sombras a su alrededor. Sus pechos subían y bajaban en sincronía, y poco a poco sus respiraciones fueron encontrando el mismo ritmo sereno. Ninguno tenía prisa por moverse. La ciudad seguía viva: algún claxon aislado, la vibración lejana de música en un coche que pasaba... sonidos que les recordaban que el mundo real seguía girando. Pero para ellos, en ese instante robado, el tiempo se había detenido.

La paz frágil no duró mucho. Un zumbido insistente cobró vida en el salón, quebrando el silencio como un relámpago. Regina y David dieron un respingo, sobresaltados. El teléfono móvil de David vibraba, agitándose encima de la madera.

David se apresuró a estirar el brazo y agarrarlo. La pantalla brilló mostrando una notificación.

—Es Leire, está abajo.

28

La luz de los monitores convertía la UCI en un acuario de sombras. Desde la silla, con la espalda rígida, Víctor miraba la línea que subía y caía a trompicones. Cada pitido era un aviso, cada silencio, un abismo. La mano de Leo, tan pequeña, le pesaba helada entre los dedos. Recordó, con una punzada que casi le hizo gemir, esos mismos dedos aferrados al fuselaje de plástico de su avión rojo, los rizos pegados a la frente, la risa abierta corriendo por el pasillo de casa. ¿Cómo se podía encoger tanto la vida en tan poco tiempo?

Un roce suave en el hombro lo hizo girar. El médico, con el rostro desencajado y un gesto que ya decía todo antes de abrir la boca, se inclinó apenas.

—Víctor... ¿podemos hablar un momento fuera?

Quiso decir que no, que no iba a soltar a su hijo ni un segundo. Aun así, se inclinó, besó la frente tibia y susurró, aunque el niño no pudiera oírlo bajo el efecto de los sedantes.

—Papá vuelve enseguida, campeón.

Leo no se movió. En el pasillo, la angustia le raspó la garganta a Víctor. El médico habló despacio, con esa forma que tienen los que están acostumbrados a dar malas noticias.

—Hemos hecho todo lo que estaba en nuestra mano. El corazón de Leo está agotado. Ya no queda margen.

A Víctor se le aflojaron las rodillas. Apenas le salió la voz.

—¿No hay... no hay nada más?

—Solo esperar un milagro —admitió el médico—. Un donante inmediato. Y aun así...

No terminó la frase, no hacía falta. Para que su hijo viviera, otro niño tenía que morir. La idea le rebanó el estómago. Se había jurado no desear jamás algo así. ¿Qué clase de padre lo pensaría siquiera?

¿Y qué clase de padre no lo pensaría cuando el cuerpo de su hijo se apagaba a un metro de distancia?

—Lo siento mucho —añadió el médico, posándole una mano en el hombro—. Seguiremos aquí.

Víctor asintió sin saber bien a qué. Volvió a la habitación arrastrando los pies. Leo seguía quieto, perdido entre cables, esparadrapos y una sábana que le subía hasta la barbilla. Se sentó otra vez, buscó su mano y la envolvió aferrándose a ella para mantenerse anclado.

—Papá está aquí —murmuró, intentando que no se le quebrara la voz.

Leo abrió los ojos con un esfuerzo que le dolía ver. Lo reconoció y, en ese reconocimiento, hubo una chispa que encendió a Víctor por dentro.

—¿Papá...?

—Sí, tesoro, estoy aquí —le aseguró—. Estoy contigo.

El niño tragó con dificultad.

—Me duele...

Un latigazo, brutal, en medio del pecho.

—Lo sé, corazón, eres muy valiente. Aguanta un poco más, ¿vale?

Dos lágrimas emergieron lentas por las comisuras de los ojos de Leo. Intentó decir algo y no le salió. Víctor acercó la cara.

—¿Qué, campeón?

—¿Me... voy a morir?

La pregunta lo partió. El hospital entero pareció quedarse en silencio. Negó muy rápido, demasiado rápido, acariciándole la frente con la mano temblorosa.

—No, no, no. No lo digas. Te vas a poner bien, te lo prometo. Muy pronto estaremos en casa y volverás a pilotar tu avión, ya verás...

La frase lo rompió por la mitad, Leo lo miró con una seriedad nueva, antigua, que no le pertenecía a un niño de ocho años. Adivinaba el miedo en los ojos de su padre, lo veía.

—No pasa nada, papá... no estés triste —susurró.

¿Cómo podía ser que fuera el niño el que consolase al adulto? Víctor sintió la humillación y el amor enredarse en un mismo gesto cruel.

—Si... si me muero, estaré con mamá —añadió Leo, casi sin voz.

La palabra mamá fue un cuchillo. Para Leo era consuelo, una promesa de no estar solo, para Víctor, era la herida más profunda, la que nunca cicatrizó. Recordó las noches interminables en las que su hijo lo llamaba llorando, preguntando por ella, y cómo él inventaba cuentos sobre estrellas que cuidaban desde arriba. Eran mentiras piadosas, pero ahora se volvían en su contra, su hijo hablaba de irse con su madre como si ese viaje fuese un alivio, como si la muerte fuera un refugio. Y eso lo destrozaba aún más. Porque sabía que Claudia ya no estaba... y que podía perder también a Leo.

—La echo de menos —dijo Leo—. Si me voy con ella, no estará sola. Y podremos volver a coger cangrejos como hacíamos en la playa.

Víctor apoyó la frente en la del niño, sin poder más.

—No me digas eso, por favor. Mamá nos cuida desde el cielo. Pero tú tienes que quedarte conmigo. ¿Me oyes? No puedes irte.

Leo pestañeó, agotado.

—Tengo sueño...

—Duerme, campeón, aquí estoy. No te soltaré.

El niño suspiró y volvió a dormirse. Víctor no se movió, con la mejilla pegada a la suya, dejando que las lágrimas empaparan la almohada. Se sorprendió susurrándole cosas que solo se dicen en voz alta cuando ya no quedan fuerzas: te quiero más que a mi vida, perdona por no ser suficiente, perdona por no saber salvarte.

Una enfermera se acercó después, con el cuidado de quien entra en una iglesia.

—Señor —dijo—, debería descansar un poco, nosotros nos quedamos con él. Si hay cualquier cambio, le avisamos. Tómese un café, despéjese, aunque sea diez minutos. Le hará falta fuerza.

Él quiso decir que no, que no pensaba apartarse de ahí ni a tiros. Pero el cuerpo ya no le respondía y la cabeza le martilleaba. Besó otra vez la frente de Leo, colocó el peluche junto a su brazo y, como quien se arranca una venda pegada a una herida en carne viva, soltó aquella mano.

La cafetería estaba casi a oscuras, Víctor se dejó caer en una mesa del fondo. Miró un punto fijo durante un minuto y, al

parpadear, el llanto salió solo, mudo, animal. Se cubrió la cara con las manos.

—Daría mi vida por la suya... —se oyó decir, como si hablara otro.

—Lo sé —respondió una voz detrás.

Se giró de golpe. Un hombre de traje oscuro, impecable, lo observaba a un par de metros. No parecía un médico ni un familiar.

—Perdone —dijo, acercándose—. No quería asustarle. He oído... —hizo un gesto vago—. Puede que haya una salida.

La palabra salida sonó a blasfemia y a salvación a la vez.

—¿Es usted médico?

—No exactamente, trabajo con gente que resuelve problemas cuando el resto ya no puede.

La mente de Víctor dijo que aquello era absurdo. El corazón, arrasado, se agarró a la promesa como a una tabla en alta mar.

—A menos que aparezca un corazón de la nada, nadie puede hacer nada —escupió—. Eso ya me lo han dicho.

El hombre inclinó levemente la cabeza, como quien sopesa cada palabra.

—¿Y si le dijera que se puede conseguir?—preguntó—. Rápido, sin esperas, sin papeleos. Para Leo.

El nombre de su hijo en la boca del desconocido le contrajo el estómago, una corriente helada le subió por la nuca.

—¿Qué... qué quieren a cambio?

El hombre sonrió con un gesto breve, educado.

—Solo que, llegado el momento, nos devuelva el favor, colaborar. Nada que un padre no esté dispuesto a hacer por su hijo.

Se hizo un silencio que pesaba, Víctor sintió que alguien le colocaba una cuerda alrededor del cuello con guantes de seda. Lo supo y, aun así, pensó en la cama de la UCI, en los ojos de Leo preguntando si iba a morir, en Claudia tendida en una bolsa que él no llegó a ver. Pensó en el vacío y en lo que quedaba de él si el niño desaparecía.

—¿Hasta dónde estaría dispuesto a llegar por salvarle? —preguntó el hombre, sin bajar los ojos.

Víctor cerró los suyos. Vio a Leo corriendo, vio el avión rojo, oyó una carcajada que rebotaba en las paredes de casa. Luego vio la

línea del monitor volverse recta.

—Hasta donde haga falta —dijo, y le tembló la voz—. Lo que sea.

El desconocido sacó una tarjeta blanca del bolsillo interior de la americana y se la dio. Un número.

—Llámemme en cuanto se decida.

Se marchó igual que había llegado, Víctor se quedó con la tarjeta clavada en la mano, el corazón en la garganta y la certeza, clara, de haber cruzado una línea. Tal vez había vendido algo que no sabía si podría recuperar. Tal vez se había puesto una cadena al cuello que alguien apretaría cuando quisiera.

Respiró hondo, las lágrimas volvieron a subir, tercas. Y, aun así, en medio del lodo, notó una grieta por donde se colaba un hilo de luz.

29

Regina y David descendieron en silencio. Al salir al exterior, Leire los esperaba en el coche. No necesitó más de un par de segundos para detectar lo evidente, algo había ocurrido entre ellos. No lo preguntó, no lo insinuó, pero su mirada, fija y rápida, fue suficiente para que ambos bajaran la vista.

—Vamos —dijo sin más.

Regina ocupó el asiento delantero, David se sentó atrás. El golpe de las puertas al cerrarse sonó demasiado alto en mitad de la noche. Leire arrancó sin añadir palabra. El motor llenó el silencio que ninguno de los tres se atrevió a romper.

El trayecto se hizo corto y pesado al mismo tiempo. La ciudad iba quedando atrás, las luces se apagaban poco a poco y las calles se ensanchaban hasta desembocar en el polígono. Dentro del coche, el silencio era más incómodo que cualquier conversación. Regina se descubrió mordiéndose el labio inferior, mientras David, en el asiento trasero, jugaba con el cierre del cinturón, necesitaba descargar los nervios en un gesto mecánico.

Leire apagó las luces al doblar la última esquina y detuvo el coche a cierta distancia. El polígono estaba muerto: naves cerradas, farolas intermitentes, la nada más absoluta.

—Es ahí —dijo, señalando con la barbilla.

Bajaron, salieron a la calle dejándose envolver por el silencio. Caminaban rápido, pegados, sin hablar. A medida que se acercaban, la tensión crecía: no dudaban de la dirección, dudaban de lo que encontrarían. ¿Abriría la llave? ¿Quién la había dejado? ¿Samuel anticipando su desaparición, o alguien que pretendía conducirlos hasta una ratonera?

Regina sostuvo la llave entre los dedos, la cerradura estaba frente a ella, opaca, silenciosa. Una línea delgada entre el misterio y

el desastre.

Encajó la llave, giró despacio. El clic metálico se escuchó demasiado alto. Se miraron los tres en silencio, conteniendo la respiración. La puerta se abrió con un leve chirrido.

El primer paso dentro fue como cruzar un umbral a otra realidad. El lugar estaba cargado de abandono, impregnado de polvo y humedad. Las linternas de los móviles cortaron la oscuridad y revelaron estanterías oxidadas, palés olvidados, cajas rotas. El lugar parecía abandonado hacía años.

—Aquí no hay movimiento —susurró David, aunque su tono sonaba más a deseo que a certeza.

Atravesaron el espacio hasta el fondo, donde una pequeña oficina se alzaba con las ventanas sucias. La puerta estaba entornada. Leire la empujó con el dorso de la mano, aguardó un segundo y entró la primera. Dentro, la luz reveló un mobiliario mínimo: una mesa metálica, dos sillas, un archivador bajo, carpetas desordenadas en una estantería, un flexo torcido. Todo cubierto por una capa de polvo uniforme, parecía que nadie hubiera estado allí en mucho tiempo.

Regina se colocó junto a la mesa. Abrió cajones con sobres vacíos, facturas antiguas, sellos resecos, nada. David probó a abrir el archivador y éste cedió, pero no mostró más que papeles, carpetas con albaranes y documentos de escaso valor.

El tiempo pasaba y no aparecía nada. La frustración se mezclaba con el miedo. El silencio, roto solo por el sonido de papeles y los pasos contenidos, se volvió insoportable.

—Puede que no haya nada —dijo David.

—Samuel tenía esta dirección por algún motivo —replicó Regina, aunque ella misma empezaba a dudarlo.

Fue al levantarse cuando lo vio: un listón del zócalo, en el mueble lateral, mal encajado. Señaló con la linterna.

—Mirad aquí.

Leire se arrodilló, hizo palanca con la navaja y el listón cedió con un crujido. Detrás, un hueco. Dentro, una caja gris de plástico,

encajada a medida. La arrastraron hasta la mesa. Estaba sellada con cinta americana. Los tres se miraron antes de abrirla.

Leire cortó la cinta y la tapa se levantó. El interior estaba lleno de expedientes y fotografías. Carpetas colgantes con nombres mecanografiados que cualquiera reconocería: empresarios, políticos, mandos policiales, un obispo. Había recortes de prensa doblados, informes con membrete oficial y copias de autos judiciales. Las fotografías, en papel satinado, mostraban escenas turbias: sótanos, símbolos pintados, túnicas, personas atadas o con la cara oculta.

Regina pasó una carpeta tras otra, leyendo rótulos. El corazón le dio un vuelco al encontrar de nuevo un nombre inconfundible: ISABEL ALDAMA.

El silencio se hizo más denso aún. Los tres sabían que esa misma mañana la jueza había aparecido muerta, oficialmente un suicidio. Y, sin embargo, allí estaba su nombre, impreso en letras claras, encabezando un expediente que no debería existir.

Leire abrió la carpeta, eran copias de resoluciones firmadas por Aldama, acompañadas de informes paralelos y anotaciones manuscritas de otro puño, con referencias a pruebas omitidas, testigos ignorados, decisiones aceleradas. La jueza no era una nota al margen: era un engranaje más de una maquinaria cuidadosamente construida.

—Samuel ya sabía todo esto —murmuró Leire, cerrando la carpeta con un golpe contundente—. Estamos en el lugar correcto.

David hojeaba otra carpeta con nombres conocidos de la vida pública. No hacía falta pronunciarlos en voz alta: la mezcla de ámbitos, la acumulación de poder, hablaban por sí mismos.

—Aquí hay demasiada gente —susurró, apretando las hojas con los dedos—. Gente que no puede permitirse salir en nada de esto.

Regina apenas podía apartar la vista de las fotografías. Había símbolos pintados a brochazos, sellos grabados en la piel, imágenes de vigilancia tomadas desde lejos. El estómago se le encogió.

En varios documentos se repetía un emblema sencillo: una serpiente mordién dose la cola. David lo reconoció al instante. Era el mismo que llevaba el enmascarado del vídeo, no parecía casual.

—Es todo un archivo —dijo, con la voz tensa—. Y alguien lo quería escondido.

Leire no perdió tiempo.

—Y alguien quería que lo encontrásemos. Lo cogemos todo y nos vamos ya.

Metieron expedientes y fotos en la mochila de Regina, con cuidado de no dejar nada suelto. Leire devolvió al hueco papeles sin valor y recolocó el listón. El polvo ayudaba a disimular.

Salieron de la oficina sin hablar. El sonido de sus pasos por la nave les pareció ahora más violento, parecía que la oscuridad quisiera devolverles lo que se llevaban. En el exterior todo resultó demasiado abrupto y hostil al mismo tiempo. Subieron al coche de inmediato, cerraron las puertas y permanecieron unos segundos en silencio, escuchando su propia respiración.

Leire giró la llave de contacto. El motor arrancó. En ese momento, el móvil de Regina vibró. Número oculto. Un mensaje breve, sin adornos, que apareció en la pantalla como una sentencia: *Dejad lo que estáis haciendo, no sigáis, éste será el único aviso.*

Regina sintió un escalofrío helarle la nuca. Levantó la vista, Leire y David ya la miraban, atentos, como si supieran que el mensaje no podía ser otra cosa. No hizo falta que lo leyera en voz alta.

El silencio dentro del coche fue absoluto. El polígono seguía vacío, nadie, ningún ruido. Pero la amenaza estaba allí, más real que el aire que respiraban.

—Ya no hay marcha atrás —dijo Leire en voz baja.

El coche se puso en movimiento, la nave quedó atrás, el mensaje, no.

30

El timbre del instituto todavía resonaba cuando Iván y Guillermo doblaron la esquina. Caminaban deprisa, hombro con hombro, como si el frío de la tarde no existiera para ellos. Guillermo llevaba la mochila colgando de un hombro, Iván sostenía una bolsa de papel con dos croissants aún calientes que habían comprado en la cafetería de la esquina.

—No sé cómo piensas aprobar matemáticas —rio Guillermo, dándole un leve codazo.

—Contigo al lado, seguro que apruebo —replicó Iván, mordiendo el borde del bollo antes de ofrecerle el otro.

Subieron a casa de Guillermo. El pasillo olía a colonia de adolescente y a libros. En la habitación, dejaron las mochilas en el suelo y encendieron el portátil. Se apilaban apuntes, cuadernos con garabatos y un paquete de galletas abierto.

Intentaron estudiar, pero pronto acabaron sentados en el suelo, con la espalda contra la cama y las piernas cruzadas. Guillermo hojeaba un manual sin leer, Iván lo miraba de reojo, sonriendo sin poder evitarlo.

—¿Qué? —preguntó Guillermo, sin levantar la vista.

—Nada —respondió Iván, aunque seguía observándolo con esa calma que lo desarmaba.

El silencio se llenó de confianza, de esa complicidad que ya no necesitaba palabras. Guillermo cerró el libro con un golpe suave y lo dejó a un lado. Se inclinó hacia Iván, que ya estaba más cerca de lo que creía. Se besaron sin prisa, con ternura, con la sensación de que el tiempo les perteneciera. Fue un beso lento, limpio, de esos que no necesitan esconderse porque llevan la verdad en la piel.

Después, Guillermo apoyó la frente en su hombro y suspiró.

—Ojalá esto nunca cambie.

Iván le acarició la mano, entrelazando los dedos.

—No tiene por qué cambiar.

La habitación quedó en silencio, solo interrumpido por el murmullo lejano de la televisión en el salón. Era un instante cotidiano, sencillo, pero lleno de la fuerza que tienen las cosas que de verdad importan.

Al otro lado de la ciudad, Natalia entró en el edificio de oficinas que había heredado de su marido. El mármol del vestíbulo brillaba bajo los focos, pero ella sabía que las cifras que escondían esos despachos estaban lejos de brillar. La empresa se tambaleaba y todos lo sabían.

Subió al último piso. En la sala de juntas la esperaban tres directivos con los balances. Ella ocupó la cabecera, erguida, impecable, sin mostrar ni un atisbo de duda. Escuchó con calma las advertencias sobre deudas y vencimientos. No parpadeó cuando uno sugirió vender parte de la flota.

—No habrá ventas —zanjó, con un tono que no admitía réplica.

Cuando la reunión terminó, Natalia volvió a su despacho. La ciudad se extendía tras los ventanales, indiferente a su ruina. Encendió un cigarrillo y lo sostuvo entre los dedos con elegancia estudiada. No podía permitirse mostrar debilidad, ni siquiera a solas.

El móvil vibró. Un mensaje sin remitente.

Miércoles, 22:00 horas. Dirección adjunta. Es el momento.

Natalia lo leyó dos veces. No había dudas, había esperado esa señal. Esa noche sería el paso definitivo: entrar en la sociedad que le garantizaría mantenerlo todo, a cualquier precio.

Otro mensaje: *Ver ahora. Un enlace.* Dudó, pulsó.

El vídeo mostraba las cámaras de su propia casa. Vio a Guillermo y a Iván en la habitación, sentados en el suelo, intentando estudiar. La hora marcaba ese mismo momento. Natalia sintió un escalofrío: nadie más tenía acceso a esas imágenes.

El vídeo se detuvo y apareció una foto: Guillermo de perfil, riendo. Otra: Iván mirándolo con devoción. Otra más: sus manos entrelazadas encima de la alfombra.

En la última imagen apareció un mensaje en blanco: Te cuesta menos cuando sabes por qué.

La rabia y el miedo se mezclaron en su estómago. Dejó el cigarrillo apagarse en el cenicero. Se levantó despacio y se acercó al ventanal. Abajo, la ciudad bullía como siempre, ajena a que su destino acababa de quedar sellado en tres líneas.

Otro mensaje: Confirma.

Tecleó con los labios apretados: Confirmado.

Sonrió apenas, un gesto frío, casi imperceptible. Ya no había vuelta atrás.

31

Leire Ortega cruzó el vestíbulo de la comisaría con paso firme, bajo el abrigo llevaba apretadas varias carpetas recuperadas de la nave: expedientes polvorientos, fotos en blanco y negro, informes judiciales con firmas reconocibles. El tipo de material que, de ser descubierto en sus manos, podría costarle la placa... o la vida.

No se detuvo a saludar a nadie. Fue directa a la sala de interrogatorios vacía, una de las pocas que podía cerrar con pestillo sin levantar sospechas. Allí la esperaba Rubén Ibáñez, inspector veterano, con arrugas profundas y una ironía amarga que nunca lograba ocultar. Leire confiaba en él como en pocos.

—Llegas tarde —murmuró Rubén mientras cerraba las persianas.

—No quería que nadie me viera con esto —respondió ella, sacando las carpetas del abrigo—. Lo que encontramos anoche en la nave es pura dinamita.

Rubén hojeó con cuidado. Sentencias, informes forenses, transcripciones de juicios. Varias llevaban la firma de la jueza Isabel Aldama.

—La muerta de ayer —dijo él en un susurro.

—Suicidio —ironizó Leire, con los dedos formando comillas en el aire—. Ya teníamos dudas, ahora encajan más piezas.

Ibáñez pasó página tras página hasta detenerse en unas iniciales repetidas: L.E.C.

—Aquí también... —señaló.

Leire abrió otra carpeta, más deteriorada, con notas mecanografiadas y un sello rojo. En el margen, escrito a mano, aparecía con todas las letras: LOS ELEGIDOS DE CAÍN.

Ambos se miraron en silencio.

—Ese nombre es algo gordo —murmuró Leire—. Samuel lo escribió en su cuaderno, y pensábamos que podía ser una paranoia.

Pero está en expedientes oficiales, Rubén. Firmados por jueces, avalados por forenses, archivados en nuestros sistemas.

Rubén tamborileó en la mesa con los dedos.

—Esto no es cualquier cosa, parece algo dentro del Estado. Y aquí —abrió otra carpeta, mostrando una lista de acusaciones archivadas — hay nombres de peces gordos... de la propia policía.

Leire leyó despacio. Dos comisarios en activo, un jefe de brigada, incluso un mando de Asuntos Internos. El estómago se le revolvió.

—Por eso nadie investiga nada, por eso todo se archiva, están dentro.

—Y nosotros fuera —añadió Rubén—. En tierra de nadie.

Se quedaron un momento en silencio, Leire se inclinó hacia él.

—Quiero pedir una autopsia independiente del cuerpo de Aldama. Necesitamos pruebas técnicas: huellas en la soga, residuos químicos, cualquier cosa que desmonte la versión del suicidio.

Rubén negó con la cabeza.

—Si la pides por los cauces oficiales, te la tumban en minutos.

—Entonces habrá que pedirla por otros —replicó ella, sin titubear. Él sonrió apenas.

—Sabía que dirías eso.

La puerta del pasillo se abrió de golpe y ambos se tensaron. Una sombra cruzó, pero no se detuvo. Leire se apresuró a cerrar la carpeta, su pulso estaba desbocado.

—Esto tiene que quedar entre nosotros —le dijo a Rubén, bajando la voz hasta un susurro—. Ni una palabra. No sé en quién puedo confiar aquí dentro.

—Lo sé, Leire. No eres la única que siente que nos vigilan.

Rubén cerró la última carpeta y la deslizó dentro de la bolsa opaca. Ambos estaban agotados, llevaban horas encerrados, revisando papeles a escondidas, bajando la voz cada vez que alguien pasaba por el pasillo.

—Aquí no podemos seguir —dijo Leire, frotándose los ojos.

—Hay que hacerlo en otro sitio —Rubén guardó la bolsa en un armario metálico y echó llave—. Al final de la jornada me pasaré por aquí, la recojo y nos vamos a mi casa. Allí podremos trabajar sin que nadie meta las narices.

Leire asintió en silencio.

Cuando salió de la comisaría eran casi las once. La noche estaba fría, y la ciudad parecía contener la respiración. Leire encendió un cigarrillo aunque hacía meses que no fumaba. La calada le supo amarga, pero le calmó el temblor de las manos.

Marcó el número de Sara que contestó al segundo tono.

—¿Sabes qué hora es? —dijo ella, sin saludar siquiera.

—Lo siento, se me ha hecho tarde en el trabajo.

—Siempre se te hace tarde, siempre hay un caso, un papel, una urgencia más importante que nosotras.

—Sí... Lo siento, pero no voy a poder llegar pronto. Tenemos demasiado que investigar aun y voy a seguir en casa de un compañero. Puede que me quede hasta tarde, quizá hasta mañana.

Hubo un silencio breve, pesado.

—Siempre es lo mismo, Leire —respondió Sara al fin—. Siempre el trabajo primero, siempre yo después. Apenas coincidimos en casa, me siento invisible.

Leire apoyó la frente contra el coche, con una presión incomoda por dentro.

—Sé que no es justo, pero esto es importante, es urgente.

—¿Y yo no lo soy? —replicó Sara, con la voz quebrada—. ¿De verdad no ves lo que está pasando entre nosotras?

—No es tan sencillo, Sara. Lo que estoy investigando...

—Lo que estás haciendo —lo cortó Sara— te está robando todo tu tiempo conmigo. Apenas hablamos, apenas nos vemos. Me siento como una invitada en tu vida.

—Solo necesito un poco más de tiempo. Cuando todo esto acabe...

—¿Y si no acaba nunca? —replicó Sara, la voz rota—. Tal vez tenga que replantearme si quiero seguir así.

El silencio pesó entre ambas. Leire quiso decirle que todo lo hacía también por ella, por protegerla, por evitar que el mal las alcanzara. Pero la garganta no le obedeció.

—Hablamos mañana, ¿vale? —dijo al fin, débil.—Intenta descansar.

Sara colgó sin despedirse. El pitido en el auricular fue como un golpe certero. Leire guardó el móvil despacio en el bolsillo y se

dirigió al coche de Rubén, que la estaba esperando. Ninguno de los dos se percató del coche oscuro estacionado al otro lado de la calle. Tras las lunas tintadas, una silueta inmóvil observaba. En el asiento del copiloto, una carpeta abierta dejaba ver fotografías recientes de Leire y de Sara, con direcciones y horarios subrayados en tinta roja.

32

La sala de espera de neurología está silenciosa. Las paredes, de un verde pálido, reflejan la luz blanca del fluorescente. Carmen hojea una revista sin ver realmente las letras. Regina está sentada a su lado, con las manos entrelazadas en el regazo. Trata de sonreír, pero le tiembla la comisura de los labios.

—¿Falta mucho, hija? —pregunta Carmen en voz baja, temiendo molestar.

—No, mamá, ya casi nos toca —responde Regina, agarrando con su mano la de su madre.

La mano de Carmen está fría, Regina siente la debilidad en esos dedos que antes la sujetaban fuerte al cruzar la calle. Hoy es ella quien sostiene a su madre. Las dos comparten un silencio cargado de preguntas. Enfrente, un cartel médico muestra el dibujo de un cerebro y palabras como *demencia* y *Alzhéimer* en negrita. Regina aparta la mirada, no quiere que Carmen lea eso.

Pero Carmen no parece prestar atención al cartel. De hecho, mira la revista con el ceño fruncido.

—Estas letras son tan pequeñas... —murmura.

Regina asiente, comprensiva. Sospecha que no es el tamaño de letra, a veces a Carmen las oraciones se le escapan como arena entre los dedos.

Pasan los minutos, un reloj en la pared avanza con un tic-tac apenas audible. Cada segundo suena en la cabeza de Regina como una cuenta atrás.

La espera la obliga a pensar, y pensar es a veces más duro que actuar. Intenta no hacerlo, pero las memorias la asaltan en esa quietud forzada. Su vida desfila en silencioso torbellino, Papá. La figura de su padre irrumpe en sus pensamientos sin permiso.

Santiago Duarte, para ella siempre fue papá hasta el día que desapareció. Luego ese nombre se convirtió en un vacío del que nadie hablaba. Más de veinte años han pasado desde entonces. Años de preguntas sin respuesta. ¿Por qué te fuiste? ¿Qué hicimos para que nos abandonaras así? Las mismas dudas de siempre golpean la mente de Regina con la tenacidad de una gota de agua desgastando una piedra.

Nunca olvidará aquella mañana silenciosa en que todo cambió. Su madre llorando en la cocina, creyendo que ella no la veía. Ni una nota de despedida, ni un mensaje. Santiago Duarte desapareció de sus vidas de la noche a la mañana, como un fantasma cobarde.

Regina parpadea, expulsando el ardor de esos recuerdos. Siente como la emoción sube por su garganta, no quiere llorar aquí, no enfrente de su madre.

Mira de reojo a Carmen. Su madre está ahora observando a un niño que juega con un coche de juguete al otro lado de la sala. La mirada de Carmen está perdida, suave, casi infantil. Regina se pregunta en qué piensa. ¿En nada? ¿En su propio pasado? Quizá ni siquiera recuerde plenamente la razón de esta visita. El doctor... la memoria... Todo aquello que Carmen no logra retener día a día.

La culpa muerde a Regina. Yo debería haberla traído antes, se reprocha. Llevaba meses notando despistes, pequeños olvidos que fueron creciendo. Pero estaba tan absorta en su trabajo y su vida, que no había querido verlo antes. Su madre, lo único que de verdad importa.

Un suspiro se escapa de sus labios, Carmen gira la cabeza al escucharlo.

—¿Estás bien, hija?

Regina asiente con una sonrisa rápida.

—Sí, mamá, solo estoy cansada.

—Trabajas demasiado... siempre tan ocupada —Carmen niega con suavidad—. No tenías que venir conmigo, yo podría haber venido sola.

—Cómo no iba a venir mamá —responde Regina apretando un poco la mano de su madre—. Estamos juntas en esto, ¿recuerdas?

Carmen sonríe, pero en sus ojos asoma una chispa de confusión. Regina nota cómo su madre lucha por mantener el hilo. ¿Recuerdas? Esa palabra pesa. Quizá Carmen no recuerda qué las trajo aquí exactamente. Quizá ha olvidado la conversación de anoche, cuando Regina le explicó con todo el tacto posible que debían visitar a un neurólogo para revisar esas pérdidas de memoria normales de la edad. Así se lo planteó, endulzando la verdad para no asustarla.

—Ah... sí, juntas —musita Carmen al fin, y palmea la mano de Regina distraídamente.

El niño del coche suelta una carcajada, rompiendo el silencio, Carmen se sobresalta ligeramente.

—¿Quién es ese niño? —pregunta en un susurro.

—No lo sé, mamá. Está con su familia, esperando también.

—Se parece a... —Carmen calla, frunciendo el ceño otra vez— Bueno, da igual.

Regina siente un pinchazo en el pecho. ¿Iba a decir «se parece a ti»? Quizá Carmen estaba pensando en el pasado, cuando Regina era niña y jugaba así. O quizá en algún recuerdo que ya se escapa. Todo son suposiciones, cada palabra incompleta de su madre es un espejo roto donde es imposible ver con claridad.

Vuelve la mirada al reloj, sólo han pasado cinco minutos más. El tiempo es el mismo, pero la espera con ansiedad lo deforma todo.

Regina piensa nuevamente en su padre, en cómo esa ausencia las marcó a ambas. En cómo Carmen tuvo que multiplicarse para hacer de madre y padre a la vez, trabajando jornadas dobles en una tienda de barrio para que a Regina no le faltara nada. Nunca nos faltó de comer, pero sobraron lágrimas. Su madre se dejó la juventud fregando suelos ajenos y atendiendo clientes malhumorados, mientras tragaba su propio dolor.

Y Regina, impotente, veía aquello y se prometía una y otra vez que encontraría a Santiago Duarte. Que exigiría respuestas, que haría pagar a su padre por ese abandono. Esa rabia la acompañó durante años como una vieja amiga.

Fue esa rabia la que la impulsó a estudiar periodismo. Sí. Regina Duarte, en la facultad y luego en la redacción, siempre con un brillo incómodo en la mirada, buscando algo más detrás de cada noticia.

Algunos compañeros intuían su obsesión. Aprovechó cada acceso, cada base de datos, cada contacto en judiciales y hemerotecas para intentar encontrar alguna pista. El nombre de su padre, su huella, algún registro que explicara dónde se metió, dónde se escondió el hombre que le enseñó a montar en bicicleta y a distinguir la verdad de las mentiras, antes de volverse él mismo una mentira.

Nada, ni una sola coincidencia. Era como si Santiago no existiera, como si nunca hubiera existido. Ni muerto ni vivo, ni rastros de viajes, ni documentos renovados, nada. Cada noche Regina volvía a casa con los ojos ardiendo de repasar expedientes polvorientos, hemerotecas interminables y bases digitales sin encontrar más que vacío, un vacío del tamaño de un padre.

Esa frustración le quitaba el sueño, le arruinó muchas madrugadas y, en parte, la vida. Porque esa rabia inicial se fue enfriando en apariencia, pero quedó convertida en un bloque sólido de amargura silenciosa. Incluso tomó la pluma del periodismo, llevó consigo ese hueco. Cada historia que investigó sobre desaparecidos la hacía pensar en él. En lo fácil que es esfumarse dejando destrozados a los que se quedan.

Regina cierra los ojos un momento, nota que está demasiado tensa e intenta aflojar un poco el cuerpo. No quiere odiar a su padre, no quiere, pero a veces no puede evitarlo. Odarlo es más simple que aceptar la otra posibilidad, que tal vez él fue víctima de algo. Esa idea la rozó muchas noches oscuras: ¿Y si papá no se fue por propia voluntad? ¿Y si le pasó algo horrible y por eso nunca volvió? Pero ninguna pista apuntaba a secuestro o asesinato. Ni cuerpo, ni contacto, ni rescate. Simplemente, nada.

—¿Carmen Contreras? —llama una voz desde la puerta de la consulta.

Regina abre los ojos de golpe, Carmen también se sobresalta.

—¡Ay, vamos, que nos toca! —dice la madre, levantándose con rapidez torpe.

Regina la sujeta del brazo con delicadeza. Juntas se acercan a la puerta donde un médico joven, de bata blanca y rostro sereno, les dedica una sonrisa profesional.

—Buenas tardes —saluda él—. Pasad, por favor.

Entran en la consulta. Hay diplomas enmarcados en la pared y un modelo de cerebro de plástico en la mesa. El doctor se presenta con voz cordial mientras les indica las sillas.

—Soy el doctor Rubio, encantado, Carmen. Y usted debe ser su hija, ¿Regina?

—Sí —contesta ella, sentándose junto a su madre—. Gracias por atendernos tan rápido, doctor.

—De nada. Cuénteme, Carmen ¿Qué le ocurre?

Regina intercambia una mirada fugaz con su madre. Carmen juguetea con el borde de su abrigo, nerviosa.

—Mi madre ha estado... olvidando algunas cosas importantes —empieza a decir Regina con cuidado—. Tiene 64 años y en el último año hemos notado cambios. A veces repite preguntas, o no recuerda algo que acabábamos de hablar. Incluso un día se le olvidó el camino de regreso a casa desde el mercado.

Carmen arruga la frente, sorprendida:

—Fue una vez, Regina. No es para tanto... —protesta en voz baja, como disculpándose ante el doctor—. Todos olvidamos cosas, ¿verdad, doctor?

El doctor Rubio inclina la cabeza con comprensión.

—Es cierto, Carmen. A todos se nos pasan detalles a veces. —Mira de nuevo a Regina, animándola a seguir.

—Sólo que... cada vez ocurre más seguido —continúa Regina—. Y no son solo olvidos, guarda cosas donde no corresponde, siempre ha sido muy ordenada y últimamente veo su casa con mucho desorden.

Mientras Regina habla, Carmen la mira con expresión herida.

—Hija, estás exagerando...

—Mamá —dice Regina con dulzura pero firmeza—, solo quiero ayudar.

El doctor levanta una mano en ademán calmante.

—Tranquilas, aquí estamos para entender qué pasa, ¿de acuerdo?

—Sonríe a Carmen amablemente—. Carmen, ¿usted cómo se siente? ¿Ha notado esos olvidos?

Carmen se remueve en la silla.

—Bueno... a veces se me escapan cosas, sí. Pero es la edad, tengo días en que estoy algo despistada, nada más.

—¿Se encuentra más confusa en la calle o en lugares nuevos? ¿Le cuesta seguir conversaciones?

—Eh... a veces me pierdo un poco si hay mucho jaleo... pero no, yo... Yo estoy bien —insiste Carmen, y sus ojos brillan con un miedo apenas velado.

Regina le toma la mano de nuevo.

—Mama, solo queremos descartar que sea algo serio, ¿vale?

El doctor Rubio observa la escena con calma profesional, pero sus ojos denotan empatía, asiente lentamente.

—Vamos a hacer algunas comprobaciones básicas, ¿le parece? —dice el médico, dirigiéndose a Carmen con voz suave—. Solo para tener una idea general.

Carmen duda, luego asiente.

—Claro, doctor. Usted dirá.

El médico le hace algunas preguntas sencillas: la fecha de hoy, en qué ciudad están, qué día de la semana cree que es. Carmen responde, pero falla por un par de días en la fecha y titubea sobre el día de la semana. Regina contiene la respiración al verlo. Su madre siempre fue exacta con el calendario, y ahora...

Luego le pide que recuerde tres palabras: manzana, llave, libro. Continúa conversando unos minutos más, hablando de cosas cotidianas. Carmen parece más relajada, incluso bromea que siempre le gustó leer pero ahora los libros se le hacen pesados. El doctor asiente, comprensivo. Finalmente, le pregunta:

—Carmen, ¿recuerda las tres palabras que le dije hace un momento?

Carmen parpadea. Mira al techo, frunciéndosele el ceño en un esfuerzo visible.

—Eran... ah... había una fruta, ¿verdad?

—Tómese su tiempo —anima él.

Regina siente el corazón golpearle en el pecho. Ve a su madre perdida, intentando bucear en su propia memoria. Un silencio tenso.

—¿Naranja... no, pera...? No sé, lo siento.

—No se preocupe —dice el doctor con tono suave—. Era difícil, no pasa nada. Eran manzana, llave y libro.

Carmen baja la mirada, claramente avergonzada. Regina querría abrazarla, decirle que da igual, que no importa. El doctor les dedica una sonrisa tranquilizadora mientras regresa a su asiento tras el escritorio.

—Bien —empieza, entrelazando las manos—. Los pequeños fallos de memoria pueden deberse a muchas causas. A su edad, Carmen, es relativamente común tener despistes. Pero por lo que me cuenta Regina, estos olvidos podrían indicar algo llamado deterioro cognitivo leve. Es decir, una fase inicial en la que la memoria y otras facultades empiezan a fallar un poco más de lo normal para la edad.

Carmen lo mira sin comprender del todo. Regina siente que cada palabra es un golpe, aunque ya lo sospechaba.

—¿Eso es demencia, doctor? —pregunta Regina con voz contenida, temiendo la respuesta.

—Aún no, necesariamente —responde él de inmediato—. Podría ser el inicio de algo como una demencia tipo Alzheimer, pero enfatizo que es pronto para saberlo con certeza. Hay que hacer pruebas cognitivas más completas y también pruebas neurológicas. Tal vez una resonancia magnética o un TAC, para ver cómo está funcionando el cerebro, y descartar otras causas como pequeños infartos cerebrales o algún problema diferente.

El doctor modera el tono, hablándoles con claridad pero con tacto.

—Lo importante —continúa— es que, si fuera Alzheimer u otro tipo de demencia, estamos en un punto temprano. Existen tratamientos que pueden ayudar a frenar el avance, medicamentos y también ejercicios cognitivos. Cuanto antes lo sepamos, mejor podremos prepararnos.

Regina asiente mecánicamente. Nota la mano de su madre temblar dentro de la suya.

—¿Me está diciendo que... que puedo acabar perdiendo la cabeza? —musita Carmen de pronto, con un hilo de voz.

—No exactamente —responde el doctor con paciencia—. Solo que tenemos que investigar más. Algunas personas con deterioro cognitivo leve mejoran o se mantienen estables mucho tiempo, otras evolucionan a una demencia. Cada caso es distinto, por eso necesitamos hacer esas pruebas, ¿de acuerdo?

Carmen baja la vista al suelo, parece más confundida y frágil que nunca. Regina le rodea los hombros con un brazo.

—Estamos aquí para cuidar de ti, mamá —susurra Regina junto a su cabello—. No estás sola.

El doctor les extiende unos folletos y explica cómo será el procedimiento: un test neuropsicológico en otra cita, una analítica de sangre, y pedir una resonancia. Regina asiente a todo, tomando los papeles con mano firme aunque por dentro siente que está en una pesadilla lenta. Tras aclarar las dudas y dedicarles unas últimas palabras de ánimo, se despide con un apretón de manos. Regina agradece en silencio su empatía profesional.

Madre e hija salen de la consulta abrazadas por la cintura. Carmen camina despacio, parece que de pronto le pesaran los años el doble.

—Tengo miedo, hija —confiesa Carmen en un susurro mientras avanzan por el pasillo hacia la salida.

A Regina se le parte el alma al oírlo.

—Lo sé, mamá, yo también. Pero estamos juntas, ¿vale? Pase lo que pase.

Regina siente frío, un frío interno que nada tiene que ver con el clima. Es el miedo de ver desvanecerse a su madre día a día, ese terror sordo a la soledad absoluta. Porque si Carmen se va por el abismo del olvido, ¿quién le quedará a Regina en el mundo? Primero fue su padre... ahora su madre podría irse de otro modo igual de cruel.

Supo entonces que su mayor batalla no estaría en las páginas de un periódico, sino en la mente de la mujer que más quería.

33

Me oculto en la penumbra de un callejón estrecho, la espalda pegada a un muro húmedo que desprende olor a orín y moho. La farola de la esquina parpadea y la calle queda suspendida en un silencio tenso, parece como si algo estuviera a punto de romperse. Llevo horas aquí, observando la puerta trasera de un edificio anodino que, para cualquiera, no significaría nada. Para mí lo es todo. He seguido las idas y venidas durante días. Hombres trajeados, mujeres con abrigo caros, siempre de noche, siempre discretos. Y siempre con la misma mirada huidiza de quien carga un secreto demasiado grande.

Mis dedos se crispan alrededor de la libreta. En esas páginas he anotado matrículas, horarios, rostros, conexiones. Sé que detrás está la sociedad, Los Elegidos de Caín. El nombre se me clava como una astilla. Lo he encontrado en expedientes olvidados, en notas al margen de juicios amañados, en testimonios de víctimas que temblaban demasiado como para hablar. He reunido pruebas, copias escondidas en mi piso, en la redacción, en un cajón bajo un nombre falso. Si me pasa algo, quedará un rastro. Esa idea me da un poco de paz, aunque sé que no basta.

Respiro hondo, estoy demasiado cerca, lo noto, como si una sombra se inclinara sobre mí. Un movimiento en falso y todo se acaba.

Y pienso en Regina, siempre Regina. La veo delante de mí, con su pelo corto, sus ojos encendidos, esa mezcla de ternura y rabia que me tumbaba más rápido que cualquier puñetazo. La perdí porque no supe elegir. Ella quería vida, yo le di noches en vela y obsesiones. Ella me pedía que la mirara, y yo tenía los ojos puestos en la próxima pista. Me gritaba que la estaba perdiendo, y yo le respondía con silencio, hasta que un día se fue.

Lo peor fue después, verla con David. Mi amigo, mi hermano. Ella buscó refugio y él siempre estuvo ahí, esperando en la sombra. La odié por eso, lo odié a él, y me odié a mí mismo. Los celos me devoraban, aunque nunca lo admití. Cuando Regina lo dejó, supe que era porque aún seguía atrapada en mí. Pero la verdad es que los tres hemos vivido envenenados por un amor imposible. Y aun así, la amo. Incluso aquí, en esta esquina, con el corazón encogido de miedo, la amo como el primer día.

Un crujido me corta la respiración, me tensó, escucho pasos. No son pasos al azar, son firmes, calculados, como los de un cazador que ya sabe dónde está su presa. Giro apenas la cabeza, una sombra se mueve a mi izquierda, otra aparece al frente, me han rodeado.

Intento huir, pero no llego a dar un paso. Un golpe rápido en la nuca me hace ver todo blanco. Caigo de rodillas, mareado. Un puño se clava en mis costillas y me roba el aliento. La libreta desaparece de mis manos. Siento cómo me arrastran, mis uñas raspan el suelo húmedo. El sabor de la sangre me inunda la boca, quiero gritar, pero solo me sale un gemido. El mundo se disuelve en la oscuridad.

Despierto con un espasmo. Una bombilla amarillenta cuelga encima de mí, oscilando como el péndulo de un reloj que marca mi condena. Estoy colgado de las muñecas, los pies apenas rozan el suelo. Cada tirón de mis hombros es un latigazo de fuego. Los labios me sangran, la ceja abierta me nubla la vista. El aire tiene un aroma agrio y desconocido.

Dos figuras se acercan, una lleva una máscara negra, lisa, sin rasgos. La otra viste capucha y sostiene un cuchillo largo que brilla bajo la luz.

—El periodista curioso —dice la máscara con una voz suave, casi educada.

No contesto, el de la capucha me golpea en el abdomen. El dolor me dobla, mi cuerpo oscila colgado, vomito bilis.

—¿Dónde están los archivos? —pregunta el de la máscara.

Cierro la boca, no diré nada. Mientras calle, Regina podrá encontrarlos.

El cuchillo me roza la clavícula, luego entra, despacio, sin prisa, con una calma que da miedo. El dolor es un rayo que me abre en canal. Grito, un sonido animal que me desgarrar la garganta. La sangre me empapa el pecho.

—¿Quién más los tiene?

Levanto la cabeza y les escupo saliva y sangre.

—Iros al infierno.

Un suspiro, la máscara hace un gesto, me agarran del pelo y me echan la cabeza atrás. Una bolsa de plástico me cubre la cara, aprietan en mi cuello, el oxígeno desaparece en segundos. Trago, me ahogo, intento respirar, pero solo me lleno de mi propio dióxido. El mundo se encoge, pataleo, el corazón me retumba en el cráneo. El terror absoluto me arranca convulsiones, me muero.

De pronto, la bolsa se retira. Aspiro con un rugido, escupo, toso, jadeo como un animal herido. El pecho me arde al volver a respirar.

—¿Listo para hablar? —susurra la máscara.

Apenas puedo enfocar, mis ojos arden, las lágrimas se mezclan con sangre y sudor.

Me obligo a pensar en Regina. La veo en mi cama, un verano, desnuda y riéndose mientras encendía un cigarro. «Contigo todo es fuego», me dijo una vez. Y yo, idiota, creí que ese incendio podía durar para siempre. No supe cuidarla, y ella se fue.

Recuerdo el día que supe que estaba con David. El golpe en el estómago, la rabia ciega, la traición. Imaginarlos juntos me enloquecía, pero también sabía que había sido culpa mía. Yo la empujé a él. Y aun así, la amo. Incluso ahora, mutilado, la amo con una fuerza que me mantiene en pie.

Un corte me abre el brazo. Luego otro, más abajo. Lentos, calculados. Siento cómo la sangre gotea al suelo.

De repente, el calor. Una barra de hierro incandescente se acerca, el metal quema incluso antes de tocarme. Y luego el contacto: piel que chisporrotea, olor a carne quemada. Grito, un grito que me arranca el alma.

Caigo en un pozo de dolor. Y en ese fondo oscuro aparece Regina otra vez. La recuerdo gritándome que eligiera entre ella y la

obsesión por mi trabajo. Yo no supe. Y ahora solo me queda su recuerdo para seguir respirando.

El tiempo se deforma, no sé si son minutos u horas. Me dejan colgado, el cuerpo un amasijo de dolor. Escucho gotas caer en un cubo, mi corazón late desbocado.

De pronto me sueltan, caigo al suelo con un chasquido sordo en el hombro, un grito mudo. Me arrastran por el suelo áspero, dejando un rastro de sangre. Me arrojan a una celda oscura, la puerta se cierra con un chirrido metálico.

El silencio es absoluto, solo mi respiración rota me acompaña. Me siento contra la pared fría, todo me arde, estoy destrozado, pero sigo vivo.

Pienso en Regina, en su sonrisa, en su furia, en su manera de mirarme, convencida de que podía salvarme de mí mismo. La perdí, sí, pero la amo. Y si sigo respirando es por ella. Porque quizá encuentre lo que escondí, porque quizá, aunque yo muera aquí, ella logre sacar la verdad a la luz.

Cierro los ojos, la oscuridad me traga. Dentro de mí, una chispa se niega a extinguirse.

Y esa chispa es Regina.

34

Leire Ortega se quitó el casco de la moto antes incluso de apagar el motor. El frío de la madrugada le había despejado lo suficiente, pero la fatiga pesaba en sus hombros. Llevaba casi veinticuatro horas encadenadas: la salida de la nave, la reunión secreta con Rubén, las carpetas que parecían multiplicarse a cada página. Ahora, con la voz aún ronca por el cansancio, sacó el móvil del bolsillo.

Marcó el número de David, él contestó a la tercera señal.

—¿Leire?

—Tenemos que vernos —dijo ella sin rodeos—. Ahora.

Hubo un silencio breve, pesado.

—¿Qué has encontrado? —preguntó él, con una mezcla de urgencia y miedo.

—Demasiado para contarle por teléfono. ¿Dónde estáis?

David miró hacia un lado, como temiendo que Regina pudiera escucharle desde otra habitación.

—En la casa de Regina, ven.

—Mándame la dirección. Y que no lo sepa nadie más.

Colgó sin esperar respuesta, se ajustó el casco de nuevo, giró la llave y arrancó la moto. El rugido del motor ahogó sus pensamientos durante el trayecto, pero no ahogó la inquietud que seguía agarrada a su cuerpo.

Regina abrió la puerta con gesto contenido. Apenas hacía unos días que se conocían y la relación entre ellas todavía estaba lejos de ser fluida. Aun así, la subinspectora entró con paso firme, un maletín negro bajo el brazo. Sus miradas se cruzaron apenas un instante, suficiente para dejar claro que entre ambas seguía flotando una tensión incómoda, todavía no sabían muy bien cómo encajar juntas en todo aquello.

—Gracias —dijo Leire escuetamente, cruzando el umbral.

Regina cerró tras ellas y señaló el salón. Había tazas vacías, una botella de agua y varios folios arrugados de tanto manosearlos. La tensión llenaba la estancia como un gas invisible.

Leire dejó el maletín en la mesa, abrió los cierres y colocó varias carpetas encima. No dijo nada hasta que se sentó.

—Esto es lo que Rubén y yo hemos estado desmenuzando toda la noche —empezó, con un tono que era casi un informe oficial, aunque la voz arrastraba el cansancio—. No tenemos pruebas directas... pero tenemos un patrón. Y es suficiente para saber que aquí hay algo muy grande.

Regina se inclinó hacia adelante, el ceño fruncido. David cruzó los brazos.

Leire abrió la primera carpeta. Había impresiones de boletines oficiales, notas a mano, recortes de prensa.

—Isabel Aldama —dijo, señalando la primera hoja—. Jueza intachable, carrera meteórica. En pocos años pasó de magistrada de provincia a referente nacional, demasiado rápido.

Regina bajó la mirada, la noticia de su supuesto suicidio seguía fresca en su memoria.

—Octavio Vergara —continuó Leire, pasando la página—. Lo mismo, veinte años estancado como juez de lo penal, de pronto, en apenas dos años, salta a la Audiencia Nacional, consejo asesor, medallas, conferencias internacionales. Nadie sube tan deprisa sin empujones.

Pasó a otro folio.

—Carlos del Olmo, el presentador estrella. No tenía peso hace siete años. Era un rostro secundario en tertulias políticas. De pronto, le dan prime time, campañas mediáticas, entrevistas exclusivas. Es el hombre de moda. Y todos sabemos lo que significa controlar la opinión pública.

David cogió los papeles para verlos mejor.

—¿Estás diciendo que...?

—No lo digo yo, lo dicen los papeles. —Leire señaló otra hoja—. Comisarios, nombres que apenas eran inspectores hace cinco años y que hoy dirigen brigadas completas. Ascensos fulgurantes,

expedientes internos que desaparecen, informes disciplinarios borrados de un plumazo.

Regina levantó la vista, incrédula.

—¿Y todos ellos aparecen en los documentos de la nave?

—Sí —respondió Leire con firmeza—. Algunos con nombre completo, otros solo con iniciales. Rubén y yo hemos cruzado los datos con registros oficiales: boletines de ascensos, sociedades mercantiles, consejos de administración. El patrón es siempre el mismo. Gente corriente, con carreras discretas, que de pronto se disparan hacia arriba en cuestión de meses. Y todos ellos vinculados, de un modo u otro, a expedientes marcados con las siglas L.E.C.

David se pasó la mano por la cara, intentando despejarse.

—Los Elegidos de Caín —murmuró.

El silencio que siguió fue espeso.

—¿Tenéis pruebas de que pertenecen a esa sociedad? —preguntó Regina.

Leire negó con la cabeza.

—Pruebas, no. Lo único que tenemos son coincidencias. Demasiadas, y demasiadas puertas cerradas cuando intentamos tirar de un hilo. Lo intentamos con registros bancarios, con propiedades... y en todos los casos, la pista se corta en sociedades pantalla, cuentas conjuntas, testaferros. Nada a lo que puedas agarrarte para presentar en un juzgado.

—Pero está ahí —insistió David, golpeando la mesa con la palma—. El patrón existe, gente normal que de la noche a la mañana se convierte en intocable, no puede ser casualidad.

Leire lo miró con seriedad.

—Si mañana llevamos esto a un juez, ¿sabes lo que pasaría? Que lo archivarían, o peor, lo filtrarían a los propios implicados. Y nosotros pasaríamos a ser un objetivo.

Regina se pasó la mano por el pelo, nerviosa.

—Entonces... ¿qué hacemos?

—Seguir investigando —respondió Leire sin titubear—. En secreto, con cuidado. Rubén y yo vamos a tirar de algunas notas que tenemos pendientes: un constructor que aparece en varias carpetas, un banquero cuyo nombre se repite en donaciones políticas. Son

piezas sueltas, pero si conseguimos encajarlas, tal vez podamos armar un mapa.

Regina apoyó los codos en la mesa y se cubrió el rostro con las manos.

—Samuel ya lo sabía... —susurró, apenas audible.

Leire la miró con dureza, pero no con frialdad.

—Samuel estaba demasiado cerca, y por eso ha desaparecido.

El silencio volvió a caer. Durante un instante solo se escuchaba el goteo de una tubería en el patio interior y el roce de las hojas al pasar.

David rompió la quietud con voz baja.

—Entonces no tenemos nada, solo un puñado de nombres y la sospecha de que todos han vendido su alma a una sociedad secreta que los impulsa a cambio de obediencia.

Leire cerró la carpeta.

—A veces, las sospechas son el principio de todo.

Regina encendió el portátil para guardar los documentos digitalizados. Lo hacía casi por inercia, sin esperar nada más que el zumbido del ventilador y la pantalla en blanco. Pero entonces, en la esquina inferior derecha, apareció una notificación.

Nuevo correo recibido. El remitente era desconocido, el asunto, una sola palabra: Samuel.

Los tres se quedaron inmóviles, nadie respiraba. La pantalla iluminaba sus rostros con un resplandor frío. Regina sintió que el corazón le golpeaba en las sienes. Movié el cursor con una mano temblorosa. El sobre aún cerrado parpadeaba en la bandeja de entrada. Lo abrió.

35

Sara salió de casa con el abrigo mal abrochado y el bolso colgando del hombro. Cerró la puerta con un golpe fuerte, consciente de que había puesto demasiado énfasis en ese gesto, pero incapaz de contener la rabia que aún le hervía por dentro. El recuerdo de la discusión de la noche anterior con Leire seguía flotando como una nube envenenada. Ella se había quedado investigando, otra vez, y Sara se había acostado sola, con la cama fría y la garganta llena de reproches.

El aire fresco de la mañana la recibió, casi cortante. Inspiró hondo, necesitaba vaciar los pulmones de lo dicho y lo callado. Dudó entre dirigirse al mercado o dar primero un rodeo por el parque, optó por lo segundo. Quizá caminar le ayudara a ordenar el torbellino de pensamientos que no le daba tregua.

Dos días, apenas habían pasado dos días desde que el test dio positivo. Las dos rayitas rosas aparecieron claras, inequívocas, mientras estaba sola en el baño. Le temblaron las piernas, se sentó en la tapa del váter con la prueba en la mano y sintió una oleada de calor en el pecho: alegría, vértigo, miedo. Todo a la vez. Había comprado solo un test, convencida de que no sería necesario repetirlo. No hacía falta más: aquellas líneas lo decían todo. Desde entonces llevaba el secreto escondido como un tesoro y un peso.

Caminaba despacio, las manos metidas en los bolsillos. Se obligó a recordar cómo había sido siempre Leire cuando hablaban de ser madres. «Algún día», decía ella, medio en broma, medio en serio. Una noche, después de unas copas, lo hablaron sin tapujos: Leire quería, aunque reconocía que no era el momento. A Sara le bastó ese sí para guardar la esperanza. Ahora, el momento había llegado sin avisar, cuando casi había perdido todas las esperanzas. El problema era todo lo demás.

Repasó la noche anterior, Leire no volvió a casa: había decidido quedarse con Rubén para seguir investigando algo importante. Sara se pasó las horas dando vueltas en la cama, mirando el techo y el teléfono a ratos. Le envió varios mensajes —*¿Vas a tardar mucho?, Podrías al menos avisar*—, pero no obtuvo respuesta hasta bien entrada la madrugada: un escueto *Lo siento, sigo en ello*. Sara pensó en llamarla, pero se contuvo. Lo que quería decirle no era un reproche, sino una noticia: «estoy embarazada». Y no se atrevió. Se acostó con la mano acariciándose el vientre, preguntándose si había cometido un error guardando silencio.

Atravesó la avenida, vio a un grupo de niños de primaria riendo camino del colegio y la emoción le comprimió el pecho. Una mochila pequeña, unos zapatos desgastados, un bocadillo a medio comer. Se le apareció la imagen de un futuro hijo o hija corriendo hacia ella en la puerta del cole. Sonrió apenas, pero enseguida se encogió de hombros: *¿de verdad es buen momento para traer a alguien a este mundo?*

Entró en el parque, el suelo estaba húmedo, las ramas desnudas dibujaban sombras irregulares en la tierra. Caminó sin rumbo, dejando que los recuerdos acudieran.

Pensó en cómo conoció a Leire. Fue en una fiesta de una amiga común. Ella con un vaso de vino en la mano, sintiéndose fuera de lugar, Leire, con su pelo corto y oscuro, se le acercó y le preguntó si se aburría tanto como aparentaba. Rieron, hablaron de viajes, de música, de libros. Y cuando la fiesta terminó, Leire la acompañó a casa. No pasó nada esa noche, pero Sara ya no pudo quitársela de la cabeza.

Los primeros meses fueron eléctricos, cine improvisado, escapadas a la playa en invierno, sexo salvaje y risas tontas por cualquier tontería. Leire cocinando fatal y Sara rescatando la cena con una tortilla. Paseos de madrugada con la ciudad dormida. Y las conversaciones serias, a veces incómodas, sobre el futuro: dónde vivir, si querían casarse, si querían hijos.

Recordó una mañana especialmente nítida. Estaban en la cama, todavía con las sábanas enredadas, y Leire le preguntó: «¿Y si algún día tenemos un hijo?». Sara se quedó muda, luego rio y le dijo:

«Pues lo cuidaremos, aunque nos salga más cabezón que tú». Y Leire la abrazó fuerte.

Ahora todo parecía desmoronarse.

Se sentó en un banco, cerró los ojos, se vio con una tarjeta entre las manos, imaginando cómo le daría la noticia. En una cena íntima, quizá, o en su aniversario, que era dentro de poco. Soñaba con la cara de sorpresa de Leire, con la risa nerviosa, con las lágrimas que seguro vendrían después. Imaginaba un abrazo largo, interminable, de esos que borran el mundo. Pero esa escena se quebraba al recordar la mirada de Leire muchas noches, cansada, obsesionada.

Sara intentaba aguantar las lágrimas, quería ser feliz, pero no podía evitar el miedo, temía que Leire, tan entregada a la policía y a esas investigaciones oscuras, no pudiera ser la madre presente que su hijo necesitaba. Temía que no sobrevivieran a todo lo que estaba pasando.

Un crujido de hojas la hizo abrir los ojos. Un hombre con gorra pasó rápido, sin mirarla. Más allá, otro se apoyaba en un árbol, aparentemente al teléfono. Sara desvió la vista.

El bolso vibró, el móvil. Lo ignoró, no quería hablar con nadie.

Entonces, una sombra se plantó frente a ella. Un hombre alto, bufanda cubriéndole la boca, mirada fija.

—Perdona, ¿tienes hora? —preguntó.

Instintivamente miró su muñeca, no llevaba reloj. Y en ese instante notó el olor, dulzón, químico. Un paño húmedo le cubrió la nariz y la boca.

Quiso gritar: estoy embarazada, pero el grito se ahogó en la tela. El corazón le estalló en el pecho. Sintió unas manos fuertes sujetándole los brazos, otra que la levantaba del banco. El parque se deformó ante sus ojos.

36

No sé cuánto tiempo llevo aquí dentro, la bombilla amarillenta parpadea de vez en cuando y cada vez que se apaga temo que ya no vuelva a encenderse. El aire huele a óxido y a humedad rancia, un olor a metal podrido que se mete en los pulmones. Estoy tumbado en un rincón, la espalda contra el muro frío, la piel ardiendo en algunas partes y en otras helada. Me duele todo, el costado me late como si aún tuviera clavado el hierro candente, los labios me sangran, la lengua sabe a óxido.

Cada respiración es una negociación con el dolor, siento que puede ser la última, y aun así me obligo a tomar otra, y otra, porque mientras pueda respirar no estoy muerto. Y mientras no esté muerto, aún puedo pensar, pensar en ti, Regina.

Regina, me viene tu nombre a la mente incluso cuando no quiero, incluso ahora que la oscuridad me devora. Y con tu nombre, igual que una herida que nunca cicatrizó, regresa aquel día. El día en que todo cambió entre nosotros. El día en que mi hermana te señaló con odio y yo, en silencio, le di la razón.

Recuerdo que estaba siguiendo una pista, un caso sucio, lleno de rumores sobre empresarios y políticos que pagaban a cambio de silencio. No era la primera vez que me metía en algo así, pero aquella vez sentía que estaba demasiado cerca. No lo sabía, pero tú sí. Te lo dijeron, te advirtieron, recibiste aquella llamada anónima. «A Samuel lo siguen. Dile que pare.» Y no me lo contaste.

Ese día salí con la cámara colgada y la libreta en el bolsillo. Era mediodía, recuerdo el sol pegándome en la nuca. Caminaba por una calle lateral, convencido de que iba a conseguir algo grande. Y entonces lo vi, un coche negro que se detuvo más lento de lo normal. No le di importancia, inconsciente, idiota.

Los golpes llegaron sin aviso, una mano en la boca, un puñetazo en el estómago. Caí al suelo, oí voces, tres, quizá cuatro. Me dieron con algo metálico en la cabeza, el mundo giró. Intenté defenderme, pero me pisaron la mano, escuché cómo se rompía un hueso. El dolor fue tan agudo que vomité en el asfalto. Alguien me susurró al oído: «Deja de escarbar.» Y entonces todo se volvió negro.

Desperté en el hospital, lleno de tubos, la cara hinchada, las costillas vendadas. Mi hermana estaba allí, llorando. Mi padre también. Y tú, de pie, con los brazos cruzados, la mirada clavada en el suelo. Yo no sabía nada entonces, solo sentía la rabia de estar roto, de que me hubieran cazado como a un perro.

Fue mi hermana quien lo dijo. Lo escupió como un veneno. «Ella lo sabía, ella recibió el aviso. Y no te dijo nada.»

Recuerdo cómo me miraste, no intentaste negarlo, bajaste la cabeza, y en ese silencio supe que era verdad. Sentí una punzada en el pecho más fuerte que cualquier costilla rota. Una traición, pensé: *me quería muerto. Pensé: quería quitarme del medio para ser la única, para llevarse la exclusiva, para brillar sin mí.*

Durante semanas no hablé contigo, te convertiste en una sombra en la redacción, tu silla junto a la mía era un recordatorio de todo lo que nos habíamos hecho. Y cuando mi familia te miraba con odio, yo no decía nada. Te dejé sola, te culpé.

Y sin embargo... con el tiempo entendí. No de golpe, no como una revelación, sino poco a poco. Vi cómo evitabas mi mirada, cómo te sumergías en el trabajo, cómo te encerrabas en silencio. No necesitaba que me lo dijeras, también te estabas castigando, también tú llevabas esa culpa colgada del cuello.

Años después, cuando volvimos a coincidir en otro reportaje, supe que todavía la arrastrabas. Lo vi en tu manera de apartar la vista cuando alguien mencionaba aquel accidente. Lo vi en tus manos temblando al escribir sobre corrupción, como si cada palabra te devolviera allí. Y comprendí que tal vez no fue maldad lo tuyo, sino miedo. Miedo a perderme, miedo a perderte tú, miedo a equivocarte.

Aquí, en esta celda inmunda, con la piel abierta y el alma hecha jirones, no puedo dejar de pensar en aquello. Y en ti.

Te hablo en silencio, Regina, aunque no puedas oírme. Te hablo porque no sé si saldré de aquí vivo. Y si no lo consigo, quiero dejar esto grabado en algún lugar de mi cabeza, te perdono.

Sí, al principio te culpé, te odié incluso. Me repetía en las noches de fiebre que tú tenías la culpa de mis huesos rotos, de mi hermana llorando, de la cicatriz en mi mano. Pero con el tiempo comprendí que el odio era más fácil que aceptar que también yo me busqué esto. Que siempre fui imprudente, temerario, arrogante. Y que tú solo fuiste humana.

Te perdono, Regina. Y no solo eso: te pido perdón.

Perdón por arrastrarte siempre a mi oscuridad. Por besarte con rabia, por celarte con David, por hacerte elegir entre nosotros. Perdón por desaparecer tantas veces, por no contestar tus llamadas, por hacerte sentir que nunca bastabas. Perdón por no haberte dicho lo que eras para mí, lo único que me daba sentido.

Ahora que tengo la muerte mirándome de cerca, lo veo claro. Tú eras mi refugio, aunque yo fuera un incendio imposible de apagar.

Cierro los ojos y te imagino entrando por esta puerta, rompiendo el candado, gritándome que me levante. Me obligo a creer que aún me buscas, que no me has dejado.

Si muero aquí, al menos moriré con esa certeza: que alguna parte de ti todavía me ama, aunque sea en secreto. Y yo... yo siempre te amaré, Regina. Aunque sea desde la oscuridad. La bombilla parpadea, la celda tiembla en silencio, yo respiro, apenas. Y espero.

Me duele el cuerpo, Regina. Me duele cada hueso, cada corte. Siento que la sangre me abandona despacio, tengo frío y calor a la vez. No sé si saldré vivo, pero si consigo salir de esto, si de algún modo vuelvo a verte, quiero que lo sepas, que no cargues más con esa culpa. No fue solo tuya, fue mía también, fue de todos. Pero si consigo salir de esto, quiero que sepas que haré lo que tenía que haber hecho, Regina, ¿quieres casarte conmigo?

37

La sala estaba en penumbra, una lámpara de araña colgaba del techo, pero sólo la mitad de sus bombillas encendidas, proyectando sombras largas en las paredes de madera oscura. La mesa ovalada ocupaba casi todo el espacio, alrededor, doce sillas de respaldo alto. Ocho estaban ocupadas.

Nadie hablaba, el silencio era denso, cargado de una quietud casa sagrado. En la mesa descansaban carpetas negras con el símbolo de Caín grabado en relieve: una marca que parecía palpitaba bajo la luz amarillenta.

En el centro de la mesa había un emblema incrustado en el metal oscuro. Una serpiente estilizada, negra, sin ojos ni lengua, trazaba un círculo casi perfecto.

Dentro del círculo, una huella de mano aparecía grabada en bajo relieve. No era un gesto humano: era una marca. No simbolizaba poder, simbolizaba algo peor. Que lo que se hacía con esas manos quedaba protegido.

La serpiente parecía protegerla y vigilarla al mismo tiempo. Nadie miró el emblema más de lo necesario, no hacía falta, todos sabían lo que representaba.

Héctor Saavedra fue el primero en romper el silencio. Vestía como siempre, con un traje impecable y un pañuelo de seda en el bolsillo. Su sonrisa no engañaba a nadie.

—Está hecho —anunció, con voz grave—. La chica ya está en nuestras manos.

Luis Armenteros, el comisario, se acomodó en su silla. Sus manos gruesas repiquetearon sobre la mesa.

—¿Y la policía? —preguntó—. ¿Ningún cabo suelto?

Saavedra ladeó la cabeza, como quien habla a un subordinado.

—No habrá problemas. La subinspectora Ortega puede sospechar, pero no tiene a dónde ir. ¿A quién va a denunciar? ¿A ti, Luis? —Una risa breve recorrió la mesa.

El Apóstata, sentado al fondo, dejó escapar un murmullo en latín que nadie quiso entender. Llevaba la máscara demoníaca incluso allí, entre los suyos. Para él, el ritual nunca terminaba.

—La ofrenda está preparada —dijo, con voz cavernosa—. El miedo es el mejor hierro para marcar a los enemigos.

Octavio Vergara, el magistrado, bebió un sorbo de whisky antes de intervenir. Sus ojos hundidos mostraban ojeras de noches sin sueño.

—Regina Duarte y sus acompañantes se han acercado demasiado. Samuel les dejó un hilo, y ellos están tirando de él con fuerza. Si no los detenemos pronto, acabarán armando un rompecabezas que nadie podrá ignorar.

Elena Buesa, banquera, se inclinó hacia adelante. Sus joyas tintinearón suavemente.

—Los podemos distraer. Una filtración controlada, un falso soplo que los lleve a otro sitio, yo me encargo de que el rastro financiero apunte hacia un callejón sin salida.

—¿Y si no se conforman? —intervino Arturo Montalbán, el constructor—. Esa gente no parece del tipo que se rinde fácilmente. Conozco a los periodistas, son como ratas, muerden incluso cuando saben que van a morir.

—Entonces habrá que enseñarles que ya han mordido bastante —dijo Armenteros con sequedad—. Yo puedo encargarme de eso.

Carlos del Olmo no había hablado hasta entonces. Tenía la mirada baja, los dedos temblorosos. Saavedra lo observó con desdén.

—¿Y tú, Carlos? ¿Qué opinas? —preguntó con sorna—. ¿No es este tu terreno? La opinión pública, las cámaras, el relato que consumen los ciudadanos.

Carlos levantó la vista, sudoroso.

—Puedo... puedo desacreditar a Regina en el informativo. Presentarla como una periodista obsesiva, sin pruebas. Pero... —calló, intentando desviar la mirada— la gente la respeta.

—La gente respeta lo que le decimos que respete —lo interrumpió Saavedra—. Haz tu trabajo, o recordaremos el tuyo.

La amenaza no necesitaba explicación. Carlos bajó de nuevo la mirada.

Ramiro Fajardo, militar retirado, carraspeó. Sus manos curtidas parecían fuera de lugar en aquella mesa de trajes caros.

—Con todo respeto —dijo—, a mí me preocupa otra cosa. Natalia Salvatierra, está a las puertas. Su empresa de transportes es útil, pero no sé si tiene el estómago para lo que exigimos.

—Lo tendrá —replicó Saavedra con calma—. Una madre hace cualquier cosa por su hijo. Y nosotros sabemos cómo presionarla.

El Apóstata rio entre dientes, un sonido hueco.

—El sacrificio ya está elegido, solo necesita empuñar el cuchillo.

Vergara dejó el vaso con un golpe.

—Y Víctor, no olvidemos a Víctor. Ese piloto vendrá arrastrándose tarde o temprano. Hará cualquier cosa por el corazón de su hijo. Y cuando lo haga, quedará atado de por vida.

Armenteros asintió.

—Lo estamos cercando todo, pero mientras tanto, esos periodistas y la subinspectora siguen buscando. Y no podemos permitir que conecten los puntos.

Saavedra entrelazó los dedos y sonrió.

—Por eso tenemos a la chica, Sara Nogueira. Una advertencia clara, si siguen, ella sufrirá más. Si paran, quizá la devuelvan entera.

—¿Y si no paran? —preguntó Fajardo.

El Apóstata respondió sin dudar.

—Entonces será su ofrenda.

Un silencio recorrió la sala, ninguno lo discutió.

Saavedra cerró la carpeta negra que tenía delante.

—Estamos todos de acuerdo, entonces. Seguimos el plan, Sara será el aviso. Natalia, la próxima en la fila. Víctor, un asunto pendiente. Y si Regina, David y Leire deciden ignorar la advertencia... —alzó la vista, sus ojos brillando como cuchillas— entonces les mostraremos lo que significa enfrentarse a Los Elegidos de Caín.

Nadie respondió, no hacía falta. Las sombras de la sala parecieron alargarse, abrazando a cada uno de ellos, como si la oscuridad misma sellara el pacto.

38

Carlos del Olmo apenas había dormido. Se había pasado la noche sentado en el sofá de su ático, mirando la pantalla apagada del televisor como buscando una salida en ella. El vaso de whisky vacío seguía sobre la mesa, le temblaban las manos.

El coche, la imagen del capó hundido, la mancha oscura en el asfalto, el cuerpo que había rebotado contra el parabrisas antes de desplomarse... Todo regresaba una y otra vez. Lo primero que había hecho, con la camisa aún manchada de sudor, fue llamar. No a la policía, a ellos.

«Ocúpate del coche y de todo lo demás», había dicho con voz rota al contacto de la sociedad. Ni siquiera hizo falta dar explicaciones. Solo escuchó una frase tajante: «Mándanos la dirección, no te preocupes».

Horas más tarde, un hombre de traje oscuro había pasado por su garaje con una grúa discreta. No hubo preguntas, no hubo reproches. El coche desapareció en la madrugada como si nunca hubiera existido. Eso era lo que más le aterraba, lo fácil que lo habían hecho desaparecer todo.

Ahora estaba más atrapado aún, si antes el vídeo de su rito de iniciación era la cadena que lo ataba, ahora había otra más gruesa, el atropello. La sociedad lo tenía completamente en sus manos.

En la redacción de informativos intentó aparentar normalidad. Saludó a los técnicos, bromeó con la maquilladora, pero sudaba como si tuviera fiebre. Cada gesto le pesaba. El guion de la escaleta estaba sobre la mesa, pasó las hojas, fingiendo concentración.

Entonces lo vio: Última hora, atropello con fuga. La víctima sobrevivió al impacto, pero murió en la ambulancia camino al hospital. La policía revisa cámaras de seguridad cercanas para identificar al conductor. No hubo testigos presenciales.

Las palabras se le clavarón como cuchillas. Cerró los ojos un instante. Podía sentir el olor dulzón de la sangre en su coche, el crujido de huesos al romperse, la respiración entrecortada de la víctima agonizando.

Un asistente se acercó.

—¿Todo bien, Carlos?

—Sí... sí, claro —respondió, forzando una sonrisa que no alcanzó los ojos.

Sabía que tenía que leer esa noticia esa misma noche, en directo, con millones de espectadores. Y sabía que cada palabra era un recordatorio de que él estaba marcado.

Faltaban minutos para entrar en plató, Carlos se miró en el espejo del camerino, la cara le devolvía un reflejo pálido, ojeroso. Repasó los titulares: política, economía, deportes... y el maldito atropello.

El móvil vibró, un mensaje sin remitente: *Recuerda quién eres. Haz tu trabajo.*

No necesitaba más, ellos lo estaban vigilando, siempre.

Se ajustó la corbata, abrió la puerta del camerino y caminó por el pasillo iluminado con neones fríos. A cada paso, sentía que le costaba más respirar.

Las luces del plató lo cegaron al entrar. La mesa brillante, la cámara frente a él, el murmullo de los técnicos. Se sentó, respiró hondo y esperó la señal.

—Diez segundos —anunció el realizador.

Carlos sonrió a la cámara con su sonrisa profesional, esa que había practicado durante años, esa que lo había convertido en el rostro más respetable del país.

—Buenas noches, son las nueve, bienvenidos a la edición de hoy.

La voz le salió firme al principio, puro automatismo. Los primeros titulares fluyeron: la tensión política, los mercados, el deporte. Todo ensayado, todo controlado. Hasta que llegó el bloque de sucesos.

Le tembló la mano al pasar la hoja del guion, cerró los ojos un instante y miró a cámara.

—Y en sucesos... informamos de un atropello con fuga ocurrido esta madrugada.

Una gota de sudor le recorrió la sien.

—La víctima, un varón de cincuenta y dos años, sobrevivió al impacto, pero falleció minutos después en la ambulancia camino del hospital. Fuentes próximas a la investigación señalan que se trataba de un vecino del barrio, casado y padre de dos hijos de catorce y diecisiete años.

La voz se le quebró un instante, apenas perceptible para la audiencia. Tosió para disimular, el realizador le hizo señas con la mano: *sigue, sigue*.

—Según esas mismas fuentes, su esposa también sufrió hace unos años un grave accidente de tráfico que la dejó tetraplégica y dependiente de él para los cuidados diarios.

Carlos mantuvo el gesto a duras penas.

—No hubo testigos presenciales —continuó, haciendo una breve pausa para recomponerse—, pero la policía ha informado de que ya revisa las cámaras de seguridad cercanas al lugar del accidente.

El silencio que siguió duró menos de un segundo, pero a Carlos le pareció eterno. Imaginó los ojos de la víctima mirándole a través de esas cámaras. Imaginó las manos de la policía rebobinando una grabación, pausando justo en el instante en que su coche entraba en el plano. Sus dedos apretaron con fuerza los papeles.

—En otro orden de cosas... —dijo al fin, y pasó al siguiente titular.

El público en casa no notó nada. Apenas un titubeo, una tos ligera, pero dentro de Carlos todo se había roto.

Terminó el informativo como un autómata. Se levantó, saludó a las cámaras y salió del plató con paso rápido. El pasillo parecía más largo de lo normal. Sentía que cada foco era una lupa sobre él.

En el camerino cerró la puerta de un golpe y se desplomó en la silla. Carlos se tapó la cara con las manos, el maquillaje se emborronó. Tenía ganas de gritar, pero sabía que no podía. La sociedad lo había salvado una vez más. Y lo había condenado para siempre.

39

El asunto del correo seguía clavado como una astilla en la pantalla: Samuel, nada más. Regina no podía mover los dedos, notaba el teclado frío bajo las palmas húmedas y, aun así, tenía la sensación de que el portátil ardía. La saliva se le había vuelto pegajosa. Sentía las costillas apretadas alrededor del corazón, como un aro de hierro.

—Ábrelo —dijo David, muy bajo—. Si no puedes, lo hago yo.

Ella negó despacio, quería ser ella, tenía que ser ella. Hizo clic.

Un archivo adjunto: video_0001.mp4. Un peso medianamente grande, sin texto, sin firma, sin nada.

Leire, de pie, con la espalda apoyada en la pared, cruzó los brazos más fuerte. A Regina le pareció que la habitación entera contuviera la respiración. Hizo doble clic en el video. La pantalla se quedó negra un segundo, luego llegó el sonido: primero un zumbido, después una respiración que no era la suya. Un roce metálico, cadenas, un gotear irregular, algo cayendo desde muy alto a un cubo.

La imagen apareció, una celda de paredes húmedas, amarillentas, con moho en los ángulos. Una bombilla desnuda colgando de un cable que oscilaba apenas. En medio, un hombre colgado de las muñecas. Los pies tocaban el suelo con las puntas, lo justo para no descolgar los hombros del todo. Desnudo de cintura para arriba. El torso un mapa de golpes y cortes. La piel del costado marcada con una quemadura reciente.

Regina supo que era él, lo supo al instante. El cuerpo reaccionó primero: una oleada de calor y náusea saltó del estómago a la garganta.

—Samuel... —salió de su boca como un aliento.

David respiró hondo, una inspiración que pareció atragantársele a la mitad. Leire avanzó dos pasos sin darse cuenta.

El Samuel de la pantalla levantó la cabeza, la barba sucia, los labios partidos, los ojos abiertos, enrojecidos, aún vivos. Miró a la cámara, no habló. Le tembló el pecho, un latido visible bajo la piel.

Entraron dos sombras por la izquierda. No se les veía la cara: máscaras lisas, blancas. Uno llevaba guantes y una barra corta. El otro, un cubo de plástico.

—No... —dijo Regina, pero el vídeo no la escuchaba.

El de la barra le hundió el metal en el abdomen con un golpe. El sonido hueco del hierro contra carne, amortiguado por el impacto. Samuel se dobló sobre sí, un gruñido saliéndole de lo más profundo, el cuerpo oscilando colgado como una lámpara rota. Otro golpe, esta vez en las costillas, la barra rebotó. Un tercero en la espalda. El sonido de un gemido roto, esa respiración que se convierte en tos y no logra ser ninguna de las dos cosas.

Regina sintió como un pinchazo le atravesó el oído izquierdo. La cabeza entera le zumbaba. Notó como se le nublaba la vista y tuvo que controlar la respiración.

—Podemos parar —susurró David—. No tienes que...

Ella levantó la mano sin mirarlo. No, si había sobrevivido a esto, necesitaba saberlo. Y si... si no... necesitaba saberlo también.

El cubo se volcó, un chorro de agua helada le cayó a Samuel encima de la cara y el pecho, lo empapó, le arrancó un jadeo convulsivo. El cuerpo entero se le puso rígido. Detrás vino una bolsa de plástico transparente que le ajustaron alrededor de la cabeza con cinta. La bolsa se pegó a la boca abierta de Samuel, se despegó, se volvió a pegar. Sus manos, suspendidas, buscaban algo a lo que aferrarse.

Regina se quitó las manos de la boca para respirar, pero el pecho no le respondía. Sintió el hormigueo de las extremidades justo antes del desmayo. David le puso la palma en la espalda, firme.

—Respira conmigo —dijo—. Mira aquí, mira un segundo aquí.

Pero Regina miraba la bolsa. Y la bolsa se pegaba y se despegaba. Hasta que uno de los enmascarados la arrancó con un tirón y Samuel dio una bocanada gigantesca, animal, el pecho subiéndole hasta la garganta, el sonido de alguien que vuelve a la superficie después de estar demasiado tiempo en el fondo.

—Basta... —susurró Regina, como si el video obedeciera.

El vídeo no obedecía, cambió el plano. A Samuel lo sentaron en una silla atornillada al suelo, le ataron los antebrazos a los reposabrazos con correas. El encapuchado sacó un cuchillo pequeño y fino, le dibujó líneas en el antebrazo derecho. Primero superficiales, como midiendo el camino, luego hundió la hoja y la arrastró con lentitud. La sangre salió en líneas instantáneas, brillantes. Samuel cerró los ojos. La cabeza se le fue hacia atrás, el cuello se arqueó. Un ruido ahogado, como un llanto sin voz.

Regina se levantó de golpe, la silla raspó el suelo. Leire dio un paso hacia ella, David también. Ella alargó la mano hacia la pantalla, intentando pausar el horror con los dedos. Se quedó a centímetros del portátil. Tiritaba, las lágrimas salían en sacudidas y se le quedaban pegadas a la barbilla. Notó que la camiseta se le pegaba al cuerpo, fría de sudor. Pensó: *Llego tarde otra vez, llego tarde otra vez, siempre llego tarde.*

—No es tu culpa —dijo David sin que ella hubiera hablado.

El enmascarado acercó una barra corta al soplete. La punta fue poniéndose rojo cereza, el metal crujió al calentarse. La acercó al costado de Samuel, a una zona donde la piel ya estaba levantada. La apoyó con suavidad, como quien firma. El olor atravesó la pantalla. Ni Regina ni David ni Leire lo olieron, pero lo sintieron: un asco espeso les subió a la boca. Samuel gritó, un grito que deformó la imagen por un segundo, saturando el micrófono. Fue un grito largo. Se le acabó en un temblor que se convirtió en sollozos breves, como hipo.

Regina se dobló por la cintura, se agarró a la mesa con las dos manos. Vio manchas oscuras en los bordes de su visión, notó la necesidad de vomitar. Trató de tragar pero no pudo. Sintió la rabia subirle desde el suelo hasta la boca.

—Hijo de puta —escupió, pero no a él, no a Samuel; a los de la pantalla, a todos, al mundo entero—. Hijos de puta.

Leire tenía los brazos pegados al cuerpo. El rostro tenso, pero las aletas de la nariz abriéndose y cerrándose como si le faltara el aliento. Tenía la mirada clavada en la pantalla y no se permitía moverla de ahí. David cogió la mano de Regina, notó cómo

temblaba, notó también cómo la suya temblaba. Se odiaba por temblar. Quiso ser sólido y falló. Cerró los dedos y la sostuvo.

El vídeo siguió, a Samuel lo descolgaron. Cayó de rodillas con un golpe húmedo. Tosió, escupió sangre, se quedó a cuatro patas, con los ojos buscando la cámara. La encontró, la sostuvo con la mirada, intentó hablar. La lengua se le pegó al paladar, lo intentó otra vez.

—Re... gi... —El resto se perdió en un susurro apenas audible.

Regina gritó su nombre sin darse cuenta. Pensó que si gritaba muy alto la cámara se haría agujero y podría meterse al otro lado. David la sujetó, ella forcejeó un segundo. Se rindió, el cuerpo cayéndole en los brazos de él como un peso muerto. Lloró contra su pecho, los sollozos sacudiéndole todo el cuerpo, el moqueo caliente pegándole los labios.

—Estoy aquí —le dijo él, y sonó inútil—. Estoy aquí.

En la pantalla, uno de los encapuchados le levantó el mentón a Samuel con dos dedos. Le examinaron los ojos con una linterna. Alguien detrás se rio, un ruido corto, de garganta, sin risa. Le pusieron de pie a empujones, lo pegaron a la pared. La cámara se acercó, la imagen tembló un poco. Se fijó en el pecho, un brillo metálico a la derecha. El brazo del verdugo entrando en plano, la mano sujetando un cuchillo.

—No —dijo David.

La certeza fue inmediata. Ya era tarde.

40

El cuchillo entró bajo la clavícula, hacia el corazón, un movimiento rápido. Samuel abrió la boca con una O perfecta, no salió ruido. Los ojos se desenfocaron, luego intentaron enfocarse de nuevo, buscando la cámara otra vez. Cayeron hacia el suelo. El cuerpo resbaló, dejó un rastro rojo en la pared y se desplomó en un sonido mojado. Se quedó torcido, el brazo derecho doblado bajo el torso.

Regina gritó, fue un grito primitivo, como el de un animal herido. El cuerpo le falló de golpe y las piernas no la sostuvieron; cayó de rodillas contra el suelo. El impacto le subió como un fogonazo, pero no reaccionó. No miró nada.

Las manos se le abrieron sin fuerza y apoyó la frente en el borde de la mesa, torpe, como buscando algo a lo que agarrarse. Todo se volvió blanco durante un segundo. Cuando volvió a enfocar, la imagen seguía ahí. El cuerpo de Samuel en la pantalla.

Se echó hacia atrás, temblando, con un espasmo que le recorría el cuerpo entero, incontrolable, que le subía desde el estómago hasta los hombros.

—No... no... no... —repetía, ya sin voz, apenas un hilo.

David se dejó caer con ella, la rodeó con el cuerpo, intentando cubrirla. La sintió encogerse, hacerse pequeña. Notó cómo buscaba con los dedos algo que no existía, manoteando al vacío. Él también lloraba, no se lo permitió hasta ese momento, y cuando se lo permitió, las lágrimas bajaron sin tregua. Se le empañaron las gafas, parpadeó. Se limpió con el dorso de la mano, sin cuidado, sin importarle.

Leire no apartó la vista. No porque no le doliera; sino porque sabía que alguien tenía que mirar hasta el final. El encapuchado se agachó junto al cuerpo. Puso dos dedos en el cuello, por pura liturgia. Los retiró, se alzó, se colocó frente a la cámara. El plano encuadró su

torso y su máscara. La voz, cuando llegó, estaba procesada, metálica, pero clara.

—Mirad bien, esto es lo que pasa con quienes escarban donde no deben. No se trata de él —señaló con la barbilla al suelo—, se trata de vosotros. O paráis ahora y seguís con vuestra vida o continuáis y acabáis igual. No habrá segunda advertencia.

Regina escuchó la voz en algún sitio detrás de sí, su cerebro la registró, pero no pudo asociarla a nada. Solo oyó un latido, tam-tam-tam, demasiado rápido, demasiado alto, los oídos le empezaron a zumbar. Se llevó la mano al pecho buscando aliento, no llegaba, notó que se mareaba y que el mareo podía deslizarla hacia el suelo. David le sujetó la cara con las dos manos, la obligó a mirarlo a él, no a la pantalla.

—Respira conmigo —dijo—. Agárrate a mi voz. Coge aire. Uno... dos...

Ella lo intentó, le vinieron arcadas. Se apartó de un empujón, se inclinó y vomitó bilis, amarga, ácida. Las manos en el suelo, la frente húmeda. David le sujetó el pelo sin pensar, le susurró cosas sin sentido mientras ella seguía vomitando. Cuando terminó, se limpió con el dorso del brazo. Los labios le temblaban de frío, se abrazó a sí misma con los antebrazos, intentando darse calor. Balbuceó:

—Es culpa mía... yo... yo tenía que haber... Hace años... cuando... yo...

David cerró los ojos un instante. No, ese pozo no.

—No, Regina, no, ni entonces ni ahora. No es tu culpa.

—Le tenía que haber avisado —insistió—. Siempre llego tarde, siempre. Si... si yo... —se quebró, un sollozo nuevo la atravesó.

Leire cerró el portátil de golpe, el silencio fue radical. El cuarto pareció ganar dos grados de temperatura en ese clic, como si la pantalla hubiese estado helando el aire. Se pasó la mano por la cara, carraspeó, pero la voz le salió rota.

—Han querido esto —dijo—. No solo matarlo, sino que lo viéramos. Que te rompas, que nos rompamos.

Nadie contestó, los tres sabían que era verdad.

Regina se dejó caer de espaldas contra el sofá. Las piernas estiradas, los pies desnudos fríos contra el suelo. Se cogió la

camiseta a la altura del esternón y la retorció, como si pudiese hacerse un hueco en el pecho para meter la mano y arrancarse el dolor de cuajo. Le dolía el cuerpo entero, le dolía lo real —las rodillas, la frente— y lo que no tenía sitio —el centro, ese sitio sin nombre—. Un lamento bajo le salió sin permiso, una vibración que parecía salirle del diafragma y subirle por la garganta sin palabras. Le volvió la imagen del baño de un hotel, hace años: Samuel mirándola desde el espejo, las manos de él alrededor de su cintura, la risa contra su oído. Eso y el cuchillo. Eso y el cuerpo en el suelo. La cabeza le jugaba al montaje cruel. Quiso golpearse con el puño contra la sien para apagarlo, no lo hizo.

David por un segundo quiso levantarse y estampar el portátil contra la pared, como si al romper la pantalla pudiese hacer retroceder el tiempo. Se vio de pie, cogiendo el cable, lanzándolo. No se levantó, se quedó con ella, agarrándola, sosteniéndola. Se permitió una idea que le pareció sacrílega y que le dio vergüenza inmediata: que ojalá no lo hubiesen visto, que ojalá hubieran podido guardar la duda para seguir respirando. La apartó, no había vuelta.

Leire se agachó hasta quedar a su altura. No tocó a Regina, no la conocía lo suficiente para invadirle el cuerpo en ese momento. La miró desde un ángulo que no era frontal. Había estado ahí, no necesitaba palabras para saber lo que una imagen podía hacerte.

—No nos van a parar —dijo, sin énfasis, casi para sí—. No después de esto.

—Lo han matado —dijo Regina, y la frase la partió por el medio—. Lo han matado.

David apretó más la mano y solo acertó a decir:

—Lo sé.

Leire se puso en pie despacio.

—Vamos a por ellos —dijo, y cada sílaba sonó como una promesa.

Regina no asintió. No podía con la idea de hacer nada que no fuera llorar. Pero la frase se le pegó por dentro como una tirita mal puesta.

El salón quedó en silencio, David cogió una manta del sofá y la colocó sobre sus hombros. Ella se dejó hacer, cerró los ojos, un

segundo, dos. Los abrió de un golpe, dormir siquiera un instante sería traicionar a Samuel. No dormiría.

Nadie habló de funerales. Nadie habló de denunciar. Nadie habló de nada. A veces las palabras solo estorban.

El vídeo había terminado con una amenaza, y esa amenaza no era un aviso vacío: parad ahora. Estaba dirigida a los tres, clara, limpia, cobarde. Había entrado por su casa, había entrado por sus ojos, había arrasado.

Y aun así, mientras Regina volvió a llorar en silencio, sin fuerzas ya, algo cambió en el salón. El miedo seguía presente, pero había dejado de dominarlo todo. Se había colado otra cosa.

No era alivio, tampoco consuelo. Era la certeza, la certeza de que Samuel no iba a volver. De que ya no quedaba margen para dudar ni para engañarse. Y ese vacío, al caer, pesaba más que el miedo.

Samuel había dicho su nombre antes del final. Solo por eso no podía detenerse, no había marcha atrás. Tenía que seguir hasta el final, hasta cerrar todo lo que él había dejado abierto.

41

Leire llevaba un buen rato mirando la pantalla apagada del portátil, todavía podía ver reflejada la última imagen del vídeo. El cuerpo de Samuel desplomado contra el suelo seguía ahí, incrustado en su memoria. Alrededor, el silencio de la casa de Regina era insoportable, roto solo por los sollozos de ella y la respiración contenida de David.

Leire se apartó, sacó el móvil y marcó a Sara por enésima vez. Un tono, dos, tres. El buzón de voz saltó con la frialdad de siempre.

—Soy yo, voy a tardar un poco más. Llámame, por favor —intentó sonar serena, pero la voz le salió más ronca de lo que esperaba.

Colgó. David la miró de reojo, sin soltar la mano de Regina.

—No contesta —dijo ella, parecía necesitar confirmarlo en voz alta.

—Quizá está enfadada —respondió David, con cautela.

Leire asintió. No era un secreto para ninguno de ellos, Sara llevaba semanas reprochándole que pasaba más tiempo entre expedientes y sospechas que en casa. Y anoche colgó sin siquiera despedirse.

Inspiró hondo, se giró hacia David y habló con tono firme, casi para convencerse a sí misma:

—Me tengo que ir. Me llevo el ordenador, Rubén lo analizará y veremos de dónde vino ese correo, si el vídeo es real o si está manipulado.

David parpadeó, aún con el rostro cansado.

—¿Puedes fiarte de él?

—Es lo único que me queda dentro de este cuerpo —respondió sin dudar—. Y ahora... —miró otra vez el móvil—. Tengo que pasar por casa, Sara no me lo coge y quiero hablar con ella.

David no insistió, solo apretó el hombro de Regina, que permanecía abatida, hundida en un llanto silencioso.

Leire recogió el portátil, lo metió en la funda y salió sin mirar atrás. En el coche volvió a marcar a Rubén, que contestó rápido.

—Dime.

—Tenemos un correo con un vídeo adjunto —explicó ella mientras conducía—. Si no es un montaje, tenemos otro asesinato. Necesito que lo analices: procedencia, cabeceras, trazas, todo lo que encuentres.

—Tráemelo ya —ordenó él—. Lo analizaré sin conectarlo a nada, no dejaré nada en servidores.

—Perfecto, paso para dejarlo y luego voy a casa.

Colgó. El tráfico en la M-30 a media mañana avanzaba con dificultad. Miraba el retrovisor cada pocos segundos, con la sensación de que cada coche detrás era una amenaza. En cada semáforo, intentaba otra llamada a Sara, siempre el mismo resultado: buzón de voz.

—Vamos, cariño, cógelo —murmuró, golpeando el volante.

Intentó convencerse de que todo era normal, Sara enfadada, Sara dando un paseo, Sara ignorando las llamadas para castigarla un poco. Todo encajaba en un enfado doméstico. Todo, menos la punzada extraña que no conseguía expulsar del pecho.

Entregó el ordenador a Rubén en una cafetería discreta. No hubo conversaciones largas: solo un intercambio rápido, un «hazlo limpio» y un «te aviso en cuanto tenga algo».

Cuando volvió al coche, marcó otra vez, nada.

La tensión aumentaba con cada llamada sin respuesta. El trayecto hasta su piso lo hizo en silencio, con el móvil en la mano, esperando que vibrara en cualquier momento, no lo hizo.

La llave giró suave en la cerradura. El piso estaba en calma, demasiada calma.

—Sara —llamó al entrar, en voz alta.

Nadie contestó, dejó las llaves y recorrió el pasillo. El salón estaba ordenado, con una taza de café en la mesa y un libro abierto boca abajo. La cocina, impecable. Todo demasiado normal.

—Sara...

Su voz rebotó contra las paredes. Abrió la puerta del dormitorio. La cama estaba hecha, perfecta. Miró el armario, la chaqueta verde

de Sara colgaba en su sitio, pero las zapatillas de correr no estaban.

Ha salido a despejarse, se dijo, aferrándose a esa idea como a un salvavidas.

Dejó el bolso en la cama. Marcó otra vez, buzón. Quiso distraerse buscando su cargador. Abrió el cajón de la mesilla, encontró un mechero, un bolígrafo y un cuaderno, nada más.

Abrió el siguiente, se quedó inmóvil, una cajita blanca, discreta, al fondo. La reconoció de inmediato. La cogió con dedos temblorosos. Dentro, un test de embarazo. Dos líneas rosas, firmes, sin duda posible.

Se quedó sin respiración un instante. Sintió un impacto brutal en el pecho, el suelo parecía haber cedido bajo sus pies. Se sentó en la cama con el test en la mano.

—Sara... —susurró, apenas audible.

El mundo se llenó de imágenes que se entremezclaban con rabia y ternura: Sara riendo, Sara abrazándola, Sara sola, enfrentándose a esto sin ella. Y ella, Leire, ausente, perdida en la investigación mientras la mujer a la que amaba recibía la noticia más importante de sus vidas.

Las lágrimas le nublaron la vista, se limpió con la manga, furiosa consigo misma.

Marcó otra vez.

—Cógelo, por favor... —la voz le tembló.

El mismo buzón.

Apretó el test entre las manos. Se sintió feliz y culpable al mismo tiempo. Feliz porque la idea de ser madres la atravesó con una calidez que no esperaba. Culpable porque no estuvo allí, porque no la abrazó cuando vio esas dos rayas.

Respiró hondo, decidió que no iba a dejar que la distancia las rompiera. Se quedaría, la esperaría, hablarían cuando volviera.

Dejó el test en el cajón con cuidado, como si fuera de cristal. Cerró despacio. Encendió una lámpara del salón, marcó de nuevo, el buzón.

—Estoy aquí. Te espero —dijo en un susurro.

Se dejó caer en el sofá. La casa estaba en silencio, pero esa calma escondía algo que no quería admitir. Aferrada a la idea de que Sara

había salido a caminar para despejarse, Leire se permitió un atisbo de esperanza. Se quedaría allí hasta que volviera, dispuesta a recomponer todo lo que había roto.

La felicidad recién descubierta y la culpa convivían en su pecho, chocando como dos mareas imposibles de contener.

El reloj del salón avanzaba despacio. Leire, con los ojos fijos en la puerta, se juró esperar a Sara el tiempo que hiciera falta.

42

Víctor llevaba más de una hora sentado en la cafetería del hospital, sin moverse, con el café ya frío entre las manos. No sentía ni el sabor ni el calor, solo el peso de la decisión que venía aplazando desde hacía días. Había intentado convencerse de que aún podía esperar, que aparecería un donante dentro del sistema, que los médicos encontrarían una salida. Pero esa mañana, al hablar con el cardiólogo, supo que se había quedado sin margen.

Su hijo estaba al límite. Eso se lo habían dicho con la voz neutra de quienes no quieren herir más de lo necesario, pero con la mirada rota de quien sabe que ya no hay nada más que ofrecer.

Sacó del bolsillo de la chaqueta un papel doblado varias veces, era tan pequeño que podría haberse confundido con un ticket arrugado. Lo había guardado ahí desde la tarde en que aquel hombre se lo entregó en la cafetería del hospital. Un número de teléfono, nada más. Ni nombre, ni instrucciones, solo un número.

Lo miró mucho rato, esperando que los números pudieran transformarse en otra cosa. Y al final, con las manos temblorosas, marcó.

Al tercer tono, contestaron. Una voz grave, sin presentaciones.

—¿Está dispuesto?

Víctor bajo la mirada.

—Sí, haré lo que sea.

Un silencio breve, al otro lado parecían comprobar algo.

—Permanezca donde está, no se mueva.

La línea se cortó, Víctor se quedó con el teléfono en la mano. El corazón le golpeaba en el pecho, había cruzado la línea.

Diez minutos después, escuchó las sirenas. Una ambulancia blanca se detuvo frente a la entrada principal, no llevaba el logo del hospital, sino el de una empresa privada. De ella bajaron dos

hombres con bata blanca y otro de traje oscuro, todos con paso firme y sin perder tiempo en miradas.

—¿Víctor Castellano? —preguntó el del traje.

Él asintió.

—Venga con nosotros.

Subieron juntos hasta la planta de cardiología pediátrica. El personal del hospital intentó detenerlos, confusos, pero el hombre del traje mostró una carpeta con documentos sellados. Nadie volvió a interponerse.

En pocos minutos, el niño estaba en una camilla especial, rodeado de monitores portátiles y tubos. Los dos médicos actuaban con precisión impecable, cada gesto perfectamente ensayado.

—¿Dónde lo llevan? —preguntó Víctor, tratando de seguirles el ritmo.

—A un lugar donde tendrá lo que necesita —respondió uno de ellos, sin mirarle.

Su hijo fue conectado a nuevos aparatos dentro de la ambulancia. Todo parecía controlado, todo demasiado perfecto.

El convoy salió del hospital sin problemas. Dos coches negros acompañaban la ambulancia, uno delante y otro detrás. En el interior, el niño respiraba débil pero estable, con una enfermera vigilando cada parámetro en las pantallas.

Víctor no apartaba la vista de él. La mano pequeña, el pecho que subía y bajaba con esfuerzo. No había lugar para otra cosa en su cabeza, salvo la certeza de que acababa de entregar su vida entera a esa gente.

Tras un trayecto que se le hizo eterno, llegaron a una clínica privada en las afueras. El edificio relucía bajo el sol de la mañana: fachada moderna, cristales impecables, personal esperando en la puerta. Todo preparado, lo estaban esperando.

Sacaron al niño de la ambulancia y lo trasladaron directamente a una sala de cuidados intensivos. Víctor quiso entrar con él, pero el del traje lo detuvo en el pasillo.

—A partir de ahora, confíe en nosotros.

Víctor lo miró, sin aliento.

—¿Qué significa eso?

—Que su hijo está en las mejores manos. Y que tendrá lo que necesita.

Víctor frunció el ceño.

—¿Ya... ya tienen un corazón? ¿De dónde ha salido?

El hombre sostuvo su mirada sin pestañear.

—Lo que le interesa es que su hijo viva, no pregunte más.

Ese «no pregunte más» le cayó como un peso en el estómago. Quiso insistir, pero no pudo. Sabía que, en el fondo, no quería escuchar la respuesta.

Lo instalaron en una sala anexa. Desde allí podía ver a su hijo a través de un cristal. Personal de la clínica entraba y salía sin descanso, conectando cables, revisando parámetros, ajustando dosis. Nadie parecía improvisar nada, todo estaba medido al milímetro.

El del traje regresó una hora después.

—A partir de ahora, su hijo estará aquí. Le haremos todas las pruebas necesarias y lo prepararemos para el trasplante.

—¿Cuándo? —preguntó Víctor, con un hilo de voz.

—En cuanto esté listo. Y lo estará.

Víctor se pasó las manos por la cara. La mezcla de alivio y terror lo desbordaba.

—¿Qué tengo que hacer yo?

El hombre le dedicó una sonrisa sin calidez.

—Nada, todavía nada. Cuando llegue el momento, recibirá instrucciones. Entonces sabrá lo que se espera de usted.

Víctor sintió un escalofrío.

—Y si me niego...

—No se negará. —La respuesta fue tan simple que le cortó cualquier réplica.

El hombre se giró y se marchó por el pasillo.

Víctor se dejó caer en la silla junto a la ventana. Desde allí veía el edificio reluciente, los jardines cuidados, la entrada de coches de lujo. Todo en aquel lugar hablaba de dinero y poder.

Miró a su hijo, conectado a máquinas, con el pecho moviéndose apenas. Una lágrima le resbaló por la mejilla. Lo había conseguido,

le salvarían la vida. Pero en su interior crecía otra certeza, alguien, en algún lugar, pagaría ese milagro.

43

Natalia estaba de pie en el portal de su casa, con el bolso colgado del brazo. Eran las diez en punto de la noche, la hora que ponía en el sobre que Héctor le había entregado esa misma tarde, confirmación física de lo que ya le habían dicho en el mensaje que había recibido. No había podido dormir la noche anterior, ni había probado bocado durante el día. Se sentía mareada, con el estómago encogido, pero había elegido ponerse el vestido que mejor le sentaba. No quería parecer débil.

Sabía que esa noche no sería una reunión cualquiera, Héctor le había repetido que nadie entra gratis y que todo en esta vida tiene un precio. Y aunque había ensayado mil escenarios en su cabeza, ninguno tenía forma concreta. Solo intuía que sería algo grande, definitivo, algo que la marcaría.

Pensó en Guillermo, su hijo, en su habitación, ignorante de todo. *Es por él, se repitió. Pase lo que pase, es por él.*

El coche apareció al final de la calle. Un sedán negro, impecable, que se detuvo justo frente al portal. El chófer bajó, trajeado, con expresión neutra y le abrió la puerta trasera sin decir palabra.

Natalia inspiró con fuerza y entró. El interior olía a cuero nuevo y a colonia discreta. El coche arrancó sin que nadie hablara. Ella miró por la ventanilla, las villas quedaron atrás, la urbanización desapareció como un telón que se cierra.

No preguntó dónde iban, sabía que no obtendría respuesta. Se limitó a pensar en su hijo, en su promesa, en la certeza de que esa noche sería el punto de no retorno.

El coche se detuvo en la entrada de una mansión apartada, rodeada de cipreses. La fachada de piedra clara estaba iluminada lo justo, sin ostentación pero con la autoridad de las casas viejas, las que no necesitan demostrar nada.

Héctor Saavedra la esperaba en lo alto de la escalinata. Traje oscuro, corbata granate, la misma calma insolente de siempre.

—Puntual —dijo, ofreciéndole la mano.

Natalia se la estrechó, con los dedos fríos.

—Hoy das el paso —añadió él, bajando la voz—. Lo que pase aquí decidirá tu lugar.

No hubo sonrisas, no hubo más explicaciones.

El salón estaba lleno de gente. Hombres y mujeres trajeados, copas de vino en la mano, conversaciones en voz baja. Natalia reconoció rostros que había visto infinidad de veces en otras fiestas, en televisión, en periódicos, en portadas: jueces, empresarios, un general retirado, un banquero. Nadie se presentaba, no hacía falta.

La cena se desarrolló como un ritual, platos caros, vinos perfectos, música de cuerdas en un rincón. Natalia apenas probó bocado. Escuchaba frases sueltas que caían como sentencias:

—Aquí todos hemos pagado.

—No hay poder sin sacrificio.

—El precio es lo que nos une.

Cada palabra era un recordatorio de lo que venía. La copa temblaba entre sus dedos. Intentó sonreír a la mujer del collar de perlas que la observaba desde enfrente, pero no le salió.

Cuando retiraron el postre, Héctor se levantó. Alzó la copa y la sala quedó en silencio inmediato.

—Esta noche recibimos a alguien que ha decidido formar parte de nosotros. Las palabras ya las conocemos, lo que falta es la prueba.

Todas las miradas se clavaron en Natalia, se quedó un instante sin aliento. Héctor la invitó a ponerse en pie.

—Ven.

El pasillo lateral estaba en penumbra, sin cuadros, sin alfombras. El suelo era de piedra. Al final, una puerta metálica custodiada por dos hombres. Uno giró una llave grande, el sonido del mecanismo le dio un vuelco al corazón.

Bajaron unas escaleras estrechas, Natalia se agarró al pasamanos, consciente de que las rodillas le temblaban. El aire era más frío, los pasos resonaban demasiado fuerte.

Antes de llegar al fondo, lo oyó: un gemido. Largo, arrastrado, humano. Después, un golpe suave.

La puerta de hierro se abrió. La sala era austera: paredes desnudas, una lámpara colgando, una mesa metálica contra la pared con objetos alineados. En el centro, una silla atornillada al suelo. Y en la silla, Iván.

Natalia se quedó paralizada. El corazón le dio un vuelco tan fuerte que tuvo que llevarse la mano al pecho.

—¡Iván!— gritó al ver al amor de su hijo.

Él levantó la cabeza despacio, tenía el rostro hinchado, los labios partidos, la camiseta hecha jirones. Las correas le sujetaban con fuerza muñecas y tobillos.

—¿Qué coño es esto Natalia? —dijo, con la voz rota, pero con rabia.

Natalia dio dos pasos, tambaleándose.

—¿Qué haces tú aquí? ¡Dios mío, qué te han hecho...!

Intentó acercarse, pero Héctor la detuvo con una mano firme en el codo.

—Míralo bien —susurró, con calma helada—. Este es tu momento.

—¿Mi momento? —Natalia lo miró, descompuesta—. ¿Qué significa esto? ¿Por qué está aquí?

Iván tosió, escupió saliva con sangre, y volvió a mirarla con ojos que eran reproche puro.

—¿Qué está pasando? —preguntó, la voz quebrada—. ¿Me has traído tú?

Natalia sintió que se le caía el alma al suelo. Negó con la cabeza una y otra vez, con lágrimas corriéndole por la cara.

—No... yo... no sé nada...

Se dobló hacia adelante, incapaz de sostener el peso de esas palabras. El estómago se le revolvió, luchó contra las náuseas.

Iván no apartaba la mirada, respiraba con dificultad, pero hablaba claro.

—¿Por qué estamos aquí?—empezó a llorar agitadamente Iván.—
¿Qué me va a pasar?

Natalia quiso taparse los oídos. No podía, Héctor la giró suavemente para que mirara de frente a la mesa. Uno de los

hombres colocó un objeto metálico, brillaba bajo la lámpara.

—Este es el precio —dijo Héctor, sin levantar la voz—. No hay más explicaciones.

Natalia temblaba, miraba el objeto, miraba a Iván, volvía al objeto. El corazón le latía tan fuerte que le costaba respirar.

Iván le sostuvo la mirada con los ojos enrojecidos.

—Si lo haces, Natalia... será peor que si lo hacen ellos. No lo hagas por favor... piensa en Guillermo.

Las lágrimas le nublaban la vista, Héctor le acercó el objeto un poco más.

Natalia quedó inmóvil, las manos vacías a un palmo del metal, la cara empapada, el cuerpo temblando entero.

44

Leire estaba en el sofá, con la luz del salón encendida y el móvil en la mano. El piso se le hacía insoportablemente silencioso. Había llamado a Sara varias veces y siempre el mismo resultado, el buzón de voz. Intentaba convencerse de que había salido a dar un paseo, que en cualquier momento entraría por la puerta, pero la inquietud le crecía como un tumor en el pecho.

El recuerdo del test de embarazo que había encontrado la golpeaba una y otra vez. Dos rayas rosas, dos. Sara no se lo había contado todavía y, cuando lo hiciera, ella había imaginado abrazarla, prometerle que todo iría bien, que no estaría sola. Ahora, en cambio, solo tenía la certeza de que había descubierto esa noticia en soledad y el vacío helador de que Sara no estaba en casa.

El teléfono vibró, Leire lo cogió al instante. El corazón se le disparó con una chispa de alivio, por fin.

Desbloqueó la pantalla, la sangre se le heló. No era un mensaje de Sara, la foto que apareció le hizo soltar un ruido ahogado, casi un grito.

Sara estaba atada a una silla. Tenía las muñecas sujetas a la espalda, la cara golpeada, el labio partido. La camiseta rasgada, la piel marcada de moratones. Los ojos abiertos, asustados, fijos en la cámara. El lugar parecía un sótano o un cuarto abandonado: paredes con azulejos húmedos, un rincón ennegrecido, suciedad en el suelo.

Debajo de la imagen, un único mensaje escrito con frialdad: *No busquéis más y olvidaros de todo esto. Si la quieréis ver con vida...*

El móvil tembló en sus manos. Se dobló hacia delante, apretando el aparato contra la frente. Se quedó sin respiración y le subió una arcada que apenas logró contener. Notaba un calor insoportable en

la cara y, al mismo tiempo, un frío de muerte en todo el cuerpo. Un sollozo le salió de golpe, mezclado con rabia.

Si no hubiera estado tan metida en el caso. Si hubiera llegado antes a casa. Si hubiera estado aquí. La culpa le caía encima como piedras.

Marcó a Rubén, su voz salió irreconocible:

—Ven a mi casa rápido, es Sara.

Colgó sin dar más explicaciones.

Los minutos hasta que llegó fueron un tormento. Caminaba de un lado a otro por el salón, con el portátil abierto, copiando la imagen, ampliándola una y otra vez. Buscaba detalles, cualquier cosa: una rejilla oxidada, un trozo de suelo sucio, una sombra en la esquina. Todo lo anotaba con la esperanza absurda de que sirviera de algo.

Cuando sonó el timbre, abrió de golpe. Rubén entró y Leire le tendió el móvil sin decir palabra.

Él lo miró en silencio, su rostro endurecido se quedó aún más serio. Tardó en hablar.

—¿Cuándo lo has recibido?

—Hace media hora.

Rubén se sentó junto al portátil, conectó su propio equipo y empezó a trabajar. Tecleaba rápido, con la mirada fija. Leire lo observaba, convencida de que la vida de Sara dependía de esos dedos.

Pasaron unos minutos que parecieron eternos. Finalmente, Rubén se quitó las gafas y negó con la cabeza.

—No hay nada. Número prepago, sin registro. Mensaje lanzado desde un servidor enmascarado. Está todo borrado.

Leire sentía que iba a romperse en pedazos.

—Entonces no tenemos nada, solo esta mierda de foto.

Rubén la miró con calma, aunque en sus ojos había la misma rabia contenida.

—Lo importante es que está viva.

Leire cerró los ojos con dolor.

—¿Y cuánto tiempo va a seguir viva si no hacemos nada?

El silencio que siguió fue insoportable.

Se dejó caer en el sofá y se cubrió la cara con las manos. El llanto le salió desgarrador, un ruido ahogado de pura impotencia. Rubén se acercó y la sujetó por los hombros.

—No podemos ir a la comisaría, lo sabes.

Ella asintió, sin apartar las manos del rostro. La rabia le salía a chorros en forma de lágrimas.

—Si entramos por la vía oficial, la matarán. Hay mandos implicados, lo vimos en los documentos. Nadie de dentro es seguro.

Rubén le puso una mano en el hombro, firme.

—Entonces estamos solos, pero no vamos a parar.

Leire lo miró con los ojos enrojecidos, brillantes de furia y miedo.

—No me importa lo que cueste. La tengo que sacar de ahí.

Cogió de nuevo el móvil. Marcó el número de David.

—¿Leire?

Su voz se quebró en la primera palabra.

—Han secuestrado a Sara.

Al otro lado, un silencio cargado de respiraciones agitadas. Podía escuchar a Regina en segundo plano, preguntando qué ocurría.

—¿Qué dices? —balbuceó David.

—Me han enviado una foto. Está golpeada, atada. Y un mensaje: que no busquemos más, que lo dejemos todo.

Hubo unos segundos en los que nadie habló. Después, la voz de Regina, rota, se coló a través del auricular:

—Dios... no...

David respiró hondo.

—Voy para allá.

—No. —Leire lo cortó enseguida—. No vengáis, no ahora. Teníais que saberlo, pero si damos un paso equivocado la matan.

—Leire... —la voz de David sonaba rota, con el recuerdo fresco de Samuel aún quemándole por dentro—. No puede estar pasándonos esto.

Ella respiró hondo tragándose las lágrimas.

—Lo sé pero está pasando. Y ahora la tienen a ella.

Regina intervino, llorando abiertamente.

—Tienes que encontrarla, no podemos permitir que le hagan daño.

Leire cerró los ojos, la imagen de Sara en la foto se le clavaba como un puñal.

—Voy a hacerlo —dijo, con una voz que sonó más a juramento que a promesa—. Pase lo que pase, voy a sacarla de ahí.

Colgó. El salón quedó en silencio, roto solo por la respiración entrecortada de Leire. Se llevó las manos a la cara, con el cuerpo doblado, temblando entre sollozos y espasmos de rabia.

Rubén volvió al ordenador y amplió la foto en la pantalla. Detuvo la imagen y señaló un detalle en el lateral izquierdo.

—Espera, mira esto —dijo, acercando la vista.

Leire se inclinó junto a él. A media altura, casi cortado por el borde, se veía el cuello de un extintor. Pegada al cilindro rojo había una etiqueta blanca con letras negras: EXTINTORES CAVEDA, S.L. — 11/2025 — EC-28053-17 — 91....

—Es una etiqueta de mantenimiento —explicó Rubén—. Empresa, fecha de revisión y un código interno. Esto ya nos da un punto de partida: clientes de esa empresa en Madrid, y más aún si acotamos por ese código postal.

Leire lo observaba con el corazón encogido, no era mucho, pero por primera vez desde que había recibido la foto, tenían algo a lo que agarrarse. Se levantó, secándose las lágrimas con el dorso de la mano. Observó la pantalla sintiendo que su vida dependía de ello.

—Entonces ya tenemos un punto de partida.

Rubén asintió.

El miedo seguía clavado en su pecho, pero junto a él empezaba a crecer algo más fuerte: una rabia feroz que le dio fuerzas para mantenerse en pie.

Sabía que estaban solos frente a un monstruo demasiado grande, pero no pensaba rendirse. No con Sara en sus manos.

Se giró hacia Rubén con los ojos enrojecidos y una determinación helada.

—Vamos a encontrarla. Y no me importa lo que tenga que hacer.

El reloj del salón avanzaba con su tictac implacable. El día seguía en calma, ajeno a la tormenta que acababa de estallar en la vida de Leire.

La foto de Sara seguía iluminando la pantalla, con su rostro golpeado y sus ojos de miedo congelados en un instante. Esa imagen era lo único que tenían. Y bastaba para obligarlos a seguir.

45

—No puedo más, Regina. —David hablaba sin mirarla, con los codos clavados en las rodillas, el móvil aún en la mano—. Primero Samuel... y ahora Sara. Igual hay que dejarlo. Igual... —tragó— igual a veces lo único que se puede hacer es no empeorarlo.

—¿Y dejar que ellos marquen el final? —Regina tenía la voz ronca de tanto contenerse—. ¿Dejar que todo lo que Samuel hizo se pudra en una caja? Mientras nos miran desde la oscuridad, mientras deciden a quién le toca hoy.

—Ya no es solo Samuel. —La interrumpió, más duro—. Es Leire, es Sara, eres tú. Yo no... —se quedó sin palabras un segundo— yo no estoy preparado para perderte también.

El silencio se metió en el salón como un animal. Desde la llamada de Leire, nada había vuelto a su sitio. En la mesa seguían tiradas las copias de las fotos anónimas; era imposible no verlas aunque estuvieran boca abajo.

—Vayámonos de aquí —dijo Regina al fin, en un hilo—. No quiero estar aquí ni un minuto más.

—¿A dónde?

—A la redacción, allí tengo lo que queda de Samuel: sus carpetas, la hemeroteca, las claves. Esta dirección la conocen, la tuya también. —Miró alrededor—. Prefiero trabajar en un sitio donde no estemos solos.

David asintió, vencido.

Entraron juntos en la redacción, todavía a plena luz del día. El bullicio habitual se mezclaba con el sonido de teclados y teléfonos; algunos compañeros levantaron la vista al verlos pasar. Regina saludó con un gesto rápido y se dirigió directamente hacia la mesa de Samuel.

—David, cuánto tiempo —lo saludó un redactor de nacional, sorprendido de verlo allí.

—Ya ves —respondió él, forzando una media sonrisa—. Solo estoy de visita.

—Pues me alegro de verte —contestó el compañero antes de volver a su pantalla.

La mesa de Samuel seguía donde siempre, como un cuerpo sin alma: tazas con posos solidificados, un abrigo en el respaldo, un cuaderno abierto a medias. Ella dejó el bolso y conectó el ordenador del puesto. Metió la contraseña y entró. Respiró por primera vez en horas.

—Vamos a hacer esto bien —dijo, ya con la piel del oficio puesta—. Hemeroteca y CMS. Búsquedas por nombres, por siglas, por palabras exactas. Quiero ver si se publicó algo, quién, cómo...

—Dame acceso con tu usuario —dijo David.

Regina tecleó y abrió el archivo digital del diario, la hemeroteca interna. Era el mismo sistema de siempre: un buscador con fechas y nombres. Empezó por lo obvio: Isabel Aldama.

Aparecieron cuatro artículos. Abrió el primero: un aviso en rojo ocupaba toda la pantalla. Contenido retirado por decisión editorial. Probó con otro, lo mismo. En el tercero, algo aún más extraño: el texto aparecía como Versión 1.1, pero en la lista de cambios faltaban números. Había un salto del 1.0 al 1.2. Las versiones intermedias habían desaparecido.

—Aquí había más textos —dijo Regina, señalando la pantalla—. Los han borrado. Han volado versiones intermedias. Y no es un fallo del sistema.

—Historial de cambios —pidió David, arrimando la silla—. Mira aquí: usuario RQuintana. —Señaló la pantalla—. A las 2:17 de la madrugada, archivar, ocultar histórico, marcar reservado jurídico. —Alzó la vista—. Roberto.

El nombre cayó con el peso justo, Regina sintió la punzada de la rabia en el estómago. El subdirector, siempre correcto, siempre templado, siempre con una excusa a mano para la prudencia.

—Abre la auditoría completa. —Se le tensó la voz—. Quiero ver qué más ha tocado.

David se movía ya con la soltura del oficio: filtros por usuario, por acción, por rango de fechas. En segundos, una lista larga con referencias cruzadas: retiradas de piezas sobre denuncias archivadas, recortes de contratos públicos con notas al margen *esperar validación*, y un patrón repetido: siempre de madrugada, siempre el mismo usuario, a veces desde una IP de despacho, otras desde remoto.

No era solo el caso de Aldama. En pantalla apareció un borrador de reportaje sobre la Fundación Horizonte: donaciones sospechosas a proyectos educativos, proveedores de logística internacional, y una foto en la que un empresario de traje aparecía saludando en una gala. La imagen estaba recortada, dejando solo medio rostro visible. El pie de foto original había desaparecido en las últimas versiones.

Regina pinchó en versión 1.3. La pantalla mostró tres párrafos y un hueco gris con el icono roto de una imagen suprimida.

—¿Te suena el nombre de la fundación? —preguntó.

—A mí y a cualquiera que haya leído sumarios —dijo David—. Pantalla clásica: dinero de ida y vuelta, contratos adjudicados a filiales, la palabra benéfico como paraguas.

Regina tecleó otro nombre: Carlos del Olmo. Salieron decenas de entrevistas amables, perfiles almibarados. Buscó críticas, denuncias, manipulación. Casi nada, una columna de opinión neutralizada con un recuadro: Eliminada por falta de contrastes. Histórico: RQuintana otra vez.

—Medios, jueces, policía —murmuró Regina—. Lo de siempre: la mano que tapa y la voz que dicta. La misma coreografía que hemos visto en otros sitios, en otras investigaciones: manipulan la justicia, corrompen a la policía y controlan lo que se publica. —Se le quebró la voz al recordar las imágenes—. Y mientras tanto, la gente atada y torturada en esos sótanos, queda borrada como si nunca hubiera existido.

En los documentos aparecía una lista de nombres encabezada por un título inquietante: Los Elegidos de Caín. No era la primera vez que lo veían escrito, de forma tan explícita, parecía la firma de una hermandad secreta.

LOS ELEGIDOS DE CAÍN. PERSONAJES CAÍN

—Sigue con Armenteros —dijo David en voz baja. Solo pronunciar el nombre parecía costarle.

Regina escribió: Luis Armenteros. La pantalla devolvió dos notas rutinarias y un homenaje interno, nada comprometido. Ni una sola pieza crítica. Entre los registros apareció una propuesta de reportaje que nunca llegó a ver la luz: había sido rechazada por Dirección con la excusa de riesgo legal. La solicitud original llevaba la firma de Y. Benali.

—Yasmina —susurró Regina—. La becaria quiso sacar algo.

—Y se lo pararon —añadió David, con el gesto torcido. Se inclinó hacia la pantalla—. Busca si quedan correos internos o anotaciones de sistema. Si Roberto pidió que lo borrarán del todo, debería aparecer.

Regina abrió los registros. Tres clics más y apareció la nota: Solicitud de eliminación definitiva, sin copia de seguridad. Aprobada. En comentarios, el subdirector había dejado una frase escueta: Evitar litigios. Orden de Dirección.

—Esto ya no es ser prudentes —dijo Regina con rabia—. Creo que es encubrimiento.

Los pasos en el pasillo los hicieron ponerse en guardia. La puerta se abrió despacio y apareció Yasmina, con un termo en la mano.

—No quería molestar —dijo, asomándose—. He visto que estabais aquí y pensé que quizá os vendría bien un café.

Regina la miró con seriedad.

—Yasmina.

La becaria entró un poco más, con una sonrisa tímida, pero los ojos inquietos. Dejó un termo con café y se quedó de pie, esperando.

—Gracias —dijo Regina, seca.

David la observaba con recelo, sin apartar la vista.

—Antes he visto tu nombre en un borrador sobre Armenteros —preguntó Regina, sin rodeos—. ¿Qué pasó con ese texto?

Yasmina dudó un instante, buscando las palabras apropiadas.

—Lo trabajé durante días... pero me dijeron que no era el momento, que había riesgo legal. No fui la única, hay otros temas

que también se han... enfriado. —Hizo un gesto leve, sin atreverse a decir más.

—¿Y qué piensas tú? —intervino David, serio.

Yasmina bajó la mirada hacia sus manos.

—Solo soy becaria. Pero cuando ves que ciertos nombres nunca llegan a publicarse... empiezas a preguntarte por qué.

Regina la escuchó en silencio, notaba que la chica quería decir más, pero tampoco se atrevía. La desconfianza flotaba en el aire: no sabían si Yasmina estaba allí para ayudarlos o para medir sus pasos.

Regina intercambió una mirada con David, había algo valiente en la muchacha, pero también temerario. No sabía si la estaban utilizando o si realmente estaba de su lado.

Yasmina abrió su portátil y enseñó un documento. Allí estaba la prueba de que el reportaje sobre Luis Armenteros existió: una propuesta de investigación con datos concretos, entrevistas preparadas y una nota interna que justificaba su cancelación con el argumento de riesgo legal. En la misma carpeta había un correo de redacción donde se pedía suavizar cualquier referencia al comisario y un informe manipulado que contradecía al original. Todo cerrado con una etiqueta oficial que lo enterraba como confidencial.

—Esto estuvo publicado menos de un cuarto de hora —explicó en voz baja—. Luego lo retiraron con la excusa de que era arriesgado y no estaba confirmado.

Regina sintió una mezcla de alivio y desconfianza. Por un lado, Yasmina acababa de abrirles una puerta que confirmaba sus sospechas; por otro, no podía saber si se estaba jugando la piel por ayudarlos o si alguien la empujaba a hacerlo para vigilarlos de cerca.

—Necesitamos más que esto —murmuró Regina—. Nombres, dinero, fechas. Algo que no puedan tumbar con una llamada.

Yasmina asintió y abrió otra carpeta.

—Lo más extraño que he visto está relacionado con la Fundación Horizonte. Dinero moviéndose hacia una cátedra universitaria recién creada. El decano tiene lazos familiares con Octavio Vergara. Todo parece legal, impecable incluso, pero en los archivos internos está. En la hemeroteca pública desaparece.

—Es la misma música de siempre —respiró Regina—. Fundaciones, empresarios, políticos... y Quintana borrando los rastros.

La becaria dudó un segundo y luego bajó más la voz.

—Hay algo más. El sistema salta cuando alguien escribe ciertas palabras. He visto que se activa una alerta con términos como Caín o Consejo. Eso llega directo a la Dirección.

David arqueó las cejas, incrédulo.

—Ni siquiera se molestan en disimular.

—No sé lo que significa —admitió Yasmina—. Pero sé que les asusta que aparezca escrito.

Regina se quedó callada, la piel se le erizó. Había jueces en ascenso meteórico, un presentador intocable, un comisario que desaparecía de los historiales, un subdirector que limpiaba textos de madrugada y ahora un nombre prohibido que saltaba como alarma.

—Tenemos que abrir tres líneas —dijo finalmente—. Aldama y Vergara por la vía judicial, la Fundación por la ruta del dinero y Quintana desde dentro.

Miró a Yasmina.

—Necesito que copies todo lo que tengas, que lo guardes de forma segura y que no uses tu usuario en unos días. Has hecho algo muy valiente, pero ahora van a vigilarte.

—Lo sé —respondió la joven sin titubear—. Puedo subirlo a un servidor externo y dejar señuelos en el sistema para despistar.

El ambiente se volvió más denso, como si alguien hubiera abierto una ventana invisible. Regina sintió el vértigo de que la carrera volvía a empezar. Era alivio, pero al menos ya no estaban del todo a ciegas.

David señaló un acceso extraño en la pantalla.

—Fijaos en esto. Alguien ha entrado hoy desde fuera, marca una dirección, la estoy comprobando y es del canal de Del Olmo. Diez y once de la noche. ¿Qué pinta un canal de televisión revisando nuestros archivos?

Regina se quedó pensativa.

—Porque esta historia no es solo nuestra. Y porque ya están ajustando la versión antes de que nosotros podamos contarla.

46

No sé qué hora es. Aquí dentro el tiempo se rompe. Podrían ser minutos o días desde que me dejaron tirada. Solo sé que me duele todo. El costado me arde cada vez que respiro, la boca me sabe a sangre seca y los dedos apenas responden. Las muñecas están marcadas, parece que me hubieran tatuado fuego con las bridas.

El suelo está frío y mojado. La pared huele a moho y cuando apoyo la cabeza se me clava en la piel áspera. Cierro los ojos y trato de contar las grietas para no pensar. Veinte, cuarenta y tres... pierdo la cuenta y vuelvo a empezar.

Pero siempre acabo en lo mismo, el bebé.

No sé si sigue bien. Me llevé las manos al vientre cuando me golpearon, intentando protegerlo, y uno de ellos se rio. Sentí un empujón, un susurro sucio en el oído. Desde entonces no dejo de escuchar mi propio pulso ahí, buscándolo, rogando que siga. No noto nada. ¿Cómo se nota algo tan pequeño? Me aterra no sentirlo, me aterra que ya no esté.

Quería decírselo a Leire de otra forma. Con calma, con una cena tonta, con la ilusión de un secreto compartido. Ahora solo pienso que quizá nunca llegue a saberlo. Que todo se quede aquí, en este cuarto húmedo, enterrado conmigo.

Tengo miedo, el miedo real, el que te aplasta el pecho y te deja sin fuerzas. Cierro los ojos y me imagino el final: yo, sola en este suelo, con la luz parpadeando y la puerta cerrada. Me encojo hasta hacerme pequeña, pero la imagen no se va.

A veces la rabia me salva un segundo. No quiero ser un nombre borrado. No quiero que nos borren a los dos. Me abrazo el vientre con las uñas clavadas y me obligo a repetirlo: no me van a matar, no me van a matar, no me van a matar. Lo digo hasta que las palabras se vuelven ruido, pero me aferro igual.

Pienso en Leire porque si no pienso en ella me rompo. La veo entrar empapada de lluvia, sonriéndome aunque esté agotada. La escucho reírse de cosas sin gracia, abrazarme por la espalda para apagar una pelea. La siento cerca. Me agarro a eso como quien se agarra a una cuerda en mitad de un río.

No quiero desaparecer así. No quiero que la última imagen de mí sea un cuerpo roto en un sótano.

47

Cuando el reloj marcó las diez, Regina se apartó por fin del teclado. Tenía la garganta seca y la cabeza embotada de tantas horas frente a la pantalla.

—Voy a llamar a mi madre —dijo, de repente.

—¿A estas horas? —preguntó David.

—No es tan tarde, a esta hora siempre está viendo la tele o cenando.

Llamó al móvil. Tono, tono, tono. Nadie respondió. Colgó y probó de nuevo, con el mismo resultado. Buscó en la agenda el fijo de casa y lo intentó con ese, silencio.

Regina se quedó quieta unos segundos, con la ansiedad creciendo en el pecho.

—Esto no es normal —susurró.

—Puede que haya salido a dar un paseo, o que esté en la ducha —intentó David.

—No, a esta hora siempre está en casa.

El pulso se le aceleró. Guardó el teléfono en el bolsillo, cogió el abrigo y las llaves.

—Voy a su casa —dijo, sin dar opción a réplica.

David se levantó de inmediato.

—Voy contigo.

Salieron sin mirar atrás, con la sensación de que cada minuto de silencio al otro lado del teléfono pesaba como una amenaza.

La puerta estaba entreabierta, Regina se quedó helada en el rellano. No había motivo para que su madre dejara la puerta así. La empujó despacio, conteniendo la respiración.

El salón la recibió con un murmullo inquietante: la televisión encendida, lanzando imágenes sin que nadie las mirara. Un plato a

medio recoger y junto al aparador, el móvil de su madre brillaba con las llamadas perdidas que Regina acababa de hacer.

—Mamá —llamó con la voz rota.

No contestó nadie.

Avanzó deprisa por el pasillo. El dormitorio estaba vacío, la cama sin hacer. En el baño colgaba la toalla húmeda. En la cocina, la lámpara seguía encendida y en la encimera quedaba medio vaso de agua. Todo normal, todo inquietante.

Regina regresó al salón con el corazón desbocado. Cogió el móvil de su madre. Nunca salía sin él. Jamás.

—No está aquí —dijo en voz baja, pero con un temblor que la delataba.

David la miró en silencio.

—¿Y si se la han llevado? —preguntó Regina, con los ojos abiertos de par en par—. Como a Sara. ¿Y si ahora mismo...?

No terminó la frase, el miedo le apretaba el pecho.

—No pensemos eso todavía —respondió David, aunque ni él mismo sonaba convencido.

Regina salió a la calle a toda prisa. Miró en todas direcciones, escudriñando cada esquina, cada sombra bajo las farolas.

—¡Mamá! —gritó, con la garganta ardiendo.

Caminó deprisa por la acera, después corrió. El barrio estaba casi vacío. Algún coche pasó sin detenerse, un perro ladró tras una verja. Todo lo demás era silencio, un silencio que la ahogaba.

Pensaba en Sara, en las fotos, en la amenaza. Pensaba en que su madre podía estar en manos de ellos. Y la idea la destrozaba.

—Vamos a buscar por las calles cercanas —dijo David, alcanzándola—. Si se ha desorientado, no puede estar lejos.

Regina apenas lo escuchaba. Iba de un lado a otro, mirando a los portales, entrando en los pequeños jardines de los edificios, asomándose a los bancos del parque. Cada vez que veía una figura, el corazón se le disparaba, pero siempre era alguien más, un vecino, un desconocido.

El miedo crecía con cada paso, imaginaba a su madre sola, perdida, asustada. O peor: imaginaba que alguien se la había llevado.

—Voy a llamar a Leire y a Rubén —dijo con un hilo de voz—. Si han venido a por ella, no podemos perder ni un segundo.

Marcó el número, pero antes de pulsar el botón la vio. A lo lejos, en un banco junto al parque, estaba su madre. Regina se quedó paralizada. El teléfono se le escurrió de las manos.

—Mamá...

Corrió hasta ella.

Carmen estaba encogida, con la espalda hundida y las manos en el regazo. Miraba al frente con los ojos vacíos, sin reconocer nada de lo que la rodeaba.

Regina se arrodilló frente a ella, jadeando.

—Mamá, soy yo.

Carmen se sobresaltó y retrocedió en el banco.

—No... no me toque.

El corazón de Regina se partió en pedazos.

—Soy yo, mamá. Soy Regina, tu hija.

Su madre la miraba como a una extraña. Sus ojos, perdidos, buscaban algo que no encontraban.

—¿Quién es usted?

Regina le cogió las manos con cuidado, aunque su madre intentó apartarlas.

—Soy yo, mamá, estoy aquí.

Durante unos segundos que parecieron eternos, Carmen siguió sin reconocerla. Su respiración era rápida, sus hombros temblaban. Regina sintió que se le hundía el mundo bajo los pies.

—Mírame bien —susurró—. Soy tu hija, estoy contigo.

Las lágrimas le corrían por la cara sin control.

Poco a poco, algo pareció encajar de nuevo en su mente, los ojos de Carmen se humedecieron y la fijaron con más claridad. Y entonces se desmoronó.

—Hija... —dijo con un sollozo, antes de taparse la cara con las manos.

Regina la abrazó con fuerza. Sintió lo frágil que estaba, cómo le temblaba todo el cuerpo.

—No sé qué me pasa —balbuceó Carmen, con la voz entrecortada—. Salí y de pronto no sabía dónde estaba... no sabía volver...

Regina la sostuvo contra su pecho, llorando también.

La mujer se encogió, avergonzada.

—Me estoy perdiendo, hija... me estoy perdiendo...

Regina la besó en la frente, apretando los ojos con fuerza.

Y entendió que había algo aún más cruel que la amenaza de esa sociedad. Era ver cómo la enfermedad le arrebatava a su madre poco a poco, arrancándosela en vida, hasta que ya no quedara nada de la mujer que había sido.

48

Me obligo a no llorar, no delante de ellos. Aquí, sola, sí. Pero no cuando están cerca, no les voy a regalar eso.

Cuando me llevaron al centro de la sala, sentí cómo me giraban la cabeza con brusquedad. Escuché el clic de la cámara, la luz roja de la grabadora. Me obligaron a mirar al frente. Han hecho fotos, han grabado cada segundo, sé que van a usarlas. Van a enviárselas a Leire para destruirla a través de mí.

Y me quema por dentro solo pensarlo. No quiero que me vea así, pero también es la única forma de que sepa que sigo aquí, de que me busque, de que no se rinda.

Me obligo a recordar su voz, a repetir su nombre muy bajo, esperando que de algún modo llegue hasta. Leire. Leire. Leire.

Cierro los ojos y me digo que en esas imágenes habrá pistas, aunque ellos no lo sepan. La rejilla oxidada, la esquina rota del suelo, el sonido de una gota en el fondo del pasillo. Leire sabrá verlo, lo ha hecho siempre.

Estoy aquí, me repito. Estoy aquí, no me he rendido.

El cuerpo me duele, me pesa, pero la rabia me mantiene despierta. No quiero que nos eliminen, no quiero que nos entierren en silencio. Quiero que ella los encuentre, que los cace, que les arranque las máscaras.

Escucho pasos, esta vez sí se detienen frente a mi puerta. El metal chirría, la cerradura gira, la bombilla tiembla amenazando con apagarse.

Me quedo muy quieta, con la mano en el vientre, protegiéndolo con todo lo que me queda.

La puerta se abre.

Una luz blanca me golpea en la cara.

—Arriba —ordena una voz.

No me muevo. No porque no quiera, sino porque no puedo. La linterna me ciega y el corazón me golpea tan fuerte que creo que lo oyen.

Pienso en aquella caja de galletas que no compré, en la vela que no encendí, en las dos rayas rosas.

Pienso: esta vez sí. Y me doy un segundo antes de seguir.

49

Natalia dio un paso atrás y el talón chocó con la pata de la mesa metálica. El brillo del acero la deslumbró un segundo. Quiso hablar, decir que no, que aquello no formaba parte del trato, que solo había venido a escuchar, a mirar, a entender. Pero Héctor ya la tenía del codo, el gesto firme, impecable, con la naturalidad de quien acomoda a una invitada en la fila correcta de un concierto.

—Demasiado tarde para mirar hacia otro lado —dijo, sin subir la voz—. Demasiado tarde para irte. Ya has cruzado, has aceptado, ahora te toca demostrar. O lo hacemos nosotros y actuamos en consecuencia contigo... y con tu hijo.

Iván alzó la cabeza, tenía el labio partido y la voz sucia de sangre seca, pero aún encontró sitio para la rabia y la súplica.

—No lo hagas, Natalia. —Le temblaba el pecho—. Mírame, no lo hagas, por favor.

Las palabras la atravesaron. Recordó a Iván con diez años, riéndose en el jardín con Guillermo, los dos empapados con pistolas de agua. Recordó la primera vez que los vio cogidos de la mano, adolescentes torpes que no sabían cómo ocultar lo evidente. Recordó las cenas en casa, las bromas, la confianza. Y ahora lo tenía atado frente a ella, esperando que fuese ella quien lo destrozara. Quiso correr hacia él, abrazarlo, gritar que aquello era un error monstruoso. El cuerpo no obedeció. El miedo, viejo y nuevo, le clavó los pies al suelo. Se llevó una mano al corazón: ahí dentro estaba lo único que importaba de verdad, Guillermo. Guillermo a salvo, Guillermo con futuro, Guillermo sin oler la ruina, sin escuchar nunca la palabra embargo, sin mudanzas de madrugada, sin el rumor de que su madre había caído. Guillermo riendo en la cocina, con harina en la nariz y la mirada fija en Iván. La imagen la atravesó como un cuchillo.

—No... no puedo. No a él. —Se llevó las manos a la cara, temblando—. Lo he visto crecer. Ha dormido en mi casa. Ha llamado a mi puerta desde niño. No puedo, no puedes pedirme esto.

Héctor la miró como se mira a alguien que ya ha sido medido.

—Claro que puedo. Te lo pido y te lo exijo. O lo haces tu o lo hacemos nosotros. Y si lo hacemos nosotros, te vas de aquí sin empresa, sin casa y sin hijo. Y él —inclinó la cabeza hacia Iván— tampoco saldrá de esta sala. No tienes otra opción.

El horror de aquellas palabras se le quedó vibrando en los oídos: «No tienes otra opción». Se le helaron las manos. Miró a Iván, miró el metal en la mesa: un cuchillo de hoja estrecha, sin adornos, unas bridas nuevas, una toalla limpia, un cuenco con agua, guantes. Nada ritual, nada teatral y precisamente por eso, peor.

—Héctor... —intentó una última vía—. Pedidme lo que queráis a mí. Trabajo, rutas, contratos. Sé abrir puertas. Dejadlo ir.

Héctor sonrió como se sonríe a un niño que ha hecho una pregunta ingenua.

—Esa clase de puertas no nos interesan esta noche. Esto va de ti, de si perteneces o no.

El Apóstata, de pie en la sombra, dejó caer una sola frase, casi un rezo:

—Hazlo, si no lo haces, será peor, lo mataremos igual. Y a ti también, y a Guillermo.

El nombre de su hijo le atravesó como un cuchillo. Natalia sintió un mareo, dio un paso hacia la puerta, pero dos hombres le cerraron el paso, estaba atrapada.

Se apoyó en la mesa. El cuchillo estaba allí, brillando bajo la luz amarilla. No quería tocarlo, no quería ni mirarlo. Natalia extendió la mano, temblando. El mango de madera le quemó los dedos. Lo levantó y lo dejó caer de nuevo, incapaz de sostenerlo.

—No puedo.

Héctor la empujó con suavidad hacia Iván. Iván la miraba, no con odio, con un dolor inmenso, pero sin odio.

—Dile a Guillermo... —se interrumpió, respiró hondo—. Dile que lo quiero.

Natalia rompió a llorar. Sollozos descontrolados, convulsos, de animal herido.

—No me hagas esto, Iván. No me lo hagas tú también.

Le temblaban las rodillas, sus manos no sujetaban bien el cuchillo, la hoja se balanceaba. Héctor inclinó la cabeza.

—Hazlo ya.

—No —susurró—. No, por Dios.

Iván volvió a hablar, más bajo.

—Natalia, no lo hagas. —Tragó con dificultad—. Te lo suplico, dejadme ir, yo no diré nada de esto a nadie.

Natalia cerró los ojos. El mundo se quedó reducido a la palma de su mano en el vientre y al cuchillo sobre el metal. Respiró hondo, una vez. Se dijo que estaba salvando a su hijo. Se dijo que no había salida. Se dijo que, si no lo hacía, no vería a Guillermo cumplir años ni estudiando ni amando a nadie. Se dijo mil mentiras y una sola verdad: que el miedo puede más que la vergüenza. Abrió los ojos y alargó la mano. El mango le quemó la piel.

—Vamos —ordenó Héctor, sin apremio, con la calma de quien dirige una cata.

Natalia dio dos pasos torpes, Iván cerró los ojos un segundo.

Los hombres que custodiaban la sala le aflojaron un poco la correa del brazo derecho a Iván. Héctor hizo un gesto mínimo. Ella entendió: primero, el dolor. Luego, la prueba.

Se acercó, podía oler el miedo, podía oír su corazón en los oídos. Apoyó la mano izquierda en el reposabrazos para no caerse. Con la derecha, alzó la hoja. El pulso le vibraba, tanto que temió que soltaría el mango. No quería mirarle los ojos y, al mismo tiempo, necesitaba hacerlo. Lo miró, él la miró también, en ese segundo, antes del primer corte, se dijeron todo lo que no se podían decir allí.

—Perdóname —dijo ella, y sonó como si la palabra le desgarrara la garganta al salir.

Hizo la primera marca en el antebrazo, superficial, un trazo recto que abrió la piel sin florituras. Iván contuvo el grito, los músculos se le endurecieron. Ella apretó la boca para no llorar, para no pedir ayuda como una niña. El Apóstata, detrás, movió levemente la cabeza: seguía el ritual, lo aprobaba. Héctor no pestañeó.

—Otra vez—ordenó.

La segunda cortó más hondo. Un sonido ronco se escapó de Iván, una mezcla de rabia y dolor que rebotó en las paredes desnudas. Natalia apretó más el mango para que no se le cayera. Pensó: *ya está, ya está*. Pensó: *para*. Escuchó su propio pensamiento diciendo *sigue*.

—Basta —dijo Iván—. Basta, por favor.

Héctor la miraba, paciente, esperando que el miedo subiese un escalón más.

—Ahora —dijo—. Termínalo.

El silencio que siguió le pareció interminable. Natalia no supo cuánto tiempo estuvo clavada en el suelo. Notó un mareo, buscó la voz de su hijo en algún lugar limpio de la memoria y la encontró riendo en el jardín, volviendo a casa del instituto. Se obligó a respirar, acercó el cuchillo al pecho de Iván con movimientos cortos, torpes.

Natalia alzó el cuchillo con la mano temblándole con rabia. Rabia por todo lo que se le había ido acumulando en el pecho desde que había entrado allí. Pensó en su hijo, pensó en la cara de Iván riéndose otras veces, en la confianza rota.

Hundió la hoja con un movimiento torpe, desordenado, sin la precisión que había imaginado. Iván reaccionó con un espasmo brusco, un sonido áspero que le atravesó el oído. Natalia sintió el impacto en el brazo, la resistencia del cuerpo.

La frustración le estalló dentro. No tenía que ser así, no se acababa así. Retiró la hoja y volvió a clavarla, más fuerte, con un gemido que le salió sin darse cuenta. Esta vez no pensó, empujó hasta que el cuerpo cedió, hasta que dejó de moverse.

Se quedó allí un segundo de más, respirando a trompicones, con la mano ardiéndole y una náusea espesa subiéndole por la garganta. Cuando dio un paso atrás, Iván ya no estaba, solo estaba su cuerpo y solo quedaba el peso de lo que acababa de hacer.

Nadie aplaudió, nadie dijo «bienvenida». Solo se oyó el propio latido de Natalia y un murmullo profesional, casi burocrático: «el cuerpo», «la bolsa», «la puerta lateral».

Se arrojó al suelo, de rodillas, suplicando.

—Os lo ruego, por favor... que no lo eliminen ni lo hagan desaparecer. Que lo encuentren, que lo entierren, que su madre pueda llorarlo, que Guillermo no viva toda su vida preguntándose dónde está. ¡Por favor!

Las lágrimas le caían a borbotones, empapándole la cara, mezclándose con la sangre en sus manos. Se arrastró por el suelo hacia Héctor, agarrándole la pierna.

—Te lo ruego, que lo encuentren, que haya un cuerpo, que lo entierren.

Héctor la miró largo rato, como calculando hasta dónde dejarla arrastrarse. Finalmente hizo un gesto mínimo con la mano.

—Llamad a quien corresponda.

Los hombres asintieron, Natalia no entendió si era un sí, si era solo un retraso antes de deshacerse de él, si era una concesión mínima. No importaba, se agarró a esa posibilidad como a un clavo ardiendo.

Se incorporó con dificultad, tenía la cara bañada en lágrimas, las manos manchadas de sangre, la garganta en carne viva de tanto gritar. El cuerpo de Iván yacía inerte, rodeado de hombres que ya se movían con eficiencia mecánica.

Natalia lo miró una última vez, no vio al joven torturado, vio al niño que había entrado en su casa con los zapatos embarrados, riéndose junto a Guillermo. Vio al chico que la había llamado «señora» con una sonrisa tímida. Vio a un hijo más. Y supo que ella misma lo había destruido. Apretó los ojos, quiso borrar a sí misma, desaparecer con él, pero no pudo. Se inclinó hacia Iván, los hombres habían aflojado las correas, le acomodó la cabeza, torpemente, con el cuidado de una madre, como si con ese gesto pudiera hacer retroceder el tiempo. Le retiró un mechón de pelo de la frente, igual que antes, cuando subía a su casa con Guillermo y se reían en su cocina. Le dijo «perdón» otra vez, muy bajo, y esa palabra se le quedó pegada en los labios.

Natalia sintió un hueco enorme abrirse en el pecho. Recordó a su hijo en la habitación, haciendo los deberes con Iván, viendo películas, riéndose los dos ajenos a todo lo demás. Se dijo que

estaba salvándolo, se dijo que, si alguien descubría aquello algún día, la llamaría monstruo. Se dijo que nada, desde esa noche, volvería a estar en su sitio.

—Vámonos —dijo Héctor.

Caminaron por el pasillo sin hablar. Arriba, la música de la casa sonaba lejana, parecía venir de otro mundo. En el último escalón, Natalia tropezó y apoyó la mano contra la pared. Notó el frío de la piedra. Pensó en Guillermo, pensó en Iván, pensó en el precio.

Cuando la puerta lateral se cerró a su espalda y el coche negro la recogió, entendió que había hecho algo peor que caer: se había empujado a sí misma. Y lo había hecho mirando a los ojos a un chico que confiaba en ella para que no lo hiciera.

50

La llamada llegó de madrugada. Víctor llevaba horas en la sala de espera de la UCI, con un café frío en la mano que ya no recordaba haber comprado, cuando escuchó su nombre.

El médico fue directo. Había un corazón compatible para Leo, el equipo estaba preparado para iniciar el trasplante en cuanto llegara el órgano.

Por un instante no reaccionó. Era la noticia que llevaba meses esperando, la única que podía salvar a su hijo. Se levantó de golpe, sin sentir las piernas, y apenas acertó a asentir.

Lo llevaron hasta la unidad de cuidados intensivos. Leo estaba despierto, agotado, con la piel demasiado pálida. Una enfermera le explicó que lo trasladarían al quirófano. Víctor se inclinó y le habló al oído.

—Vas a ponerte bien, hijo.

Leo le apretó débilmente la mano. No dijo nada más. La anestesista comenzó a preparar la sedación.

El pasillo hasta el quirófano se le hizo interminable. Víctor caminaba junto a la camilla, intentando grabar cada detalle de su hijo en la memoria, temiendo que ese fuera el último momento juntos. Al llegar a la puerta, lo dejaron darle un beso en la frente. Después, la camilla desapareció y la luz roja quedó encendida.

La espera fue lo peor, el tiempo dejó de tener sentido. No había horas, solo un reloj que parecía burlarse de él. La sala de familiares estaba casi vacía, iluminada por fluorescentes. El olor a hospital lo impregnaba todo. Víctor se sentó, se levantó, caminó por el pasillo, volvió a la silla. No encontraba sitio para su cuerpo ni descanso para su cabeza.

Cada vez que alguien con bata cruzaba el pasillo, el corazón se le aceleraba. Una enfermera salió y le informó que Leo ya estaba

dormido y conectado a la máquina que sustituía al corazón y a los pulmones. Habían abierto el tórax y todo estaba estable. Víctor asintió sin poder hablar. La imagen se le clavó en la mente: su hijo en una mesa, con el pecho abierto bajo una lámpara quirúrgica. El pensamiento lo hizo temblar.

La culpa llegó enseguida, sabía cómo funcionaban los trasplantes, sabía de las listas de espera, de los protocolos, de los meses interminables para conseguir un donante. Aquello había llegado demasiado rápido. Se preguntó de dónde había salido ese corazón. La idea lo golpeó con fuerza. Intentó apartarla, pero volvía una y otra vez. ¿Quién había muerto? ¿Qué había hecho esta gente para que ese órgano llegara justo ahora?

Las horas pasaron lentas, como una tortura. Víctor no podía quedarse sentado. Caminaba, volvía, se cubría la cara con las manos. Pensaba en Leo de niño, corriendo por el parque con las rodillas llenas de raspones. Pensaba en Claudia, en cómo habría llorado al verlo intubado. Pensaba en lo que había aceptado. El trato que lo ataba de por vida. Se lo repitió en silencio, mi hijo vivirá, pero yo ya no soy libre.

Otra enfermera salió más tarde para decirle que el corazón donante ya estaba en el quirófano y que todo seguía según lo previsto. Víctor intentó preguntar de dónde había salido, pero la pregunta se le quedó en la garganta, sin salir. Lo importante es que ha llegado a tiempo, pensó. Esa frase lo llenó de rabia y miedo.

Después de muchas horas, un cirujano apareció con la ropa aún manchada. Explicó que el corazón ya estaba implantado, que latía con apoyo de medicación y que lo siguiente era pasar a la UCI. Advirtió que las próximas veinticuatro horas serían críticas, con riesgo de rechazo y complicaciones.

Víctor apenas escuchó más. Solo retuvo una frase: el corazón late.

Cuando lo dejaron entrar en reanimación, se encontró a su hijo sedado e intubado, con un vendaje ancho en el pecho. Drenajes salían hacia bolsas de recogida, tubos y cables lo rodeaban. El monitor marcaba un ritmo nuevo y constante que parecía imposible. Víctor se acercó despacio, con miedo a hacerle daño, y le cogió la mano.

A través de los guantes sintió que la piel estaba tibia. Las lágrimas le brotaron sin control. Lloró por alivio, porque Leo estaba vivo. Lloró de miedo, porque sabía que ese milagro tenía un precio. Lloró por la culpa, porque en algún lugar otra familia estaría rota. Lloró porque entendió que ese corazón era vida para su hijo y condena para él.

Se inclinó hacia él y apoyó la frente en la suya. El respirador soplaba con regularidad y el pitido del monitor repetía el mismo latido una y otra vez. No necesitaba explicaciones, lo entendía mejor que nadie, su hijo vivía.

51

La foto seguía fija en la pantalla. Sara atada, la cara amoratada, los ojos abiertos, clavados en la cámara como pidiendo ayuda desde el otro lado del cristal. Leire apenas respiraba. El estómago se le encogía cada vez que volvía a mirar la etiqueta del extintor en un lateral de la imagen: CAVEDA S.L. – 28053.

—Tiene que ser la clave —dijo Rubén, sin apartar los ojos del portátil—. El número corresponde a un código postal, eso está claro.

Leire se cruzó de brazos.

—¿Y qué hacemos con eso?

—Buscar en qué lugar o local puede estar. Lo vamos a averiguar.

Rubén marcó el número que había encontrado en la página web de la empresa. Puso el altavoz, una voz femenina contestó al tercer tono.

—Extintores Caveda, buenos días.

Rubén cogió las notas que tenía.

—Mire, soy Rubén Ibáñez, inspector de policía. Estoy comprobando un detalle de una de sus etiquetas de revisión. Querría confirmar si el número que aparece corresponde a un código postal.

La mujer dudó.

—¿Qué número, exactamente?

—28053.

—Sí, es Vallecas. Cada zona lleva su código.

Rubén se miró con Leire. Ella cerró los ojos un instante, Vallecas. Al menos era una confirmación.

—¿Podría decirme en qué locales de esa zona tienen ustedes instalaciones revisadas recientemente?

La mujer contestó al instante, la respuesta aprendida de memoria.

—Eso no puedo facilitárselo, son datos de clientes. La ley de protección de datos no me lo permite.

Rubén insistió con voz firme.

—Entienda que hablamos de una investigación.

—Lo comprendo, inspector, pero tiene que pedirlo con una orden oficial.

El tono fue cortante, la llamada terminó ahí.

—Nada.

Leire dio un puñetazo en la mesa.

—Hijos de puta.

Se levantó y empezó a caminar de un lado a otro, sentía que el tiempo se escapaba.

—Puede que ni siquiera esté en Vallecas —añadió Rubén—. El extintor pudo ser trasladado, reutilizado, comprado de segunda mano. No tenemos la certeza de que la foto se corresponda con esa zona.

Leire se detuvo en seco.

—Entonces estamos en un callejón sin salida.

Rubén asintió despacio.

—Por ahora.

El timbre sonó poco después. Regina y David entraron al piso. Ella tenía la mirada cansada, con los ojos rojos, aún llevaba la imagen de su madre perdida en la calle grabada en la retina.

—¿Cómo está? —preguntó Leire, en cuanto la vio.

—Con Ángeles, la vecina, son amigas de toda la vida. Vive puerta con puerta y se quedará con ella mientras yo... —se interrumpió—. Estará mejor allí que sola.

Leire asintió, nadie la juzgaba. Sabían que Regina estaba rota por dentro.

David dejó el abrigo en la silla y encendió un cigarro. La ceniza temblaba en su mano.

—¿Qué habéis sacado?

Rubén resumió la llamada con Caveda. Confirmado: el número era el código postal de Vallecas. Pero la empresa no daría la lista de clientes sin orden oficial.

—Así no vamos a ninguna parte —dijo David, con un tono cargado de rabia.

Leire lo fulminó con la mirada.

—¿Tienes una idea mejor?

—Lo que sé es que estamos perdiendo tiempo. Y Sara se queda sin tiempo cada minuto que pasa.

Leire se le encaró.

—No me lo digas como si no lo supiera.

Regina intervino antes de que la tensión explotara.

—Rubén tiene razón. Sin una orden no van a soltar nada.

Rubén suspiró.

—He pensado en Roldán.

El nombre quedó flotando entre ellos.

—El comisario —aclaró—. Lo pedirá como una inspección rutinaria de seguridad, nadie sospechará.

David soltó el humo del cigarro con desprecio.

—¿Y si no es tan limpio como pensáis?

—Lo es —replicó Rubén—. Y es lo único que tenemos.

El silencio volvió a la habitación.

Mientras Rubén hablaba, había abierto el portátil de Regina. Llevaba horas intentando rastrear el origen del correo que contenía el vídeo de Samuel. Tecleaba, repasaba registros, buscaba trazas que pudieran haberse escapado. Cerró de golpe.

—Nada, lo han borrado bien. Ni una dirección IP. Ni un rebote reconocible.

Regina se dejó caer en el sofá.

—Un muro tras otro.

—Estamos en un callejón sin salida —añadió David.

Leire golpeó la mesa.

—Pues habrá que abrirlo a hostias.

Nadie respondió.

Hablaron entonces de Yasmina, la becaria. Regina explicó que estaba trabajando desde dentro de la redacción, abriendo expedientes viejos, cruzando archivos, sacando lo que podía sin levantar sospechas.

—Ya te he dicho que es arriesgado —dijo David.

—Lo sé —replicó Regina—, pero hasta ahora ha sido útil. Y mientras nosotros estamos aquí atascados, alguien tiene que seguir tirando de esos hilos.

Rubén asintió.

—Que siga buscando, pero con cuidado. Si la descubren, no dudarán en eliminarla como a los demás.

El reloj marcaba casi las dos cuando el móvil de Rubén vibró, contestó de inmediato. Escuchó, tomó nota y colgó.

—Roldán ya lo ha movido. Pedirá la lista de clientes de Caveda en el 28053 haciéndolo pasar por un control rutinario. Tendremos la relación en unas horas.

Leire cerró los ojos, horas.

—Puede que Sara no las tenga —dijo, en un susurro.

Regina la miró.

—Las tendrá.

Leire negó con la cabeza, las lágrimas se le acumulaban en los ojos, no pudo contenerlas.

—Cada minuto que pasa es más difícil.

El portátil de Regina lanzó un aviso. Un correo nuevo, remitente desconocido, asunto en blanco.

Ella se quedó inmóvil, el corazón se le aceleró. Abrió el mensaje. Una sola frase y un archivo adjunto.

No perdáis más tiempo. Aquí está la clave.

El silencio fue inmediato en la sala. Regina sintió que le temblaban las manos.

—Tenemos una pista.

52

Guillermo volvió a marcar el número de Iván. La llamada ni siquiera daba tono, directo al buzón, como las anteriores. Apoyó el móvil en la cama, junto al edredón deshecho y la sudadera que Iván solía dejar olvidada allí. Natalia miró la prenda, sabía que si Guillermo la cogía para olerla se partiría en dos, y aun así no se atrevió a retirarla. Se obligó a decir algo antes de que su hijo volviera a intentar otra vez lo imposible.

—Ya sabes que a veces se queda sin batería —dijo, intentando que sonara natural—. Seguro que pronto dará señales de vida.

—Tiene el teléfono apagado desde ayer por la tarde —dijo Guillermo, sin levantar la cabeza—. No ha vuelto a casa y sus padres tampoco saben nada.

—¿Has probado con Marcos? —Natalia sentía que la voz le salía levemente impostada—. O con Diego, a veces se van con las bicis.

—Ya le he escrito a todos, nadie lo ha visto.

Quiso ponerle una mano en el hombro, le temblaban los dedos, pero no lo hizo.

—Me voy a la comisaría —añadió Guillermo, de golpe—. Sus padres van de camino, me han dicho que vaya con ellos.

Natalia notó cómo se le encogía el estómago. Cada vez que Guillermo nombraba a los padres de Iván sentía que la piel se le desgarraba por dentro. Quiso decirle que no hacía falta, que esperara un poco más, que a lo mejor Iván aparecía de repente. Pero sabía que esas frases vacías no iban a servirle de nada, se obligó a asentir, con el gesto más sereno que pudo fingir.

Entraron en comisaría sin disimular el derrumbe. La madre de Iván llevaba la cara empapada, el pelo pegado a la frente y la respiración entrecortada, incapaz de articular más de dos palabras seguidas. El padre entró con paso firme, casi empujándola, con esa mezcla de

rabia y miedo que le tensaba el cuerpo. Guillermo los seguía con la mirada perdida, apretando el móvil en la mano como esperando todavía un milagro. Natalia cerraba el grupo, intentando aparentar calma por su hijo aunque por dentro sentía que las piernas no le respondían. Fueron directos al mostrador, sin necesidad de hablar entre ellos: venían a denunciar lo que ya nadie podía negar, que Iván no había aparecido desde el día anterior.

—¿Nombre del desaparecido? —tecleó el agente, sin brusquedad—. ¿Fecha de nacimiento?

La madre dio los datos con la voz rasgada. El padre sacó una foto impresa en casa, Iván sonriendo con una mochila colgando de un hombro. El agente la escaneó y la incorporó al atestado.

—Vamos a abrir diligencias por desaparición —explicó—. Se cursará la circular interna con la foto para que las patrullas pregunten por la zona. Paralelamente, damos verificación hospitalaria y de urgencias. Necesito que me autoricen por escrito a acceder a redes y nube —miró a los padres—. Mensajes, ubicaciones, lo que tengamos que mirar.

Ambos firmaron. Añadió:

—Para obtener tráfico de llamadas y celdas hace falta autorización judicial. Se solicita ya, por ser menor. Cuando tengamos antenas podremos ubicar la última señal. Si el terminal ha estado apagado desde ayer, nos dará la última conexión. Mientras tramito esto, necesito que me cuenten todo lo que recuerden de la última vez que fue visto, ropa con la que salió de casa, si se llevó llaves, dinero, cargador. Y me gustaría hablar con sus amigos, con los profesores si han notado algo...

El agente seguía el protocolo con una calma que dolía. Les habló de valoración de riesgo, de que si aparecía un indicio de peligro inminente la investigación se reforzaba, que la Alerta Amber solo se activaba en secuestros o riesgo extremo y con datos concretos que lo sostuvieran, que, de momento, trabajaban con la hipótesis más amplia posible. Pidió teléfonos de amigos, horarios, rutas habituales. Al final, levantó la vista y, con un gesto más humano que funcionario, resumió:

—Aunque os parezca una tontería, cualquier detalle puede ayudar —dijo el agente—, si falta alguna prenda, si se llevó cosas que no suele llevar, si en los últimos días le habéis notado distinto. Todo eso cuenta. Y, sobre todo, no os quedéis con dudas en casa. Llamadnos para lo que sea.

Asintieron sin fuerzas. El agente les entregó la copia de la denuncia y los acompañó hasta la puerta. Ninguno de los cuatro dijo nada, caminaban sin terminar de creer que acababan de poner una denuncia por desaparición.

En el coche, nadie habló. La madre de Iván miraba hacia delante sin parpadear, el padre conducía con la vista fija en la carretera y Guillermo apretaba y soltaba el móvil en el regazo. Natalia se aferraba al bolso, buscando no deshacerse allí mismo.

—Vamos a encontrarlo —dijo al fin, en voz baja, intentando sonar firme.

No añadió «vivo». La palabra se le quedó atascada en la garganta y prefirió callarla antes de romperse delante de todos.

En casa, Natalia llevó a la cocina a los padres de Iván. Puso café y agua. El padre sacó una libreta y empezó a escribir cosas para no volverse loco: nombres de amigos, números, sitios posibles. La madre cogió la taza con las dos manos y susurró sin mirar a nadie:

—A lo mejor se ha quedado en casa de algún amigo. Sin batería y sin avisar —dijo aferrada a una mínima esperanza.

—Puede ser —mintió Natalia, consciente de que lo decía solo para que Guillermo no se deshiciera allí mismo.

Guillermo cruzaba el salón con el móvil en la oreja. Iba tachando nombres de la lista mental de amigos: Marcos no sabía nada, Diego tampoco; uno del equipo contestó que la última vez lo vio bien, pero no se quedó a la segunda hora; un compañero del instituto dijo que lo notó raro; la novia de Marcos repitió que no había hablado con él. Cada llamada era un muro.

—Voy a hacer una lista —dijo el padre de Iván, sacando un bolígrafo—. Que cada uno piense en sitios que no hayamos tenido en cuenta. Cualquier detalle: tiendas donde suelen quedar, parques, algún descampado, una pista.

—Voy a mandar la foto a SOS Desaparecidos —se escuchó decir Natalia—. Y a QSD. También la pondré en los grupos de vecinos. No es oficial, pero a veces ayuda a moverlo más rápido.

Se oyó a sí misma como desde fuera, como si hablara otra persona. La cabeza le devolvió de golpe la imagen de Iván en su cocina con Guillermo, los dos riéndose con harina hasta en el pelo. Tuvo que apoyarse en la encimera para no doblarse. *Yo misma apagué esa risa para siempre, pensó.*

53

La tarde había caído sobre el salón con un peso extraño. El correo estaba abierto en el portátil de Regina y ninguno se atrevía a apartar la vista de la pantalla. El mensaje era tan breve que daba miedo:

Nave 14. Polígono San Cristóbal, Vallecas. Entrada trasera. Dos hombres dentro.

Y, junto al texto, tres fotos adjuntas. Sara aparecía en todas. Atada, la cara hinchada, el labio partido. En una estaba tumbada en un colchón sucio; en otra, encogida contra una pared; en la última miraba a la cámara, exhausta.

Nadie habló en un primer momento. Leire sentía cómo le zumbaban los oídos. Sabía que esas imágenes podían ser reales, pero también podía ser un cebo. Lo que más miedo le daba era que, si caían en la trampa, ella sería la que firmaría la sentencia de Sara.

—¿Y quién coño nos está mandando esto? —preguntó al fin David, rompiendo el silencio—. ¿Qué clase de aliado hace fotos así y las envía con una dirección?

—Puede ser alguien de dentro que intenta ayudarnos.

—O alguien que quiere rematarnos —respondió Leire, y notó cómo la voz se le quebraba—. No sabemos quién es ni qué pretende. ¿Y si nos llevan directos a una emboscada?

Rubén la miró con firmeza.

—Sea quien sea, nos ha puesto en el punto más cercano en el que hemos estado. Tenemos una dirección, ya os enviaron otra y pudisteis sacar mucha información, quien sea, nos está guiando y no podemos ignorarlo, no podemos seguir jugando a escondernos.

Leire negó con la cabeza, los ojos enrojecidos. Se hizo un silencio incómodo. Hasta Regina bajó la mirada. El miedo no era irracional. Sabían que incluso en la policía había nombres contaminados.

Leire dudó unos instantes, el pensamiento la golpeaba una y otra vez: alguien los estaba llevando de la mano, pero no sabían quién. Y si se equivocaban, Sara pagaría con su vida. Rubén se levantó con decisión.

—Voy a llamar a Roldán ya de una vez. Si hay alguien en quien puedo confiar, es él. Le voy a mandar todo, que lo vea con sus propios ojos, y después que decida.

Salió al pasillo con el teléfono, el murmullo de su voz se mezclaba con el silencio tenso del salón. Leire no apartaba los ojos de las fotos, quería creer que Sara aún resistía, que detrás de esa mirada cansada seguía viva. Pero la duda le quemaba por dentro. Cuando Rubén volvió, tenía la expresión seria.

—Ya está hecho, le he explicado todo, le he mandado las pruebas, lo está revisando. Vendrá con dos hombres de su total confianza, nos recogerá esta noche.

Nadie contestó, solo se escuchó el tic tac del reloj y la respiración entrecortada de Leire, que sentía que cada minuto era un clavo más en el ataúd de Sara si algo salía mal.

El coche de Roldán apareció poco después de que anoheciera. Conducía él mismo, acompañado por dos agentes de paisano. Nadie habló en el trayecto. El silencio era tan pesado que se oía cada respiración contenida. Leire se mantenía rígida, con las manos apretadas juntas, incapaz de pensar en nada que no fuera la imagen de Sara en esas fotos. El miedo no la abandonaba: ¿y si era una trampa? ¿y si al confiar en Roldán se equivocaban y todo acababa peor? Cada curva del camino era un paso hacia lo desconocido.

El polígono industrial estaba casi desierto. Una fila de naves apagadas, persianas oxidadas y basura acumulada en las aceras. La nave catorce se distinguía por una puerta lateral con una bombilla mortecina que iluminaba lo justo.

No hubo palabras de más. Roldán y sus hombres actuaron con la rapidez de quien sabe lo que hace, en segundos, la entrada estaba abierta y los dos hombres que vigilaban dentro, reducidos contra el suelo, esposados. Ni un disparo, ni un grito. Solo el ruido metálico de las esposas cerrándose.

Rubén y Leire cruzaron el pasillo al fondo de la nave. Olía a humedad y tabaco rancio. Una puerta de chapa cerrada con un cerrojo oxidado les esperaba. Leire no dudó, empujó, y la hoja se abrió con un chirrido.

El haz de una linterna iluminó la celda improvisada, Sara estaba en el suelo, encogida contra la pared, con los brazos atados. Levantó la cabeza despacio, con un gesto pesado, agotado.

Leire se arrodilló de inmediato. Con manos temblorosas cortó las bridas y, en cuanto cayeron al suelo, la abrazó con toda la fuerza que le quedaba. Sintió su cuerpo débil, tembloroso, y el olor agrio de los días de encierro. El llanto brotó en ambas al mismo tiempo.

—Sabía que vendrías —susurró Sara, apenas audible.

Leire la apretó contra sí, besándole la frente, las sienes, el pelo húmedo.

—Perdóname por no estar aquí, por no haber podido evitar todo esto. Perdóname por no haber estado contigo cuando más me necesitabas.

Sara negó con la cabeza, con lágrimas rodándole por las mejillas.

—No me pidas perdón... yo solo quería volver a verte.

Leire le acarició la cara con las dos manos, con ternura desesperada. La voz se le quebraba.

—Sé lo del embarazo... Lo siento, lo siento por no haber estado contigo en ese momento tan importante. Tenías que haberme tenido a tu lado, y no estuve.

Los ojos de Sara se abrieron aún más, empañados por el llanto. Leire la sostuvo, con miedo de romperla.

—Pero a partir de ahora no me separaré de ti ni un segundo, te lo prometo. Vamos a salir adelante, los tres. Tú, yo y nuestro bebé.

Sara rompió a sollozar, enterrando la cara en el cuello de Leire.

—Tengo miedo... —susurró—. Me han pegado, me han golpeado. Y no sé si...

Leire la abrazó con más fuerza, protegiendo su vientre con el propio cuerpo.

—Lo vamos a comprobar en el hospital. Y vamos a luchar, pase lo que pase yo estaré contigo, siempre.

Sara se aferró a ella, con la poca fuerza que le quedaba. Entre lágrimas y temblores, las dos se quedaron unos segundos en un silencio roto solo por la respiración entrecortada.

La envolvieron en una manta térmica, Leire no la soltó ni un instante. La ayudó a salir de la nave, casi cargándola, mientras Rubén y los agentes escoltaban la salida. La subieron a un coche oficial. En el asiento trasero, Sara se recostó sobre el pecho de Leire. Ella no dejaba de acariciarle el pelo, de repetirle en voz baja frases entrecortadas, como un rezo:

—Ya pasó, mi amor. Te tengo conmigo. Vamos al hospital. Te van a cuidar. Van a cuidar de los dos.

Sara cerró los ojos, agotada, pero aún con lágrimas en las mejillas. Una de sus manos buscó la de Leire y la apretó débilmente.

El coche arrancó en silencio, alejándose del polígono. Roldán y Rubén se quedaron atrás, junto a los dos hombres esposados. El comisario los miró con frialdad.

—Esto no ha hecho más que empezar —dijo—. Vamos a seguir tirando del hilo hasta que caigan todos.

Rubén asintió, sabía que aquella noche habían ganado una batalla, pero la guerra estaba todavía por librarse.

54

La llamada llegó poco después de las once. El padre de Iván contestó y se quedó en silencio, solo asintiendo. La madre lo miraba, esperando una palabra que no llegaba. Cuando colgó, no habló durante unos segundos.

—Han encontrado un cuerpo —dijo al fin, y la voz le tembló como nunca.

La madre se llevó la mano a la boca.

—¿Cómo que un cuerpo? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Está vivo? ¿Qué ha pasado?

El padre negó despacio con la cabeza, con los ojos vidriosos.

—La policía dice... que es un chico joven. Que coincide con la descripción de Iván y con algunas de sus pertenencias. —Tuvo que hacer una pausa para poder seguir—. Está muerto, parece que ha sido una muerte violenta.

La madre gritó, no fue un llanto, fue un alarido desgarrado, animal, como si le hubieran arrancado algo de dentro. Se desplomó contra la silla y se tapó la cara con ambas manos, temblando de arriba abajo. Guillermo, que estaba en el pasillo, corrió hasta la cocina.

—¿Qué ha pasado? —preguntó, con los ojos abiertos de par en par.

El padre lo miró a los ojos, intentando sostenerse, pero las palabras le salieron rotas.

—Han encontrado un cuerpo, podría ser Iván.

Guillermo se quedó quieto, dos segundos de piedra, luego se agarró al borde de la mesa, buscando algo a lo que sujetarse.

—No... —susurró—. No, no, no.

El llanto le explotó de golpe, descontrolado, un sollozo profundo, que lo dobló por la mitad. Se llevó las manos a la cara y se

derrumbó en el suelo, gritando entrecortado, como un niño pequeño.

Natalia lo abrazó por detrás, intentando sostenerlo, llorando ella también, con la cara empapada. No podía ocultar nada: el dolor, la rabia, la culpa. Lo apretó contra su pecho con tanta fuerza que casi le faltaba el aire.

La madre de Iván, destrozada, se levantó y fue hacia Guillermo. Lo rodeó con sus brazos y lo acunó como a su propio hijo. Le besó la cabeza, sollozando con él.

—Sé lo que erais —dijo, con la voz rota, las lágrimas cayéndole por la barbilla—. Sé lo que significabais el uno para el otro. Mi hijo te quería, Guillermo, y sé que tú le querías a él. Ahora vamos a estar juntos en todo esto, juntos.

Guillermo lloraba con la cara hundida en su regazo, incapaz de responder. El padre los miraba, con los ojos enrojecidos y húmedos, pero sin derrumbarse del todo: alguien tenía que mantener la vertical aunque por dentro estuviera en ruinas.

—Hay que ir a comisaría —dijo, apenas audible—. Tenemos que ir.

Nadie contestó, solo el sonido de tres personas llorando al mismo tiempo llenaba la casa.

En comisaría los recibieron en un despacho pequeño, sin ventanas. El inspector habló en voz baja, midiendo cada palabra. Les explicó que el cuerpo estaba en el Instituto de Medicina Legal, que habían encontrado objetos que coincidían y que era necesario el reconocimiento.

Las palabras sonaban lejanas, como si alguien las dijera desde el fondo de un túnel. La madre lloraba rota de dolor, con un pañuelo empapado entre las manos. El padre asentía, la mirada fija en el suelo. Guillermo estaba encogido en la silla, los hombros sacudiéndose. Natalia no podía dejar de llorar, en silencio, con la cara bañada en lágrimas, con el corazón hecho un puño.

El inspector les enseñó una bolsa de plástico transparente. Dentro, una pulsera de cuero. La madre la reconoció al instante y un gemido agudo, insoportable, le salió de la boca. Guillermo se tapó los oídos con las manos, intentando no oír ese grito. Natalia lo abrazó con todo su cuerpo.

—Quiero verle —dijo el padre, y la voz sonó áspera y baja.

Guillermo levantó la cabeza, con los ojos hinchados.

—Yo también.

Nadie fue capaz de negárselo.

El pasillo del Instituto de Medicina Legal parecía interminable. La luz era blanca, excesiva. Un funcionario les explicó el procedimiento con delicadeza. Natalia no escuchó más de dos frases: «si no se sienten con fuerzas...», «pueden reconocer también por efectos personales...» No tenía sentido, los tres estaban decididos.

Ella se quedó fuera, apoyó la espalda contra la pared y sintió que se le doblaban las piernas. Desde dentro llegaron unos pasos, un suspiro, el sonido metálico de una camilla. Y luego, silencio.

Cuando salieron, ya no eran los mismos. El padre iba rígido, con los ojos enrojecidos pero sin lágrimas. La madre lloraba a borbotones, como si se le hubiera abierto una presa. Guillermo estaba tan pálido que parecía enfermo; caminaba como si le hubieran arrancado algo del pecho. Natalia los abrazó de uno en uno, y con Guillermo se quedó más tiempo, sosteniéndolo contra sí mientras pensaba, sin poder apartar la idea: *yo lo maté, y ahora estoy aquí consolando a mi hijo.*

En casa, el silencio era insoportable. Guillermo se encerró en su cuarto y se tiró en la cama, llorando con la almohada empapada. Natalia se sentó en el suelo, al otro lado de la puerta, abrazándose las piernas, escuchando los sollozos de su hijo y llorando ella también, sin poder parar.

Se dijo en voz baja, casi sin aire:

—No sé si podré con esta culpa. No sé si podré vivir con este secreto.

Ese pensamiento la atravesó como un cuchillo y fue lo último que se dijo antes de romperse por completo.

55

Víctor empujó la puerta despacio, temiendo interrumpir algo importante. La habitación estaba en silencio, demasiado ordenada, con la cama despejada y las sábanas estiradas, pero lo que le golpeó de verdad fue la escena que se encontró nada más entrar, Leo no estaba en la cama.

Junto a la ventana, sostenido por el brazo de una enfermera, su hijo se mantenía erguido, con las piernas todavía inestables. El pijama le quedaba grande y tenía el rostro cansado, pero en los ojos llevaba una luz que hacía semanas no veía.

—¡Papá! —gritó al verlo.

Víctor se quedó clavado. Notó un vuelco extraño, a medio camino entre el alivio y la incredulidad. Dio un par de pasos hasta ellos y la enfermera, sonriendo, soltó poco a poco a Leo para que avanzara solo. El niño titubeó, dio un paso inseguro y se lanzó a los brazos de su padre. Víctor lo sostuvo contra su pecho con una mezcla de miedo y felicidad que lo desbordaba.

—Mírate... —le susurró al oído—. De pie, campeón.

Víctor lo abrazó con fuerza, temiendo que aquel cuerpo tan frágil se deshiciera entre sus brazos. Leo se separó un poco, apoyado en él, con el rostro encendido por el esfuerzo.

—Ya no me mareo, papá. Solo un poco —dijo con una sonrisa tímida.

La risa que le salió después era ligera, breve, pero para Víctor fue un terremoto. Llevaba meses soñando con escucharla de nuevo. El corazón se le desbordó en el pecho y tuvo que morderse el labio para no romper a llorar delante de él.

—Anda, vamos a la cama —dijo la enfermera, con esa paciencia de quien sabe que cada paso es una victoria—. No te pases de listo.

Lo acomodaron despacio. Víctor se sentó a su lado, sin soltarle la mano ni un segundo. Leo cogió el avión rojo de la mesilla, lo levantó con gesto solemne y lo hizo girar, torpe, como creyendo que volaba de verdad.

—¿Sabes qué voy a hacer cuando me den el alta? —preguntó, con los ojos encendidos.

—Dime.

—Voy a correr, quiero volver al parque y ganar a todos. —Se rio solo de pensarlo—. Y luego iremos a la playa. Me tienes que enseñar otra vez a bucear, que ya no me acuerdo. Y cogeremos cangrejos, como hacíamos con mamá.

Víctor asintió, forzando el gesto.

—Lo haremos, campeón. Lo haremos todo.

Leo se quedó callado un instante, mirando el avión. Después bajó la voz.

—¿Tú crees que mamá me verá correr?

Víctor sintió que algo se le desordenó por dentro. Le faltaron las fuerzas un momento, le acarició el pelo con cuidado, intentando sostener lo único que aún podía sostener.

—Claro que sí —susurró, conteniendo las lágrimas—. Mamá te ve siempre. Y cuando corras, cuando bucees, estará más orgullosa que nunca.

Leo lo miró con una mezcla de inocencia y certeza que le heló la sangre.

—Entonces voy a correr más que nadie —dijo, apretando el avión contra el pecho—. Para que esté muy contenta.

Víctor bajó la cabeza, incapaz de sostener esa mirada. Le besó la frente y cerró los ojos con fuerza. No quería que su hijo le viera llorar, pero era imposible. Dos lágrimas gruesas cayeron sobre la sábana blanca.

Leo, sin darse cuenta, siguió jugando, moviendo el avión por el aire con una ilusión que a Víctor le resultaba insoportable y, al mismo tiempo, lo único que le mantenía en pie.

El móvil vibró en el bolsillo de su chaqueta. Lo notó como un escalofrío. Se levantó con una sonrisa forzada.

—Vuelvo enseguida, campeón.

Salió al pasillo. Contestó.

—¿Diga?

—¿Es usted Víctor Castellano? —preguntó una voz firme, sin titubeos.

—Sí... ¿quién es?

Una pausa breve, cargada de intención.

—No hace falta que lo pregunte, sabe perfectamente quiénes somos.

Se quedó mudo un instante.

—¿Qué... qué quieren?

—Antes de nada, díganos, ¿cómo está su hijo?

Víctor cerró los ojos. Podía ver a Leo dentro de la habitación, riendo con el avión rojo en las manos.

—Muy bien, está mejor que nunca. —Le tembló la voz, pero añadió—: Gracias. Gracias por todo lo que han hecho.

La respuesta llegó inmediata, sin matices:

—Entonces ha llegado el momento de pagar ese corazón.

Víctor sintió que la sangre le bajaba de golpe. Notó las manos frías, el estómago encogido. Aquella frase lo atravesó, ya no era una deuda abstracta, era ahora.

—¿Qué... qué tengo que hacer? —preguntó en un susurro.

—Muy pronto recibirá instrucciones. Pilotará un avión privado, llevará a alguien muy importante.

El corazón le golpeaba en las sienes.

—¿Quién? —se atrevió a preguntar.

—No necesita saberlo. La única pregunta que debe hacerse es si quiere que su hijo siga vivo.

El silencio pesó como un disparo, Víctor apoyó la frente en la pared.

—Haré lo que me pidan... pero no le hagan daño.

—Eso depende de usted, cumpla, y no habrá problema.

La llamada cortada retumbó en su oído como un portazo, Víctor permaneció inmóvil unos segundos, sabía que este momento llegaría, lo había sabido desde el principio. Y, aun así, el miedo lo devoraba, el futuro de Leo ya no estaba en manos de los médicos, sino en las suyas.

Respiró hondo antes de volver a entrar en la habitación, Leo levantó la vista y sonrió, ajeno a todo.

—¿Jugamos, papá?

Víctor se sentó a su lado y cogió el avión. Fingió una sonrisa, incapaz de ocultar el temblor en los dedos. Por dentro, ya sabía que cada segundo de aquella felicidad era un préstamo. Y que el precio estaba fijado.

56

El teléfono vibró, Natalia lo miró, el nombre de la madre de Iván en la pantalla. La respiración se le desordenó un segundo, contestó.

—Natalia... —la voz quebrada apenas podía sostenerse—. El entierro será esta tarde.

Natalia cerró los ojos. Respiró hondo para no desplomarse.

—Sí... —alcanzó a decir—. Allí estaremos.

Colgó. El silencio en la casa era insoportable.

—¿Qué pasa? —preguntó Guillermo desde el sofá, con los ojos enrojecidos y la cara hinchada de llorar.

Natalia miró a su hijo sintiendo el dolor en su mirada.

—Era la madre de Iván... —dijo al fin—. El entierro es esta tarde.

Guillermo la miró un segundo, incrédulo, esperando que rectificara. Luego negó con la cabeza, dio un paso atrás y comenzó a tirarse del pelo con ambas manos.

—No... no, no, no... —balbuceaba—. ¡No puedo, mamá! ¡No puedo despedirme de Iván!

Se tambaleó y cayó de rodillas en mitad del salón. El grito que salió de su garganta fue tan desgarrador que a Natalia se le encogió el pecho. Guillermo golpeaba el suelo con los puños, una y otra vez.

—¡No puedo vivir sin él! ¡No puedo! —lloraba deshecho—. Me duele aquí —se golpeaba el pecho—, me duele el corazón, me duele el alma, me duele todo!

Natalia se lanzó hacia él y lo rodeó con los brazos. Notó su cuerpo convulsionar, los sollozos que le sacudían entero, la respiración entrecortada.

—Hijo... hijo mío... —balbuceaba ella, llorando con él—. Lo sé... lo sé...

Guillermo se revolvió, se apartó de un tirón, se tumbó en el suelo de espaldas, con los brazos extendidos, mirando al techo sin verlo.

El llanto le sacudía como espasmos.

—¡No quiero vivir, mamá! —gritó, con la voz rota—. ¡Quiero irme con Iván! ¡Quiero estar con él, no puedo con este dolor!

Natalia se tumbó a su lado. Le agarró la cara con ambas manos, obligándole a mirarla, aunque las lágrimas le empañaban los ojos.

—Mírame, hijo, mírame... respira conmigo...

Él negaba con la cabeza, se golpeaba las sienes con los puños, quería sacarse el dolor de dentro.

—No puedo... no puedo seguir... —gemía—. Se ha llevado mi vida, mamá.

Natalia lo apretó contra su pecho. Lloraba igual que él, pero intentaba sostenerlo. Sentía la garganta cerrada, el estómago vacío, el peso insoportable de la culpa. *Yo lo maté. Yo he destrozado su vida. Yo soy la culpable de esto.* La frase la quemaba por dentro, pero no la dijo. Solo lo abrazó más fuerte.

Se quedaron los dos en el suelo, pegados, llorando hasta que las lágrimas se mezclaron en la misma piel. Guillermo sollozaba con la cara enterrada en el cuello de su madre. Ella le acariciaba la espalda sin dejar de llorar. El reloj avanzaba hacia la hora en que tendrían que salir, pero nadie se movía.

El tanatorio estaba abarrotado. El olor a flores era sofocante. En el centro, el féretro de Iván. Encima, su bufanda del equipo, una foto de grupo, cartas arrugadas, una pulsera gastada.

Los padres de Iván parecían sombras. La madre apenas podía sostenerse en pie. El padre repetía «gracias» con la voz apagada, sin saber dónde mirar. Cuando vieron a Guillermo, se fundieron en un abrazo con él, los tres derrumbados. Natalia los rodeó también, llorando desconsolada.

Guillermo se sentó en la primera fila. Tenía las manos temblorosas, la mirada perdida mientras se mordía los labios. Natalia se colocó a su lado, le cogió la mano, estaba helada.

Los amigos entraban poco a poco. Algunos dejaban fotos, cartas, camisetas firmadas. Otros no pudieron acercarse y se quedaron en la pared, llorando en silencio. Una chica salió corriendo al pasillo para vomitar. Un compañero apoyó la frente contra el cristal del

féretro y susurró «te quiero, tío» antes de desplomarse contra la pared.

Los profesores entraron serios, rígidos. Una de ellas abrazó a la madre de Iván, que apenas podía sostenerse.

Guillermo se inclinó hacia delante. Se tapó la cara con las manos.

—No puedo, mamá... no puedo... —murmuró.

Natalia lo abrazó, lloraba en su hombro.

—Te quiero, hijo... aquí estoy... no te soltaré.

El padre de Iván se dobló de repente. Apoyó las manos en las rodillas y rompió en sollozos convulsos, brutales. La madre gritó «¡Iván!» con un alarido que paralizó la sala entera. El silencio que siguió fue insoportable.

En el cementerio todo resultaba opresivo. Nadie hablaba, el cortejo avanzaba despacio, el coche fúnebre se detuvo.

Las cuerdas chirriaron al bajar la caja. El padre echó un puñado de tierra. La madre apoyó una mano en la tapa y gritó:

—¡Hijo mío!

Y se desplomó contra su marido. Después vinieron los puñados de tierra de los amigos, los compañeros. Uno tras otro, acercándose al borde del foso: recogían tierra con la mano, algunos la besaban, otros no, y la dejaban caer sobre la madera del ataúd. Guillermo fue el último, cogió una piedra del suelo. La apretó con tanta fuerza que se le clavó en la mano, la besó y la dejó caer sobre la madera.

—Te quiero, Iván —dijo con la voz rota.

Y se derrumbó en la tierra, de rodillas, hundido. Gritó hasta quedarse sin aire.

—¡No quiero vivir! —lloraba—. ¡Me quiero ir con él! ¡No puedo seguir sin Iván!

Natalia corrió hacia él. Lo abrazó desde atrás, intentando levantarlo.

—Hijo... hijo, estoy aquí... —balbuceaba entre lágrimas.

Guillermo se aferraba a la tierra, como si quisiera enterrarse con él. Natalia lo sujetaba con desesperación, rota también, consumida por la culpa, el dolor y la impotencia.

Allí quedaron, madre e hijo, abrazados en el suelo, frente al hueco ya cubierto de tierra. La vida de Iván enterrada. Y la de Guillermo

rota para siempre.

El despacho de Roldán estaba en penumbra, se amontonaban carpetas, informes impresos, fotografías en blanco y negro, recortes de periódicos y una libreta llena de nombres tachados. El flexo proyectaba un círculo de luz amarillenta en ese caos, parecía que el resto de la habitación no existiera.

Ibáñez hojeaba un informe en silencio. Gálvez fumaba de pie, junto a la ventana, nervioso, abriendo y cerrando la persiana con los dedos. Rubén, que se había incorporado días atrás gracias a la insistencia de Leire—después de que ésta se hubiese tomado unos días para cuidar a Sara—, estaba sentado en una esquina, con un bolígrafo entre los dientes, observando cada detalle intentando grabarlo en la memoria.

Roldán llevaba horas repasando lo mismo una y otra vez. Los papeles de Samuel, las carpetas encontradas en la nave, los nombres que Regina había traído, las fotos que David consiguió colar de los ordenadores de la redacción, las notas de Leire y Rubén. Todo estaba allí. Y todo, de alguna forma, conectado.

—Mirad esto —dijo, señalando una de las carpetas abiertas frente a él—. Samuel había anotado reuniones de empresarios con jueces. Al lado, apellidos de periodistas conocidos. Ahora fijaos en lo que encontramos en la nave: mismos nombres, mismos círculos.

Ibáñez se inclinó.

—Y aquí —añadió—, un consejero delegado de un banco. El mismo que Regina encontró vinculado a una sociedad pantalla en la Costa del Sol.

Rubén hojeó sus propios apuntes.

—Lo mismo que yo vi en la documentación de la nave, contratos firmados por personas que luego aparecen en sentencias dudosas. Y

algunos nombres se repiten en los papeles de la redacción de Samuel.

—No es casualidad —dijo Roldán con la voz grave—. No puede serlo.

Gálvez soltó el humo despacio.

—Entonces, ¿qué es? ¿Una mafia? ¿Una secta?

—Todavía no lo sé —admitió el comisario—. Pero sea lo que sea, tiene brazos en todas partes. Jueces, policías, empresarios, periodistas... todos juntos. Y cada vez que alguien intenta destaparlo, desaparece o muere.

Nadie contestó, el silencio se volvió espeso. Roldán cerró una de las carpetas.

—Samuel lo sabía, por eso lo mataron. Y lo de ese chico, Iván, no es un caso aislado: está dentro del mismo patrón. Tortura, humillación, pero en este caso, el cuerpo dejado como un mensaje o como una pista, aun no lo tengo claro. Y lo de Sara, igual, un secuestro y una advertencia, pero que en realidad encaja con lo mismo.

Rubén lo miró con el ceño fruncido.

—Estamos hablando de algo demasiado grande. Si es cierto que hay gente de arriba implicada... no tenemos dónde agarrarnos.

—Precisamente por eso necesitamos pruebas —respondió Roldán—. Y necesitamos que nadie más sepa lo que estamos haciendo. Si esto se filtra, nos borran del mapa.

Ibáñez pasó una página más.

—Mira este nombre —dijo, señalando con el dedo—. Aquí aparece en los papeles de Samuel, y también en la lista de la nave. Y ahora fíjate, lo mismo en la redacción. Tres veces, tres lugares distintos. Y en uno de ellos hay una nota que dice *protegido*.

Roldán apoyó los codos en la mesa.

—Proteger significa que alguien borra, alguien manipula, alguien tapa.

Gálvez apagó el cigarro en el cenicero con gesto brusco.

—Y eso solo se hace con poder, mucho poder.

Fue entonces cuando sonó el pitido del portátil de Roldán. Los cuatro giraron la cabeza a la vez. En la pantalla, un nuevo correo.

Remitente desconocido. Asunto: *Mira donde no quieren que mires.*

Roldán lo abrió. El mensaje era corto, directo: *Revise el atropello del martes en la avenida de la Democracia. Vehículo a la fuga. Mire las cámaras.*

Se miraron en silencio.

—¿Cree que está relacionado? —preguntó Rubén.

—Parece un mensaje demasiado claro como para ignorarlo —respondió el comisario—. Pedid las grabaciones de esa avenida. Tráfico, comercios, gasolineras. Todo. Y que nadie las toque hasta que las veamos nosotros.

Rubén frunció el ceño, algo le chirriaba.

—Comisario... ese atropello se tramitó en su momento, lo cerraron rápido. —Se quitó el bolígrafo de la boca—. En el expediente consta que las cámaras no aportan identificación. Que no se ve matrícula, que no se aprecia al conductor, que la imagen no da para más.

Gálvez soltó el humo por la nariz, tenso.

—Eso es lo que ponen siempre cuando quieren quitarse un muerto de encima.

Roldán no respondió al comentario, alargó la mano.

—Tráeme el atestado, ahora.

Ibáñez ya estaba moviéndose. Sacó una carpeta, pasó páginas con prisa contenida. Leyó en voz alta, como quien escupe.

—Vehículo a la fuga. Cámaras revisadas sin resultado concluyente. Sin datos del autor. Diligencias archivadas. —Levantó la vista—. Está firmado y sellado, cerrado.

Rubén dejó escapar una risa mínima, sin humor.

—Claro, no se veía nada y asunto resuelto.

Roldán clavó los ojos en esa frase, midiéndola en silencio.

—Pues vamos a ver qué es «nada» —dijo—. Pedid el bruto. El original, no el recorte que metieron en el informe. Y vamos a revisar de nuevo todas las imágenes.

Gálvez aplastó el cigarro en el cenicero con demasiada fuerza.

—Si el expediente se cerró así, alguien lo quiso cerrar así.

No hizo falta decir más. Salieron.

La sala de visionado estaba casi a oscuras. En la pantalla apareció la calle vacía, la hora marcada en la esquina inferior. Avanzaron el

vídeo hasta medianoche.

Un coche negro entró en la imagen a toda velocidad. Un hombre cruzaba por el paso de cebra. El impacto fue brutal. El cuerpo rebotó contra el parabrisas y cayó al asfalto sin moverse.

Rubén se tapó la cara con una mano, Ibáñez miró fijamente las imágenes, Gálvez murmuró una maldición.

El coche siguió unos metros y se detuvo. El conductor abrió la puerta, pero justo en el momento en que debía verse el rostro con claridad, la pantalla se volvió negra. Mensaje: *Archivo no disponible*. Gálvez golpeó la mesa.

—Lo han borrado.

Ibáñez revisó los registros. El archivo no estaba dañado: había sido eliminado.

—No es un fallo —dijo—. Alguien lo ha borrado.

Roldán se quedó inmóvil, mirando la pantalla.

—Le están protegiendo. Quien sea, tiene amigos que saben borrar pruebas.

Volvieron al resto de grabaciones. Una cámara de un comercio había captado parte de la escena. El conductor se inclinaba sobre la víctima, miraba alrededor y volvía a subir al coche. El perfil quedaba bajo la luz de la farola.

—Amplía —ordenó Roldán.

La imagen se congeló. El rostro apareció en la pantalla, pixelado pero reconocible.

Ibáñez fue el primero en hablar.

—No puede ser...

Rubén se quitó la mano de la cara.

—Dime que no estoy viendo lo que creo.

Gálvez lo dijo en voz baja, casi un susurro:

—Carlos del Olmo.

El presentador más famoso del país. El que cada noche entraba en millones de casas con gesto solemne. Ahora, en esa pantalla, con el rostro desencajado, huyendo de un atropello.

Roldán lo miró sin pestañear, conocía ese nombre. Lo había leído en los expedientes de Samuel y en las notas de la nave. No era una coincidencia, Del Olmo estaba en la lista.

—Está en los papeles —dijo en voz baja—. Samuel lo había señalado. Y ahora lo tenemos en una grabación.

Rubén se levantó de golpe, paseando por la sala con las manos en la cabeza.

—Si él está implicado, si alguien como él forma parte de esto... ¿hasta dónde llega?

Nadie respondió.

Ibáñez rompió el silencio:

—¿Ordenamos detenerlo?

Roldán negó despacio con la cabeza.

—No, si lo hacemos ahora, saltarán todas las alarmas. Lo han protegido borrando las pruebas. Si damos un paso en falso, los que están detrás limpiarán todo y nos quedaremos sin nada.

El silencio volvió. En la pantalla, el rostro de Carlos del Olmo permanecía congelado, iluminado por la farola. Miraba de reojo, como si supiera que lo habían descubierto.

Roldán arrugo su frente con sus dedos.

—Necesitamos más pruebas. Más conexiones, si vamos a por ellos, tenemos que hacerlo de forma que no quede nadie para cubrirlos.

Los cuatro se quedaron mirando la imagen. La sala enmudeció. Carlos del Olmo no era un nombre en un expediente, era un rostro público, un hombre al que todo el país escuchaba cada noche. Y al verle allí, huyendo, comprendieron que acababan de cruzar una línea de la que no podrían volver.

58

El portátil de Regina seguía encendido, con la pantalla llena de documentos enviados por la becaria desde la redacción. Las carpetas se amontonaban abiertas, recortes impresos, notas escritas a mano y dos tazas de café ya frías.

David pasaba páginas con los ojos enrojecidos. Regina anotaba palabras sueltas en un cuaderno, aunque apenas podía leer su propia letra. Cada poco, el móvil vibraba con un nuevo mensaje.

—Mira —dijo ella, señalando la pantalla.

Un reportaje completo. Titular, fotos, declaraciones de testigos. Un político en activo, rodeado de pruebas de corrupción. Todo listo para salir. Al final, en rojo, un aviso interno: *Retenido. No publicar.*

David se revolvió el pelo, cansado.

—Esto no es que alguien se olvidara. Estaba preparado y alguien dijo que no.

—Y nadie preguntó, nadie se atrevió.

Otro mensaje de la becaria llegó enseguida. Un banquero, contratos firmados, testigos dispuestos a hablar. Todo maquetado. También bloqueado en el último momento.

David negó con la cabeza.

—Demasiado grande. Siempre alguien arriba diciendo «esto no sale» y todos bajando la mirada.

Regina cruzó sus manos, impotente.

—Llevamos años pensando que simplemente nos faltaban pruebas. Y resulta que estaban ahí, listas, y alguien las tapó.

El portátil emitió otro pitido. Esta vez, un artículo inconcluso. La foto de un presentador conocido, rumores de noches de excesos, declaraciones a medio redactar. Nunca salió.

Regina sintió un escalofrío.

—También a él lo protegieron.

David suspiró, hundido en la silla.

—Es un muro. Y cada vez que alguien intenta atravesarlo, desaparece la historia y desaparece el periodista.

El nombre de Samuel apareció en una de las notas al pie, como autor del reportaje bloqueado. Regina se quedó quieta, con la vista clavada en la pantalla.

—Él lo intentó —murmuró.

David bajó la mirada. El recuerdo de Samuel le golpeaba igual de fuerte: amigo, rival, hermano de oficio, y ahora un muerto brutalmente silenciado.

—Lo último que me dijo fue que estaba en algo gordo. No me explicó nada. Y yo no pregunté más, no quise insistir—. La voz se le quebró a Regina—. Si hubiera sabido lo que era... si al menos le hubiera escuchado un poco más... tal vez habría podido ayudarlo. O detenerlo.

David se levantó despacio y fue hasta ella. Le cogió las manos, las apretó fuerte.

—No, Regina. No podías imaginarlo.

Ella negó con la cabeza.

—Pero debí verlo, debí mirarle a los ojos y darme cuenta de que estaba en peligro.

David la obligó a levantar la mirada.

—Lo mataron porque sabían que no se iba a callar. Tú no tenías cómo saberlo.

Regina rompió a llorar. No pudo contenerse más. David la abrazó, fuerte, apretándola contra su pecho. Ella temblaba, hundida, con la cara mojada en lágrimas.

—Estamos juntos en esto —le dijo él al oído—. Y no voy a dejar que te hundas.

El abrazo duró mucho. Ninguno habló, solo respiraban al mismo ritmo, sosteniéndose como podían.

—No sé qué haría sin ti —susurró ella.

David le acarició el pelo despacio, Regina alzó la vista. Las lágrimas le caían sin que pudiera contenerlas, David le acarició la cara con la otra mano, despacio, limpiándole las mejillas.

—Mírame —le pidió en voz baja.

Ella lo hizo. Y en ese instante, todo el cansancio, todo el dolor y la rabia se mezclaron en un impulso. David se inclinó y la besó. No fue un beso calculado ni suave, fue hondo, desesperado, ambos necesitaban probar que aún estaban vivos.

Regina le rodeó el cuello con los brazos, le devolvió el beso con la misma fuerza, dejando escapar un sollozo entre labios. La mesa, el portátil, los papeles dejaron de existir. Solo estaban ellos, aferrados uno al otro en mitad del naufragio.

Cuando se separaron, respiraban agitados. David apoyó la frente en la de ella.

—No vamos a rendirnos —murmuró—. Ni tú sola, ni yo solo. Lo haremos juntos.

Regina cerró los ojos, sintiendo todavía el temblor en los labios. Se agarró a sus manos sintiendo que eran lo único firme en aquella noche. Dos personas rotas se habían encontrado de nuevo, entre el dolor y la verdad que nadie había querido contar.

59

El teléfono vibró en la mesa de cristal. Carlos del Olmo lo miró un instante sin cogerlo. Número oculto, inspiró hondo, se pasó la mano por la cara y contestó.

—¿Sí?

La voz al otro lado era firme, con un tono que no dejaba lugar a dudas.

—Señor del Olmo, le llamamos de comisaría. Es algo que queremos tratar con usted de manera extraoficial.

Carlos se pasó la mano por la frente.

—¿Y qué quieren?

—Tenemos indicios de que pudo estar presente en un incidente de tráfico la otra noche. Un atropello con fuga, necesitaríamos hablar con usted.

El presentador comenzó a respirar agitadamente. Se quedó en silencio unos segundos, sintiendo cómo le sudaban las palmas de las manos.

—Hoy me es imposible. Tengo un programa en directo y... —se aclaró la garganta—. Mañana podría pasarme.

La voz del otro lado no cambió el tono.

—Le rogamos que no lo retrase demasiado. Ya sabe que en casos así, cada hora cuenta.

Carlos cerró los ojos un instante.

—Mañana, a primera hora.

Colgó sin despedirse. El móvil se le resbaló de las manos. Durante unos segundos se quedó inmóvil, respirando con dificultad.

Enseguida marcó otro número. Esta vez sí esperaba respuesta.

—Soy yo. —Su voz era un susurro acelerado—. Me han llamado de la policía. Dicen que tienen pistas de que fui yo el del atropello.

Al otro lado, silencio. Luego una voz grave, cansada.

—Tranquilízate.

—¿Tranquilizarme? —Carlos levantó el tono, casi un grito—. ¡Tienen pruebas! Tenéis que borrarlo, lo que sea, lo que tengan. No puede quedar rastro.

La respuesta llegó cortante.

—Hay cosas que no podemos borrar. No esta vez.

Carlos se levantó del sofá de golpe. Empezó a caminar de un lado a otro, con el teléfono apretado contra la oreja.

—¿Cómo que no podéis? ¡Siempre lo habéis hecho! Ese era el trato. Si me hunden a mí, caemos todos.

La voz sonó más fría.

—Escucha bien, ese caso ya no está solo en nuestras manos. Hay gente de fuera investigando. Y alguien desde dentro está pasando información.

Carlos se quedó helado.

—¿Un topo?

—No lo sabemos, pero es posible.

El presentador se llevó la mano al pelo, despeinándose. La desesperación le subía por la garganta.

—Si me dejáis caer, voy a arrastrar a todos conmigo. No me voy a callar. Lo contaré todo.

El silencio al otro lado fue la respuesta. Después, solo un suspiro.

—Te has convertido en un problema.

Carlos se quedó mudo. Luego, con rabia, gritó al auricular:

—¡Si me tocan, caéis conmigo!

Colgó de golpe. El sonido de su propia respiración fue lo único que quedó en la sala.

Horas después, ya en la redacción, Carlos caminaba por el pasillo rumbo al plató. Saludaba a compañeros, fingía normalidad, pero se le notaba tenso. Los redactores murmuraban en voz baja: estaba más pálido que nunca, con los ojos vidriosos, la corbata torcida.

En maquillaje no paró de moverse en la silla.

—¿Estás bien? —le preguntó la chica, intentando sonreír.

—Sí —contestó, con voz áspera—. Perfectamente.

Minutos antes de salir en directo, se miró al espejo. No reconoció al hombre que tenía delante. Sudor en la frente, las manos

temblorosas.

El director de programa le dio la señal.

—Cinco segundos.

Carlos respiró hondo y salió a cámara.

Al principio todo fue normal. Noticias políticas, un reportaje preparado. Su voz sonaba algo rota, pero mantenía el tono solemne de siempre. Aun así, los que lo conocían bien notaron la tensión en cada gesto.

En el control, los técnicos se miraban entre sí. Algo no iba bien, de pronto, en mitad de una pieza grabada, la pantalla de emisión parpadeó. El sonido se cortó. Y en las pantallas del plató apareció otra imagen.

Un coche negro, una avenida vacía, un hombre cruzando. El impacto brutal, el cuerpo golpeando el parabrisas. El conductor bajando del coche. El rostro, perfectamente reconocible, era Carlos.

El plató enmudeció. Los redactores dejaron de teclear. Las cámaras se miraron sin saber qué hacer. El director del programa se levantó de la silla con la cara desencajada.

Carlos se quedó de piedra, en el monitor frente a él estaba su propio rostro, grabado, bajando del coche aquella noche. Su respiración se aceleró. El sudor le corría por la frente.

—Corten... —susurró, sin fuerza.

Nadie cortó, la señal seguía en el aire. Las imágenes se repitieron en bucle. El atropello, la fuga, el rostro del conductor.

—¡CORTEN! —gritó, ahora con la voz rota.

Se levantó de golpe. La corbata colgaba torcida. El micro cayó al suelo.

El murmullo en la redacción se volvió un clamor. Algunos se tapaban la boca con las manos, otros no apartaban la vista de las pantallas.

Carlos salió corriendo del plató. Empujó a un técnico en el pasillo, atravesó la sala de maquillaje y llegó hasta la puerta de emergencia.

—¡Carlos! —le gritó alguien.

No contestó, solo siguió corriendo, abrió su coche con las manos temblorosas, se sentó al volante y arrancó sin mirar atrás. El motor

rugió, el coche salió disparado hacia la avenida, mientras en el plató todavía se repetían, una y otra vez, las imágenes de su caída.

60

Sara apretó con fuerza la mano de Leire. No apartaba los ojos de la pantalla, temía que si parpadeaba, el momento se desvanecería. La doctora colocó la sonda con cuidado y, tras unos segundos de silencio expectante, llenó la sala un sonido rítmico, veloz, fuerte. Un latido.

El primer latido que Sara escuchaba de su hijo. El primero que las dos escuchaban juntas. Sara se tapó la boca con la mano. Un sollozo le rompió el pecho.

—Está... está ahí —dijo, entre lágrimas—. Es de verdad.

Leire también lloraba. La miraba queriendo guardar esa imagen para siempre. Sara viva, el bebé vivo, las dos agarradas a ese sonido que parecía empujarlas hacia la vida.

—He tenido tanto miedo —confesó Sara, con la voz temblorosa—. Pensaba que lo había perdido. Que nunca lo iba a escuchar.

Leire le acarició el pelo, llorando con ella.

—Y yo he sentido tanta rabia —admitió—. Rabia de no haber estado, de no haberte sacado antes de allí, de imaginar lo peor.

Sara negó con la cabeza.

—Llegaste, llegaste a tiempo. Me sacaste de allí y eso es lo que importa.

Se abrazaron olvidándose de todo lo demás. La doctora imprimió la ecografía y salió con discreción, dejándolas solas, escuchando todavía el sonido de ese corazón diminuto que les devolvía el futuro.

Sara cogió la foto con las dos manos y la levantó frente a Leire.

—Prométeme que vamos a cuidarlo. Pase lo que pase, que siempre estaremos ahí para protegerlo.

Leire la besó en la frente, temblando.

—Te lo prometo.

Se quedaron abrazadas, llorando y riendo a la vez, con la certeza de que por fin habían recuperado algo que creían perdido.

La puerta se abrió con un golpe suave. David entró primero, seguido de Regina. Se detuvieron un instante. Regina no sabía cómo encajar en aquella escena. Sara levantó la vista, aún con lágrimas, y por un segundo hubo silencio.

Leire rompió la distancia, caminó hasta Regina y la abrazó con fuerza.

—Gracias —le dijo, con la voz rota, sin dar más explicaciones—. Por estar.

Regina la sostuvo, sintió que aquel gesto zanjaba cualquier momento de tensión entre ambas. Leire se giró hacia la cama.

—Sara, ella es Regina.

Sara le tendió la mano.

—Encantada.

—Lo mismo digo —contestó Regina, estrechándosela.

David se acercó a la cabecera con una sonrisa sincera.

—Me alegro de verte bien, Sara. De verdad.

Ella sostuvo la foto de la ecografía contra el pecho.

—Hoy lo hemos oído, juntas. —Se le quebró la voz—. Y sé que todo va a ir bien.

Durante un momento nadie habló, era un silencio cargado de emoción. Después hablaron de lo inevitable. David abrió una carpeta con papeles.

—Tenemos más pruebas de las que esperábamos. Expedientes, nombres, cruces que confirman todo.

—Roldán y Rubén están encima —añadió Regina—. Están atando cabos para que, cuando esto salga, no quede manera de enterrarlo otra vez.

Leire asentía.

—Lo están haciendo con cuidado, pero firmes. Esta vez no van a callarnos.

Sara apretó la foto entre las manos.

—Ojalá tengáis razón. Yo solo quiero que no quede nadie que pueda volver a hacer lo que me hicieron a mí.

Regina la miró con seriedad.

—Estamos muy cerca, podremos terminar lo que empezó Samuel.

En el pasillo, Regina y David caminaban juntos. Él le tomó la mano sin pedir permiso, y ella no la soltó. Hubo un instante de calma, casi extraño. David le acarició la mejilla.

—Te necesito cerca.

Regina lo miró y asintió. En ese momento su móvil vibró. Contestó, era Roldán. Su voz sonaba grave, sin rodeos.

—Regina, necesito que vengáis a comisaría, ahora.

—¿Qué ha pasado?

Se oyó un silencio breve, cargado.

—Ha llegado un vídeo. Y es muy grave. Natalia Salvatierra aparece en él, se ve matando a Iván.

Regina sintió un vuelco en el estómago. Se quedó sin palabras.

61

El alta llegó a primera hora. Tras semanas de hospitales, de pasillos blancos y de noches interminables, Víctor y Leo volvieron a casa. El niño estaba agotado, pero el brillo de sus ojos al cruzar la puerta del piso fue suficiente para que a su padre se le aflojara el pecho.

Leo dejó el avión rojo y se tumbó en el sofá, como quien regresa al único lugar donde puede sentirse seguro. Encendió la televisión y buscó sus dibujos favoritos. La manta de siempre lo cubrió hasta la barbilla. Tenía el gesto tranquilo, refugiándose en el único lugar donde se sentía seguro.

Víctor se quedó de pie un instante, observándolo. Se obligó a sonreír mientras le acomodaba la manta y le llevaba un plato con trozos de manzana y un vaso de agua. Lo contemplaba masticar despacio, con la vista fija en la pantalla, y pensaba que no había nada más valioso que ese momento. Se prometió grabar cada detalle en la memoria: el niño, la manta, el avión rojo y esa risa corta y contenida que sonaba como un regalo.

—Papá —dijo Leo de repente, sin apartar los ojos de la tele—, cuando esté del todo bien quiero que vayamos al parque.

Hacemos una carrera hasta los columpios y vemos quién gana.

Víctor sintió que se le humedecían los ojos.

—Vale —respondió con una sonrisa—, pero me tienes que dar ventaja, porque si no vas a volar y yo me voy a quedar atrás.

Leo se rio con ganas. Esa risa, limpia, le pareció a Víctor lo más hermoso que había escuchado en meses.

El móvil empezó a vibrar, número desconocido. Lo dejó sonar, volvió a sonar y una tercera vez. Miró a Leo, que seguía absorto en los dibujos, con el avión en la mano. Cogió el teléfono y se encerró en la cocina.

—¿Sí? —contestó con voz insegura.

La respuesta fue inmediata, sin presentaciones.

—Viernes, a las diecinueve treinta horas en el aeródromo de Torrelaguna. Falcon 900, un vuelo privado a Málaga. Usted será el piloto, ya hemos movido todos los hilos para que su nombre aparezca en la planificación, la tripulación prevista ya está fuera y nadie hará preguntas. A bordo viajará la fiscal general del Estado. Está interfiriendo en algo y no podemos permitirlo. Cuando reciba la orden, hará que el avión caiga.

Víctor se quedó helado. No entendió la frase en un primer momento, pero el silencio posterior confirmó lo que acababa de escuchar.

—¿Qué están diciendo? —preguntó, con la voz quebrada—. ¿Quieren que estelle un avión con gente dentro? ¿Qué asesine a la fiscal general del Estado? ¡Están locos! Soy piloto, no un asesino.

La voz, tranquila y cruel, no se alteró.

—Aquí nadie está loco, usted tiene una deuda. Y esa deuda hay que pagarla.

Víctor sintió cómo se le doblaban las rodillas. Se apoyó contra la nevera para no caer. Imágenes desordenadas se agolparon en su cabeza: Leo con los vendajes, los días en urgencias, las promesas que le había hecho. Quiso buscar una salida, una rendija por donde escapar.

—No puedo hacer eso, no voy a hacerlo. —Intentó sonar firme, pero la voz le temblaba—. ¿Qué será de mi hijo si me mato con ese avión? Lo dejaría solo. ¿Eso es lo que quieren?

La respuesta le atravesó como un cuchillo.

—No se equivoque, señor Pérez. Si no cumple, su hijo morirá.

Víctor apretó el teléfono contra la oreja.

—¿Me están diciendo que si me niego van a matar a mi hijo?

—Eso es exactamente lo que le estamos diciendo. Si cumple, su hijo vivirá, si no, lo perderá todo.

El corazón le latía con tanta fuerza que pensó que iba a desmayarse. Miró hacia el salón, Leo seguía allí, con el avión en las manos, ajeno a todo. Ese contraste lo destrozó.

—Escúchenme —dijo con desesperación—. Puedo ayudar de otra forma. Puedo dar nombres, información, lo que quieran. Pero no me

pidan esto, no me pidan que mate.

La voz lo interrumpió de golpe.

—No hay otras opciones, cumpla y su hijo vivirá. Si se niega, él morirá.

Colgaron.

Víctor se quedó con el teléfono en la mano, paralizado. La amenaza no era un juego. Sabía que podían hacerlo, sabía que tenían la capacidad y la frialdad para cumplir lo que acababan de decir.

Volvió al salón como un autómata, se sentó junto a Leo y lo miró en silencio. El niño bostezó, se acomodó bajo la manta y, con la voz adormilada, murmuró:

—Papá, ¿me cuentas otra historia de aviones antes de que me duerma?

Víctor se inclinó, le acarició el pelo y le besó la frente.

—Claro que sí, campeón —susurró.

Leo cerró los ojos, tranquilo. La respiración se volvió pausada, regular, se había quedado dormido con una sonrisa pequeña en la cara.

Víctor lo arropó despacio, lo miró largo rato y se inclinó hasta su oído. Con lágrimas en los ojos, susurró las únicas palabras que pudo pronunciar:

—Perdóname, hijo.

Se levantó, regresó a la cocina y marcó de nuevo el número que acababa de recibir. Cuando la voz contestó, habló sin rodeos, con la garganta rota pero firme:

—Lo haré.

El motor rugió al límite desde el primer segundo, Carlos apretó el volante con rabia. Tenía la camisa pegada al cuerpo de sudor y la corbata colgaba torcida sobre el cinturón. Respiraba a golpes, desesperado.

Las luces de la ciudad pasaban rápidas por los retrovisores. No veía las calles, solo manchas que se mezclaban. Apenas recordaba qué dirección había tomado. Su única certeza era que huía, aunque no supiera hacia dónde.

«Se acabó», repetía en su cabeza una y otra vez. «Ya está, se acabó».

En cada semáforo que dejaba atrás, le venían a la memoria fragmentos de su vida: la primera vez que se sentó en un plató, la ovación del público, el orgullo de su madre, el ascenso meteórico que todo el mundo admiraba. Y detrás, escondidos, los favores, los silencios, las cenas en salones privados donde le dejaron claro que ya no se podía salir. Sus manos temblaban agarrando el volante. Golpeó el salpicadero con el puño.

—¡Me habéis jodido! —gritó, con la voz quebrada.

Le venían imágenes que no quería: nombres, reuniones, pactos. Cada paso que lo llevó a estar arriba había tenido un precio. Lo aceptó pensando que nunca se sabría, que siempre estaría protegido. Ahora esas imágenes se repetían en todas las pantallas del país.

Un pitido del móvil lo sacó del trance, no lo cogió. Otro mensaje, otro más. No necesitaba leerlos: sabía lo que decían. «Eres un problema». «Ya no hay vuelta atrás». «Estás solo».

—No voy a ir a la cárcel —dijo en voz baja, mirándose en el retrovisor. El rostro que vio no se parecía al suyo. Tenía los ojos rojos, la cara desencajada, la boca torcida de rabia y miedo.

Pisó el acelerador con más fuerza, el coche respondió con un bramido, las agujas subieron. La velocidad lo empujó contra el asiento.

Recordó al hombre que había atropellado. Recordó el golpe, el parabrisas roto, el cuerpo inmóvil en el asfalto. Nunca pensó que esa noche lo perseguiría para siempre. Lo hizo, y lo taparon. Como habían tapado tantas cosas antes. Pero esta vez lo habían dejado caer, habían decidido sacrificarlo.

Una lágrima le resbaló sin que la buscara. La limpió con la manga, furioso.

—No voy a suplicar —murmuró.

El coche dejó atrás las últimas luces de la ciudad y se lanzó hacia la salida de la A-6. A esas horas, la autovía estaba casi vacía; la calzada despejada le dio una sensación falsa de libertad. No pensaba en nada ya. Ni abogados, ni juicios, ni titulares. Solo silencio, un silencio definitivo.

Apretó el volante, miró al frente. Los faros iluminaron la barrera metálica que separaba el carril de la nada.

En ese segundo supo lo que iba a hacer.

—Se acabó —dijo, por última vez.

Giró bruscamente el volante. El impacto fue brutal. El vehículo se estrelló contra la barrera a toda velocidad. El metal se dobló, el motor reventó hacia adentro, el habitáculo se contrajo como una lata aplastada. Todo ocurrió en un único estruendo.

El mundo se apagó en el acto.

Carlos del Olmo murió allí mismo, en la oscuridad de la carretera, sin testigos más que las luces lejanas de un camión que frenó demasiado tarde.

Guillermo llevaba días sin apenas hablar. Se pasaba las horas en la cama, mirando al techo, sin música, sin móvil, sin nada. Natalia entraba de vez en cuando para abrir la ventana, dejarle un vaso de agua en la mesilla, preguntarle si quería comer. Siempre la misma respuesta: un movimiento de cabeza o un «no» casi inaudible.

Aquella mañana, lo encontró sentado en el borde de la cama con la mirada perdida. Tenía la sudadera de Iván entre las manos, arrugada, húmeda en algunas partes de tanto apretarla y llorar contra ella. Natalia se apoyó en el marco de la puerta, sin saber cómo empezar.

—¿Quieres que te prepare algo? —preguntó.

Él negó despacio. Tardó unos segundos en hablar.

—Quiero ir a verle.

Natalia frunció el ceño.

—¿A dónde?

—Al cementerio —dijo sin levantar la vista—. Quiero llevarle flores.

Natalia dudó un momento, pero se obligó a asentir.

—Vamos, por supuesto que vamos.

El coche avanzaba en silencio, Natalia miraba la carretera, Guillermo miraba por la ventanilla. Llevaba en el regazo un ramo de claveles blancos envuelto en plástico. No había dicho una palabra en todo el trayecto.

Al llegar, caminaron juntos por los pasillos del cementerio. El aire estaba frío, el suelo húmedo. Se oía de fondo el sonido de una regadera llenando cubos.

Cuando llegaron a la tumba, Guillermo se agachó de golpe. No se arrodilló despacio: se dejó caer, como si las piernas ya no pudieran sostenerle. Dejó el ramo encima de la lápida y apoyó la mano

abierta en el mármol. Luego apoyó la frente, se quedó así, en silencio.

Natalia se quedó detrás, sin atreverse a interrumpirle.

Guillermo rompió el silencio al cabo de un minuto.

—Iván... estoy aquí.

Le temblaba la voz, se apartó un poco para ordenar las flores, quitó las marchitas que quedaban en el jarrón, ese simple gesto le daba algo de calma.

—Te echo de menos —continuó—. Te echo de menos cada minuto, no puedo más.

Golpeó la lápida con el puño. No fuerte, pero sí con rabia. Se le escapó un sollozo.

—Me duele el pecho, ¿sabes? Todo el día. Desde que no estás. No puedo comer, no puedo dormir. No sé vivir sin ti.

Natalia se llevó las manos a la cara. Verlo así la destrozaba. Quiso acercarse, abrazarle, pero no se atrevió.

—No sé cómo se hace esto —siguió Guillermo, mirando la piedra—. No sé cómo se sigue adelante. Y no quiero. Yo no quiero seguir si no estás tú.

Natalia ya no pudo más. Se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por la espalda.

—No digas eso, hijo, por favor.

Guillermo no la miró. Siguió con la frente pegada al mármol.

—Quiero estar con él. Quiero estar con Iván.

—No... —Natalia respiró profundamente para que no se le quebrara la voz—. No digas eso nunca.

Él se giró al fin y la miró con los ojos enrojecidos.

—¿Para qué quiero vivir? Dime para qué.

Natalia le sujetó la cara con las dos manos, desesperada.

—Para mí, para que yo siga respirando.

Guillermo cerró los ojos y apoyó la frente en su hombro. Lloró como cuando era niño, con el cuerpo sacudiéndose en espasmos. Natalia lo abrazó con todas sus fuerzas, aunque por dentro sentía que se rompía.

—Perdóname —susurró, aunque él no pudo oírla.

El silencio del cementerio se rompió con pasos firmes en la grava. Natalia los oyó antes de verlos. Dos hombres vestidos de paisano, uno mayor y otro más joven, se acercaban con gesto serio. Detrás, una patrulla estacionaba en la entrada, sin sirenas.

Se incorporó poco a poco. Guillermo los miró, aún con lágrimas en los ojos. El más mayor se identificó mostrando la placa con un movimiento breve.

—¿Natalia Salvatierra?

Natalia sintió que el suelo se hundía bajo sus pies.

—Sí —contestó, con un hilo de voz.

—Señora Salvatierra —continuó el agente—, queda detenida por el presunto homicidio de Iván Villalba.

Guillermo abrió los ojos de par en par.

—¿Qué? —preguntó, como si no hubiera escuchado bien.

El policía siguió, profesional, implacable:

—Tiene derecho a guardar silencio. Tiene derecho a un abogado. Tiene derecho a comunicar su detención. ¿Lo ha entendido?

Natalia se quedó helada, solo pudo asentir.

—¡No! —gritó Guillermo, poniéndose de pie—. ¡No, no, no! ¿Qué estáis diciendo?

El agente no lo miró, todo iba dirigido a Natalia.

—Debe acompañarnos, señora.

Guillermo la miró, buscando una respuesta.

—Mamá... diles algo. Diles que no es verdad. ¡Díselo!

Natalia intentó acercarse a él, pero las piernas apenas le respondían. Levantó la mano como para tocarle la cara.

—Hijo...

Guillermo retrocedió un paso. La mirada que le lanzó la atravesó como un cuchillo: dolor, rabia, traición.

Natalia se desplomó por dentro. Los agentes esperaron a que diera un paso hacia ellos. Obedeció sin decir nada más.

Antes de girarse, lo miró una última vez. Guillermo seguía junto a la tumba de Iván, con la mano apoyada en el mármol, los ojos fijos en ella. Su hijo, roto para siempre.

64

Regina aparcó el coche frente a la Jefatura y apagó el motor, nadie en el coche habló. David miraba por la ventanilla y la becaria, en el asiento de atrás, sostenía la mochila donde llevaban las pruebas. Sus manos estaban tan tensas que tenía los dedos entumecidos.

Entraron juntos por la puerta principal, en la recepción ya los esperaban. Un agente los acompañó por un pasillo largo hasta el despacho de Roldán. Dentro estaban él y Rubén, rodeados de carpetas y ordenadores encendidos. Se respiraba prisa contenida, como cuando algo grande está a punto de empezar.

—¿Lo traéis todo? —preguntó Roldán en cuanto entraron.

Regina asintió. La becaria soltó la mochila, la abrió y fue sacando el dossier, los pendrives y los informes impresos. Los colocó ordenados delante del comisario. Nadie dijo nada durante unos segundos.

—Aquí están los vídeos, las transferencias, los mensajes y los registros cruzados —explicó Regina—. Yasmina ha verificado fechas, orígenes y metadatos. Está todo en orden para que se pueda presentar en un juzgado.

Roldán pasó algunas páginas en silencio. Había fotos, capturas de mensajes cifrados, listados de cuentas, extractos bancarios que se repetían con nombres de empresarios, periodistas, jueces, incluso mandos policiales.

—Esto ya no es solo una sospecha —dijo Rubén, serio—. Es una estructura organizada, y está todo aquí.

Roldán cerró la carpeta y levantó la vista.

—Lo primero es judicializar, Fiscalía Anticorrupción y Asuntos Internos. Si hay mandos implicados, no pueden ser sus propios compañeros quienes los detengan.

Hizo dos llamadas delante de todos. La primera a Fiscalía, la segunda a Asuntos Internos. En ambas habló poco, con frases medidas: «tenemos pruebas sólidas», «necesitamos órdenes urgentes», «implicación de altos mandos». Al colgar, se frotó los ojos.

—Van a mover un equipo de Asuntos Internos desde fuera de Madrid —dijo—. Nadie de la plantilla local sabrá nada hasta que estemos en la calle. Y Fiscalía va a pedir al juez las órdenes de entrada y detención en las próximas horas.

Regina y David intercambiaron una mirada. Había costado mucho llegar hasta allí y ahora todo dependía de que nadie filtrara nada antes de tiempo.

Rubén desplegó un mapa en la mesa, señaló varios puntos con un rotulador.

—Residencias, despachos, una sede bancaria, un par de casas de campo. Los vamos a coger a todos a la vez, no puede haber ni un minuto de diferencia.

Roldán asintió.

—Que sea simultáneo, si alguien recibe un aviso, puede huir o se podrían deshacer de pruebas.

La madrugada siguiente, los equipos estaban listos. Las órdenes judiciales habían llegado firmadas durante la noche y los agentes de Asuntos Internos, desplazados desde otra provincia, se repartieron los objetivos con la precisión de quien sabe que solo hay una oportunidad. Fiscalía confirmó que el bloqueo de cuentas y pasaportes se activaría al mismo tiempo que las detenciones. A las cuatro en punto empezó todo.

—En la puerta de Armenteros.

—Posicionados en el domicilio de Buesa.

—Preparados en casa de Montalbán.

—En el objetivo Saavedra.

Las confirmaciones siguieron llegando desde distintos puntos de la ciudad, breves, contenidas. No hacían falta más palabras. Todos sabían qué significaba estar ahí, con la orden en la mano, esperando la señal.

—Adelante.

En la urbanización de Luis Armenteros, el golpe en la puerta sonó demasiado fuerte para un lugar acostumbrado al silencio y a la seguridad privada. Durante un segundo no pasó nada. Luego se encendió una luz en el interior y se oyeron pasos rápidos.

Abrió con el gesto torcido por la irritación, todavía atrapado entre el sueño y la certeza de que algo no encajaba.

—¿Qué ocurre aquí?

Escuchó su nombre completo y la palabra detenido y la reacción fue automática, la de siempre: una sonrisa de desprecio, la seguridad de que aquello podía pararse.

—Esto es una barbaridad. Estáis cometiendo un error muy serio.

—Hay una orden judicial, señor Armenteros. Gírese, por favor.

—No pienso moverme de mi casa esposado como un delincuente.

El móvil apareció en su mano con un gesto mecánico, aprendido durante años.

—Ahora mismo hago una llamada y se acaba esta tontería.

—Deje el teléfono donde está. Queda intervenido.

El cambio en su cara fue inmediato. La primera grieta real.

—¿Tú sabes con quién estás hablando?

No esperaba respuesta. Esperaba efecto. Cuando lo sujetaron se revolvió, más por orgullo que por miedo.

—¡Soltadme! ¡Os vais a arrepentir!

Las esposas cerraron y, desde el pasillo, su mujer rompió a llorar de una forma descontrolada, incapaz de aceptar lo que estaba pasando en su propia.

—¡Ella no tiene nada que ver! ¡Ni se os ocurra tocarla!

El registro comenzó con la mecánica exacta de un procedimiento que llevaba horas preparado: guantes, bolsas, precintos, el letrado levantando acta sin apartar la vista de cada movimiento. No había ruido innecesario, solo la enumeración en voz baja de lo que se iba interviniendo. En el despacho apareció la caja fuerte empotrada. Se negó a abrirla, aferrado a ese último gesto de control. Quedó precintada.

En el piso de Elena Buesa la escena fue distinta desde el primer momento. La puerta se abrió con la cadena puesta. Elena observó primero, midiendo la situación antes de decidir. Cuando vio la orden

y leyó su nombre, la negación fue casi imperceptible, un gesto mínimo.

—Quiero saber quién ha autorizado esto.

—El juez.

La palabra detenida quedó flotando en el recibidor como algo ajeno. Su marido apareció detrás, todavía abrochándose la camisa.

—Tranquila cariño, esto se arregla con una llamada.

—El teléfono queda intervenido desde este momento.

—No podéis hacer eso, no podéis.

—Señora, gírese. Manos a la espalda.

Elena avanzó un paso.

—No me hablen como si yo fuera una criminal.

Tardó un segundo en hacerlo. Ese segundo fue toda su resistencia.

—Esto es una humillación.

Se giró sola. No apartó la mirada hasta que sintió el metal en las muñecas. Cuando notó el frío cerró los ojos un instante, apenas un parpadeo largo, y volvió a abrirlos con la misma postura de siempre. Pero ya no era la misma.

El registro fue rápido y metódico, igual que en la casa de Armenteros, pero allí el silencio resultaba más violento que cualquier grito.

En la vivienda de Arturo Montalbán, antes de que llamaran, ya se oía una discusión al otro lado de la puerta. Voces tensas, pasos rápidos, algo que cayó al suelo.

—¡Policía! Abra la puerta. Traemos una orden judicial de entrada y registro.

La puerta se abrió de golpe.

—¿Qué queréis?

—Don Arturo Montalbán, queda usted detenido. Tenemos autorización para entrar y para registrar la vivienda.

Montalbán miró la orden lo justo para localizar su nombre.

—Aquí no entra nadie.

—Apártese.

—No me da la gana.

Giró y echó a correr hacia el garaje.

—¡Alto!

—¡Ni se os ocurra tocarme!

El coche pitó al desbloquearse. Intentó abrir.

Un agente se interpuso.

—Se acabó, señor Montalbán. Aléjese del coche.

—¡Aparta! ¡Aparta ahora mismo!

Dos agentes se acercaron agarrándolo con fuerza. La reducción fue violenta, torpe, con los tres chocando contra el lateral del vehículo. Montalbán gritando insultos, dando empujones y con una respiración descontrolada que terminó convertida en silencio cuando el metal cerró sobre sus muñecas.

—¡No sabéis con quién os estáis metiendo!

—Manos en la espalda. Ya.

—¡Esto lo vais a pagar!

Se quedó mirando el coche, allí parecía haber quedado lo último que le pertenecía.

En el domicilio de Héctor Saavedra no hubo sobresaltos. La puerta se abrió al segundo golpe. Estaba vestido, despierto, con la serenidad intacta.

—Buenas noches. ¿Qué sucede?

—Héctor Saavedra. Queda usted detenido. Esta es la orden.

La leyó entera, sin prisa.

—¿Puedo hablar con mi abogado?

—En dependencias podrá llamar a su abogado. Ahora necesito que se gire y coloque las manos en la espalda.

Sostuvo la mirada del agente durante un instante.

—Confío en que todo esto tenga una explicación.

—La tendrá en el juzgado.

Asintió.

—Por supuesto, hagámoslo correctamente.

Mientras esas detenciones se ejecutaban, el resto de equipos entraba en los demás objetivos con el mismo procedimiento. Mismas órdenes, distintas reacciones: gritos, amenazas, silencios densos, familias paralizadas en los pasillos. Y así, uno tras otro fueron cayendo todos. A medida que avanzaba la madrugada, los detenidos fueron llegando a Jefatura.

Al amanecer, la operación había terminado con la mayoría de los implicados localizados y bajo custodia, y con el resto plenamente identificado y ya en búsqueda. El juez instructor decretó el secreto de sumario y Fiscalía ordenó silencio absoluto sobre los nombres y sobre las pruebas incautadas. Nadie fuera de la Jefatura conocía el alcance real de lo que acababa de ocurrir.

Regina y David fueron llamados al despacho de Roldán. Allí, junto a Rubén, se les comunicó lo que sabían que acabaría llegando: podían publicar la noticia, pero limitándose a los hechos confirmados y sin mencionar lo que quedaba bajo secreto judicial. Serían ellos quienes darían la exclusiva después de un arduo trabajo.

Regina abrió su cuaderno, paró un segundo y murmuró con la voz entrecortada:

—Esto va por ti, Samuel.

David la miró y asintió en silencio. Los dos sabían que aquello, más que una noticia, era un ajuste de cuentas con la verdad.

Pero no todo estaba cerrado, en los calabozos, los primeros interrogatorios comenzaron. La mayoría de los detenidos callaba, esperando abogado, alguno negaba entre gritos, y uno, después de horas en silencio, habló.

—Quiero contarle todo, pero solo a ella.

—¿Ella? —preguntó el inspector.

El detenido clavó los ojos en Roldán.

—Quiero ver a Regina Duarte, solo hablaré si la traen a ella.

La frase cayó como un bloque de hielo, los agentes se miraron entre sí, Roldán no respondió. El detenido sonrió con cansancio.

—Traedla y lo contaré todo.

65

Víctor se acercó a la cama y besó a Leo en la frente. El niño dormía profundamente, con el avión rojo apretado entre las manos. No se movió, no abrió los ojos. Víctor mantuvo los labios en su piel más de lo normal, quería detener el tiempo. No era un beso de buenas noches, era el último.

Se obligó a separarse despacio. Cada paso hacia la puerta le dolió como si le arrancaran algo por dentro. Lo dejó al cuidado de sus abuelos, que pensaban que él salía a trabajar temprano. Nadie sospechaba, nadie imaginaba que no volvería.

Condujo hasta el aeródromo en silencio. No encendió la radio. La carretera se le hizo eterna, con la imagen de Leo clavada en la cabeza como una fotografía irrepetible. El niño dormido, tranquilo, sin saber que su padre se marchaba convencido de no regresar.

Cuando llegó al aeródromo, mostró su acreditación, saludó a dos técnicos que ni repararon en su cara desencajada. Caminaba como un hombre normal, pero por dentro llevaba una sentencia.

El Falcon esperaba en la plataforma, sus luces frías cortando la niebla de la madrugada. Subió las escalerillas con paso lento, repasando recuerdos que se le amontonaban en la garganta: la primera vez que Leo le pidió que le enseñara a montar en bici, la sonrisa de Claudia ese día, las promesas que ya nunca cumpliría.

En la cabina, el uniforme y la rutina se convirtieron en una condena. Ajustó la chaqueta, se sentó y empezó la lista de comprobación. Conocía cada interruptor de memoria, pero aquel día no era un protocolo, era un camino al abismo. Cada chequeo lo acercaba un paso más al final.

Respiró hondo. Se dijo que debía hacerlo por Leo, que si obedecía, su hijo viviría. Que si no, lo perdería todo. Se repitió esas frases una

y otra vez, repetidas como un rezo. Pero la voz le temblaba en la cabeza: *lo vas a dejar solo igual*.

La torre autorizó el rodaje, empujó los mandos. El avión comenzó a moverse por la pista. El ruido metálico le atravesó el pecho. Miró de reojo el teléfono en la consola, estaba encendido, en silencio. Esperaba, igual que él.

El Falcon se alineó, motores listos, aceleración. La vibración lo sacudió entero. Las luces de la pista se deshicieron a los lados mientras el avión despegaba.

Víctor sintió el peso de la gravedad pegándolo al asiento. Los números en los instrumentos subían, todo parecía normal, pero dentro de su cabeza no había normalidad: había miedo, rabia, desesperación. Cada metro que ganaba en el aire lo acercaba a la orden que esperaba en aquel teléfono.

Miraba el horizonte negro, los mandos firmes entre las manos, y pensaba en Leo. Imaginaba que se despertaba, que preguntaba por él, que corría por el parque como había prometido. Imaginaba que no estaría para verlo.

El avión alcanzó la altitud de crucero y la cabina quedó envuelta en ese silencio compacto que solo rompen los motores y las comunicaciones esporádicas por radio. Víctor mantuvo la vista fija en los instrumentos, repasando parámetros con una precisión casi mecánica, como si aferrarse a la rutina fuera la única forma de no perder el control. Todo estaba en orden, todo respondía. Y, sin embargo, la inquietud no se disipaba.

El teléfono descansaba junto a la consola. Lo miró varias veces sin cogerlo, hasta que al final lo cogió entre los dedos y comprobó la pantalla, nada. Lo dejó en su sitio, respiró hondo y trató de concentrarse de nuevo en el vuelo, pero la sensación de espera le oprimía el pecho con una fuerza cada vez mayor.

Notó la mirada del copiloto sobre él.

—¿Todo bien? —preguntó al fin.

—Sí —respondió Víctor, sin apartar los ojos del frente.

El copiloto asintió, pero no dejó de observarlo de reojo. Víctor lo sabía, sentía esa atención silenciosa como una presión constante,

parecía que alguien hubiera detectado una grieta y estuviera esperando a que se abriera.

Siguieron volando, el tiempo se volvió espeso. Víctor alternaba momentos de concentración absoluta con otros en los que la mirada regresaba inevitablemente al teléfono. Cada minuto sin noticias aumentaba la sensación de estar avanzando hacia algo invisible. El silencio empezaba a parecerle una respuesta en sí misma, una forma de amenaza que no necesitaba palabras.

A ratos, una idea peligrosa se abría paso en su mente: adelantarse, no esperar más, cumplir sin que se lo pidieran. La apartaba una y otra vez, no podía decidir así, no podía cruzar esa línea por miedo, tenía que resistir.

Cuando iniciaron el descenso, el cuerpo le dolía por la tensión acumulada. Las ruedas tocaron pista con un golpe y Víctor soltó el aire sin darse cuenta. Rodaron hasta la terminal, nada había cambiado. Nadie parecía alterado. Nadie parecía saber nada.

Apagaron motores, cumplieron protocolos, salieron de cabina. Todo era normal, demasiado normal. Solo al entrar en la terminal empezó a notarlo. Pantallas encendidas, gente detenida frente a ellas, teléfonos sonando sin parar, voces superpuestas. Se acercó a una de las pantallas.

Un rótulo rojo cruzaba la parte inferior:

OPERACIÓN POLICIAL SIN PRECEDENTES. DETENCIONES EN VARIOS PUNTOS DEL PAÍS.

La imagen cambió: registros, agentes, puertas precintadas. Otro titular:

DESMANTELADA UNA RED DE CORRUPCIÓN DE ALTO NIVEL.

Víctor se quedó quieto, leyó, volvió a leer, empezó a encajar piezas y entendió, de golpe, por qué nadie había vuelto a escribirle. Por qué el teléfono había permanecido en silencio, por qué no había llegado ninguna orden. Porque ya no quedaba nadie para darla.

La presión en el pecho empezó a aflojarse lentamente. No fue un alivio inmediato, sino algo más parecido a una retirada gradual del miedo, como cuando el cuerpo tarda en darse cuenta de que ya no está en peligro.

Apoyó la espalda en una columna y cerró los ojos un instante. Había llegado hasta el final sin saberlo. Había estado a punto de cruzar una línea. Y no lo había hecho. Estaba vivo, Leo también. Pero el miedo no se fue, sabía que, algún día, podían volver a llamarlo, pero se repitió una sola idea, como quien se aferra a una tabla en mitad del mar: *Hoy no, hoy no.*

66

Roldán la acompañó hasta el pasillo. No hizo falta decir nada, Regina ya sabía quién la estaba esperando. Le habían dicho la exigencia. El detenido solo hablaría si la traían a ella.

Cuando abrió la puerta de la sala de interrogatorios, se quedó clavada en el sitio. Al otro lado de la mesa estaba su padre. Santiago Duarte, vivo, con el mismo porte altivo de siempre, aunque la mirada hundida le delataba.

Regina se quedó de pie. El temblor de sus manos lo decía todo: el asombro, el desconcierto, la rabia. Había pasado años convencida de que él estaba muerto, o desaparecido para siempre. Y allí estaba, con el rostro marcado por el tiempo, esposado y mirándola fijamente.

Él pareció contener el aliento al verla. Sus hombros se tensaron apenas, como si el cuerpo quisiera echarse hacia delante y, al mismo tiempo, supiera que no tenía derecho. Las esposas tintinearón cuando intentó acercar las manos sobre la mesa, un gesto torpe, casi infantil, buscando aferrarse a algo que se le escapaba. No llegó a tocarla, ni siquiera a rozar el borde que los separaba; se quedó a medio camino, detenido por el metal y por la vergüenza.

Regina sintió un frío nauseabundo recorrerle la espalda. No era solo el impacto de verlo vivo. Era el horror de comprender, con una certeza que le quemó por dentro, que no había regresado un padre: había aparecido uno de ellos, uno de los elegidos. El simple pensamiento le revolvió el estómago, le dio asco, asco de su presencia, de su apellido, del vínculo que compartían. Asco de haberse parecido alguna vez a aquel hombre.

—Hola, hija —murmuró él, con un tono grave.

Regina se rio sin humor, una risa breve y dura que rebotó en la sala. Le salió como un cuchillo, porque si no se reía... podía

romperse. O gritar. O saltar la mesa. La palabra *hija* le sonó de pronto como una broma cruel, como una condena.

—¿Hija? —repitió—. ¿Te atreves a llamarme así después de todo?

Él bajó la mirada, se pasó las manos esposadas por la frente. El gesto fue más lento de lo que pretendía, pesado, y al hacerlo se le escapó un temblor. Cuando bajó las manos, no las retiró del todo: las dejó sobre la mesa, abiertas, vulnerables, como ofreciendo algo que sabía que su hija no podía aceptar.

—Sé que no hay palabras que te sirvan, pero necesito que me escuches.

—Lo único que necesito es entender cómo fuiste capaz de formar parte de esto —le cortó ella, con la voz vibrante de ira—. ¿Cómo pudiste mirar a mamá a la cara mientras estabas metido en una sociedad que secuestraba, torturaba y mataba? ¿Cómo pudiste abandonarnos y dejar que creyéramos que estabas muerto?

Santiago bajó la mirada al suelo. Una de sus manos se cerró y se abrió de nuevo, una y otra vez, como queriendo arrancarse la culpa de la piel.

—Creí que así os protegía. Si sabíais dónde estaba, si sabíais lo que hacía, os pondríais en peligro. No podía permitirlo.

—¿Protegernos? ¿Llamas protección a desaparecer y dejar a mamá destrozada y a mí sin padre? ¿A colaborar con asesinos y criminales?

—Yo... —titubeó él—. Yo también sufría por dentro, pero era imposible salir.

Al decirlo, alzó la cabeza un instante, lo justo para mirarla. Tenía los ojos enrojecidos, la mandíbula tensa. Y cuando volvió a bajar la vista, una lágrima por fin se le soltó y cayó, silenciosa, sobre la mesa, como un perdón que no se atrevía a pedir.

Regina lo miró en silencio unos segundos. Había demasiadas preguntas acumuladas. Y demasiadas imágenes golpeándole la cabeza: su madre llorando, los silencios en casa, las noches sin respuestas... y ahora ese hombre delante, vivo, real, culpable.

—Hay algo que no entiendo —dijo al fin.

—¿Qué?

—¿Por qué me ayudaste? ¿por qué moviste hilos? ¿por qué me diste pistas? ¿por qué empujaste todo para que acabara cuanto antes? Podrías haber seguido haciendo lo mismo, como has hecho desde hace años.

Santiago bajó la mirada. Se tomó su tiempo antes de responder. Sus manos se desplazaron un poco más hacia delante, muy despacio, intentando que la distancia pudiera cerrarse a fuerza de insistir. Se detuvo cuando vio la rigidez de ella, y las retiró apenas un centímetro, sentía que ese retroceso era lo único que podía ofrecerle sin invadirla.

—Porque cuando cogieron a Samuel, supe que no ibas a quedarte quieta.

Ella frunció el ceño.

—¿Cómo?

—Te conozco —dijo él, sin mirarla todavía—. Mejor de lo que crees. Llevo toda tu vida pendiente de ti, aunque tú no lo supieras. Sabía dónde estudiabas, qué notas sacabas, en qué redacción empezaste, con quién trabajabas, qué artículos firmabas. Leía todo lo que escribías. Sabía que en cuanto desapareciera Samuel, ibas a empezar a tirar del hilo. Que no ibas a aceptar un «ya aparecerá». Que te ibas a meter hasta el fondo, aunque te costara la vida. Y tenía miedo, sobre todo cuando vi tu nombre en esa lista, te iban a hacer lo mismo. Cuando entendí el alcance real... empecé a filtrar lo que podía. Todo lo que recibisteis, esos expedientes, esas pruebas... salieron de mis manos. Hice lo único que supe hacer: intentar que todo se resolviera rápido, darte pistas sin exponerte, empujar desde atrás y acelerar la caída.

Regina lo miró incrédula.

—¿Quieres que te dé las gracias? ¿Qué me quede tranquila porque jugaste al topo mientras te codeabas con ellos?

—No —dijo Santiago, bajando la cabeza—. Te ayudé porque eres mi hija. Y porque, aunque me haya pasado la vida escondido, siempre he sido tu padre. Quiero que sepas que, al menos, intenté

hacer algo. Que todo lo que ha caído ahora... no habría sido posible sin esas pruebas.

Al pronunciar «mi hija», la voz se le quebró apenas, como si le doliera decirlo. Y, por primera vez, levantó la mirada del todo. Tenía los ojos llenos de lágrimas y el arrepentimiento desnudo en la cara. Volvió a acercar las manos, esta vez con un gesto más decidido, casi suplicante... pero la cadena de las esposas lo frenó con un tirón. El sonido del metal contra la mesa retumbó en el silencio, ridículo y brutal, recordándole lo que era y dónde estaba.

A Regina esa frase le cayó como un golpe. «Mi hija». «Tu padre». Pretendiendo reclamar un lugar que él mismo había incendiado. Notó que la rabia le ardía en la garganta, mezclada con un nudo apretándole por dentro. No iba a llorar por él, no allí, no después de todo.

El silencio pesó unos segundos, Regina lo observó, con los ojos húmedos pero sin derrumbarse.

—Nada de lo que digas va a borrarlo. Ni a devolver a Samuel, ni a Iván, ni a todos los que han muerto por culpa de lo que tú y los tuyos permitisteis.

Santiago cerró los ojos y apretó los puños esposados. Cuando los abrió, una lágrima le recorrió la mejilla sin que pudiera detenerla. Se la limpió con el dorso de la mano, torpe, como un hombre que no sabe qué hacer con su propio dolor cuando ya es demasiado tarde.

—Lo sé, y lo pagaré, solo quería que lo supieras por mí.

Regina se levantó despacio. Se obligó a enderezar la espalda, buscando sostenerse por dentro. Lo miró una última vez, y en esa mirada no quedó nada que él pudiera confundir con perdón.

Santiago hizo un amago de levantarse también, apenas un impulso, pero se quedó sentado, derrotado. Sus manos, todavía sobre la mesa, se abrieron otra vez, buscando un gesto imposible, una despedida que no merecía.

—Para mí ya estás muerto, padre.

Salió de la sala sin volver la vista atrás.

Horas después, los periódicos digitales publicaban la noticia que llevaba meses gestándose. *Caín: caída de una sociedad secreta infiltrada en política, judicatura, policía y medios.*

El artículo detallaba lo que se había destapado:

- Secuestros, torturas y asesinatos planificados como castigos ejemplares.
- Manipulación de expedientes judiciales y compra de sentencias.
- Policías implicados en la desaparición de pruebas.
- Empresarios y políticos enriquecidos a cambio de silencio.

En la cabecera, bajo el titular, aparecía la firma: Samuel Martínez (†), Regina Duarte y David Navarro.

La nota editorial lo explicaba: *Esta investigación fue iniciada por nuestro compañero Samuel Martínez, asesinado en circunstancias que hoy también se investigan. Su trabajo ha sido completado por Regina Duarte y David Navarro, que han seguido las huellas que él dejó. La verdad que hoy se publica es también suya.*

Regina leyó la pieza en la pantalla del ordenador. Se quedó un rato con los ojos fijos en el nombre de Samuel. David, sentado a su lado, le tomó la mano. Ninguno de los dos dijo nada. La verdad estaba escrita.

EPÍLOGO

Habían pasado ocho meses desde la Operación Caín. La ciudad ya no hablaba de otra cosa que no fuesen los juicios, las dimisiones y las filtraciones controladas. Pero para quienes lo habían vivido en primera línea, el tiempo no había sido suficiente para borrar cicatrices.

En esos ocho meses la magnitud real de la red había ido apareciendo a golpe de autos judiciales y piezas separadas. A los primeros detenidos se habían sumado decenas más: empresarios, mandos policiales, intermediarios, abogados, cargos públicos y nombres que hasta entonces parecían intocables. Las investigaciones confirmaron que durante años habían operado con una estructura propia, con financiación en cuentas abiertas en paraísos fiscales, sociedades pantalla y movimientos de dinero que superaban cifras que ningún medio se atrevió a publicar completas. Los vídeos incautados en los registros mostraron lo que hasta entonces solo eran sospechas: secuestros, interrogatorios grabados para asegurar lealtades, torturas convertidas en moneda de control y asesinatos grabados para asegurar la lealtad de quienes los ejecutaban, un archivo de pruebas con el que nadie podía dar un paso atrás sin arrastrarse a sí mismo. Cada archivo abierto añadía una víctima nueva a la causa, y con cada identificación se reabrían denuncias de desapariciones que durante años habían sido archivadas sin respuesta. La conexión con el tráfico de drogas y de armas terminó de dibujar el alcance de una organización que no solo compraba voluntades, sino que eliminaba obstáculos y blanqueaba beneficios a una escala que atravesaba fronteras. En los juzgados ya no se hablaba de un caso, sino de una de las mayores tramas criminales instruidas en el país, y aun así, en muchos despachos

vacíos seguía pesando la sensación de que aquello solo era la parte que habían conseguido sacar a la superficie.

Sara y Leire estaban en el hospital de maternidad. El bebé dormía plácidamente en la cuna transparente, con un gorrito blanco demasiado grande para su cabeza. Sara no dejaba de mirarlo, con las lágrimas resbalándole por las mejillas. Leire, sentada a su lado, le sujetaba la mano con una sonrisa agotada pero luminosa. Después de todo lo que habían pasado, aquel niño era la prueba de que la vida podía imponerse al horror.

Guillermo vivía con su abuela paterna en las afueras. Había dejado el instituto, apenas salía. Pasaba los días encerrado en su habitación, con la mirada perdida, los auriculares puestos y la puerta cerrada. Natalia le escribía desde prisión, pedía verle, pedía hablar con él, pero Guillermo rompía las cartas sin abrirlas. Para él, su madre había muerto el mismo día en que la policía pronunció en voz alta el nombre de Iván Villalba junto a la palabra asesinato.

Natalia seguía en la cárcel de mujeres. Se había acostumbrado al silencio de la celda, a la rutina gris de los recuentos y los turnos de comedor. A veces creía escuchar la voz de Guillermo entre sueños, pero al despertar solo encontraba paredes húmedas y una cama estrecha. Su condena real no eran las rejas: era el desprecio de su propio hijo.

Víctor había vuelto a volar. Sus compañeros no sabían nada. Solo él recordaba la madrugada en la que estuvo a punto de obedecer la orden más terrible de su vida. En casa, Leo jugaba en el salón con el avión rojo, ya gastado por el uso. Víctor lo observaba con una sonrisa forzada. Por fuera intentaba mostrarse feliz; por dentro vivía con el miedo constante de que un día el teléfono volviera a sonar y la deuda que había quedado suspendida volviera a reclamar su precio.

Regina visitaba con frecuencia a su madre, que seguía delicada de salud, pero estaba bien cuidada en un centro especializado. Allí recibía la atención que en casa era imposible garantizarle, y por primera vez en mucho tiempo, Regina podía verla tranquila, lejos de la angustia de los meses más oscuros. Saber que su madre estaba atendida le daba un respiro entre tanto caos.

Regina y David seguían juntos, tanto en la redacción—ahora que volvían a trabajar juntos— como en casa. La investigación que derribó a la sociedad secreta se había convertido en referencia internacional. Samuel aparecía en los créditos como autor de la investigación original. En cada entrevista, Regina repetía lo mismo: «Esto empezó con Samuel, y con él acabó todo».

Una noche cualquiera, pasada la medianoche, los dos reían tumbados en el sofá. Los restos de una pizza recalentada y dos botellas de cerveza a medio vaciar. En la televisión, una película olvidada avanzaba sin que ninguno la mirara. La manta arrugada cubría a Regina hasta la cintura mientras se acurrucaba contra David, metiendo los pies bajo su muslo.

—Siempre igual —protestó él con una sonrisa—. Tus pies están helados.

—No te quejes —respondió ella, fingiendo inocencia—. Solo busco un poco de calor.

David negó con la cabeza, divertido, aunque por dentro sentía que el corazón se le aceleraba cada vez que ella se acercaba más. Llevaban meses juntos, pero esa tensión dulce no había desaparecido. Esa noche se sentía inevitable.

Regina lo miró y rio al ver una mancha de salsa en la comisura de su boca.

—Tienes aquí... —dijo, y con el pulgar limpió la mancha, rozándole los labios.

El contacto los silenció, David la miró fijamente, Regina retiró la mano, nerviosa.

—Ya está.

Él no apartó la vista de ella.

—Gracias —susurró.

Se quedaron así, a centímetros, con la respiración contenida. David se inclinó despacio. Regina no se apartó, lo recibió. El primer beso fue tímido, torpe, pero pronto se volvió seguro, lleno de la ternura y de deseo acumulado.

El mundo alrededor desapareció. Ya no había tele, ni pizza fría, ni pasado. Solo ellos dos, en el presente, descubriéndose de nuevo.

Meses después de la caída de Caín, las vidas seguían marcadas por lo ocurrido. Unos intentaban rehacerlas, otros se hundían en sus ruinas. Pero en cada rincón persistía la misma pregunta sin respuesta: ¿era Caín un enemigo vencido o una sombra que algún día volvería a reclamar lo que creía suyo?

La duda quedó flotando, como un rumor que nadie podía acallar.



NOTA DE LA AUTORA

Este libro nació de una pregunta incómoda: ¿qué ocurre cuando el poder deja de rendir cuentas?

Mientras lo escribía, pensé mucho en el silencio. En el que protege, en el que condena, en el que se hereda sin querer. En las decisiones pequeñas que, sin darnos cuenta, acaban cambiándolo todo.

No es una historia de buenos y malos. Es una historia sobre personas que eligen, que fallan, que se rompen y que a veces siguen adelante con las manos manchadas porque no conocen otra forma de sobrevivir.

Si algo de estas páginas te ha incomodado, te ha dolido o te ha hecho detenerte un segundo más de lo habitual, entonces este libro ya ha cumplido su propósito.

Gracias por leer hasta el final. Gracias por no mirar hacia otro lado.

—Reyna

AGRADECIMIENTOS

A mis tres personas favoritas, quienes me acompañan en lo cotidiano y en lo extraordinario, en el ruido y en el silencio. Quienes hacen que todo tenga sentido cuando las palabras se agotan. No hace falta nombraros: sabéis que estáis en cada página, en cada duda y en cada final.

A mis padres, mis pilares. De vosotros nace todo: la mirada, la fuerza, la forma de entender el mundo. Sois mi raíz y mi impulso, el lugar al que vuelvo y el motivo por el que sigo adelante. Este libro lleva mucho de lo que me habéis enseñado, incluso en lo que no se dice.

A mi familia, por ser siempre hogar. Por sostenerme cuando dudo, por empujarme cuando flaqueo y por entender que escribir no es una huida, sino una forma de estar. Gracias por la paciencia, el amor constante y la certeza de que, pase lo que pase, nunca camino sola.

A Carlos Díaz por la mirada honesta, por las críticas que suman y por estar presente en el proceso cuando todavía todo era frágil. Este libro es mejor porque tú has estado ahí.

A quien ha sido mucho más que lector cero, @amorportodolobueno, porque ha caminado conmigo capítulo a capítulo, leyendo mientras el libro nacía, cuestionando, señalando y afinando.

A Miguel Ángel Ortega @elcalvolector, al que agradezco su lectura atenta y sus valiosas observaciones, que me han ayudado a corregir errores y a mejorar el libro antes de su publicación.

Gracias a todos, porque escribir es un acto íntimo, pero un libro nunca se construye a solas.

· MENCIÓN ESPECIAL · LECTORES ARC

A mis lectores ARC, gracias por vuestro tiempo y por vuestra confianza, por leer *Los elegidos de Caín* antes de que vea la luz y acompañarlo desde el primer día con vuestras reseñas y vuestro apoyo.

Vuestro gesto es importante, hace que el libro no salga solo y que llegue a más lectores desde el primer momento. De verdad, gracias por apostar por esta historia.

Ana Martínez @labibliotecadenayru

Pilar Heras @pilarhm15

Ana I. Romero @elrincondeltragalibros

Mayte Expósito @mayte_exposito_

Maggie Mellers @librosyotrosdilemas

Ely Ossorio @ratitaentrelibros

Rocío de los Reyes @conloslibrosde_ro

Laura Varela @vib_reads

Itziar @crazyfantasyreader

Elvira Mije @lectorasinmas

Yolanda Castellano @yolandacf_books

Jorge Rodríguez @con_la_gorra_y_un_libro

Sara @LeerEsSentirseVivo

Antonio Labandón @valoraciondelibros

Pepe Gómez @loslibrosdedonjose

Azahara Cuerva. @lalibreriaadeazahara

M. Volvereta. @vol_vo_reta

ÍNDICE

- Prólogo
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39
- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50
- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Capítulo 53

- Capítulo 54
- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Capítulo 59
- Capítulo 60
- Capítulo 61
- Capítulo 62
- Capítulo 63
- Capítulo 64
- Capítulo 65
- Capítulo 66
- Epílogo.
- Nota de la autora.
- Agradecimientos.
- Mención especial lectores ARC.
- Otros libros de la autora.

OTROS LIBROS DE LA AUTORA



Una serie de asesinatos sacude la ciudad. Las víctimas no parecen tener nada en común, salvo una marca grabada en la piel: una espiral.

La inspectora Adriana se enfrenta a un caso que desafía la lógica policial y la arrastra a un territorio donde el crimen deja de ser un acto aislado para convertirse en mensaje. Cada escena es una pieza de un lenguaje oculto, cada muerte una advertencia.

A medida que la investigación avanza, la espiral se transforma en una obsesión, alguien está hablando a través de los cuerpos y exige ser escuchado. Porque hay símbolos que no buscan ser entendidos, buscan ser obedecidos.



Creían haber cerrado el caso, creían haber detenido al monstruo, pero el pasado nunca se entierra del todo.

Cuando la espiral reaparece, Adriana comprende que algunas marcas no desaparecen, solo esperan.

La investigación obliga a mirar atrás, a enfrentarse a errores, silencios y decisiones que dejaron cicatrices invisibles.

Esta vez el símbolo no solo mata, reclama. Reclama memoria, culpa y verdad. Porque hay heridas que no están en la piel, pero siguen sangrando.

Puedes seguirme en Instagram @reyna_escritora
